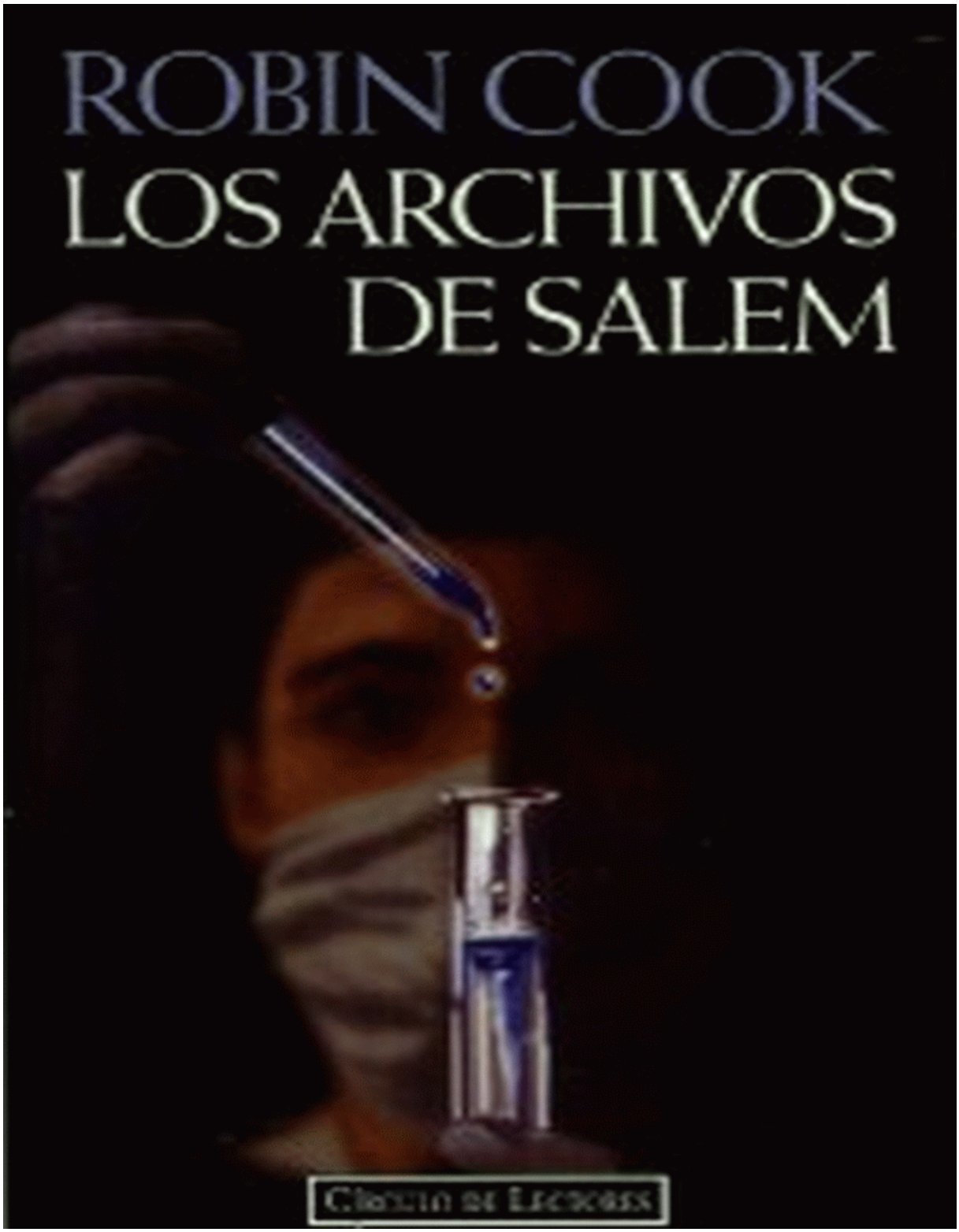
Los archivos de Salem
Robin Cook



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

Hamlet

Sábado 6 de febrero de 1692

Espoleada por un frío penetrante, Mercy Griggs azotó con su látigo el lomo de la yegua. El animal aceleró el paso y tiró sin esfuerzo del trineo sobre la nieve compacta. Mercy se arrebujó aún más en el cuello alto de su chaquetón de piel de foca y enlazó las manos dentro del manguito, en un vano esfuerzo por protegerse del frío ártico.

Era un día claro, sin viento, y brillaba un sol pálido que, desterrado por la estación a su trayectoria sur, luchaba por iluminar el paisaje nevado, sojuzgado por el cruel invierno de Nueva Inglaterra. Incluso a mediodía los troncos de los árboles deshojados proyectaban largas sombras de color violeta que se extendían hacia el norte. Masas congeladas de humo colgaban inmóviles sobre las chimeneas de las granjas dispersas, como petrificadas contra el azul cielo polar.

Mercy había viajado durante casi media hora. Después de salir de su casa, situada al pie de la colina Leach, en el Royal Side, se había dirigido hacia el sudoeste por Ipswich Road.

Había cruzado los puentes sobre los ríos Frost Fish, Crane y Cow House, y en ese momento entraba en el barrio de Northfield de la ciudad de Salem. Desde aquel punto, el centro de la ciudad sólo distaba tres kilómetros.

Pero Mercy no iba a la ciudad. Cuando dejó atrás la granja de Jacob, vio el lugar al que se dirigía. Era la casa de Ronald Stewart, un próspero comerciante y naviero. Lo que había arrancado a Mercy de su cálido hogar en un día tan frío era la preocupación propia de un buen vecino, mezclada con cierta curiosidad. En aquel momento, la casa de los Stewart era la fuente de las habladurías más interesantes.

Detuvo la yegua frente a la casa y contempló el edificio.

Sin lugar a dudas, era una buena muestra de que el señor Stewart era un comerciante perspicaz. Se trataba de un edificio impresionante, con multitud de gabletes, paredes de chilla[1] parda, y rematado por un tejado de la mejor pizarra. Los cristales en forma de diamante de las numerosas ventanas eran de importación. Lo más impresionante de todo eran los trabajados pinjantes que colgaban de las esquinas de la planta superior. En conjunto, la casa parecía más adecuada para el centro de la ciudad que para el campo.

Mercy aguardó, confiada en que las campanillas del arnés del caballo habrían anunciado su llegada. A la derecha de la puerta principal había otro caballo con su trineo, lo cual daba a entender que ya habían llegado otras visitas. El caballo estaba cubierto por una manta. De sus fosas nasales brotaban intermitentes oleadas de vapor que se desvanecían al instante en el aire seco.

Mercy no tuvo que esperar mucho rato. La puerta se abrió casi de inmediato y en el umbral apareció una mujer de unos veintisiete años, cabello oscuro como ala de cuervo y ojos verdes. Mercy sabía que era Elizabeth Stewart. Acunaba en sus brazos un mosquete. Una multitud de

[1] Tabla delgada de ínfima calidad, cuyo ancho varía entre doce y catorce centímetros y dos metros y medio de largo (N. del Corrector)

rostros infantiles curiosos asomaron alrededor de ella. Con aquella temperatura no era frecuente que la gente visitase una casa tan aislada.

-Soy Mercy Griggs -anunció la visitante-, esposa del doctor William Griggs, y he venido a desearles buenos días.

-Es un placer -contestó Elizabeth-. Entre a tomar un poco de sidra caliente para aplacar el frío de sus huesos.

Elizabeth apoyó el mosquete contra la parte interior del marco de la puerta y ordenó a su hijo mayor, Jonathan, de nueve años, que resguardara y atase el caballo de la señora Griggs.

Mercy entró muy complacida en la casa y siguió a Elizabeth hasta el salón. Cuando pasó junto al mosquete, le echó un vistazo. Elizabeth siguió la dirección de su mirada.

-Crecí en las tierras salvajes de Andover -explicó-. A todas horas teníamos que estar atentos a la aparición de los indios.

-Entiendo -dijo Mercy, si bien nunca había visto a una mujer empuñar un arma.

Vaciló un instante en el umbral de la cocina y contempló la escena doméstica, que recordaba más a una escuela que a una casa. Había más de media docena de niños.

En el hogar, un generoso fuego proyectaba un calor sumamente agradable. Una multitud de aromas atrayentes impregnaba la estancia. Algunos procedían de una olla en que cocía lentamente estofado de cerdo, suspendida sobre el fuego mediante una cadena; otros surgían de un cuenco ancho donde se enfriaba un pastel de maíz. Sin embargo, la mayor parte salía del horno empotrado al fondo del hogar. En su interior, varias hogazas de pan estaban adquiriendo un color dorado oscuro.

-Ruego a Dios no ser inoportuna -dijo Mercy.

-Cielos, no -contestó Elizabeth, mientras cogía el chaquetón de Mercy y la conducía a una silla cercana al fuego-.

Después de aguantar a estos críos ingobernables, su visita es un consuelo para mí, pero me ha sorprendido horneando pan, y he de quitarlo.

Cogió una pala de mango ancho y con breves y diestros movimientos extrajo una a una las ocho hogazas. Después, las dejó a enfriar sobre la larga mesa de caballete que dominaba el centro de la cocina.

Mercy contempló trabajar a Elizabeth y observó que era una mujer atractiva, de pómulos altos, tez pálida y figura esbelta. También era evidente que se sentía a sus anchas en aquel lugar, a juzgar por la forma en que horneaba el pan y la habilidad que demostraba al alimentar el fuego y ajustar las cadenas de las que colgaba la olla. Al mismo tiempo, Mercy percibió algo inquietante en la personalidad de Elizabeth.

Carecía de la docilidad y humildad cristianas imprescindibles. De hecho, daba la impresión de poseer la presteza y un descaro impropios de una mujer puritana cuyo marido estaba en Europa. Mercy empezó a pensar que las habladurías tenían más base de lo que había pensado.

-El aroma de este pan tiene un toque picante muy peculiar -dijo Mercy, cuando se inclinó sobre las hogazas puestas a enfriar.

-Es pan de centeno -explicó Elizabeth, mientras introducía ocho hogazas más en el horno.

-¿Pan de centeno? -preguntó Mercy. Sólo los granjeros más pobres de las tierras pantanosas comían pan de centeno.

Librodot

-Crecí comiendo pan de centeno. Me gusta su sabor especiado. Quizá se pregunta usted por qué horneo tantas hogazas. El motivo es que pienso alentar a todo el pueblo a utilizar centeno para conservar las existencias de trigo. Como ya sabe, el clima ha sido frío y húmedo en primavera y verano, y ahora este terrible invierno ha estropeado los cultivos.

-Una idea muy noble, pero tal vez sea un tema que los hombres deban hablar en la asamblea de la ciudad.

Elizabeth lanzó entonces una carcajada, y al observar la expresión de sorpresa de Mercy, se explicó.

-Los hombres no piensan en términos prácticos. Están más preocupados por la polémica entre el pueblo y la ciudad.

Además, no sólo está el problema de la mala cosecha. Las mujeres hemos de pensar en los refugiados de los ataques indios, pues la guerra del rey Guillermo ya lleva cuatro años y aún no se vislumbra el final.

-El lugar de una mujer es su casa... -empezó Mercy, pero se interrumpió, sorprendida por la impertinencia de Elizabeth.

-También he animado a la gente a acoger refugiados en sus casas -siguió Elizabeth, mientras se limpiaba la harina de las manos en el delantal-. Acogimos a dos niños después del ataque a Casco, Maine, del cual en mayo hizo un año.

Elizabeth llamó a los niños e interrumpió sus juegos. Insistió en que se acercaran a conocer a la esposa del médico.

Elizabeth presentó primero a Rebecca Sheaff, de doce años, y a Mary Roots, de nueve. Ambas habían quedado huérfanas durante el ataque a Casco, pero ahora parecían sanas y felices. A continuación, Elizabeth presentó a Joanna, de trece años, hija de un matrimonio anterior de Ronald.

Después, vinieron sus hijos: Sarah, de diez años, Jonathan, de nueve, y Daniel, de tres. Por fin, Elizabeth presentó a Ann Putnam, de doce años, Abigail Williams, de once, y Betty Parris, de nueve, que habían venido a verla desde el pueblo de Salem.

Después de que los niños saludaran obedientemente a Mercy, se les permitió reanudar sus juegos. Mercy observó que incluían varios vasos de agua y huevos frescos.

-Me sorprende ver niños del pueblo aquí -comentó.

-Pedí a mis hijos que los invitaran -dijo Elizabeth-. Todos asisten a la escuela del Royal Side y se han hecho amigos.

Preferí que mis hijos no fueran a la escuela de la ciudad de Salem, con tanta gentuza y rufianes.

-Comprendo.

-Enviaré a los niños a casa con hogazas de pan de centeno.

-Elizabeth sonrió-. Será más eficaz que dar a sus familias una simple sugerencia.

Mercy asintió, pero no hizo comentarios. Elizabeth era arrolladora.

-¿Quiere una hogaza? -preguntó Elizabeth.

-Oh, no, gracias -respondió Mercy-. Mi marido, el doctor, nunca come pan de centeno. En su opinión es demasiado basto.

Cuando Elizabeth volvió a concentrarse en su segunda hornada de pan, Mercy echó un vistazo a la cocina. Reparó en una rueda de queso que acababa de ser retirada de la prensa. Vio una jarra de sidra en la esquina del hogar. Después, observó algo más extraño. Varios muñecos hechos de madera pintada y tela muy bien cosida se alineaban en el antepecho de la

ventana. Cada uno iba vestido con la indumentaria de un oficio determinado. Había un comerciante, un herrero, un ama de casa, un carretero, incluso un médico. El médico iba vestido de negro, con un cuello de encaje almidonado.

Mercy se levantó y caminó hasta la ventana. Levantó el muñeco vestido de médico. Tenía una aguja larga clavada en el pecho.

-¿Qué son estas figuras? -preguntó, sin apenas disimular su preocupación.

-Muñecos que hago para los niños huérfanos -contestó Elizabeth, sin levantar la vista del pan. Retiraba cada hogaza, extendía mantequilla sobre la parte superior, y luego volvía a introducirla en el horno-. Mi difunta madre, Dios la tenga en la gloria, me enseñó a hacerlos.

-¿Por qué tiene éste una aguja clavada en el corazón? -preguntó Mercy.

-El vestido está sin terminar. Siempre pierdo la aguja, y son muy necesarias.

Mercy devolvió el muñeco a su sitio y se restregó involuntariamente las manos. Cualquier cosa que sugiriera magia y ocultismo la ponía nerviosa. Se volvió hacia los niños y, después de observarlos un momento, preguntó a Elizabeth qué estaban haciendo.

-Es un truco que me enseñó mi madre -contestó Elizabeth al tiempo que introducía la última hogaza en el horno-. Es una forma de adivinar el futuro mediante la interpretación de las formas que adopta un huevo blanco metido en el agua.

-Pídales que paren de inmediato -dijo Mercy, alarmada.

Elizabeth levantó la vista y miró a su visitante.

-¿Por qué?

-Es magia blanca -la reprendió Mercy.

-Es una diversión inofensiva. Sirve para que los niños se distraigan, cuando el invierno los obliga a permanecer encerrados. Mi hermana y yo lo hicimos muchas veces para tratar de averiguar el oficio de nuestros futuros maridos. -Elizabeth rió-. Nunca me reveló que me casaría con un naviero y me trasladaría a Salem, por supuesto. Pensaba que iba a ser la esposa de un granjero pobre.

-La magia blanca conduce a la magia negra, y la magia negra es aborrecible a los ojos de Dios. Es obra del diablo.

-Nunca perjudicó a mi hermana, ni a mí. Ni a mi madre, por cierto.

-Su madre está muerta -dijo Mercy con severidad.

-Sí, pero...

-Es brujería -continuó Mercy. La sangre se le subió a las mejillas-. Ninguna brujería es inofensiva. Recuerde la mala época que estamos viviendo, con la guerra y la epidemia de viruela que asoló Boston el año pasado. El reverendo Parris nos dijo en su sermón del domingo que esas cosas horribles suceden porque la gente no respeta la alianza con Dios y permite la negligencia en la observancia religiosa.

-No creo que este juego infantil perjudique la alianza con Dios, y no nos hemos mostrado negligentes en nuestras obligaciones religiosas.

-Dedicarse a la magia es una forma de negligencia, así como tolerar a los cuáqueros.

Elizabeth desechó la idea con un ademán.

-Esos problemas están más allá de mi alcance. No entiendo qué tienen de malo los cuáqueros, pues son gente pacífica y muy trabajadora.

Librodot

-No debe expresar en público tales opiniones -advirtió Mercy-. El reverendo Increase Mather ha dicho que los cuáqueros se hallan bajo el efecto de una poderosa ilusión, obra del demonio. Quizá debería usted leer el libro del reverendo Cotton Mather, Consejos a tener en cuenta relativos a la brujería y las posesiones. Si quiere puedo prestárselo, ya que mi marido lo compró en Boston. El reverendo Mather afirma que las malas épocas que estamos padeciendo se deben al deseo diabólico de que devolvamos nuestro Israel de Nueva Inglaterra a sus hijos, los pieles rojas.

Elizabeth ordenó a los niños que bajaran la voz. Sus gritos habían llegado a un punto máximo. De todos modos, los silenció más para interrumpir el sermón de Mercy que para apaciguar su conversación excitada. Miró a Mercy y dijo que agradecería mucho la oportunidad de leer el libro -Hablando de temas religiosos -dijo Mercy-, iba pensado su esposo en hacerse miembro de la iglesia del pueblo? Es un terrateniente, de modo que será bienvenido.

-No lo sé -contestó Elizabeth-. Nunca hemos hablado de eso.

-Necesitamos apoyo. La familia Porter y sus amigos se niegan a pagar su contribución al reverendo Parris. ¿Cuándo regresará su marido?

-En primavera.

-¿Por qué fue a Europa?

-Está construyendo una nueva clase de barco al que llaman fragata. Dice que será veloz y capaz de defenderse contra los corsarios franceses y los piratas del Caribe.

Después de tocar con la palma de una mano las hogazas puestas a enfriar, Elizabeth llamó a los niños para avisarles de que ya era hora de comer. Cuando se acercaron a la mesa, preguntó si querían pan recién horneado. Aunque sus hijos rehusaron, Ann Putnam, Abigail Williams y Betty Parris aceptaron sin vacilar. Elizabeth abrió una trampilla situada en la esquina de la cocina y envió a Sara a buscar más mantequilla a la despensa.

La trampilla intrigó a Mercy.

-Fue idea de Ronald -explicó Elizabeth-. Funciona como la escotilla de un barco y permite acceder al sótano sin necesidad de salir de la casa.

En cuanto los niños tuvieron delante su plato de estofado de cerdo y gruesas rebanadas de pan, según el caso, Elizabeth sirvió para ella y para Mercy sendas tazas de sidra caliente. A fin de no tener que soportar el parloteo de los niños, llevaron las tazas al salón.

-¡Caramba! -exclamó Mercy.

Sus ojos habían reparado de inmediato en un retrato bastante grande de Elizabeth que colgaba sobre la repisa de la chimenea. Su sorprendente realismo la asombró, sobre todo los radiantes ojos verdes. Por un momento, se quedó petrificada en el centro del salón, en tanto Elizabeth reavivaba con destreza el fuego, que se había reducido a unos rescoldos humeantes.

-Luce usted un vestido muy... revelador -dijo Mercy-, y no lleva adornos en la cabeza.

-Al principio, el cuadro me perturbó -admitió Elizabeth.

Se irguió y dispuso dos sillas frente al fuego-. Fue idea de Ronald. Le gusta. Ahora, apenas me fijo en él.

-Es muy papista -dijo Mercy con tono despectivo. Movió la silla para no tener que ver el cuadro. Bebió un sorbo de sidra y trató de organizar sus pensamientos. La visita no iba como había imaginado. El carácter de

Elizabeth era desconcertante. Mercy aún tenía que abordar el tema del motivo de su visita. Carraspeó, y dijo-: He oído un rumor. Estoy segura de que carece de toda veracidad. He oído que usted y su esposo tienen la intención de comprar la propiedad de Northfields.

-No es un rumor -contestó Elizabeth con desenvoltura-.

Se hará. Poseeremos tierras a ambas orillas del río Wooleston. La zona se extiende incluso hasta el pueblo de Salem, y limita con las parcelas de Ronald.

-Pero los Putnam querían comprar la tierra -dijo Mercy indignada-. Es importante para ellos. Necesitan acceso al agua para sus actividades, en particular las herrerías. Su único problema reside en los fondos necesarios, para lo cual deberán esperar a la próxima cosecha. Se enfadarán mucho si ustedes perseveran, y tratarán de impedir la venta.

Elizabeth se encogió de hombros.

-Ya tengo el dinero. Quiero la tierra porque deseamos construir una casa nueva que nos permita acoger a más huérfanos. -Elizabeth estaba radiante de entusiasmo y sus ojos centelleaban-. Daniel Andrew ha accedido a diseñar y construir la casa. Será una gran casa de ladrillo, como ésas de Londres.

Mercy no daba crédito a lo que oía. El orgullo y la codicia de Elizabeth no conocían límites. Mercy tragó con dificultad otro sorbo de sidra, y preguntó:

-¿Sabe que Daniel Andrew está casado con Sarah Potter?

-Lo sé -contestó Elizabeth-. Antes de que Ronald partiera, vinieron a casa.

-¿Cómo es que usted y su esposo tienen acceso a cantidades tan enormes de dinero, si me permite la pregunta?

-A causa de las demandas de la guerra, la empresa de Ronald marcha excepcionalmente bien.

-Aprovechándose de las desgracias ajenas -sentenció Mercy.

-Ronald prefiere decir que proporciona material muy necesario.

Mercy miró un momento a los brillantes ojos verdes de Elizabeth. Estaba doblemente consternada, pues daba la impresión de que Elizabeth no era consciente de su transgresión. De hecho, le dedicó una sonrisa radiante y sostuvo su mirada, mientras bebía su sidra con placer.

-El rumor había llegado a mis oídos -dijo por fin Mercy-, pero me negué a creerlo. Todo este asunto es anormal, con su marido ausente. No entra en los planes de Dios, y debo advertirle, señora Stewart, que la gente del pueblo cuchichea.

Dice que usted no se comporta como la hija de un granjero.

-Siempre seré la hija de mi padre -contestó Elizabeth-, pero ahora soy la esposa de un comerciante.

Antes de que Mercy pudiera replicar, se oyó un tremendo estruendo y multitud de chillidos surgieron de la cocina. El repentino ruido provocó que Elizabeth y Mercy se levantaran, aterrorizadas. Elizabeth, seguida de Mercy, corrió a la cocina y se apoderó del mosquete sin aminorar el paso.

La mesa de caballete estaba volcada. Por el suelo había diseminados cuencos de madera, vacíos de estofado. Ann Putnam iba dando tumbos por la habitación al tiempo que se desgarraba la ropa, tropezaba con los muebles y gritaba que alguien la mordía. Los demás niños se habían acurrucado contra la pared, paralizados de horror.

Elizabeth dejó el arma, corrió hacia Ann y la agarró por los hombros.

-¿Qué te ocurre, pequeña? -preguntó-. ¿Qué te está mordiendo?

Por un momento, Ann permaneció inmóvil. Sus ojos habían adoptado una apariencia vidriosa y vaga.

-¡Ann! -exclamó Elizabeth-. ¿Qué te pasa?

La boca de Ann se abrió, hasta que su lengua sobresalió casi por completo, mientras su cuerpo era presa de movimientos espasmódicos. Elizabeth intentó sujetarla, pero la niña se debatió con fuerza sorprendente y se llevó las manos a la garganta.

-No puedo respirar -dijo con voz ahogada-. -¡Ayúdame!

Me estoy estrangulando.

-Llevémosla arriba -gritó Elizabeth a Mercy.

Entre ambas, cargaron casi a rastras a la niña hasta la planta superior. En cuanto la tendieron en la cama, empezaron las convulsiones.

-Ha sido presa de un ataque horrendo -dijo Mercy-. Creo que iré a buscar a mi marido, el médico.

-¡Por favor! -suplicó Elizabeth-. -¡Dése prisa!

Mercy sacudió la cabeza con expresión de desaliento mientras bajaba por la escalera. Después de haberse recuperado de la conmoción inicial, la calamidad no la sorprendía, porque conocía su causa. Era la brujería. Elizabeth había invitado al demonio a su casa.

Martes 12 de julio de 1692

Ronald Stewart abrió la boca del camarote y salió a cubierta y al aire frío de la mañana, ataviado con sus mejores pantalones largos hasta la rodilla, su chaleco escarlata con volantes almidonados e incluso su peluca empolvada. Rebosaba entusiasmo. Acababan de rodear Naugus Point, junto a Marblehead, y habían tomado un curso que les conduciría directamente a la ciudad de Salem. A proa, ya se veía el muelle de Turner.

-No recojamos velas hasta el último momento -indicó Ronald al capitán Allen, que se encontraba de pie al timón-.

Quiero que la gente de la ciudad vea la velocidad que alcanza este barco.

-Sí, sí, señor -respondió el capitán Allen.

Ronald apoyó su cuerpo robusto y musculoso sobre la regata, mientras la brisa del mar acariciaba su rostro ancho y bronceado. Contempló con alegría los lugares que conocía tan bien. Era maravilloso volver a casa, aunque no podía evitar cierto grado de ansiedad. Había estado ausente durante casi seis meses, dos más de lo previsto, y no había recibido ni una sola carta. Suecia se le había antojado el fin del mundo.

Se preguntó si Elizabeth habría recibido alguna de las misivas que le había enviado. No existían garantías de la entrega, puesto que no se había encontrado con ningún barco que fuera directamente a la colonia, ni siquiera a Londres.

-¡Ahora! -gritó el capitán Allen cuando se acercaron a tierra-. De lo contrario, este barco se subirá al muelle y no parará hasta Essex Street.

-¡Dé las órdenes! -exclamó a su vez Ronald.

Los hombres se precipitaron hacia la arboladura, siguiendo las órdenes del capitán, y al cabo de pocos minutos las enormes bordadas de lona quedaron atadas a los palos. E barco perdió velocidad. Ronald observó

un bote que se encontraba a cien metros del muelle y avanzaba hacia el barco con toda la velocidad de sus remos. Cuando estuvo lo bastante cerca, Ronald reconoció a su empleado Chester Procter, de pie en la proa. Ronald agitó la mano, muy contento, pero Chester no le devolvió el saludo.

-¡Bienvenido! -exclamó Ronald cuando se le pudo oír desde el bote.

Chester guardó silencio. Cuando la pequeña embarcación se colocó al lado del barco, Ronald advirtió que el rostro enjuto de su empleado estaba tenso, con la boca apretada. La preocupación aplacó el entusiasmo de Ronald. Algo había ocurrido.

-Será mejor que venga a tierra de inmediato, señor -dijo el empleado en cuanto el bote quedó sujeto contra el barco.

Lanzaron una escalerilla hasta el bote, y Ronald, tras una veloz consulta con el capitán, descendió. En cuanto estuvo sentado en la popa, partieron. Chester tomó asiento a su lado. Los dos dieron la espalda a los remos.

-¿Qué ocurre? -preguntó Ronald, temeroso de saber la respuesta.

Su principal miedo era que los indios hubieran atacado su casa. Poco antes de marcharse se había enterado de que habían llegado hasta una población tan cercana como Andover.

-En Salem han tenido lugar terribles acontecimientos -dijo Chester, que parecía agitado y muy nervioso-. La Providencia lo ha devuelto a casa apenas a tiempo, señor. Temíamos que llegase demasiado tarde.

-¿Se trata de mis hijos? -preguntó Ronald, alarmado.

-No, señor, ellos están sanos y salvos. Es su esposa, Elizabeth. La encarcelaron hace muchos meses.

-¿Bajo qué acusación?

-Brujería. Le pido perdón por ser el portador de tan terrible noticia, señor. Ha sido condenada por un tribunal especial y será ejecutada el próximo martes.

-Eso es absurdo -rugió Ronald-. -¡Mi mujer no es una bruja!

-Ya lo sé, pero desde febrero la ciudad vive obsesionada por la brujería y casi un centenar de personas han sido acusadas. Ya se ha producido una ejecución: Bridget Bishop, el 10 de junio.

-La conocía -dijo Ronald-. Era una mujer de temperamento fuerte. Regentaba la taberna no autorizada de Ipswich Road, pero ¿una bruja? Me parece improbable. ¿Cuál ha sido la causa de ese temor a los poderes maléficos?

-Los “ataques”. Ciertas mujeres, en su mayoría jóvenes, se han visto afectadas de una forma muy penosa -¿Ha sido usted testigo de esos ataques, señor Procter?

-Oh, sí. Toda la ciudad los ha visto en los juicios celebrados ante los magistrados. Es un espectáculo terrible. Las víctimas profieren chillidos de dolor y pierden la razón. Se quedan ciegas, sordas o mudas, y en ocasiones las tres cosas al mismo tiempo. Se agitan peor que los cuáqueros y gritan que seres invisibles las muerden. Les asoma la lengua por la boca, como si la tuviesen hinchada. Lo peor es que sus articulaciones se doblan como si fueran a romperse.

Un torbellino de pensamientos se había desencadenado en la mente de Ronald. Aquel giro de los acontecimientos era de lo más inesperado. El sol de la mañana hizo que el sudor perlase su frente. Airado, se quitó la peluca de

la cabeza y la tiró al suelo de la embarcación. Intentó pensar en una solución.

-Un carruaje nos está esperando -dijo Chester cuando llegaron al muelle, rompiendo el angustioso silencio-. Pensé que querríais ir directamente a la cárcel.

-Sí -respondió Ronald lacónicamente Desembarcaron y se encaminaron a toda prisa a la calle.

Subieron al vehículo y Chester cogió las riendas. Azotó los caballos, que se pusieron en movimiento. El carruaje traqueteó sobre el muelle de adoquines. Ninguno de los dos hombres habló.

-¿Por qué se llegó a la conclusión de que esos ataques eran causados por la brujería? -preguntó Ronald cuando llegaron a Essex Street.

-Lo dijo el doctor Griggs. Después, lo corroboraron el reverendo Parris, del pueblo, y todo el mundo, incluidos los magistrados.

-¿A qué se debió su convencimiento?

-Quedó patente en los juicios. Todo el mundo pudo ver cómo atormentaban los acusados a sus víctimas, y cómo éstas se sentían aliviadas al instante cuando los acusados las tocaban.

-Pero ¿no las tocaban para atormentarlas?

-Eran los espectros de los acusados quienes obraban el mal -explicó Chester-, y sólo las víctimas podían ver a los espectros. Fue así como las víctimas identificaron a los acusados.

-¿Mi esposa fue acusada de esa forma?

-En efecto. Por Ann Putnam, hija de Thomas Putnam, del pueblo de Salem.

-Conozco a Thomas Putnam. Un hombre pequeño y colérico.

-Ann Putnam fue la primera víctima -dijo Chester con tono vacilante-. Sufrió el primer ataque en la cocina de su casa, señor, a principios de febrero. Sigue aquejada hasta el día de hoy, al igual que su madre, Ann.

-¿Y mis hijos? ¿También están aquejados?

-Vuestros hijos se han salvado.

-Alabado sea el Señor.

Doblaron por Prison Lane. Los dos hombres guardaron silencio. Cuando estuvieron delante de la cárcel, Chester tiró de las riendas. Ronald le dijo que esperara y descendió del carruaje. Buscó consternado al carcelero, William Dounton.

Lo encontró en su sucio despacho, comiendo pan de maíz recién llegado de la panadería. Era un hombre obeso, con una mata desgreñada de cabello grasiento y una nariz encarnada y protuberante. Ronald lo despreciaba, pues sabía que era un sádico consumado y se complacía torturando a los reclusos.

Dounton reaccionó con evidente desagrado ante la aparición de Ronald. Se puso de pie de un salto y se atrincheró detrás de su silla.

-Los condenados no pueden recibir visitas -graznó, con la boca llena de pan-, por orden del magistrado Hathorne.

Ronald, que apenas podía controlarse, agarró a William por su camisa de lana y le acercó la cara a escasos centímetros de la suya.

-Si ha maltratado a mi esposa, responderá ante mí -rugió.

-No ha sido culpa mía, sino de las autoridades. He de respetar sus órdenes.

-Lléveme con ella -replicó Ronald.

-Pero... -logró articular Dounton, antes de que Ronald aumentara la presión y le atenazara la garganta. El carcelero emitió un gorgoteo. Ronald abrió un poco el puño. Dounton tosió y sacó las llaves. Ronald lo soltó y caminó detrás de él-.

Informaré de esto -masculló el carcelero, mientras abría la pesada puerta de roble.

-No será necesario -contestó Ronald-. En cuanto salga de aquí, iré directamente a ver al magistrado y se lo diré personalmente.

Tras dejar atrás la puerta de roble, pasaron por delante de varias celdas. Todas estaban llenas. Los reclusos miraron a Ronald con ojos vidriosos. Algunos lo reconocieron, pero él no les habló. El lugar estaba sumido en un pesado silencio. El olor era tan desagradable que Ronald tuvo que sacar un pañuelo y llevárselo a la nariz.

Dounton se detuvo en lo alto de una escalera de piedra y encendió una vela; después se abrió otra maciza puerta de roble, y ambos descendieron a la peor zona de la prisión. El hedor era sobrecogedor. El sótano consistía en dos grandes habitaciones. Las paredes eran de granito y rezumaban humedad. Los numerosos prisioneros estaban encadenados a las paredes o al suelo mediante grilletes que les sujetaban por las muñecas, las piernas o ambos. Ronald tuvo que pasar por encima de gente para seguir a William. Apenas quedaba sitio para otra persona.

-Un momento -dijo Ronald.

William se detuvo y dio media vuelta.

Ronald se agachó. Había reconocido a una mujer a la que siempre había considerado extremadamente devota.

-¿Rebecca Nurse? -preguntó-. ¿Qué hace aquí, en el nombre de Dios?

Rebecca sacudió la cabeza lentamente.

-Sólo Dios lo sabe -logró articular.

Ronald se levantó, presa de una repentina debilidad. Era como si la ciudad hubiera enloquecido.

-Por aquí -dijo Dounton, y señaló hacia la esquina del fondo-. Acabemos de una vez.

Ronald lo siguió. La compasión se había impuesto a su cólera. El carcelero se detuvo y Ronald bajó la vista. A la luz de la vela, apenas pudo reconocer a su esposa. Elizabeth estaba cubierta de inmundicias. Estaba sujeta con enormes cadenas y apenas había tenido energías para dispersar las sabandijas que pululaban en la semipenumbra.

Ronald cogió la vela a William y se puso en cuclillas al lado de su esposa. Pese a su estado, le sonrió.

-Me alegro de que hayas vuelto -dijo con voz débil-.

Ahora ya no tendré que preocuparme por los niños. ¿Se encuentran bien?

Ronald tragó saliva con dificultad. Tenía la garganta seca.

-He venido directamente aquí desde el barco -dijo-. Aún no he visto a los niños.

-Hazlo, por favor. Se alegrarán de verte. Temo que estén intranquilos.

-Me ocuparé de ellos -prometió Ronald-, pero primero he de conseguir tu libertad.

-Tal vez. ¿Por qué has tardado tanto en regresar?

-El equipamiento del barco nos llevó más tiempo del planeado. La novedad del diseño nos causó muchas dificultades.

-Te envié cartas.

-No recibí ninguna.

-Bien, al menos has vuelto a casa.

-Regresaré -dijo Ronald mientras se levantaba.

Temblaba de pánico y estaba fuera de sí a causa de la preocupación. Indicó a Dounton que salieran y lo siguió hasta su despacho.

-Me he limitado a cumplir con mi deber -dijo el carcelero con tono dócil. No estaba muy seguro del estado mental de Ronald.

-Enséñeme los papeles -ordenó Ronald.

Dounton se encogió de hombros y, después de rebuscar entre la confusión que reinaba sobre su escritorio, tendió a Ronald el auto de prisión y la orden de ejecución de Elizabeth. Ronald extrajo unas monedas de su bolsa.

-Quiero que Elizabeth sea trasladada a otro sitio y que mejore su situación.

William aceptó de inmediato el dinero.

-Gracias, generoso señor -dijo Dounton. Las monedas desaparecieron en el bolsillo de sus pantalones-. Sin embargo, no puedo moverla. Los casos capitales siempre se alojan en el nivel inferior. Tampoco puedo quitarle los grilletes, pues en el auto de prisión se especifica la necesidad de impedir que su espectro abandone su cuerpo. No obstante, mejoraré su situación en atención a su generosidad, señor.

-Haga lo que pueda.

Ronald tardó un momento en subir al carruaje. Notaba las piernas débiles.

-A casa del magistrado Corwin -ordenó.

Chester azuzó a los caballos. Quiso preguntar cómo estaba Elizabeth, pero no se atrevió. La desazón de Ronald era demasiado aparente.

Se desplazaron en silencio. Cuando llegaron a la esquina de las calles Essex y Washington, Ronald saltó del carruaje.

-Espere aquí, Procter -dijo con laconismo.

Ronald llamó a la puerta; cuando se abrió experimentó un gran alivio al ver la figura alta y enjuta de su viejo amigo Jonathan Corwin. En cuanto Jonathan reconoció a Ronald, su expresión malhumorada fue sustituida por otra de preocupación. Condujo de inmediato a Ronald al salón y solicitó a su esposa que los dejara para poder hablar en privado. La señora Corwin estaba en un rincón hilando lino con una rueca.

-Lo siento -dijo Jonathan en cuanto estuvieron solos-.

Una triste bienvenida para un viajero agotado.

-Dime qué puedo hacer -rogó Ronald con voz débil.

-Temo que no sé qué decir -empezó Jonathan-. Corren tiempos turbulentos. La ciudad se halla dominada por un ambiente cargado de animosidad, y acaso también bajo los efectos de una fuerte ilusión. Ya no estoy seguro ni de mis pensamientos, porque hace poco mi propia suegra, Margaret Thatcher, ha sido acusada. El que ella no sea una bruja me obliga a cuestionar la veracidad de las afirmaciones y motivaciones de las muchachas aquejadas.

-En este momento, los motivos de las muchachas no me preocupan -replicó Ronald-. Necesito saber qué puedo hacer por mi amada esposa, a quien están tratando de la manera más brutal.

Jonathan exhaló un profundo suspiro.

-Poca cosa, me temo. Tu esposa ya ha sido condenada por un jurado nombrado por el tribunal superior de jurisdicción criminal, encargado de los casos de brujería.

-Pero acabas de decir que cuestionas la veracidad de los acusadores.

-Sí -admitió Jonathan-, pero la condena de tu esposa no se debió al testimonio de las muchachas ni a apariciones espectrales en la sala del tribunal. El juicio de tu esposa fue más breve que los demás, incluso más que el de Bridget Bishop.

La culpabilidad de tu mujer resultó evidente para todos porque las pruebas contra ella eran reales y concluyentes. No hubo la menor duda.

-¿Crees que mi esposa es una bruja? -preguntó Ronald con incredulidad.

-Ciertamente. Lo siento. Es una verdad muy difícil de soportar para un hombre.

Por un momento, Ronald miró fijamente a su amigo mientras su mente intentaba asimilar aquella nueva e inquietante información. Ronald siempre había valorado y respetado la opinión de Jonathan.

-Pero se podrá hacer algo -dijo por fin Ronald-. Aunque sólo sea retrasar la ejecución, para que me dé tiempo a descubrir los hechos.

Jonathan apoyó una mano sobre el hombro de su amigo.

-Como magistrado local, no puedo hacer nada. Quizá deberías ir a casa para ocuparte de tus hijos.

-No me rendiré tan fácilmente -replicó Ronald.

-En ese caso, sólo puedo sugerir que vayas a Boston y hables con Samuel Sewall. Sé que sois amigos y fuisteis compañeros en Harvard. Tal vez pueda acudir a sus relaciones en el Gobierno colonial. Interés no le faltará; es uno de los magistrados del tribunal superior de jurisdicción criminal y me ha confesado que todo este asunto le inspira ciertos recelos A Nathaniel Saltonstall le ocurre otro tanto, hasta el punto que renuncio a su puesto en la corte.

Ronald dio las gracias a Jonathan y salió a toda prisa.

Contó a Chester sus intenciones, y pronto dispuso de un caballo ensillado. Antes de que pasara una hora emprendió el viaje de treinta kilómetros. Atravesó Cambridge, cruzó el río Charles por el Puente Grande, y se acercó a Boston por el sudeste, utilizando la carretera de Roxberre.

A medida que Ronald avanzaba por el estrecho cuello de la península de Shawmut, su nerviosismo aumentó. Se preguntó qué ocurriría si Samuel no quería o no podía ayudarlo.

La idea lo torturaba y no se le ocurría qué otra cosa hacer.

Samuel era su última esperanza.

Pasó la puerta de la ciudad, con sus fortificaciones de ladrillo, y sus ojos se desviaron de forma involuntaria hacia una horca, de la que colgaba un cadáver. La visión constituía un rudo recordatorio, y un escalofrío de miedo recorrió su espina dorsal.

En respuesta, espoleó a su caballo para que corriera más.

El ajetreo matutino de Boston, que contaba con más de seis mil habitantes y más de ocho mil viviendas, entorpeció el avance de Ronald. Era casi la una cuando llegó a la casa de Samuel, en el extremo sur de la ciudad. Ronald desmontó y ató el caballo a la valla de estacas puntiagudas.

Encontró a Samuel en su salón. Acababa de comer y estaba fumando una pipa. Ronald observó que durante los últimos años había engordado y

se parecía muy poco al gallardo muchacho que patinaba con Ronald sobre el río Charles durante sus años de estudiantes.

Samuel se alegró de ver a su viejo amigo, pero su recibimiento fue contenido. Sospechó el motivo de la visita de Ronald aun antes de que éste abordara el tema de la odisea de Elizabeth. En respuesta a las preguntas de Ronald, confirmó la historia de Jonathan Corwin. Dijo que la culpabilidad de Elizabeth era incuestionable, debido a las pruebas reales que el alguacil Corwin había encontrado en la casa.

Ronald hundió la cabeza entre los hombros. Suspiró y reprimió las lágrimas. La desesperación lo invadió. Pidió a su anfitrión una jarra de cerveza. Cuando Samuel regresó con la bebida, Ronald había recuperado la serenidad. Después de dar un largo sorbo, interrogó a Samuel acerca de las pruebas utilizadas contra su esposa.

-Me resisto a decirlo -contestó Samuel.

-¿Por qué? -preguntó Ronald. Examinó a su amigo y percibió su confusión. La curiosidad de Ronald aumentó. No se le había ocurrido interrogar a Jonathan acerca de las pruebas-. Creo que tengo derecho a saberlo.

-Es cierto -dijo Samuel, pero siguió vacilante.

-Por favor. Confío en que me ayudará a comprender este tortuoso asunto.

-Tal vez será mejor ir a ver a mi buen amigo el reverendo Cotton Mather -contestó Samuel. Se levantó-. Tiene más experiencia en los temas del mundo invisible. Sabrá cómo aconsejarte.

-Confío en tu buen juicio -dijo Ronald mientras se ponía de pie.

Se dirigieron en el carruaje de Samuel a la Old North Church. La criada les comunicó que el reverendo Mather se encontraba en su casa, situada en la esquina de las calles Middle y Prince. Como estaba cerca, fueron andando. También les iba bien dejar el carruaje y el caballo en Charles Square, frente a la iglesia.

Samuel llamó a la puerta y fueron recibidos por una joven criada que los condujo al salón. El reverendo Mather apareció de inmediato y los saludó efusivamente. Samuel explicó el motivo de la visita.

-Entiendo -dijo el reverendo Mather. Indicó con un ademán que tomaran asiento.

Ronald examinó al clérigo. Ya lo conocía de antes. Era más joven que Ronald y Samuel, pues se había graduado en Harvard en 1678, siete años después que ellos. Pese a la edad, ya eran evidentes algunos de los cambios físicos que Ronald había observado en Samuel, y por las mismas razones. Había engordado. Tenía la nariz encarnada y algo ensanchada, y su rostro poseía una consistencia pastosa. No obstante, sus ojos reflejaban inteligencia y una firme resolución.

-Su inquietud, señor Stewart, cuenta con todos mis respetos -dijo el reverendo Mather a Jonathan-. Los caminos del Señor suelen ser inescrutables para los mortales. Pese a sus sufrimientos personales, estoy muy preocupado por los sucesos ocurridos en el pueblo y la ciudad de Salem. El populacho se halla presa de un estado de ánimo ingobernable y turbulento, y temo que los acontecimientos escapen a nuestro control.

-En este momento mi única preocupación es mi esposa -contestó Ronald. No había ido a escuchar sermones.

Librodot

-Tal como debe ser -dijo el reverendo Mather-, pero considero importante para usted que comprenda que nosotros, el clero y las autoridades civiles, hemos de pensar en el conjunto de la comunidad. Tenía la sospecha de que el demonio aparecería en algún momento, y el único consuelo de este asunto demoníaco es que ahora, gracias a su esposa, sabemos dónde.

-Quiero saber qué pruebas se han utilizado contra ella -dijo Ronald.

-Y se las mostraré, con la condición de que mantenga en secreto su naturaleza, pues tememos que, si llegaran a ser de dominio público, la inquietud y turbación de Salem aumentarían aún más.

-¿Y si decidimos apelar contra la condena?

-En cuanto vea las pruebas, señor Stewart, preferirá no hacerlo. Confíe en mí. ¿Puedo contar con su palabra?

-Sí, tiene mi palabra, pero no renuncio a mi derecho a la apelación.

Se pusieron de pie. El reverendo Mather los precedió hacia un tramo de escalera de piedra. Después de encender una bujía, bajaron al sótano.

-He hablado largo y tendido de esta prueba con mi padre, Increase Mather -dijo el reverendo Mather sin volverse-. Estamos de acuerdo en que posee una importancia extraordinaria para las futuras generaciones como testimonio material de la existencia del mundo invisible. Por lo tanto, creemos que su lugar legítimo sería la Universidad de Harvard. Como ya saben, él es el actual presidente de la institución.

Ronald no contestó. En aquel momento su mente era incapaz de detenerse en semejantes frivolidades académicas.

-Tanto mi padre como yo -prosiguió el reverendo Mather- estamos de acuerdo en que los juicios por brujería celebrados en Salem sólo se han basado en pruebas espectrales.

-Llegaron al pie de la escalera y, mientras Samuel y Ronald esperaban, el reverendo procedió a encender los candelabros de pared. Habló mientras se movía por el sótano-. Nos preocupa muchísimo que esa circunstancia pudiera arrastrar a personas inocentes a la perdición.

Ronald quiso protestar. No tenía paciencia para escuchar aquella ristra de preocupaciones, pero Samuel apoyó una mano en su hombro para hacerle callar.

-La prueba de Elizabeth es la clase de testimonio real que nos gustaría encontrar en cada caso -dijo el reverendo Mather al tiempo que indicaba con un ademán a Ronald y Samuel que lo siguieran hasta una vitrina cerrada con llave-.

Por otra parte, es terriblemente incendiaria. Fui yo quien decidió que la sacaran de Salem y la trajeran aquí después del juicio. Jamás había visto una prueba más aplastante del poder y la capacidad del demonio para ejercer el mal.

-Por favor, reverendo -dijo Ronald por fin-. Me gustaría volver a Salem lo antes posible. Si me enseña qué es, podré marcharme.

-Paciencia, buen hombre -dijo el reverendo Mather, mientras extraía una llave de su chaleco-. La naturaleza de esta prueba es tal que debe estar preparado. Es muy impresionante. Por ese motivo, sugerí que el juicio de su esposa se celebrara a puerta cerrada y se obligase al jurado a guardar secreto bajo juramento. Si se tomó esa precaución, no fue para negarle un juicio justo, sino para impedir la histeria pública, que sólo habría favorecido los planes del demonio.

Librodot

-Estoy preparado -dijo Ronald, algo exasperado.

-Que Cristo el Redentor sea con usted -dijo el reverendo Mather, mientras introducía la llave en la cerradura-. Valor.

Abrió la vitrina. Después, hizo lo propio con las puertas y retrocedió para que Ronald mirara.

Ronald dejó escapar una exclamación ahogada y abrió los ojos desmesuradamente. Se llevó involuntariamente la mano a la boca, en un gesto de horror y desazón. Tragó saliva. Intentó hablar, pero su voz le falló. Carraspeó.

-¡Basta! -logró articular, y apartó la vista.

El reverendo Mather cerró con llave las puertas de la vi trina.

-¿Está seguro de que es obra de Elizabeth? -preguntó Ronald con voz débil.

-Sin duda -respondió Samuel-. No sólo fue encontrada por el alguacil George Corwin en su casa, sino que Elizabeth admitió voluntariamente su responsabilidad.

-¡Dios mío! -exclamó Ronald-. Sin duda es obra del demonio, pero en el fondo de mi corazón sé que Elizabeth no es una bruja.

-Ha de ser duro para un hombre creer que su esposa tiene un pacto con el diablo -dijo Samuel-, pero esta prueba, combinada con el testimonio de diversas muchachas aquejadas, quienes afirmaron que el espectro de Elizabeth las atormentaba, constituye testimonio suficiente. Lo siento, querido amigo, pero Elizabeth es una bruja.

-Me siento muy afligido -dijo Ronald.

Samuel y Cotton Mather intercambiaron miradas de comprensión y compasión. Samuel indicó con un ademán la escalera.

-Tal vez deberíamos volver al salón -sugirió el reverendo-. Creo que a todos nos iría bien una jarra de cerveza.

Después de sentarse y beber un poco, el reverendo Mather habló.

-Son tiempos de prueba para todos, pero todos hemos de colaborar. Ahora que sabemos que el demonio ha elegido Salem, debemos, con la ayuda de Dios, buscar y destruir a los siervos de Satán y a sus familiares, protegiendo al mismo tiempo a los inocentes y piadosos, a quienes el demonio des precia.

-Lo siento -dijo Ronald-. No puedo ser de ayuda. Estoy aturdido y cansado. Me cuesta creer que Elizabeth sea una bruja. Necesito tiempo. Tiene que haber una forma de aplazar la ejecución, siquiera por un mes.

-Sólo el gobernador Phipps puede conceder un aplazamiento -dijo Samuel-, pero la petición sería en vano. Únicamente concedería el aplazamiento si existiera un motivo poderoso.

Los tres hombres guardaron silencio. Los ruidos de la ciudad penetraron por la ventana abierta.

-Quizá yo podría aportar un motivo para el aplazamiento -dijo de pronto el reverendo Mather.

Un rayo de esperanza iluminó el rostro de Ronald. Samuel parecía confuso.

-Creo que podría justificar un aplazamiento ante el gobernador -dijo el reverendo Mather-, pero con una condición: la total colaboración de Elizabeth. Ha de acceder a dar la espalda al Príncipe de las Tinieblas.

-Puedo asegurarte que colaborará -dijo Ronald-. ¿Qué debería hacer?

-Primero, ha de confesar frente a la congregación en el templo de Salem -dijo el reverendo Mather-. En su confesión, ha de abjurar de sus relaciones con Lucifer. En segundo lugar, ha de revelar la identidad de aquellas personas de la comunidad que hayan firmado pactos diabólicos semejantes.

Nos sería de gran ayuda. El hecho de que el tormento de las mujeres aquejadas continúe demuestra que los siervos del demonio todavía andan sueltos por Salem.

Ronald se puso de pie.

-Conseguiré que acepte esta misma tarde -dijo, muy nervioso-. Le suplico, reverendo Mather, que hable con el gobernador Phipps de inmediato.

-Esperaré a conocer la decisión de Elizabeth -replicó el reverendo Mather-. No me gustaría molestar a su excelencia sin ver confirmadas las condiciones.

-Tendrán su palabra. Por la mañana, a lo sumo.

-Vaya con Dios.

A Samuel le costó caminar al mismo paso que Ronald, mientras se dirigían al carruaje, que aguardaba frente a la Old North Church.

-Ahorrarás casi una hora de viaje si tomas el transbordador a Noddle Island -explicó Samuel mientras cruzaban la ciudad para ir a buscar el caballo de Ronald.

-En ese caso, iré en transbordador.

Tal como había afirmado Samuel, el viaje de vuelta a Salem fue mucho más rápido que el desplazamiento hasta Boston.

Poco después de media tarde, Ronald se adentró en Prison Lane y refrenó a su caballo delante de la cárcel de Salem. Había espoleado sin piedad al animal, de cuyas fosas nasales surgía espuma.

Ronald también estaba cansado, cubierto de polvo y tenía el rostro bañado en sudor. Se sentía emocionalmente exhausto, famélico y sediento, pero era indiferente a sus necesidades. El rayo de esperanza que Cotton Mather había insinuado lo impulsaba a continuar adelante.

Irrumpió en el despacho del carcelero y se sintió frustrado al encontrarlo vacío. Golpeó la puerta de roble que conducía a las celdas. Al cabo de un instante la puerta se abrió unos centímetros y apareció la cara abotargada de William Dounton.

-He venido a ver a mi esposa -dijo Ronald, sin aliento.

-Hora de comer -contestó Dounton-. Vuelva dentro de una hora.

Ronald acabó de abrir la puerta de un puntapié. El carcelero se tambaleó hacia atrás. Parte de las gachas aguadas que llevaba saltaron del cubo.

-¡La veré ahora! -rugió Ronald.

-Los magistrados serán informados de esto -protestó Dounton, pero dejó el cubo y guió a Ronald hacia la puerta que daba al sótano.

Pocos minutos después, Ronald se sentó al lado de Elizabeth. Sacudió su hombro con delicadeza. Los ojos de Elizabeth se abrieron, y se interesó de inmediato por los niños.

-Aún no los he visto -dijo Ronald-, pero traigo buenas noticias. He visto a Samuel Sewall y al reverendo Cotton Mather Creen que podemos conseguir un aplazamiento de la sentencia.

-Gracias a Dios -dijo Elizabeth. Sus ojos centellearon a la luz de la vela.

-Pero debes confesar, y denunciar a quienes sepas en connivencia con el diablo.

-¿Confesar qué?

-Brujería -dijo Ronald, exasperado. Debido al agotamiento y la tensión le costaba mantener bajo control sus emociones.

-No puedo confesar -replicó Elizabeth.

-¿Por qué no? -preguntó Ronald, casi gritando.

-Porque no soy una bruja.

Por un momento, Ronald se quedó mirando a su esposa, mientras apretaba los puños a causa de la frustración.

-No puedo lanzar falsas acusaciones sobre mí -continuó Elizabeth-. No me confesaré culpable de brujería.

La cólera de Ronald estalló. Descargó un puño sobre la palma de su otra mano. Acercó la cara a escasos centímetros de la de Elizabeth.

-¡Confesarás! -exclamó-. Te ordeno que confieses.

-Querido esposo -dijo Elizabeth, sin dejarse intimidar por la ira de Ronald-, ¿te han hablado de la prueba utilizada contra mí?

Ronald se incorporó y lanzó una veloz mirada a Dounton, que estaba escuchando la conversación. Ordenó al carcelero que se alejara. Dounton fue a buscar el cubo que contenía las gachas y prosiguió con su ronda por el sótano.

-Vi la prueba -dijo Ronald, en cuanto William se alejó-.

El reverendo Mather la guarda en su casa.

-Debo de ser culpable de alguna transgresión a la voluntad de Dios. Podría confesarla, si conociera su naturaleza, pero no soy una bruja y no he atormentado a ninguna de esas jóvenes que han testificado contra mí.

-Confiesa para lograr el aplazamiento -rogó Ronald-.

Quiero salvar tu vida.

-No puedo salvar mi vida para perder mi alma. Si me acuso falsamente, serviré a los fines del diablo. Tampoco conozco a otras brujas, por supuesto, y no acusaré a personas inocentes para salvarme.

-¡Debes confesar! -exclamó Ronald-. Si no lo haces, te repudiaré.

-Haz lo que tu conciencia te dicte. No confesaré que soy una bruja porque no lo soy.

-Por favor -suplicó Ronald, cambiando de táctica-. Hazlo por los niños.

-Debemos confiar en el Señor.

-Nos ha abandonado -gimió Ronald; las lágrimas comenzaron a resbalar por su rostro cubierto de polvo.

Elizabeth levantó con dificultad su mano encadenada y la apoyó sobre el hombro de su marido -Valor, mi querido esposo. Los caminos del Señor son inescrutables.

Ronald dejó de lado toda apariencia de control. Se puso de pie de un salto y salió corriendo de la cárcel.

Martes 19 de julio de 1692

Ronald se removió inquieto. Esperaba a un lado de Prison Lane, a poca distancia de la cárcel. El sudor perlaba su frente bajo el ala ancha del sombrero. Era un día caluroso y brumoso, y el silencio preternatural que había caído sobre la ciudad, pese a la multitud expectante, aumentaba la

sensación de opresión. Hasta las gaviotas habían callado. Todo el mundo esperaba a que apareciese el carro.

Una fragilidad emocional se había apoderado de Ronald, cuyos pensamientos parecían paralizados a causa del miedo, la pena y el pánico. No podía imaginar qué habían hecho Elizabeth o él para merecer aquella catástrofe. Por orden de los magistrados se le había prohibido la entrada en la cárcel desde el día anterior, cuando había intentado por última vez convencer a Elizabeth de que colaborara. Ni súplicas ni halagos ni amenazas lograron quebrantar su determinación. No iba a confesar.

Ronald oyó el ruido metálico de las ruedas con llantas de acero al rodar sobre los adoquines del patio. Casi al instante apareció un carro en el que iban cinco mujeres apretujadas.

Aún seguían encadenadas. Detrás del carro caminaba William Dounton, que, ansioso por entregar sus pupilas al verdugo, exhibía una amplia sonrisa.

De la multitud se alzaron gritos de júbilo que pronto dieron paso a una atmósfera similar a la de un carnaval. Los niños, en un arranque de energía, iniciaron sus juegos habituales, mientras los adultos reían y se daban palmadas en la espalda. Iba a ser una fiesta y un día de jolgorio, como casi siempre que tenía lugar una ejecución. Pero para Ronald y los familiares y amigos de las víctimas, sería todo lo contrario.

Advertido por el reverendo Mather, Ronald no se sintió sorprendido ni esperanzado cuando advirtió que Elizabeth no integraba el primer grupo. El pastor le había avisado de que Elizabeth sería ejecutada al final, después de que la muchedumbre hubiera saciado su sed de sangre con las cinco primeras prisioneras. La idea era aminorar el impacto potencial sobre el populacho, en especial sobre aquellos que habían visto u oído hablar de la prueba utilizada contra ella.

Cuando el carro pasó por delante de Ronald, éste escudriñó las caras de las condenadas. Todas parecían derrumbadas y abatidas a causa del trato brutal y la realidad de su futuro inminente. Sólo reconoció a dos de ellas: Rebecca Nurse y Sarah Good. Ambas eran del pueblo de Salem. Las otras procedían de ciudades vecinas. Al ver que una mujer tan piadosa como Rebecca Nurse iba a ser ejecutada, Ronald recordó la sombría advertencia del reverendo Mather en el sentido de que el caso de la brujería en Salem podía írseles de las manos.

Cuando el carro llegó a Essex Street y giró hacia el oeste, la multitud se precipitó detrás. El reverendo Cotton Mather se destacaba entre los presentes, pues era el único que montaba a caballo.

Casi media hora después, Ronald oyó de nuevo el tintineo metálico sobre los adoquines del patio de la prisión. A continuación apareció un segundo carro. Elizabeth iba sentada en la parte posterior, con la cabeza gacha. Debido al peso de los grilletes de hierro no había logrado mantenerse en pie. Cuando el carro pasó por delante de Ronald, Elizabeth no alzó los ojos. Él no la llamó. Ninguno de los dos sabía qué decir.

Ronald siguió el carro a cierta distancia, con la sensación de estar viviendo una pesadilla. Su presencia producía en él sentimientos contradictorios. Deseaba huir y esconderse del mundo, pero al mismo tiempo quería acompañar a Elizabeth hasta el final.

Al oeste de la ciudad de Salem, después de cruzar el Puente de la Ciudad, el carro se desvió de la carretera principal y empezó a ascender la

colina de la Horca. El sendero serpenteaba entre espinos, hasta desembocar en una inhóspita cresta rocosa, sembrada de robles y acacias. El carro de Elizabeth frenó junto al primero, ya vacío.

Ronald se secó el sudor de la frente y avanzó. Delante sólo podía ver el ruidoso gentío congregado en torno de uno de los robles más grandes. Cotton Mather se erguía en su montura detrás de la muchedumbre. Las condenadas esperaban al pie del árbol. Un verdugo encapuchado traído de Boston había atado una soga a una gruesa rama. Había atado un extremo a la base del árbol, en tanto que el otro había sido convertido en un lazo que ahora rodeaba el cuello de Sarah Good. En aquel momento, la mujer se erguía en precario equilibrio sobre el peldaño de una escalerilla apoyada contra el árbol.

Ronald vio que el reverendo Noyes, de la iglesia de la ciudad de Salem, se acercaba a la prisionera. En su mano aferraba una biblia.

-¡Confiesa, bruja! -la conminó el reverendo Noyes.

-Soy tan bruja como tú mago -contestó Sarah.

A continuación, maldijo al pastor, pero Ronald no pudo oír sus palabras, pues un coro de abucheos se elevó de la muchedumbre. Alguien gritó al verdugo que procediera. El verdugo, obediente, propinó a Sarah Good un empujón y la mujer cayo de la escalerilla.

La multitud lanzó gritos de júbilo y exclamó "-¡Muere, bruja!", mientras Sarah Good se debatía inútilmente para liberarse de la cuerda que la estrangulaba. Su rostro adquirió un tono púrpura, y luego se puso negro. En cuanto las contorsiones de la condenada cesaron, el verdugo procedió con las otras, de una en una.

El entusiasmo de la multitud decrecía con cada nueva ejecución. Cuando la última víctima hubo caído de la escalerilla y las primeras fueron bajadas, el populacho había perdido todo interés. Si bien algunas personas se acercaron a ver los cadáveres arrojados a una estrecha fosa común, la mayoría ya había empezado a regresar a la ciudad, donde continuaría el jolgorio.

Entonces llegó el turno de Elizabeth. El verdugo tuvo que ayudarla a subir a lo alto de la escalera, debido al peso excesivo de sus cadenas.

Ronald tragó saliva. Le temblaban las piernas. Quiso lanzar un grito de rabia. Quiso suplicar clemencia. Pero no hizo nada. No podía moverse.

El reverendo Mather lo vio y se acercó.

-Es la voluntad de Dios -sentenció. Calmó a su caballo, que parecía intuir el tormento de Ronald.

Ronald no apartaba los ojos de Elizabeth. Deseó arrojarse sobre el verdugo y matarlo.

-Debe recordar lo que Elizabeth hizo y fabricó, señor Stewart -continuó el reverendo Mather-. Debería agradecer al Señor el que la muerte haya intervenido para salvar nuestra Sión. Recuerde que ha visto la prueba con sus propios ojos.

Ronald consiguió asentir, mientras luchaba en vano por contener las lágrimas. Había visto la prueba. Estaba claro que era obra del diablo.

-Pero ¿por qué? -gritó de repente-. ¿Por qué Elizabeth?

Por un instante Ronald vio que Elizabeth levantaba la vista y lo miraba. Su boca empezó a moverse, como si fuera a hablar, pero antes de que pudiera emitir palabra el verdugo le dio el empujón decisivo. Con Elizabeth el verdugo utilizó una técnica distinta de las anteriores. Había dejado floja la

soga que rodeaba el cuello de Elizabeth. Cuando la mujer cayó de la escalera, su cuerpo se desplomó hasta quedar frenado brusca y mortalmente. Al contrario que las demás víctimas, no se debatió, ni su cara se ennegreció.

Ronald se cubrió el rostro con las manos y lloró.

Martes 12 de julio de 1994

Kimberly Stewart consultó su reloj mientras pasaba por la puerta giratoria y salía del metro a la plaza Harvard de Cambridge, Massachussets. Faltaban unos minutos para las siete de la tarde. Sabía que llegaría a tiempo, a lo sumo con unos pocos minutos de retraso, pero de todos modos se dio prisa.

Se abrió paso entre la multitud agolpada alrededor del quiosco instalado en mitad de la plaza, caminó a buen paso por un corto tramo de Massachussets Avenue y giró a la derecha por Holyoke Street.

Se detuvo para recuperar el aliento delante del edificio del Hasty Pudding Club y lo examinó. Todo lo que sabía del club social de Harvard era que cada año concedía un premio a un actor y a una actriz. El edificio era de ladrillo con adornos blancos, como casi todos los edificios de Harvard. Nunca había estado dentro, si bien albergaba un restaurante público llamado El Mirador del Pudding. Aquélla iba a ser su primera visita.

Una vez que su respiración se normalizó, Kim abrió la puerta y entró, para encontrarse con varios tramos de escalera bastante largos. Cuando llegó ante la jefa de comedor, se encontraba de nuevo sin aliento. Preguntó por el lavabo de señoras.

Mientras Kim luchaba con su espeso y rebelde cabello negro, se dijo que no había motivo para que estuviese nerviosa.

Al fin y al cabo, Stanton Lewis era de la familia. El problema residía en que nunca había llamado en el último momento para decir que “necesitaba” que cenase con él, debido a una “emergencia”

Dejó por imposible su cabello y se presentó de nuevo a la jefa de comedor. Esta vez, anunció que tenía una cita con el señor Stanton Lewis y su esposa.

-Casi todo su grupo ha llegado ya -dijo la jefa de comedor.

Kim siguió a la mujer y cada vez más nerviosa cruzó la parte principal del restaurante. No le gustaba lo que insinuaba la palabra “grupo” Se preguntó quién más vendría a cenar.

La jefa de comedor guió a Kim hasta una terraza enrejada, repleta de comensales. Stanton y su esposa Candice estaban sentados en un rincón.

-Lamento haberme retrasado -dijo Kim cuando llegó a la mesa.

-Pues no te has retrasado ni un segundo -contestó Stanton.

Se levantó y dio a Kim un exagerado abrazo que la dobló hacia atrás. Ella se ruborizó y tuvo la incómoda sensación de que todo el mundo la miraba. En cuanto logró zafarse del abrazo de oso de Stanton, retrocedió hasta la silla que la jefa de comedor le tenía preparada y se sentó, deseando desaparecer.

Kim siempre se sentía muy incómoda en presencia de Stanton. Pese a ser primos, Kim pensaba que cada uno era la antítesis social del otro. Mientras ella se consideraba moderadamente tímida, incluso torpe en ocasiones, él era un ejemplo de confianza en sí mismo, un hombre

sofisticado, decididamente urbanita y provisto de una energía agresiva. Tenía la constitución de un corredor de esquí, se erguía cuan alto era y subyugaba a la gente como el consumado empresario que era. Incluso su esposa, la afable y simpática Candice, conseguía que Kim se sintiera socialmente inepta Kim lanzó una fugaz mirada alrededor y, mientras lo hacía, tropezó con la jefa de comedor, que intentaba extender una servilleta sobre su regazo. Ambas se disculparon al mismo tiempo.

-Relájate, prima -dijo Stanton cuando la jefa de comedor se hubo marchado. Sirvió a Kim una copa de vino blanco-.

Como de costumbre, tan tensa como una cuerda de banjo.

-Si me pides que me relaje sólo conseguirás ponerme más nerviosa -dijo Kim. Tomó un sorbo de vino.

-Mira que eres extraña -bromeó Stanton-. Nunca he podido entender a qué se debe que seas tan tímida, sobre todo si estás sentada con parientes en una sala llena de gente a la que no volverás a ver. Suéltate el pelo.

-No poseo el menor control sobre los caprichos de mi pelo -dijo Kim. Pese a todo, estaba empezando a tranquilizarse-. En cuanto a tu incapacidad para comprender mi cohibición, es muy comprensible. Eres tan seguro de ti mismo que te resulta imposible imaginar la actitud contraria.

-¿Por qué no me concedes una oportunidad de comprenderlo? Te desafío a explicar por qué te sientes incómoda en este preciso momento. Dios mío, mujer, te tiembla la mano.

Kim dejó la copa y puso las manos sobre el regazo.

-Estoy nerviosa, principalmente porque me siento... acelerada. Después de que llamaras esta tarde, apenas tuve tiempo de ducharme, y mucho menos de buscar la indumentaria apropiada. Además, por si te interesa saberlo, mi flequillo está volviéndome loca.

Kim intentó alisarse el cabello sobre la frente.

-Creo que tu vestido es fantástico -dijo Candice.

-No cabe ninguna duda -añadió Stanton-. Kimberly, estás preciosa.

Kim rió.

-Soy lo bastante inteligente para saber que los cumplidos provocados suelen ser falsos.

-Tonterías -replicó Stanton-. La ironía de estas discusiones reside en que eres una mujer sexy y hermosa, aunque siempre actúes como si no lo supieras, lo cual, supongo, te hace más atractiva aún. ¿Cuántos años tienes, veinticinco?

-Veintisiete -rectificó Kim. Bebió un poco más de vino.

-Veintisiete y cada año mejor. -Stanton le dedicó una sonrisa traviesa-. Tienes unos pómulos por los que otras mujeres morirían, la piel como el trasero de un bebé y figura de bailarina, por no mencionar esos ojos color esmeralda que podrían cautivar a una estatua griega.

-La verdad es muy diferente -dijo Kim-. La estructura ósea de mi cara no es nada excepcional, aunque está bien, mi piel apenas se broncea, y eso de la figura de bailarina es como sugerir que soy lisa como una tabla.

-Eres injusta contigo misma -intervino Candice.

-Creo que deberíamos cambiar de tema -dijo Kim-. Hablar de esto no va a relajarme. De hecho, hace que me sienta más incómoda.

-Me disculpo por haber sido tan sinceramente halagador -dijo Stanton, y exhibió de nuevo su sonrisa traviesa-. ¿De qué prefieres hablar?

-¿Qué tal si me explicas por qué mi presencia en esta cena era una emergencia?

Stanton se inclinó hacia ella.

-Necesito tu ayuda.

-¿Mi ayuda? -preguntó Kim. Lanzó una carcajada-. ¿El gran financiero necesita mi ayuda? ¿Es una broma?

-Todo lo contrario. Dentro de unos meses lanzaré una oferta de venta de una de mis empresas de biotecnología, llamada Genetrix.

-No soy inversora. Te has equivocado de pariente.

Ahora le tocó el turno de reír a Stanton.

-No quiero dinero. No, es algo muy diferente. Resulta que hoy he hablado con tía Joyce y. . .

-¡Oh no! -lo interrumpió Kim, nerviosa-. ¿Qué te ha dicho mi madre?

-Mencionó de pasada que acababas de romper con tu novio.

Kim palideció, y volvió a sentirse tan nerviosa como en el momento de entrar en el restaurante.

-Ojalá mi madre no abriera su bocaza -dijo sin poder disimular su irritación.

-Tranquilízate, Joyce no me proporcionó detalles escabrosos.

-Eso da igual. Ha estado pregonando información personal acerca de mí y Brian desde que éramos adolescentes.

-Se limitó a indicar que ese tal Kinnard no era para ti. Con lo cual estoy de acuerdo, si siempre se larga con sus amigos a esquiar y pescar.

-Para mí, son detalles de escasa importancia -protestó Kim-. También es una exageración. La pesca es algo nuevo.

El esquí es una vez al año.

-A decir verdad, apenas escuchaba. Al menos, hasta que me preguntó si podría encontrar a alguien más adecuado para ti.

-¡Santo Dios! -exclamó Kim, cada vez más furiosa-. No puedo creerlo. ¿De veras te pidió que me liaras con alguien?

-No es mi fuerte -admitió Stanton. En su rostro se dibujó una sonrisa de satisfacción-. Pero tuve una revelación. Nada más colgar el auricular supe a quién iba a presentarte.

-No me digas que me has hecho venir para eso -dijo Kim, alarmada. Notó que su pulso se aceleraba-. De haberlo sabido, no habría venido.

-Cálmate. No te pongas nerviosa. Saldrá bien. Confía en -Es demasiado pronto.

-Nunca es demasiado pronto. Recuerda mi lema: hoy es el mañana de ayer.

-Eres imposible, Stanton. No estoy preparada para conocer a nadie, menos con este aspecto.

-Ya te he dicho que tienes un aspecto sensacional. Confía en mí, Edward Armstrong se va a derretir por ti. Un vistazo a esos ojos color esmeralda y sus piernas se convertirán en goma.

-Esto es ridículo -protestó Kim.

-Debo admitir que tengo un motivo ulterior. He intentado implicar a Edward en alguna de mis empresas de biotécnica desde que me convertí en un capitalista audaz. Ahora que Genetrix va a salir a la venta pública, es el momento ideal. La idea es fascinarlo con tu presencia, Kim. Después, tal vez consiga que dé su brazo a torcer. Si su nombre figura en la junta consultiva

Librodot

científica de Genetrix, la oferta inicial puede ser de cuatro o cinco millones. Entretanto, lo haré millonario.

Por un momento, Kim se concentró en su vino sin decir nada. Además del nerviosismo, ahora se sentía tan utilizada como azorada, pero su voz no delató su estado emocional.

Siempre le había costado expresarse en situaciones conflictivas. Como siempre, Stanton la había asombrado con su egoísmo y su indisimulada tendencia a manipular a la gente -Quizá Edward Armstrong no quiera ser millonario -dijo por fin Kim.

-Tonterías -replicó Stanton-. Todo el mundo quiere ser millonario.

-Sé que es difícil para ti entenderlo, pero no todo el mundo piensa igual que tú.

-Edward es un caballero encantador -terció Candice.

-Eso suena sospechosamente igual a concertar una cita a ciegas con una chica y describirla como poseedora de una personalidad encantadora.

Stanton lanzó una risita.

-Puede que seas un caso perdido, prima, pero tienes sentido del humor.

-Lo que quería decir -explicó Candice- es que Edward es una persona considerada, y creo que eso es importante. Al principio me opuse a la idea de Stanton, pero luego pensé que sería estupendo para ti relacionarte con alguien civilizado. Al fin y al cabo, tu relación con Kinnard ha sido bastante tempestuosa. Creo que mereces algo mejor.

Kim no daba crédito a sus oídos. Era evidente que Candice no sabía nada acerca de Kinnard, pero no le llevó la contraria.

-Los problemas entre Kinnard y yo son tan culpa de él como mía.

Kim desvió la vista hacia la puerta. El corazón le latía desbocado. Tuvo ganas de levantarse y huir, pero no podía hacerlo. No era propio de ella comportarse así, pero en aquel momento lo deseó con todas sus fuerzas.

-Edward es mucho más que considerado -dijo Stanton-.

Es un genio.

-¡Oh, fantástico! -repuso con sarcasmo Kim-. No sólo el señor Armstrong me encontrará carente de atractivos, sino que también me considerará aburrida. No es mi especialidad trabar conversación con genios.

-Confía en mí -repitió Stanton-. Os caeréis bien. Tenéis antecedentes comunes. Edward es médico. Fue compañero mío en Harvard. Cuando éramos estudiantes llevamos a cabo muchos experimentos y trabajos de laboratorio, hasta que se marchó en tercero y se doctoró en bioquímica.

-¿Se dedica a la medicina?

-No, a la investigación. Su campo es la química del cerebro, una especialidad muy productiva en la actualidad. Ahora, Edward es la estrella ascendente en este terreno, una celebridad científica que Harvard pudo arrebatar a Stanford. Y hablando del rey de Roma, aquí llega.

Kim se volvió y vio a un hombre alto y corpulento, pero de apariencia juvenil, que se encaminaba a su mesa. Al oír que había sido compañero de clase de Stanton, había calculado que tendría unos cuarenta años, pero su cabello rubio y su rostro bronceado y carente de arrugas hacían que aparentase muchos menos. No tenía la palidez que Kim asociaba con los académicos. Caminaba algo encorvado, como si temiera golpearse la cabeza con alguna viga.

Stanton se levantó al instante y abrazó a Edward con tanto entusiasmo como había dedicado a Kim. Incluso le dio varias palmadas en la espalda, como algunos hombres tienen la costumbre de hacer.

Por un fugaz instante, Kim sintió compasión por Edward.

Observó que se mostraba tan incómodo como ella a causa del exagerado recibimiento de Stanton.

Stanton se encargó de las presentaciones, y Edward estrechó la mano a Kim y a Candice antes de sentarse. Kim reparó en que tenía la piel húmeda y daba la mano de manera tan vacilante como ella. También advirtió que tartamudeaba un poco y tenía la nerviosa costumbre de apartarse el cabello de la frente.

-Lamento muchísimo mi retraso -dijo Edward. Le costaba un poco vocalizar la "T"

-Tal para cual -dijo Stanton-. Mi encantadora, brillante y atractiva prima ha dicho lo mismo cuando ha llegado, hace unos cinco segundos.

Kim sintió que se ruborizaba hasta la raíz de los cabellos.

Iba a ser una velada muy larga. Stanton era incapaz de reprimirse.

-Relájate, Ed -continuó Stanton, mientras le servía una copa de vino-. No has llegado tarde. Dije a eso de las siete.

Eres perfecto.

-Quería decir que me estabais esperando todos -dijo Edward. Sonrió con timidez y levantó la copa como si fuera a brindar.

-Buena idea -dijo Stanton. Aprovechó la oportunidad y alzó su copa-. Permitidme que proponga un brindis. Primero, me gustaría brindar por mi querida prima, Kimberly Stewart. Es la mejor enfermera de cuidados intensivos quirúrgicos del Hospital General de Massachussets. -Stanton miró directamente a Edward, mientras los cuatro levantaban las copas-. Si tienen que repararte las cañerías de la próstata, reza para que Kimberly esté disponible. -¡Es legendaria con el catéter!

-¡Por favor, Stanton! -protestó Kim. -De acuerdo, de acuerdo -dijo Stanton, y extendió la mano izquierda como para tranquilizar a su público-. Volvamos a mi brindis por Kimberly Stewart. Sería una actitud negligente de mi parte si no llamara la atención del grupo sobre su excelente genealogía, que se remonta casi al Mayflower. Eso por parte de padre, claro está. Por parte de madre, sólo hasta la guerra de la independencia, lo cual, debo añadir, implica la rama inferior de mi familia.

-Stanton, todo esto es innecesario -dijo Kim. Se sentía muy mortificada.

-Pero aún hay más -prosiguió Stanton, con la fruición de un discurseador nato-. El primer pariente de Kimberly que se graduó en nuestra querida Harvard lo hizo en 1671. Fue sir Ronald Stewart, fundador de Marítima Ltd., así como de la actual dinastía Stewart. Y tal vez lo más interesante de todo, en tiempos remotos la tatarabuela de Kimberly fue colgada en Salem por bruja. Si eso no es típicamente norteamericano, ya no sé qué lo es.

-Stanton, llegas a ser tan pesado -dijo Kim. Su cólera había superado a su turbación-. No está bien que hables de esas cosas en público.

-¿Por qué no? -preguntó Stanton, y soltó una carcajada.

Miró a Edward-. Los Stewart tienen la ridícula manía de que una historia tan antigua es una mancha en el nombre de la familia.

-Tanto si tú lo consideras ridículo como si no, la gente tiene derecho a que se respeten sus sentimientos -replicó Kim-.

Además, mi madre es la que está más preocupada por el tema, y es tu tía y una antigua Lewis. Mi padre nunca me ha contado nada.

-Sea como sea -dijo Stanton, con un amplio ademán-, yo encuentro la historia fascinante. Me gustaría tener tanta suerte. Es como haber tenido un pariente en el Mayflower o en la barca con que Washington cruzó el Delaware.

-Creo que deberíamos cambiar de tema -dijo Kim.

-De acuerdo -concedió Stanton. Era el único que aún mantenía en alto su copa. El brindis se alargaba-. Lo cual me lleva a Edward Armstrong. Por el más interesante, productivo, creativo e inteligente neuroquímico del mundo, no, del universo. Por un hombre procedente de las calles de Brooklyn, que se pagó de su propio bolsillo los estudios y se encuentra ahora en el pináculo de su carrera. Por un hombre que ya debería estar reservando un billete a Estocolmo, pues está a un paso de recibir el premio Nobel por su trabajo de investigación en neurotransmisores, la memoria y la mecánica quántica.

Stanton alzó su copa y todos lo imitaron. Entrechocaron las copas y bebieron. Cuando Kim dejó la suya sobre la mesa, miró furtivamente a Edward. Comprendió que era tan tímido y vergonzoso como ella.

Stanton dejó su copa vacía sobre la mesa y procedió a llenarla. Echó un vistazo a las demás copas, y luego devolvió la botella al cubo de hielo.

-Ahora que ya os habéis conocido -dijo Stanton-, espero que os enamoréis, os caséis y tengáis muchos hijos maravillosos. Todo cuanto pido a cambio de haber sido el artífice de esta fructífera unión es que Edward acceda a integrarse en la junta consultora científica de Genetrix. -Rió de buena gana, aunque fue el único-. Bien -dijo cuando se recuperó-, ¿dónde demonios está el camarero? -¡Vamos a comer!

El grupo se detuvo fuera del restaurante.

-Podríamos ir a tomar helados a Herrill's, que está al doblar la esquina -sugirió Stanton.

-A mí no me cabe nada más -dijo Kim.

-Ni a mí -coincidió Edward.

-Nunca tomo postre -dijo Candice.

-Entonces, ¿alguien quiere que lo lleve a casa? -preguntó Stanton-. Tengo el coche en el garaje del Holyoke Center.

-Me conformo con mi metro -dijo Kim.

-Mi apartamento está cerca de aquí -dijo Edward.

-Como queráis -contestó Stanton.

Después de prometer a Edward que seguirían en contacto, cogió a Candice del brazo y se encaminaron hacia el garaje.

-¿Puedo acompañarte al metro? -preguntó Edward dirigiéndose a Kim.

-Te lo agradecería -respondió ella.

Se pusieron en camino. Kim intuyó que Edward quería decir algo. Habló antes de que llegaran a la esquina.

-Ha sido una velada muy agradable -dijo, y luchó un poco con la “V” Su leve tartamudeo había regresado-. ¿Te apetece pasear un poco por Harvard Square antes de irte a casa?

-Estupendo. Me encanta la idea.

Caminaron cogidos del brazo hacia aquel complicado nudo formado por Massachussets Avenue, la parte de Harvard Street llamada JFK Drive, y las calles Elliot y Brattle. Pese a su nombre, no era en realidad una plaza, sino

Librodot

una serie de fachadas curvas y zonas abiertas de forma peculiar. Durante las noches de verano, la zona se convertía en un circo espontáneo, casi medieval, de malabaristas, músicos, lectores de poesía, magos y acróbatas.

Era una noche calurosa de verano. Algunos chotacabras cantaban en el cielo oscuro. Se veían incluso algunas estrellas, pese al resplandor de las luces de la ciudad. Kim y Edward recorrieron toda la plaza y se detuvieron unos momentos en la periferia del público atraído por cada artista. Pese a sus respectivos recelos acerca de la velada, finalmente se lo estaban pasando bien.

-Me alegro de haber salido esta noche -comentó Kim.

-Yo también -dijo Edward.

Por fin, se sentaron en un muro bajo de hormigón. A su izquierda, una mujer cantaba una lacrimosa balada. A su derecha, un grupo de entusiastas indios peruanos tocaban sus flautas indígenas.

-Stanton es todo un personaje -dijo Kim.

-No sabía por quién me sentía más avergonzado, si por ti o por mí.

Kim rió. Se había sentido igual de incómoda por el brindis que Stanton había ofrecido a Edward.

-Lo que me asombra de él es que pueda ser tan manipulador y encantador al mismo tiempo -dijo Kim.

-Es curioso que siempre se salga con la suya. Yo no podría hacerlo ni en un millón de años. De hecho, siempre me he sentido lo contrario de Stanton. Lo he envidiado, he deseado poder ser la mitad de seguro. Siempre he sido tímido para la vida social, incluso torpe.

-Igual que yo -admitió Kim-. Siempre he querido ser más segura en la vida social, pero nunca he podido. Desde pequeña he sido tímida. Cuando me encuentro en una reunión social nunca se me ocurre decir lo apropiado en el momento que corresponde. Cinco minutos después, sí, pero siempre es demasiado tarde.

-Tal para cual, como Stanton nos describió. El problema es que él conoce nuestras debilidades y sabe cómo avergonzarnos. Cada vez que dice eso de que estoy a “un paso” del premio Nobel, quisiera desaparecer.

-Pido disculpas en nombre de mi familia. Al menos, no es mezquino.

-¿Qué parentesco tenéis?

-Somos primos. Mi madre es la hermana del padre de Stanton.

-Yo también debería disculparme. No tendría que haber hablado mal de Stanton. Fuimos compañeros en la facultad de medicina. Yo lo ayudaba en el laboratorio, y él me ayudaba en las fiestas. Formamos un equipo fantástico. Somos amigos desde entonces.

-¿Cómo es que no te has asociado con él en alguna de sus aventuras comerciales?

-Nunca me han interesado. Me gusta el ambiente académico, donde lo que se busca es conocimiento por el puro placer de aprender más. No es que esté en contra de la ciencia aplicada, pero me resulta menos atractiva. En algunos aspectos, la investigación y la industria son contrapuestas, sobre todo en lo relativo al secretismo exigido en la industria.

La libre comunicación es la savia de la ciencia; el secretismo es su ruina.

-Stanton dice que podría hacerte millonario.

Edward rió.

Librodot

-¿Y en qué cambiaría eso mi vida? Ya hago lo que me gusta: una combinación de investigación y enseñanza. Inyectar un millón de dólares en mi vida sólo complicaría las cosas y crearía malestar. Soy feliz así.

-Intenté insinuárselo a Stanton, pero no me escuchó. Es muy cabezota.

-Pero encantador y divertido, pese a todo. Aquel brindis interminable por mí fue una exageración, pero ¿y el tuyo?

¿Es verdad que tu familia se remonta a la América del siglo XVII?

-Pues sí.

-Fascinante. Y también impresionante. Yo tendría suerte si pudiera remontarme a dos generaciones atrás, y supongo que sería bastante embarazoso.

-Es aún más impresionante pagarse los estudios y triunfar en una carrera difícil. Y por propia iniciativa. Yo nací Stewart. No me costó el menor esfuerzo.

-La historia sobre tu antepasada de Salem, ¿también es cierta?

-Sí -respondió Kim-, pero no me gusta hablar de ello.

-Lo siento mucho -dijo Edward. Su tartamudeo reapareció-. Perdóname, por favor. Sé que ya da igual, pero no tendría que haber mencionado el tema.

Kim sacudió la cabeza.

-Ahora soy yo quien lo siente, por hacerte sentir incómodo -dijo-. Supongo que mi reacción ante el episodio de Salem es estúpida, y si quieres que te diga la verdad, ni siquiera sé por qué me turba. Debe de ser a causa de mi madre. Me metió en la cabeza que no debía hablar de ello. Sé que lo considera una desgracia familiar.

-Pero sucedió hace más de trescientos años.

-Tienes razón. -Kim se encogió de hombros-. Es un poco absurdo.

-¿Conoces bien el episodio?

-Los datos básicos, supongo, como todos los habitantes de Estados Unidos.

-Es curioso, pero yo sé más que la mayoría de la gente. La editorial de la Universidad de Harvard publicó un libro sobre el tema, escrito por dos historiadores de talento. Se llama Las poseídas de Salem. Uno de mis estudiantes insistió en que lo leyera, porque había ganado un premio de historia. Lo leí, y me quedé intrigado. ¿Quieres que te lo preste?

-Sería estupendo -dijo Kim, sólo por educación.

-Hablo en serio. Te gustará, y quizá cambie tu forma de pensar acerca del tema. Los aspectos sociales, políticos y religiosos son fascinantes. Aprendí mucho más de lo que esperaba.

Por ejemplo, ¿sabías que algunos años después de los juicios cierto número de miembros del jurado, e incluso de jueces, se retractaron públicamente y hasta pidieron perdón, cuando se dieron cuenta de que había sido ejecutada gente inocente?

-Vaya -dijo Kim, sólo por educación una vez más.

-Pero el hecho de que hubieran ahorcado a gente inocente no fue lo que más despertó mi interés. Ya sabes que un libro conduce a otro. Bien, leí otro libro llamado Venenos del pasado, el cual sostenía una teoría de lo más interesante, sobre todo para un neurocientífico como yo. Insinuaba que al menos algunas de las jóvenes de Salem que sufrían extraños “ataques”, y que habían acusado a otras personas de brujería, habían sido envenenadas. El presunto culpable es el cornezuelo del centeno, que procede de un moho

Librodot

llamado Claviceps purpúrea. El Claviceps es un hongo que suele crecer en el grano, sobre todo en el centeno.

Pese al desinterés condicionado de Kim hacia el tema, Edward había logrado su atención.

-¿Envenenadas por cornezuelo? -preguntó-. ¿Cuál es su efecto?

-¡Uf! -Edward puso los ojos en blanco-. ¿Te acuerdas de la canción de los Beatles Lucy in the Sky with Diamonds?

Bien, debió de ser algo similar, porque el cornezuelo contiene ácido lisérgido, principal ingrediente del LSD.

-¿Quieres decir que experimentaban alucinaciones y visiones?

-Ésa es la idea. El envenenamiento por cornezuelo causa una reacción gangrenosa que puede resultar fatal a los pocos minutos, o bien una reacción convulsiva y alucinógena. En Salem, habría sido la convulsiva y alucinógena, más decantada hacia el aspecto alucinógeno.

-Una teoría muy interesante. Hasta podría interesar a mi madre. Si conociese esa explicación quizá cambiaría de opinión sobre nuestra antepasada. Sería difícil echarle la culpa, dadas las circunstancias.

-Eso pensaba yo, si bien la historia no puede acabar ahí.

El cornezuelo debió de ser la mecha que encendió el fuego, pero una vez iniciado, fue imparable. A juzgar por lo que he leído, ciertas personas explotaron la situación por motivos sociales y económicos, aunque no fueran conscientes de ellos necesariamente.

-Me has picado la curiosidad. En cierto modo me arrepiento de no haber tenido nunca la curiosidad suficiente para leer otra cosa sobre los juicios de Salem que lo poco que me enseñaron en la escuela secundaria. Debería sentirme particularmente avergonzada, pues la propiedad de mi antepasada ejecutada sigue en poder de la familia. De hecho, debido a una pequeña disputa entre mi padre y mi fallecido abuelo, mi hermano y yo la heredamos este año.

-¡Santo cielo! ¿Me estás diciendo que tu familia ha conservado la tierra durante trescientos años?

-Bien, toda no. La zona inicial incluía terrenos de lo que hoy son Beverly, Danvers y Peabody, y también Salem. La parte de Salem de la propiedad sólo es un fragmento de lo que había sido. De todos modos, la extensión es considerable. No estoy segura del número exacto de hectáreas, pero son bastantes.

-Aun así es extraordinario. Todo lo que mi padre me dejó en herencia fue su dentadura postiza y unas cuantas herramientas de albañilería. Pensar que puedes caminar sobre una tierra que tus parientes del siglo XVII pisaron me deja anonadado. Creía que esa clase de experiencia estaba reservada a la realeza europea.

-Puedo hacer algo mejor que caminar sobre la tierra. Puedo entrar en la casa. La casa antigua aún sigue en pie.

-Apuesto a que la casa antigua posee valor histórico.

-Tanto el Instituto Peabody-Essex de Salem como la Sociedad para la Conservación de las Reliquias de Nueva Inglaterra, de Boston, han expresado interés en comprarla, pero mi madre es contraria a la idea. Creo que tiene miedo de que salga a relucir el asunto de la brujería.

-Qué pena -suspiró Edward. De nuevo, reapareció su leve tartamudeo.

Kim lo miró. Daba la impresión de estar nervioso, mientras fingía contemplar a los músicos peruanos.

Librodot

-¿Ocurre algo? -preguntó Kim, que intuía la inquietud de Edward.

-No -contestó él con un tono demasiado enérgico. Reflexionó un instante-. Lo siento, y ya sé que no debería preguntarlo, y tú has de negarte si no te parece conveniente. Es decir, lo comprenderé.

-¿A qué te refieres? -preguntó Kim con cierta aprehensión.

-Es por esos libros que leí. Quiero decir que me gustaría ver esa casa antigua. Sé que es impertinente por mi parte pedírtelo.

-Me encantaría enseñártela -dijo aliviada Kim-. Esta semana tengo el sábado libre. Si te parece bien, podríamos ir.

Pediré las llaves a los abogados.

-¿No supondrá demasiadas molestias para ti?

-En absoluto.

-El sábado me va de perlas. A cambio, ¿te apetece ir a cenar el viernes por la noche?

-Acepto -dijo Kim con una sonrisa-. Ahora será mejor que vuelva a casa. El turno de las siete y media empieza espantosamente temprano.

Bajaron del muro de cemento y caminaron hacia la entrada del metro.

-¿Dónde vives? -preguntó Edward.

-En Beacon Hill.

-Me han dicho que es un barrio estupendo.

-Está cerca del hospital, y tengo un gran apartamento. Por desgracia, tendré que mudarme en septiembre, porque mi compañera de piso va a casarse y ella es la inquilina titular.

-Yo tengo un problema parecido. Vivo en un apartamento encantador, en el tercer piso de una casa particular, pero los propietarios van a tener un niño y necesitan el espacio. Por lo tanto, en septiembre también he de salir.

-Lo siento.

-No hay para tanto. Hace años que tengo la intención de trasladarme, pero lo he ido retrasando.

-¿Dónde está el apartamento?

-Muy cerca. Se puede ir a pie. -Edward vaciló-. ¿Quieres venir a verlo?

-Quizá otra noche. Como ya te he dicho, madrugo bastante.

Llegaron a la entrada del metro. Kim se volvió y contempló los ojos azul pálido de Edward. Le gustó lo que vio en ellos. Revelaban sensibilidad.

-Quiero felicitarte por haberme pedido ir a ver la casa antigua -dijo Kim-. Sé que no ha sido fácil para ti, y lo sé porque para mí también habría sido difícil. De hecho, es probable que no me hubiera atrevido.

Edward se ruborizó. Después, lanzó una risita.

-Yo no soy Stanton Lewis, desde luego. La verdad es que puedo ser torpe de verdad.

-Creo que en ese aspecto somos iguales. Sin embargo, me parece que te desenvuelves mejor en sociedad de lo que piensas.

-Gracias. Me haces sentir relajado, y como acabamos de conocernos, me parece algo importante.

-El sentimiento es mutuo.

Se estrecharon la mano. Después, Kim se volvió y corrió hacia la entrada del metro.

Sábado 16 de julio de 1994

Edward aparcó en doble fila en Beacon Street, frente al Boston Commons, y entró corriendo en el vestíbulo del edificio de Kim. Después de pulsar el timbre, vigiló si aparecía algún guardia de tráfico. Conocía su reputación por experiencia propia.

-Lamento haberte hecho esperar -dijo Kim cuando apareció.

Iba vestida con unos pantalones cortos color caqui y una sencilla camisa blanca. Llevaba la abundante cabellera recogida en una cola de caballo.

-Lamento haber llegado tarde -contestó Edward. Como si se hubieran puesto de acuerdo, los dos se habían vestido de manera informal-. Tuve que pasar por el laboratorio.

Se miraron por un instante, y después se echaron a reír.

-Somos demasiado -dijo Kim.

-No puedo evitarlo -rió Edward-. Siempre estoy pidiendo perdón. Incluso cuando está injustificado. Es ridículo, pero ¿sabes una cosa? Ni siquiera era consciente de ello, hasta que tú me lo señalaste la noche de la cena.

-Me di cuenta porque tengo la misma costumbre. Pensé en ello después de que me acompañases a casa anoche. Creo que es consecuencia de sentirse demasiado responsable.

-Puede que tengas razón. Cuando era joven pensaba que siempre que algo salía mal o alguien se enfadaba, era por mi culpa.

-Las similitudes son aterradoras -dijo Kim con una son risa.

Subieron al Saab de Edward y se dirigieron hacia la salida norte de la ciudad. La mañana era clara y despejada, y pese a ser temprano el sol ya daba indicios de su poderío veraniego.

Kim bajó la ventanilla del asiento del pasajero y sacó el brazo.

-Me da la impresión de que son unas minivacaciones -dijo.

-Sobre todo para mí -convino Edward-. Me avergüenza admitirlo, pero suelo pasar casi todos los días en el laboratorio.

-¿Los fines de semana también?

-Siete días a la semana -respondió él-. Me entero de que es domingo porque casi no hay nadie. Creo que soy un tipo muy aburrido.

-Yo diría que te entregas a lo que te interesa. También diría que eres muy considerado. Las flores que me has enviado cada día son fantásticas, pero no estoy acostumbrada a esas galanterías, y no las merezco, desde luego.

-Oh, no es nada.

Kim percibió su intranquilidad. Se apartó el cabello de la frente varias veces.

-Para mí sí es algo. Quiero darte las gracias de nuevo.

-¿Te costó mucho conseguir las llaves de la casa antigua?

-preguntó Edward, para cambiar de tema.

Kim negó con la cabeza.

-Nada. Ayer, después de salir del trabajo fui a ver a los abogados.

Se dirigieron al norte por la carretera 93, y después tomaron el desvío hacia el este por la I28. Había poco tráfico.

-Disfruté mucho nuestra cena de anoche -dijo Edward.

-Yo también -contestó Kim-. Gracias. Sin embargo, cuando esta mañana me di cuenta de que monopolicé la conversación, tuve deseos de disculparme. Creo que hablé demasiado sobre mí y mi familia.

-Ya empezamos a pedir perdón otra vez.

Kim se golpeó el muslo, a modo de castigo burlón.

-Temo que soy un caso desesperado -dijo, y soltó una carcajada.

-Además, tendría que ser yo quien pidiese disculpas. Fue culpa mía, porque te bombardeé sin piedad con preguntas que tal vez eran demasiado personales.

-No me ofendiste en absoluto. Sólo espero no haberte asustado cuando hablé de aquellos ataques de angustia que me daban cuando entré en la universidad.

-¡Por favor! -Edward rió-. Creo que todos los padecemos, especialmente quienes tendemos a ser compulsivos, como los médicos. En la universidad sufría ataques de ansiedad antes de cada examen, aunque nunca tuve problemas con las notas.

-De todos modos, creo que los míos no eran normales.

Durante un tiempo hasta me costó conducir un coche, porque tenía miedo de chocar con otro mientras me dominaba ese estado de ánimo.

-¿Tomabas algo para controlarlo?

-Xanax, pero lo dejé enseguida.

-¿Probaste alguna vez el Prozac, cuando salió al mercado?

Kim se volvió y miró a Edward.

-¡Jamás! ¿Por qué iba a tomar Prozac?

-Acabas de decir que padecías angustia y timidez. El Prozac te habría ayudado a superar ambas.

-Nunca me sugirieron el Prozac, y aunque lo hubieran hecho no lo habría tomado. No estoy a favor de utilizar fármacos para defectos sin importancia de la personalidad, como la timidez. Creo que los fármacos deberían reservarse para problemas graves, no para pequeñas dificultades cotidianas.

-Lo siento -dijo Edward-. No pretendía ofenderte.

-No me has ofendido, pero estoy absolutamente en contra. Como enfermera, me encuentro con demasiada gente que toma demasiados fármacos. Las compañías farmacéuticas intentan convencernos de que existe una píldora para cada problema.

-En general, estoy de acuerdo contigo, pero como neurocientífico, considero que el comportamiento y el estado de ánimo son de origen bioquímico, y he cambiado mi actitud hacia los fármacos psicotrópicos limpios.

-¿Qué se supone que es un “fármaco limpio”?

-Uno que deja pocas o ninguna secuela.

-Todos los fármacos producen secuelas.

-Supongo que es verdad, pero algunas secuelas son mínimas y suponen un riesgo aceptable en relación con las ventajas potenciales.

-Imagino que es el punto crucial del argumento filosófico.

-Ah, eso me recuerda que te he traído los dos libros que te prometí. -Extendió la mano hacia el asiento trasero, cogió los libros y los depositó sobre el regazo de Kim.

Ella los hojeó y se quejó en broma de que no había ilustraciones. Edward rió.

-Busqué a tu antepasada en el que trata acerca de los juicios por brujería en Salem -dijo Edward-, pero en el índice no consta ninguna

Elizabeth Stewart. ¿Estás segura de que la ejecutaron? Los autores llevaron a cabo una investigación exhaustiva.

-Por lo que yo sé, sí. -Kim repasó el índice de Las poseídas de Salem. No encontró ningún Stewart.

Al cabo de media hora, entraron en Salem. Pasaron por delante de la Casa de la Bruja. El interés de Edward se despertó de inmediato, y detuvo el coche en la cuneta.

-¿Qué es eso? -preguntó.

-La llaman la Casa de la Bruja -respondió Kim-. Es una de las principales atracciones turísticas de la zona.

-¿De veras es del siglo XVII, o se trata de una reproducción al estilo Disneylandia? -preguntó Edward mientras contemplaba el antiguo edificio.

-Es auténtica. Continúa en su emplazamiento original, además. Hay otra casa del siglo XVII cerca del Instituto Peabody-Essex, pero fue trasladada desde otro sitio.

-Es fantástica -dijo Edward.

El edificio poseía una estética de libro de cuentos ilustrado. La forma en que sobresalía la planta superior, así como los cristales en forma de diamante, lo fascinaron.

-Llamarla "fantástica" te define -dijo Kim con una sonrisa-. Prefiero calificarla de pavorosa.

-De acuerdo -admitió Edward-. Es pavorosa.

-También se parece de una forma sorprendente al caserón que voy a enseñarte en el terreno de la familia Stewart, pero en rigor no debería llamarse así porque en ella no vivió ninguna bruja. Era la residencia de Jonathan Corwin, uno de los magistrados que se encargó de los primeros juicios.

-Su nombre aparece en Las poseídas de Salem. Cuando ves el lugar auténtico, es como si la historia cobrara vida. -Se volvió hacia Kim-. ¿Está muy lejos el terreno de los Stewart?

-No mucho. Unos diez minutos, a lo sumo.

-¿Has desayunado?

-Un poco de zumo y fruta.

-¿Qué te parece si paramos a tomar café y una rosquilla?

-Estupendo.

Como era temprano y la mayoría de los turistas aún tenía que llegar, no les costó nada encontrar aparcamiento en Salem. Al otro lado de la calle había una cafetería. Después, pasearon por el centro de la ciudad, echaron un vistazo al Museo de las Brujas y a otras atracciones turísticas. Mientras caminaban por la zona peatonal de Essex Street se fijaron en la cantidad de tiendas y puestos ambulantes que vendían recuerdos relacionados con la brujería.

-Los juicios por brujería desencadenaron toda una industria -comentó Edward-. Temo que es un poco abusivo.

-Trivializa lo ocurrido -dijo Kim-, pero es como un testamento de su atracción. Todo el mundo lo considera fascinante.

Mientras paseaban por el centro de servicios al visitante del Parque Nacional, Kim topó con una completa biblioteca de libros y folletos sobre los juicios.

-No tenía ni idea de que hubiera tanta literatura disponible -dijo.

Librodot

Tras curiosear unos minutos, compró varios libros. Explicó a Edward que, en cuanto se interesaba por algo, se entregaba en cuerpo y alma.

Volvieron al coche, tomaron North Street, pasaron de nuevo ante la Casa de la Bruja y doblaron por Orne Road. Al pasar por delante del cementerio de Greenlawn, Kim comentó que en otro tiempo había formado parte del terreno de los Stewart.

Kim indicó a Edward que se desviara a la derecha, por un camino de tierra. Mientras traqueteaban hacia su destino, Edward se vio obligado a luchar con el volante. Era imposible evitar todos los baches.

-¿Estás segura de que vamos bien? -preguntó.

-Por completo.

Al cabo de varias curvas, divisaron una impresionante puerta de hierro forjado. La puerta colgaba de enormes montantes tallados toscamente en bloques de granito. Una verja de hierro alta, coronada por púas afiladas, desaparecía en el espeso bosque que crecía a ambos lados de la carretera.

-¿Es esto? -preguntó Edward.

-Sí -contestó Kim, mientras bajaba del coche.

-Bastante impresionante -comentó Edward, en tanto Kim se esforzaba por abrir el pesado candado que protegía la puerta-. Y muy poco atractivo.

-Una manía de la época -contestó Kim-. La gente pudiente deseaba proyectar una imagen señorial. -Sacó el candado y abrió la puerta. Los goznes chirriaron.

La joven volvió al coche y dejaron atrás la puerta. Al cabo de unas cuantas curvas más, el camino desembocó en un amplio prado. Edward frenó.

-Santo Dios -exclamó-. Ahora comprendo por qué la llamaste señorial.

Dominando el prado, se alzaba una enorme mansión de piedra, con múltiples plantas, provista de torrecillas, almenas y aspilleras. El tejado estaba inclinado, sembrado de adornos caprichosos y gabletes rematados por florones. Por todos los lados del edificio surgían chimeneas, cubiertas de malas hierbas.

-Una interesante mezcla de estilos -dijo Edward-. Parte castillo medieval, parte mansión Tudor, parte castillo francés.

Asombroso.

-La familia siempre se ha referido a ella como el castillo -explicó Kim.

-No me extraña. Cuando lo describiste como un lugar enorme y lleno de rincones, no imaginé que pudiese tener este aspecto. Sería más propio de Newport, con los Rompientes.

-En la orilla norte de Boston todavía quedan algunas de estas casas enormes. Algunas han sido derruidas, por supuesto. Otras han sido convertidas en urbanizaciones, pero el mercado anda flojo en este momento. Ahora comprenderás por qué significa un engorro para mí y mi hermano.

-¿Dónde está la casa antigua?

Kim señaló a su derecha. A lo lejos, Edward divisó un edificio pardo oscuro, medio oculto en un bosquecillo de abedules.

-¿Qué es ese edificio de piedra que hay a la izquierda?

-preguntó él.

-Antes era un molino -contestó Kim-, pero hace unos doscientos años lo transformaron en caballerizas.

-Es sorprendente que te tomes todo esto con tanta naturalidad -dijo Edward-. Para mí, cualquier cosa que sobrepase los cincuenta años es una

reliquia. -Puso en marcha el coche, pero frenó a los pocos segundos. Tenía delante un muro de piedra invadido por la maleza-. ¿Qué es esto? -preguntó, y señaló el muro.

-El antiguo cementerio de la familia -respondió Kim.

-No bromees. ¿Podemos echar un vistazo?

-Por supuesto.

Salieron del coche y saltaron el muro. Era imposible utilizar la entrada, porque estaba bloqueada por un espeso matorral de zarzamoras.

-Hay muchas lápidas rotas. De hace poco -dijo Edward.

Cogió un fragmento de mármol.

-Vandalismo -dijo Kim-. No podemos hacer gran cosa, porque el lugar está abandonado.

-Es una pena -se lamentó Edward. Miró la fecha. 1843. El nombre era Nathaniel Stewart.

-La familia utilizó esta parcela hasta mediados del siglo pasado -explicó Kim.

Pasearon lentamente por el cementerio invadido de maleza. Cuanto más se adentraban, más sencillas y antiguas eran las lápidas.

-¿Ronald Stewart está aquí? -preguntó Edward.

-Sí -respondió Kim, y lo guió hasta una sencilla lápida redondeada, grabada con una calavera y dos tibias cruzadas. La inscripción rezaba: “Aquí yace el cuerpo de Ronald Stewart, hijo de John y Lydia Stewart, fallecido a los 81 años, el 1 de octubre de 1734”

-Ochenta y un años -musitó Edward-. Un tipo saludable.

Para alcanzar una edad tan avanzada, debió de ser lo bastante listo para mantenerse alejado de los médicos. En aquel tiempo, cuando depositaban toda su confianza en las sangrías y la farmacopea primitiva, los médicos eran tan mortíferos como la mayor parte de las enfermedades.

Al lado de la tumba de Ronald se encontraba la de Rebecca Stewart. La lápida proclamaba que era la esposa de Ronald.

-Supongo que volvió a casarse -dijo Kim.

-¿Elizabeth está enterrada aquí? -preguntó Edward.

-No lo sé. Nadie me ha enseñado nunca la tumba.

-¿Estás segura de que esta Elizabeth existió?

-Creo que sí, pero no puedo jurarlo.

-Vamos a ver si la encontramos -propuso Edward-. Debería de estar cerca.

Investigaron en silencio durante unos minutos, cada uno por un lado.

-¡Edward! -llamó Kim.

-¿La has encontrado?

-Más o menos.

Edward se reunió con ella. Kim estaba mirando una lápida similar en diseño a la de Ronald. Pertenecía a Jonathan Stewart, quien, según estaba escrito, había sido hijo de Ronald y Elizabeth Stewart.

-Al menos, sabemos que existió -comentó Kim.

Buscaron durante otra media hora, pero sin éxito. Por fin, se rindieron y regresaron al coche. Pocos minutos después, frenaban ante la casa antigua. Los dos salieron.

-No bromeabas cuando asegurabas que parecía la Casa de la Bruja -dijo Edward-. Tiene la misma enorme chimenea central, el mismo tejado de

dos aguas inclinado, las mismas tablas de chilla y los mismos cristales en forma de diamante.

Lo más curioso es que la planta superior sobresale. Me pregunto por qué lo habrán hecho así.

-Creo que nadie lo sabe con seguridad. La casa Ward, del Instituto Peabody-Essex, tiene las mismas características.

-Los pinjantes que hay debajo del saliente son mucho más decorativos que los de la Casa de la Bruja.

-El que los hizo era muy hábil.

-Es una casa encantadora -dijo Edward-. Tiene mucha más clase que el castillo.

Pasearon con parsimonia alrededor del antiguo edificio y se fijaron en los detalles. En la parte posterior, Edward reparó en una construcción más pequeña. Preguntó si era tan vieja como la casa.

-Creo que sí -contestó Kim-. Me dijeron que era para los animales.

-Un establo en miniatura.

Regresaron a la puerta principal; Kim tuvo que probar varias llaves hasta encontrar la que abría la puerta. Cuando la abrió, rechinó como la verja de entrada a la propiedad.

-Tiene todo el aspecto de una casa encantada -comentó Edward.

-No digas eso -protestó Kim.

-No me dirás que crees en fantasmas.

-Dejémoslo en que los respeto -dijo Kim con una sonrisa-. Tú primero.

Edward pasó a un pequeño vestíbulo. Delante, se veía un tramo de escalera que caracoleaba hasta perderse de vista.

Había sendas puertas a ambos lados. La de la derecha conducía a la cocina, la de la izquierda al salón.

-¿Adónde vamos primero? -preguntó Edward.

-Tú diriges la expedición -respondió Kim.

-Vamos al salón.

El salón estaba dominado por un gigantesco hogar de dos metros de anchura. Muebles coloniales, herramientas de jardinería y otros objetos estaban diseminados por la estancia.

El mueble más interesante era una cama con dosel. Aún conservaba restos de sus colgaduras primitivas.

Edward se acercó al hogar y miró por el cañón.

-Todavía funciona -dijo. Después, echó un vistazo a la pared que se alzaba sobre la repisa. Retrocedió y volvió a examinarla-. ¿Ves ese tenue rectángulo? -preguntó.

Kim se acercó a donde él estaba, en el centro del salón, y contempló la pared.

-Ya lo veo -dijo-. Da la impresión de que antes colgaba un cuadro.

-Lo mismo pienso yo. -Edward se humedeció la yema del dedo y trató de borrar la marca. No pudo-. Debió de estar colgado mucho tiempo para que el humo dejara esa marca.

Salieron del salón y subieron por la escalera. En lo alto había un pequeño estudio, construido sobre el vestíbulo delantero. Sobre el salón y la cocina había dormitorios, cada uno con su correspondiente hogar. Todo su mobiliario consistía en unas cuantas camas y una rueca.

Kim y Edward regresaron a la cocina de la primera planta y se quedaron asombrados al ver el tamaño de la chimenea.

Edward calculó que debía de medir unos tres metros de anchura. A la izquierda había una cadena para sostener ollas, a la derecha un horno. Incluso había algunas ollas, sartenes y potes.

-¿Te imaginas cocinar aquí? -dijo Edward.

-Ni en un millón de años -replicó Kim-. Ya tengo bastantes problemas en una cocina moderna.

-Las mujeres coloniales debían de ser unas expertas en cuidar del fuego -comentó él. Echó un vistazo al interior del horno-. Me pregunto cómo calculaban la temperatura. Es fundamental cuando se hornea pan.

Pasaron por una puerta que conducía a la zona anexa de la casa. Se quedaron sorprendidos al descubrir una segunda cocina.

-Creo que la utilizaban durante el verano -explicó Kim-.

Habría hecho demasiado calor si hubieran encendido ese enorme hogar.

-Buena observación.

Volvieron a la parte principal de la casa y Edward se detuvo en el centro de la cocina, mientras se mordisqueaba el labio inferior. Kim la observó. Adivinó que estaba pensando en algo.

-¿Qué pasa por tu cabeza? -preguntó.

-¿Has pensado alguna vez en vivir aquí?

-No, la verdad. Sería como vivir en una tienda de campaña.

-No me refiero a vivir aquí tal como está ahora. Costaría poco cambiarla.

-¿Te refieres a renovarla? Sería una vergüenza destruir su valor histórico.

-Estoy completamente de acuerdo, pero no sería necesario. Podrías hacer una cocina y un baño modernos en la zona anexa de la casa, que además es posterior. No estropearías la integridad de la parte principal.

-¿De veras lo crees?

Kim paseó la vista alrededor. No cabía duda de que era una vivienda encantadora, y decorarla sería todo un desafío, y divertido por añadidura.

-Además -siguió Edward-, has de dejar tu actual apartamento. Es una pena que esto siga deshabitado. Tarde o temprano, entrarán gamberros y con toda seguridad harán destrozos.

Kim y Edward dieron otro paseo por el edificio, imaginando cómo convertirlo en un lugar habitable. Edward se entusiasmaba cada vez más, y Kim descubrió que la idea empezaba a atraerle.

-Sería una excelente oportunidad de encontrar tus raíces -dijo Edward-. Yo lo haría sin dudarlo.

-Lo consultaré con la almohada -dijo por fin Kim-. Es una idea fascinante, pero tendré que hablar con mi hermano.

Al fin y al cabo, somos copropietarios.

-Hay algo que me desconcierta. -Edward paseó la vista alrededor de la cocina por tercera vez-. Me pregunto dónde guardaban la comida.

-Imagino que en el sótano -dijo Kim.

-No creía que lo hubiera. Busqué a propósito una entrada cuando recorrimos la casa nada más llegar, pero no vi ninguna, ni tampoco escaleras que bajaran.

Kim pasó ante la larga mesa de caballete y apartó una gruesa esterilla de sisal.

-Se accede mediante esta trampilla -dijo.

Se agachó, pasó un dedo por un agujero practicado en el suelo y abrió la trampilla. La apoyó sobre el suelo. Una escalerilla se hundió en la oscuridad.

-Me acuerdo muy bien -agregó- porque una vez, cuando éramos pequeños, mi hermano amenazó con encerrarme en el sótano. Estaba fascinado por la trampilla.

-Un hermano encantador. No me extraña que te diera miedo quedar encerrada. Habría aterrorizado a cualquiera -dijo Edward.

Se agachó y trató de escudriñar el sótano, pero sólo distinguió una pequeña parte.

-No tenía intención de hacerlo -dijo Kim-. Sólo bromeaba. De hecho, no debíamos estar aquí, y sabía que yo ya estaba asustada. Ya sabes que a los chicos les gusta asustarse mutuamente.

-Tengo una linterna en el coche -dijo Edward-. Voy por ella.

Edward volvió con la linterna y bajó la escalera. Al llegar al suelo, levantó la vista y preguntó a Kim si iba a bajar.

-¿Es preciso? -preguntó ella, medio en broma. Bajó y se quedó a su lado.

-Frío, húmedo y mohoso -susurró Edward.

-Bien dicho -comentó Kim-. ¿Qué vamos a hacer?

El sótano era pequeño. Sólo abarcaba la zona situada debajo de la cocina. Las paredes eran de piedra con un poco de mortero. El suelo era de tierra. Una serie de recipientes con los costados de piedra o madera se alineaban contra la pared del fondo. Edward se acercó y dirigió el haz de luz hacia varios de ellos. Kim no se apartaba de su lado.

-Tenías razón -dijo Edward-. Aquí se guardaba la comida.

-¿Qué clase de comida podía ser?

-Manzanas, maíz, harina y centeno. Quizá también productos lácteos. El tocino debían de colgarlo en la zona anexa.

-Interesante -dijo Kim, sin el menor entusiasmo-. ¿Ya has visto bastante?

Edward se inclinó sobre uno de los recipientes y rascó un poco de la tierra amontonada. La palpó entre sus dedos.

-La tierra está húmeda -dijo-. No soy botánico, pero apuesto que sería estupenda para cultivar Claviceps purpúrea.

Intrigada, Kim preguntó si sería posible demostrarlo.

Edward se encogió de hombros.

-Es posible -dijo-. Supongo que todo dependería de si pudieran encontrarse esporas de Claviceps. Si cogiéramos algunas muestras, se las llevaría a un amigo botánico para que les echara un vistazo.

-Imagino que podríamos encontrar algún recipiente en el castillo -sugirió Kim.

-Vamos a ello.

Salieron de la casa antigua y se dirigieron hacia el castillo.

Como el día era espléndido, fueron andando. La hierba les llegaba a la altura de las rodillas. Saltamontes y otros insectos inofensivos revoloteaban a su alrededor.

-De vez en cuando, veo agua entre los árboles -observó Edward.

-Es el río Danvers -dijo Kim-. Hubo un tiempo en que la propiedad llegaba al borde del agua.

Cuanto más se acercaban al castillo, más impresionado se sentía Edward por el edificio.

-Este lugar es aún más grande de lo que pensaba -dijo-. Si hasta tiene un foso falso.

-Me dijeron que se inspiraron en el de Chambord, en Francia -dijo Kim-. Tiene forma de U, con aposentos para invitados en un ala y los criados en otra.

Cruzaron el puente que salvaba el foso seco. Mientras Edward admiraba los detalles góticos de la puerta, Kim fue probando las llaves, al igual que había hecho en la casa antigua.

Del llavero pendía una docena de llaves. Por fin, una abrió la puerta.

Cruzaron un vestíbulo de entrada con paneles de roble y después pasaron por debajo de un arco que daba acceso al gran salón. Era una estancia de tamaño natural, con un techo de dos plantas y chimeneas góticas en cada extremo. En la pared del fondo, entre ventanales dignos de una catedral, ascendía una gran escalera. En lo alto, un rosetón bañaba la sala con una luz pálida y amarillenta.

Edward soltó una carcajada que sonó como un gruñido.

-Esto es increíble -dijo admirado-. No tenía ni idea de que continuaba amueblado.

-No se ha tocado nada -dijo Kim.

-¿Cuándo murió tu abuelo? Todo está como si alguien lo hubiera abandonado hacia los años veinte.

-Murió la pasada primavera, pero era un hombre excéntrico, sobre todo tras la muerte de su mujer, hace casi cuarenta años. Dudo que cambiara algo de la casa. Debió de dejar todo tal como cuando sus padres la ocupaban. De hecho, fue su padre quien la construyó.

Edward recorrió la sala contemplando los muebles, los cuadros de marcos dorados y los objetos decorativos. Incluso había una armadura medieval. La señaló y preguntó si se trataba de una antigüedad auténtica.

-No tengo la menor idea -confesó Kim encogiéndose de hombros.

Edward se acercó a una ventana y acarició la tela de la cortina.

-Nunca había visto cortinajes como éstos en mi vida. Debe de haber kilómetros.

-Es muy antigua -explicó Kim-. Es seda adamascada.

-¿Puedo seguir explorando?

-Estás en tu casa -dijo Kim con un majestuoso ademán.

Edward pasó del gran salón a la biblioteca cuyas paredes estaban cubiertas de paneles de madera oscura. Tenía un entresuelo al que se accedía mediante una escalera circular de hierro forjado. Se llegaba a las estanterías más altas gracias a una escalerilla que se movía sobre un riel. Todos los libros estaban encuadernados en piel.

-Ésta es mi idea de una biblioteca -dijo Edward-. Aquí sí que podría dedicarme a la lectura.

Desde la biblioteca, Edward accedió al comedor principal.

Como el gran salón, tenía un techo de dos pisos, con chimeneas a juego en cada extremo. Pero al contrario que aquél, albergaba una gran cantidad de banderas heráldicas colgadas de astas que sobresalían de las paredes.

-Puede que este lugar posea casi tanto interés histórico como la casa antigua -dijo Edward-. Parece un museo.

-El interés histórico se concentra en la bodega y en el desván -dijo Kim-. Están llenos de papeles hasta los topes.

-¿Periódicos?

-Algunos, pero sobre todo correspondencia y toda clase de documentos.

-Vamos a echar un vistazo.

Subieron por la escalera principal hasta el equivalente de la tercera planta, puesto que casi todas las habitaciones de la primera planta tenían techos de dos pisos. Después, subieron dos pisos adicionales por otra escalera, hasta llegar al desván.

Kim tuvo que esforzarse para abrir la puerta. Nadie había entrado en años.

El espacio del desván era enorme, ya que ocupaba todo el plano de piso en forma de U de la casa, excepto la zona de las torres. Cada torre era un piso más alta que el resto del edificio, y contaba con su propio desván de forma cónica. El desván principal tenía un techo de catedral, en consonancia con la extensión del tejado. Estaba bastante bien iluminado gracias a las numerosas ventanas.

Kim y Edward avanzaron por un pasillo central. A ambos lados había innumerables archivadores, cómodas, baúles y cajas. Kim se detuvo al azar y enseñó a Edward que todos estaban llenos de libros mayores, álbumes de recortes, carpetas, documentos, correspondencia, fotos, libros, periódicos y revistas viejas. Era un auténtico tesoro oculto de documentación.

-Aquí hay material suficiente para llenar varios vagones de tren -dijo Edward-. ¿Hasta qué época se remonta?

-Hasta la época de Ronald Stewart. Fue él quien fundó la empresa. Gran parte del material está relacionado con el negocio, pero no todo. Hay correspondencia personal. Mi hermano y yo vinimos a escondidas algunas veces, cuando éramos pequeños, para ver quién encontraba la fecha más antigua. El problema era que no nos estaba permitido, y cuando mi abuelo nos descubría se ponía furioso.

-¿Hay tanto como en la bodega?

-Tanto o más. Ven, te lo enseñaré. En cualquier caso, vale la pena ver la bodega. Su decoración armoniza con la casa.

Volvieron a bajar por la escalera hasta el comedor principal. Abrieron una pesada puerta de roble con enormes goznes de hierro forjado y bajaron por una escalera de granito hasta la bodega. Edward comprendió de inmediato por qué había afirmado Kim que la decoración armonizaba con la casa. Había sido diseñada como una mazmorra medieval. Las paredes eran de piedra, los candelabros de pared parecían antorchas y los botelleros habían sido construidos alrededor de habitaciones individuales que bien habrían podido ser celdas.

Tenían puertas de hierro y barrotes sobre las aberturas que daban al pasillo.

-Alguien tenía sentido del humor -dijo Edward mientras caminaba por el largo pasillo central-. Lo único que le falta a este lugar son instrumentos de tortura.

-A mi hermano y a mí no nos pareció nada divertido. No hacía falta que mi abuelo nos disuadiera de bajar aquí. No queríamos saber nada de este lugar. Nos aterrorizaba.

-¿Y todos esos baúles y cosas están llenos de papeles, como en el desván?

-Hasta el último.

Edward se detuvo y abrió la puerta de una de las habitaciones similares a celdas. Entró. Casi todos los botelleros estaban vacíos. Los archivadores, baúles y cómodas habían sido empujados contra ellos. Cogió una botella.

-Santo Dios -exclamó-. -¡Cosecha de 1896! Puede ser valioso.

Kim resopló e hizo un gesto despectivo.

-Lo dudo -dijo-. Es probable que el tapón se haya desintegrado. Hace medio siglo que nadie las cuida.

Edward devolvió a su sitio la polvorienta botella y abrió el cajón de una cómoda. Cogió al azar una hoja de papel. Era un documento de aduanas del siglo XIX. Cogió otro. Se trataba de una carta de porte del siglo XVIII.

-Tengo la impresión de que el orden brilla por su ausencia -comentó.

-Me temo que sí. De hecho, no existe el menor orden. Cada vez que se construía una casa nueva, lo cual fue bastante frecuente hasta llegar a esta monstruosidad, todos estos papeles eran trasladados a otro sitio, y así siempre. A lo largo de los siglos, se fue mezclando sin remedio.

Como prueba, Kim abrió un archivador y sacó un documento. Era otra carta de porte. Se la tendió a Edward y dijo que mirara la fecha.

-¡Que me aspen! -exclamó Edward-. Es de 1689. Tres años antes de que se desencadenara la histeria de la brujería.

-Lo cual demuestra mi afirmación. Sólo hemos mirado tres documentos y ya hemos cubierto varios siglos.

-Creo que esta firma es de Ronald -dijo Edward. Se la enseñó a Kim, y ella asintió.

-Se me acaba de ocurrir una idea -dijo Kim-. Has conseguido que me interese en este fenómeno de la brujería, y sobre todo en mí antepasada, Elizabeth. Tal vez consiga averiguar algo acerca de ella con la ayuda de todos esos papeles.

-¿Por qué no está enterrada en el cementerio familiar, por ejemplo?

-Y más. Cada vez siento más curiosidad por el velo de misterio que la envuelve, aunque la ejecutaran de verdad.

Como tú señalaste, en el libro que me diste no la mencionan.

Es muy misterioso.

Edward paseó la vista por la celda donde se encontraban.

-Considerando la cantidad de material, no sería tarea fácil. Y al fin y al cabo puede que sea una pérdida de tiempo, puesto que la mayor parte del material está relacionado con los negocios.

-Será una especie de desafío -dijo Kim, cada vez más atraída por la idea. Miró de nuevo en el cajón del archivador donde había encontrado la carta de porte del siglo XVII, por si había material más contemporáneo-. Creo que hasta me lo pasaría bien. Será un ejercicio de autodescubrimiento o, como dijiste en relación con la casa vieja, una excelente oportunidad de encontrar mis raíces.

Mientras Kim rebuscaba en el archivador, Edward salió de la celda y se adentró más en la extensa bodega. Aún llevaba la linterna, y cuando se acercó al fondo de la estancia, la encendió. Algunas bombillas de los candelabros estaban fundidas.

Asomó la cabeza en la última celda y la examinó. El haz de luz resbaló sobre los habituales baúles, cómodas y cajas, hasta detenerse en un óleo apoyado contra la pared.

Al recordar todos los cuadros que había visto arriba, Edward sintió curiosidad por saber el motivo por el cual aquél había merecido un trato tan desconsiderado. Consiguió abrirse paso, no sin ciertas dificultades, hasta el lienzo. Lo apartó de la pared y apuntó el haz de luz hacia su superficie polvorienta. Daba la impresión de ser el retrato de una joven.

Levantó el cuadro de su ignominioso lugar, lo sujetó sobre la cabeza y lo sacó de la celda. Ya en el pasillo, lo apoyó contra la pared. Era de una joven, en efecto. El escote que exhibía desmentía su edad. Estaba pintado con un estilo afectado y primitivo.

Quitó con la yema del dedo el polvo que cubría una plaquita de peltre situada en la base del cuadro, y después la alumbró. A continuación, cogió el cuadro y lo llevó a la celda que Kim aún ocupaba.

Kim se volvió y miró el cuadro. Captó el nerviosismo de Edward, siguió el haz de luz y leyó la placa.

-¡Santo cielo! -exclamó-. -¡Es Elizabeth!

Kim y Edward, emocionados por el descubrimiento, transportaron el cuadro hasta el gran salón, donde la iluminación era mayor. Lo apoyaron contra la pared y retrocedieron para contemplarlo.

-Lo que más me sorprende -dijo Edward- es lo mucho que se parece a ti, sobre todo en los ojos verdes.

-Tal vez el color de los ojos sea el mismo -replicó Kim-, pero Elizabeth era mucho más guapa y, desde luego, mucho más exuberante que yo.

-La belleza se encuentra en el ojo del espectador. Personalmente, creo que es al revés.

Kim estaba embelesada por el rostro de su infausta antepasada.

-Existen ciertos parecidos -dijo-. Nuestro cabello parece similar, incluso la forma de la cara.

-Podríais ser hermanas -admitió Edward-. Es un cuadro muy atractivo. ¿Por qué demonios lo escondieron en el mismísimo fondo de la bodega? Es mucho más agradable que la mayor parte de los cuadros que hay en esta casa.

-Es extraño. Mi abuelo debía de conocer su existencia; no creo que fuera un descuido. Dado lo excéntrico que era, no creo que le preocuparan los sentimientos de los demás, sobre todo los de mi madre. Nunca se llevaron bien.

-El tamaño se parece mucho al de la marca que observamos sobre la repisa de la chimenea de la casa antigua. Sólo por diversión, podríamos llevarlo allí y comprobarlo.

Edward levantó el cuadro, pero antes de que pudiera dar un paso, Kim le recordó los recipientes que habían ido a buscar al castillo. Edward le dio las gracias y bajó el cuadro. Los dos fueron a la cocina. En la despensa del mayordomo Kim encontró tres recipientes de plástico provistos de tapa.

Recogieron la pintura y se encaminaron hacia la casa vieja.

Kim insistió en cargar con el lienzo. Su marco negro era bastante estrecho, y no pesaba mucho.

-Tengo un presentimiento extraño pero bueno acerca del descubrimiento de este cuadro -dijo Kim mientras andaban-.

Es como encontrar a un pariente largo tiempo extraviado.

-Debo admitir que es una coincidencia -dijo Edward-, sobre todo porque ella es el motivo de nuestra presencia aquí.

De pronto, Kim se detuvo. Sostuvo la pintura frente a ella y contempló la cara de Elizabeth.

-¿Qué ocurre? -preguntó Edward.

-Mientras pensaba en nuestro parecido recordé lo que, por lo visto, le ocurrió. Hoy es imposible imaginar que alguien sea acusado de brujería, juzgado y ejecutado.

Kim se imaginó delante de un lazo que colgaba de un árbol. Estaba a punto de morir. Se estremeció. Después, pegó un salto cuando notó que la soga la tocaba.

-¿Te encuentras bien? -preguntó Edward, que había apoyado la mano sobre su hombro.

Kim sacudió la cabeza y respiró hondo.

-De pronto tuve una visión espantosa. Imaginé cómo sería ser sentenciada a morir ahorcada.

-Tú encárgate de los recipientes -dijo Edward-. Yo llevaré el cuadro.

Intercambiaron la carga y continuaron caminando.

-Debe de ser el calor -comentó Edward para alegrar el ambiente-. O puede que te haya entrado hambre. Tu imaginación trabaja demasiado.

-Encontrar esta pintura me ha afectado mucho -confesó Kim-. Es como si Elizabeth intentara hablarme desde el pasado, tal vez para limpiar su reputación.

Edward miró a Kim mientras se abrían paso entre la hierba alta.

-¿Bromeas? -preguntó.

-No -contestó ella-. Dijiste que había sido una coincidencia encontrar este cuadro. Creo que ha sido más que una coincidencia. Si te paras a pensarlo, es asombroso. No puede haber sido por casualidad. Ha de significar algo.

-¿Sufres un súbito ataque de superstición o eres siempre así?

-No lo sé. Sólo trato de comprender.

-¿Crees en fenómenos extrasensoriales?

-Nunca había pensado en ello. ¿Y tú?

Edward rió.

-Pareces una psiquiatra, dándole la vuelta a la pregunta.

Bien, no creo en lo sobrenatural. Soy un científico. Creo en lo que puede demostrarse racionalmente y reproducirse experimentalmente. No soy una persona religiosa ni supersticiosa, y supongo que me considerarás cínico si digo que ambas cosas están relacionadas.

-Yo tampoco soy terriblemente religiosa, pero abrigo vagas creencias en lo que respecta a fuerzas sobrenaturales.

Llegaron a la casa antigua. Kim abrió la puerta y la sostuvo para que Edward pasara. Llevó el cuadro al salón. Cuando lo levantó hasta la marca que había sobre la repisa, vieron que encajaba a la perfección.

-Al menos, teníamos razón sobre el lugar que ocupaba este cuadro -dijo Edward al tiempo que lo dejaba sobre la repisa.

-Y yo me encargaré de que vuelva a ocuparlo -replicó Kim-. Elizabeth merece regresar a su hogar.

-¿Significa eso que has decidido remozar este lugar?

-Tal vez. Tendré que hablar con mi familia, sobre todo con mi hermano.

-Por mi parte, pienso que es una gran idea.

Edward cogió los recipientes de plástico y anunció que bajaba al sótano para recoger algunas muestras de tierra. Se detuvo en la puerta del salón.

Librodot

-Si encuentro Claviceps purpúrea ahí abajo -dijo con una sonrisa irónica-, sé que la información tendrá un efecto: como mínimo hará que la historia de los juicios por brujería de Salem tengan un aspecto menos sobrenatural.

Kim no contestó. Estaba hechizada por el retrato de Elizabeth y absorta en sus pensamientos. Edward se encogió de hombros. Fue a la cocina y bajó a la fría y húmeda oscuridad del sótano.

Lunes 18 de julio de 1994

Como de costumbre, el laboratorio de Edward Armstrong en el complejo médico de Harvard, situado en Longfellow Avenue, era el escenario de una actividad frenética. Tenía toda la apariencia de un manicomio, con gente en bata blanca que iba de un lado a otro entre un despliegue futurístico de equipos de alta tecnología. Sin embargo, sólo los no iniciados podían sentir que en ese lugar reinaba el desorden. Para los iniciados, era un hecho cierto que la ciencia estaba en continuo progreso.

Si bien Edward no era el único científico que trabajaba en la hilera de habitaciones a las que solía llamar con afecto el Feudo de Armstrong, en última instancia todo dependía de él. A causa de su fama de genio, su popularidad como experto en química sintética y su reputación como neurocientífico, las solicitudes para optar a un puesto de colaborador o simple ayudante sobrepasaban con mucho las plazas que Edward había conseguido arañar a su espacio, presupuesto y horarios, cuya limitación ya era crónica. En consecuencia, Edward contaba con los mejores y más brillantes colaboradores y estudiantes.

Otros profesores acusaban a Edward de ser un “glotón”

No sólo recibía el mayor número de estudiantes graduados, sino que insistía en dar un curso de química básica para no graduados, incluso en verano. Era el único profesor titular que lo hacía. Según sus propias palabras, sentía la obligación de estimular a las mentes jóvenes del momento lo antes posible.

Después de pronunciar una de sus legendarias lecciones para estudiantes, Edward entró en sus dominios por una puerta lateral del laboratorio. Como alguien aficionado a dar comida a los animales en un zoo, se vio asediado al instante por sus estudiantes graduados. Todos trabajaban en diferentes aspectos del objetivo global de Edward, consistente en dilucidar los mecanismos de la memoria a corto y largo plazo.

Cada uno tenía una pregunta o una cuestión que plantear, y Edward contestaba a todos como si fuese una ametralladora.

Los envió de vuelta a sus bancos para que continuaran sus esfuerzos investigadores.

Cuando la última pregunta fue respondida, Edward se acercó a su escritorio. No tenía un despacho privado, pues lo desdeñaba por considerarlo un desperdicio frívolo de espacio necesario. Se contentaba con un rincón que tuviera una superficie para trabajar, algunas sillas, un ordenador y un archivador. Lo acompañaba su colaborador más estrecho, Eleanor Youngman, una graduada que llevaba con él cuatro años.

-Tienes visita -dijo Eleanor al llegar a la mesa de Edward-. Te espera en el despacho de la secretaria del departamento.

Edward dejó caer su material de clase y cambió la chaqueta de tweed por una bata blanca de laboratorio.

-No tengo tiempo para visitas -gruñó.

-Temo que para ésta sí -contestó Eleanor.

Edward miró a su colaboradora. Exhibía una de aquellas sonrisas que sugerían que estaba a punto de estallar en carcajadas. Eleanor era una rubia alegre y ocurrente de Oxnard, California, cuyo aspecto era el de una amante del surf. Sin embargo, había obtenido el doctorado en bioquímica a la tierna edad de veintitrés años, y en Berkeley. Edward la consideraba imprescindible, no sólo por su inteligencia, sino por su grado de compromiso. Ella lo adoraba, pues estaba convencida de que daría el siguiente salto cuántico en la comprensión de los neurotransmisores y su papel en las emociones y la memoria.

-¿De quién demonios se trata? -preguntó Edward.

-Stanton Lewis. Me parto de risa con él cada vez que viene. Esta vez, dijo que yo debía invertir en una nueva revista de química que se llamará Enlace, con un desplegable de la molécula del mes. Nunca sé cuándo habla en serio.

-Nunca habla en serio -dijo Edward-. Está flirteando contigo. -Echó un rápido vistazo a su correo. No había nada estremecedor. Preguntó-: ¿Algún problema en el laboratorio?

-Temo que sí -respondió Eleanor-. El nuevo sistema de electroforesis capilar que estamos utilizando para la cromatografía capilar electrocinética micelar, se ha vuelto a poner temperamental. ¿Llamo al técnico de Bio -rad?

-Le echaré un vistazo. Dile a Stanton que venga. Me ocuparé de ambos problemas al mismo tiempo.

Edward se sujetó en la solapa el medidor de radiaciones y se encaminó hacia la unidad de cromatografía. Empezó a manipular el ordenador que controlaba la máquina. Algo no marchaba bien, desde luego. La máquina seguía rebelándose contra el menú introducido.

Absorto en lo que hacía, Edward no oyó que Stanton se acercaba ni se dio cuenta de su presencia hasta que éste le dio una palmada en la espalda.

-¡Oye, tío! Tengo una sorpresa para ti que te va a alegrar el día -dijo Stanton al tiempo que le tendía un lujoso dossier envuelto en plástico.

-¿Qué es esto?

-Justo lo que estabas esperando: el dossier de Genetrix.

Edward soltó una risita y sacudió la cabeza.

-Eres demasiado -dijo. Dejó a un lado el dossier y concentró su atención en el ordenador de la unidad de cromatografía.

-¿Cómo fue tu cita con la enfermera Kim? -preguntó Stanton.

-Fue un placer conocer a tu prima. Es una mujer increíble.

-¿Ya os habéis acostado?

Edward se volvió y dijo:

-Esa pregunta es muy poco delicada.

-Santo Dios -dijo Stanton con una sonrisa-. Estás un poco susceptible, diría yo. Traducido, eso significa que ligasteis, de lo contrario no estarías tan sensible.

-Creo que te precipitas al sacar conclusiones -dijo Edward con un leve tartamudeo.

-Oh, déjalo. Te conozco demasiado bien. Es lo mismo que cuando estabas en la facultad de medicina. En todo lo relacionado con ciencia o

laboratorios, eres como Napoleón. En lo tocante a mujeres, eres como un espagueti. No lo entiendo. De todas formas, confiesa, ¿ligasteis o no?

-Kim es fantástica. De hecho, fuimos a cenar el viernes por la noche.

-¡Perfecto! En lo que a mí concierne, eso es tanto como irse a la cama juntos.

-No seas tan basto.

-De veras -dijo Stanton, muy risueño-. La idea era que te sintieras agradecido hacia mí, y ya lo estás. El precio, querido amigo, es leer este folleto.

Stanton levantó el dossier que Edward había desechado irreverentemente, y se lo entregó.

Edward gruñó. Comprendió que se había rendido.

-De acuerdo -dijo-. Leeré ese libelo.

-Bien -dijo Stanton-. Deberías saber algo sobre la empresa, porque estoy en posición de ofrecerte setenta y cinco mil dólares al año, más la posibilidad de entrar a formar parte de la junta consultiva científica.

-No tengo tiempo para asistir a reuniones.

-¿Quién te ha pedido que acudas a reuniones? Sólo quiero tu nombre en la propuesta de venta.

-Pero ¿por qué? La biología molecular y la biotécnica no son mi especialidad.

-¡Joder! ¿Cómo puedes ser tan inocente? Eres una celebridad científica. Da igual que no sepas nada sobre biología molecular. Lo importante es tu nombre.

-Yo no diría que no sé nada sobre biología molecular -replicó Edward, irritado.

-No te pongas quisquilloso conmigo. -Stanton señaló la máquina en que Edward estaba trabajando.

-¿Qué demonios es eso?

-Es una unidad de electroforesis capilar.

-¿Para qué se supone que sirve?

-Es una tecnología de separación relativamente nueva. Se usa para separar e identificar compuestos.

Stanton acarició el plástico moldeado de la unidad central.

-¿Qué hace que sea nueva?

-En realidad, no es del todo nueva. Los principios básicos son los mismos de una electroforesis convencional, pero el diámetro estrecho de los capilares evita la necesidad de un agente anticonceptivo, porque la disipación del calor es muy eficaz.

Stanton alzó la cabeza, en un gesto burlón de autodefensa.

-Basta -dijo-. Me rindo. Me has vencido. Dime sólo cómo funciona.

-Es fantástica. -Edward miró la máquina-. Al menos, casi siempre. En este momento, algo no va bien.

-¿Está enchufada? -dijo Stanton. Ante la mirada de exasperación que le lanzó su amigo, añadió-: Sólo intentaba ayudar.

Edward levantó la parte superior de la máquina y echó un vistazo a los filtros. Reparó al instante en que uno de los frascos de muestras estaba bloqueando el movimiento de uno de éstos.

-Bien, ¿a que es fantástico? La emoción del diagnóstico positivo de un problema terapéutico. -Ajustó el frasco. El filtro avanzó al instante. Edward bajó la tapa.

-Bien, puedo contar con que leerás el dossier -dijo Stanton-, y pensarás en la oferta.

-La idea de ganar dinero sin hacer nada me molesta.

-¿Por qué? Si las estrellas del atletismo firman contratos con empresas de calzado de deporte, ¿por qué los científicos no pueden hacer algo equivalente?

-Me lo pensaré.

-Es lo único que te pido. Llámame después de que lo hayas leído. Te aseguro que ganarás dinero.

-¿Has venido en coche?

-No, he caminado desde Concord. Pues claro que he venido en coche. Qué intento más torpe de cambiar de tema.

-¿Por qué no me llevas al campus principal de Harvard?

Cinco minutos después, Edward ocupó el asiento del pasajero del Mercedes 500 SEL de Stanton. Éste puso en marcha el motor y efectuó un veloz giro. Había aparcado en Huntington Avenue, cerca de la Biblioteca Médica Conway.

Dieron la vuelta al Fenway y siguieron por Storrow Drive.

-Déjame preguntarte algo -dijo Edward, tras unos minutos de silencio-. La otra noche, durante la cena, te referiste a la antepasada de Kim, Elizabeth Stewart. ¿Sabes con seguridad que la colgaron por bruja, o sólo es un rumor familiar perpetuado durante tanto tiempo que la gente ha llegado a creerlo?

-No podría jurarlo. He dado por bueno lo que he oído.

-No encuentro su nombre en ninguno de los tratados habituales sobre el tema. Y no es que escaseen.

-Mi tía me contó la historia. Según ella, los Stewart la han mantenido en secreto desde tiempo inmemorial. No es algo que se hubieran inventado para mejorar su reputación.

-De acuerdo, pongamos que ocurrió. ¿Por qué iba a importar ahora? Pasó hace mucho tiempo. Podría comprender que resultara violento durante una o dos generaciones, pero han pasado trescientos años.

Stanton se encogió de hombros.

-Me sorprende -dijo-, pero no tendría que haberlo mencionado. Mi tía pedirá mi cabeza si se entera de que he ido pregonándolo.

-Hasta Kim se mostró reticente a hablar de ello al principio.

-Por culpa de su madre, mi tía. Siempre ha sido muy puntillosa en lo que respecta a la reputación y toda esa basura social. Es una dama muy correcta.

-Kim me enseñó la finca familiar. Entramos en la casa donde Elizabeth, en teoría, vivió.

Stanton miró a Edward y sacudió la cabeza, admirado.

-¡Guau! -exclamó-. Trabajas deprisa, tigre.

-Todo fue muy inocente. No te dejes arrastrar por tu imaginación. Me pareció fascinante, y despertó el interés de Kim por Elizabeth.

-No estoy seguro de que a su madre le vaya a gustar.

-Yo podría cambiar la postura de la familia en lo que atañe a este asunto. -Abrió una bolsa que llevaba en el regazo y levantó uno de los recipientes de plástico que Kim y él habían traído de Salem. Explicó a Stanton lo que contenía.

Librodot

-Debes de estar muy enamorado -dijo Stanton-. De lo contrario, no te tomarías tanto tiempo y molestias.

-La idea es que si soy capaz de demostrar que un envenenamiento por cornezuelo fue el origen de la demencial caza de brujas ocurrida en Salem, acabaría con todos los estigmas que la gente aún pueda asociar con el incidente, en especial los Stewart.

-Todavía insisto en que debes de estar enamorado. Es una justificación demasiado teórica para tanto esfuerzo. Yo no puedo conseguir que hagas un gesto por mí, ni siquiera con la promesa de que ganarás un montón de pasta.

Edward suspiró.

-Está bien -dijo-. Supongo que he de admitir que, como neurocientífico, estoy intrigado por la posibilidad de que un alucinógeno fuera el causante del asunto de Salem.

-Ahora lo entiendo -dijo Stanton-. La historia de las brujas de Salem posee un atractivo universal. No hace falta ser neurocientífico.

-El empresario se ha vuelto filósofo -dijo Edward con tono irónico-. Hace cinco minutos, habría considerado eso un oxímoron. Explícame lo del atractivo universal.

-El asunto es siniestramente atractivo. A la gente le gustan esas cosas. Es como las pirámides de Egipto. Tienen que ser algo más que simples montones de piedra. Son una puerta a lo sobrenatural.

-No estoy tan seguro al respecto -dijo Edward, mientras guardaba la muestra de tierra-. Como científico, sólo busco una explicación científica.

-Chorradas.

Stanton dejó a Edward en la Divinity Avenue de Cambridge. Un momento antes de que su amigo cerrara la puerta le recordó una vez más que leyese el dossier de Genetrix.

Edward rodeó Divinity Hall y entró en los laboratorios biológicos de Harvard. Una secretaria le explicó cómo llegar al laboratorio de Kevin Scranton. Encontró a su delgado y barbudo colega ocupado en su despacho. Kevin y Edward habían ido juntos a Wesleyan, pero no se veían desde que Edward había vuelto a Harvard para dar clases.

Dedicaron los primeros diez minutos a recordar los viejos tiempos, hasta que Edward explicó el motivo de su visita.

Dejó los tres recipientes en una esquina del escritorio de Kevin.

-Quiero que veas si puedes encontrar Claviceps purpúrea.

Kevin cogió un recipiente y levantó la tapa.

-¿Puedes decirme por qué? -preguntó. Removió con un dedo la tierra.

-Nunca lo adivinarías -dijo.

Luego procedió a contar a Kevin cómo había obtenido las muestras y los antecedentes de los juicios por brujería de Salem.

Por respeto a Kim decidió no mencionar a la familia Stewart.

-Parece intrigante -dijo Kevin cuando Edward terminó su relato. Se puso de pie y procedió a formar un montoncito húmedo con una pequeña muestra de tierra.

-He pensado que podría dar para un articulito en Science o Nature -dijo Edward-, siempre que encontremos esporas de Claviceps.

Kevin deslizó el montoncito húmedo bajo el microscopio de su despacho y empezó a examinar la muestra.

-Bien, hay un montón de esporas, pero es normal.

-¿Cuál es la mejor forma de ver si hay Claviceps?

-Existen varias. ¿Cuándo quieres que te dé la respuesta?

-Lo antes posible.

-El ADN tarda un poco. Habrá entre tres mil y cinco mil especies diferentes en cada muestra. Además, el mejor método sería poder cultivar algo de Claviceps. El problema es que no resulta tan fácil; pero lo intentaré.

Edward se levantó.

-Agradeceré cualquier cosa que hagas.

Kim dedicó unos segundos a tranquilizarse y levantó la mano enguantada para apartarse con el antebrazo desnudo el cabello de la frente. Había sido un día muy ajetreado en la unidad de cuidados intensivos quirúrgicos, gratificante pero intenso. Estaba agotada y ansiosa por marcharse; tan sólo quedaban veinte minutos. Por desgracia, su momento de descanso fue interrumpido cuando Kinnard Monahan entró en la unidad con un paciente enfermo.

Kim y las demás enfermeras que estaban libres en aquel momento ayudaron a instalar al recién ingresado. Kinnard colaboró, así como un anestesista que había entrado con él.

Mientras trabajaban, Kim y Kinnard evitaron mirarse, pero ella era muy consciente dé su presencia, sobre todo porque debían trabajar codo con codo para que el paciente se sintiese bien. Kinnard, un hombre alto y nervudo, de facciones angulosas, tenía veintiocho años. Era ágil y caminaba a paso ligero, más como un boxeador entrenándose que como un médico adscrito a una unidad quirúrgica.

Después de instalar al paciente, Kim se encaminó al mostrador central. Sintió una mano sobre su brazo, se volvió y miró a los ojos oscuros y penetrantes de Kinnard.

-¿Aún estás enfadada? -preguntó él.

No le importaba sacar a colación temas delicados en plena unidad de cuidados intensivos.

Kim apartó la vista, algo nerviosa. Sentimientos encontrados se agitaban en su mente.

-No me digas que no vas a dirigirme la palabra nunca más -siguió Kinnard-. ¿No crees que exageras un poco?

-Te avisé -empezó Kim no sin esfuerzo-. Te dije que las cosas cambiarían si insistías en ir a pescar, cuando habíamos quedado para ir a Martha's Vineyard.

-No habíamos hecho planes concretos, y no se me ocurrió que el doctor Markey pudiera incluirme en la excursión.

-Si no habíamos hecho planes -replicó Kim-, ¿cómo es que yo ya había pedido permiso? ¿Cómo es que había llamado a los amigos de mi familia para alojarnos en su chalet?

-Sólo lo habíamos hablado una vez.

-Dos, y la segunda vez te hablé del chalet.

-Escucha, para mí era importante ir a esa excursión. El doctor Markey es el número dos del departamento. Tal vez no nos entendimos, pero no deberíamos concederle mayor importancia.

-Lo que empeora aun mas la situación es que no estas en absoluto arrepentido -dijo Kim. Su cara enrojeció.

-No pienso disculparme, pues creo que no hice nada malo.

-Estupendo.

Librodot

Kim se encaminó de nuevo hacia el mostrador central.

Kinnard se lo impidió.

-Siento que te disgustaras -dijo-. Pensaba que a estas alturas ya te habrías calmado. Ya hablaremos de ello el sábado por la noche. No estoy de guardia. Quizá podríamos ir a cenar y al cine.

-Lo siento, pero ya he hecho planes -mintió Kim, y notó un nudo en el estómago. Detestaba los enfrentamientos y sabía que no eran su fuerte. Cualquier clase de discordia la afectaba visceralmente.

Kinnard se quedó boquiabierto.

-Ah, entiendo. -Entornó los ojos.

Kim tragó saliva. Era evidente que estaba irritado.

-En este juego pueden participar dos -dijo él-. Hace tiempo que pensaba en quedar con alguien. Ésta es mi oportunidad.

-¿Con quién? -preguntó ella. Nada más abrir la boca, ya se arrepintió de la pregunta.

Kinnard le dirigió una mirada maliciosa y se alejó.

Kim, mortificada por haber perdido la compostura, se refugió en la intimidad del almacén. Estaba temblando. Después de respirar hondo varias veces, se sintió más controlada y preparada para volver al trabajo. Estaba a punto de regresar a la unidad cuando la puerta se abrió y entró Marsha Kingsley, su compañera de piso.

-Oí por casualidad vuestra discusión -dijo Marsha.

Era una mujer menuda y vivaz, con una abundante cabellera rojiza que cuando trabajaba en la unidad de cuidados intensivos llevaba sujeta en un moño. No sólo eran compañeras de piso, sino colegas del SICU.

-Es un gilipollas -dijo Marsha. Conocía la historia de la relación entre Kim y Kinnard mejor que nadie-. No dejes que ese egoísta te tome el pelo.

La súbita aparición de Marsha destruyó el control de Kim sobre sus lágrimas.

-Detesto las discusiones -dijo Kim.

-Creo que tu comportamiento fue ejemplar -dijo Marsha al tiempo que tendía un pañuelo de papel a su amiga.

-Ni siquiera se disculpó -dijo Kim, mientras se secaba las lágrimas.

-Tiene la sensibilidad en el culo.

-No sé en qué me habré equivocado. Hasta hace poco, pensaba que era una buena relación.

-Tú no te has equivocado. Ha sido él. Es demasiado egoísta. Compara su comportamiento con el de Edward. Éste te ha enviado flores cada día.

-No necesito flores a diario.

-Claro que no. El gesto es lo que cuenta. Kinnard no piensa en tus sentimientos. Te mereces algo mejor.

-Bueno, no lo sé. -Kim se sonó la nariz-. Pero si de algo estoy segura es de que he de hacer cambios en mi vida. Pienso mudarme a Salem. Tengo el propósito de remozar la antigua casa de la familia. Mi hermano y yo la heredamos.

-Estupenda idea. Te irá bien cambiar de aires, sobre todo teniendo en cuenta que Kinnard vive en Beacon Hill.

-Eso pensaba yo. Iré allí en cuanto acabe de trabajar.

¿Quieres venir conmigo? Tu compañía me ayudará, y quizá se te ocurra alguna buena idea sobre las reformas.

-Lo siento, pero he quedado con una gente en el apartamento.

Después de terminar el trabajo y entregar su informe, Kim se fue del hospital. Entró en el coche y se dirigió a las afueras. Había poco tráfico y circulaba con rapidez, sobre todo después de pasar el puente de Tobin. Su primera parada fue en la casa donde había pasado su infancia, en el istmo de Marblehead.

-¿Hay alguien en casa? -preguntó cuando entró en el vestíbulo de la mansión, construida al estilo de un castillo francés.

Estaba emplazada en un lugar soberbio, dominando el océano. Existían algunas similitudes superficiales con el castillo, aunque era más pequeña y elegante.

-Estoy en el solárium, querida -contestó Joyce desde lejos.

Kim recorrió el largo pasillo central y entró en la habitación donde su madre pasaba casi todo el tiempo. Era un auténtico solárium, con ventanas en tres de los cuatro lados. Estaba orientado hacia el sur y daba a un jardín terraplenado, pero al este gozaba de una vista impresionante sobre el océano.

-Aún llevas el uniforme -observó Joyce. Su tono era despectivo, pero de una forma que sólo una hija podía captar.

-He venido directamente del trabajo -dijo Kim-. Quería evitar el tráfico.

-Bien, espero que no hayas traído contigo gérmenes del hospital. Sólo me faltaría volver a enfermar.

-No me dedico a las enfermedades infecciosas. En la unidad donde trabajo hay menos bacterias que aquí.

-No digas eso -espetó Joyce.

Las dos mujeres no se parecían en nada. Joyce tenía el rostro ancho, ojos hundidos y nariz algo aguileña. En otro tiempo su cabello había sido negro, pero ahora predominaba el gris. Nunca se lo había teñido. Pese a que estaban a mediados del verano, su tez lucía una palidez marmórea.

-Veo que aún vas en bata -dijo Kim. Se sentó en un sofá, frente a la tumbona de su madre.

-No tenía motivos para vestirme. Además, no me encuentro bien.

-Eso debe de significar que papá no está -dijo Kim.

Después de tantos años, conocía muy bien a su madre.

-Tu padre se fue anoche, en un breve viaje de negocios a Londres.

-Lo siento.

-Da igual. Cuando está aquí, tampoco me hace caso.

¿Querías verlo?

-Eso esperaba.

-Volverá el jueves. Si le va bien.

Kim reconoció el tono de víctima de la voz de su madre.

-¿Lo acompañó Grace Traters? -preguntó.

Grace Traters era la ayudante personal de su padre, la última de una larga serie de ayudantes personales.

-Pues claro que lo acompañó -respondió irritada Joyce-.

John es incapaz de abrocharse los zapatos sin Grace.

-Si te molesta, ¿por qué lo aguantas, madre? -preguntó Kim.

-No tengo elección.

Kim se mordió la lengua. Notó que ella también empezaba a irritarse. Por una parte, sentía pena por lo que su madre debía soportar, pero, por otro, la encolerizaba que jugara a hacerse la víctima. Su padre siempre había

Librodot

tenido líos, algunos más descarados que otros. Siempre había ocurrido, desde que tenía memoria.

Kim cambió de tema y preguntó por Elizabeth Stewart.

Las gafas de leer de Joyce resbalaron de la punta de su nariz, donde se sostenían en precario equilibrio, y cayeron sobre su busto, donde quedaron suspendidas de la cadena que llevaba alrededor del cuello.

-Qué pregunta más extraña -dijo Joyce-. ¿Por qué demonios te interesas por ella?

-Resulta que encontré su retrato en la bodega del abuelo -contestó Kim-. Me sorprendió, sobre todo porque tengo el mismo color de ojos. Después, me di cuenta de que sabía muy poco acerca de ella. ¿De veras la ahorcaron por bruja?

-Prefiero no hablar de eso.

-¿Por qué, madre?

-Es un tema tabú, así de sencillo.

-Deberías recordárselo a tu sobrino Stanton. Lo sacó a colación en el curso de una cena, hace pocos días.

-Se lo recordaré. Eso es imperdonable. Debería saberlo.

-¿Cómo puede ser un tema tabú después de tantos años?

-No es como para estar orgulloso de ello. Fue un asunto sórdido.

-Ayer leí algo sobre los juicios por brujería celebrados en Salem. Existe una gran cantidad de material disponible, pero nunca se menciona a Elizabeth Stewart. Empiezo a preguntarme si de verdad estuvo implicada.

-Tengo entendido que sí, pero dejémoslo correr. ¿Cómo fue que encontraste el cuadro?

-Estuve en el castillo. El sábado fui a la finca. Tengo la intención de reformar la casa vieja y vivir en ella.

-¿Por qué se te ha ocurrido esa absurda idea? Es muy pequeña.

-Podría quedar muy bien, y es más grande que el apartamento en que vivo. Además, quiero salir de Boston.

-Creo que hacerla habitable supondrá un trabajo enorme.

-Por eso, en parte, quería hablar con papá. No está, claro.

Nunca está cuando lo necesito, debería añadir.

-Él no sabría decirte nada sobre ese proyecto. Deberías hablar con George Harris y Mark Stevens. Son el contratista y el arquitecto que se encargaron de reformar esta casa, y no pudo salir mejor. Trabajan en equipo, y su oficina está en Salem, lo cual te irá de perlas. También deberías hablar con tu hermano Brian.

-Eso por descontado.

-Llámalo desde aquí. Mientras lo haces, iré a buscar el número del contratista y el arquitecto.

Joyce se puso de pie y se alejó. Kim sonrió, mientras apoyaba el teléfono sobre su regazo. Su madre nunca dejaba de asombrarla. En un momento dado podía parecer el epítome de la inmovilidad y el ensimismamiento, para transformarse al instante en un torbellino de actividad, entregada por completo al proyecto de otra persona. Kim intuía el problema: su madre no hacía gran cosa. Al contrario que sus amigas, nunca le habían interesado las obras de caridad o cualquier otra actividad voluntaria.

Kim consultó su reloj mientras llamaba y trató de calcular la hora de Londres. Daba igual. Su hermano era un insomne que trabajaba de noche y dormía a saltos durante el día, como una criatura nocturna.

Brian contestó al primer timbrazo. Después de saludarse, Kim explicó su idea. La reacción de Brian fue totalmente positiva, y alentó a su hermana a llevar adelante sus planes. Pensaba que tener a alguien en la propiedad sería mucho mejor.

Sólo le preguntó acerca del castillo y los muebles que contenía.

-No voy a tocar ese lugar -dijo Kim-. Ya nos ocuparemos de ello cuando regreses.

-Me parece perfecto -contestó Brian.

-¿Dónde está papá?

-John está en el Ritz.

-¿Y Grace?

-No hagas preguntas. Volverán el jueves.

Mientras Kim se despedía de Brian, Joyce reapareció y le tendió sin decir palabra una hoja de papel con un número de teléfono local. En cuanto Kim colgó el auricular, Joyce le dijo que marcara el número.

Kim obedeció.

-¿Por quién he de preguntar? -preguntó.

-Por Mark Stevens. Está esperando tu llamada. Le telefoneé por la otra línea mientras hablabas con Brian.

Kim experimentó cierto resentimiento hacia la intromisión de su madre, pero no dijo nada. Sabía que Joyce sólo intentaba ser útil. No obstante, Kim recordó que cuando iba a la escuela, en más de una ocasión se peleó con su madre porque se obstinaba en hacerle los deberes.

La conversación con Mark Stevens fue breve. Como Joyce le había dicho que Kim estaba por la zona, sugirió que se encontraran en la finca al cabo de media hora. Añadió que debería ver la propiedad antes de aconsejarla debidamente. Kim accedió.

-Si decides reformar esa casa, al menos estarás en buenas manos -dijo Joyce después de que su hija colgara el auricular.

Kim se puso de pie.

-Será mejor que me vaya -dijo.

Pese a un esfuerzo consciente por evitarlo, se sentía irritada con su madre. Lo que más la molestaba era la intromisión y la falta de respeto a su intimidad. Recordó que su madre había pedido a Stanton que le buscara pareja después de decirle que Kim había roto con Kinnard.

-Te acompañaré a la puerta -dijo Joyce.

-No hace falta, madre.

-Quiero hacerlo.

Salieron al largo pasillo.

-Cuando hables con tu padre sobre la casa antigua -dijo Joyce-, te aconsejo que no comentes el tema de Elizabeth Stewart. Sólo conseguirás que se enfade.

-¿Por qué?

-No lo tomes a mal. Sólo intento mantener la paz en el seno de la familia.

-Esto es ridículo -protestó Kim-. No lo entiendo.

-Sólo sé que Elizabeth procedía de una familia de granjeros pobres de Andover. Ni siquiera era miembro oficial de la Iglesia.

Librodot

-Como si hoy eso importara algo. Lo más irónico es que pocos meses después de los procesos algunos miembros del jurado y magistrados se excusaron públicamente por haber ejecutado a gente inocente. Y resulta que al cabo de trescientos años aún nos negamos a hablar de nuestra antepasada. Es absurdo. ¿Por qué no consta su nombre en ninguno de los libros?

-Porque su familia no quiso, evidentemente. No creo que la familia la considerara inocente. Por eso habría que dejar en paz todo el asunto.

-Sigo creyendo que es una tontería.

Kim entró en el coche y se alejó del istmo de Marblehead.

Cuando entró en la ciudad de Marblehead, tuvo que disminuir la velocidad. Por culpa de una vaga sensación de inquietud y disgusto, había conducido demasiado deprisa. Cuando pasó frente a la Casa de la Bruja, ya en Salem, tuvo que admitir que su curiosidad acerca de Elizabeth y los juicios por brujería había aumentado una pizca, pese a las advertencias de su madre o, tal vez, a causa de ellas.

Cuando Kim frenó delante de la puerta de la propiedad familiar, un Chevrolet Bronco estaba aparcado a un lado del camino. En el momento en que salió del coche, con las llaves dispuestas para abrir el candado, dos hombres bajaron del otro vehículo. Uno era corpulento y musculoso, como si se ejercitara con pesas a diario. El otro se encontraba al borde de la obesidad, y parecía que el solo hecho de bajar del coche lo dejaba sin aliento.

El hombre gordo se presentó como Mark Stevens, y el musculoso como George Harris. Kim estrechó la mano de ambos. Luego abrió la puerta y volvió al coche. Guió a sus acompañantes hasta la casa antigua. Todos bajaron de sus vehículos al mismo tiempo.

-Esto es fabuloso -dijo Mark, como hechizado por el edificio.

-¿Le gusta? -preguntó Kim, complacida por su reacción.

-Me encanta -contestó Mark.

Lo primero que hicieron fue caminar alrededor de la casa para examinar el exterior. Kim explicó la idea de poner una cocina y un baño nuevos en la zona anexa, y dejar la parte principal del edificio prácticamente sin tocar.

-Necesitará calefacción y aire acondicionado -dijo Mark-, pero no supondrá problema alguno.

Después de inspeccionar el exterior, entraron. Kim les enseñó toda la casa, incluido el sótano. Los hombres se sintieron impresionados, en particular por la forma en que se acoplaban las vigas principales y los cabios.

-Es un edificio sólido y bien construido -comentó Mark.

-¿Costaría mucho renovarlo? -preguntó Kim.

-No habría ningún problema -dijo Mark. Miró a George, que asintió para expresar su acuerdo.

-Creo que será una casita fantástica -dijo George-. La verdad es que estoy alucinado.

-¿Puede hacerse sin estropear el aspecto histórico del edificio?

-Por supuesto -contestó Mark-. Esconderemos todas las cañerías, tuberías y conductos eléctricos en la zona anexa y en el sótano. Usted no los verá.

-Cavaremos una profunda zanja para pasar los conductos -dijo George-. Entrarán por debajo de los actuales cimientos, para no tener que tocarlos. Lo único que recomendaría es recubrir de hormigón el suelo del sótano.

-¿Podría estar terminado a principios de septiembre?

-preguntó Kim.

Mark miró a George, quien asintió y dijo que no habría problema, siempre que utilizaran ebanistería normal.

-Se me ocurre una sugerencia -dijo Mark-. El cuarto de baño principal estará mejor situado en la zona anexa, como usted ha dicho, pero también podríamos poner uno pequeño en la segunda planta, entre los dos dormitorios, sin causar el menor perjuicio. Pienso que sería conveniente.

-Me parece bien -convino Kim-. ¿Cuándo podrían comenzar?

-De inmediato -respondió George-. De hecho, para tenerlo terminado a principios de septiembre habría que empezar mañana.

-Hemos trabajado mucho para su padre -dijo Mark-. Podríamos llevar a cabo este trabajo como otro cualquiera. La cuenta incluirá el tiempo empleado, los materiales y nuestros beneficios.

-Quiero hacerlo -dijo Kim, con repentina determinación-. El entusiasmo que han mostrado ha vencido todas mis reservas. ¿Qué hay que hacer para empezar?

-Empezaremos ahora mismo con un acuerdo verbal -dijo Mark-. Redactaremos los contratos, que se firmarán más adelante.

-Estupendo -dijo Kim, y estrechó la mano de los dos hombres.

-Tendremos que quedarnos un rato para tomar medidas -dijo Mark.

-Como si estuvieran en su casa. En cuanto al contenido, se puede almacenar en el garaje de la casa principal. Está abierto.

-¿Y la puerta que da acceso a la finca? -preguntó George.

-Si van a empezar ahora mismo, la dejaremos abierta.

Mientras los hombres se dedicaban a tomar las medidas, Kim salió. Se alejó unos quince metros y se volvió para contemplar la casa; hubo de reconocer que era muy hermosa. Al instante, se puso a pensar en lo divertido que sería decorarla, y debatió consigo misma los colores que elegiría para pintar los dormitorios. Esos detalles aumentaron su entusiasmo por el proyecto, pero el entusiasmo conjuró de inmediato el nombre de Elizabeth. Kim se preguntó qué habría sentido ella al ver por primera vez la casa y cuando se trasladó a vivir.

Se preguntó si habría estado igual de entusiasmada.

Volvió al interior y avisó a Mark y George de que estaría en el castillo si la necesitaban.

-Creo que hay bastante para mantenernos ocupados -dijo Mark-, pero tendré que hablar con usted mañana. ¿Me da su número de teléfono?

Kim le dio los números del apartamento y del trabajo.

Después, salió de la casa vieja, subió al coche y se dirigió al castillo. Pensar en Elizabeth la había espoleado a dedicar más tiempo a examinar los antiguos documentos. Abrió la puerta principal y la dejó algo entornada, por si Mark o George iban a buscarla. Ya dentro, no supo si decidirse por el desván o la bodega. Recordó la carta de porte del siglo XVII que había encontrado el sábado en la bodega, y decidió volver allí.

Cruzó el gran salón y el comedor, y abrió las pesadas puertas de roble. Cuando empezó a bajar por los peldaños de granito, se dio cuenta de que la puerta se había cerrado detrás de ella con un golpe sordo.

Librodot

Kim se detuvo. Comprendió de pronto que era muy diferente estar sola en el enorme caserón que acompañada de Edward. Oyó lejanos crujidos y chasquidos; la casa reaccionaba ante el calor del día. Se volvió, miró hacia la puerta y sintió un temor irracional de que se hubiera cerrado dejándola atrapada en el sótano.

-No seas ridícula -se dijo en voz alta.

Sin embargo, no pudo sacudirse la preocupación con respecto a la puerta. Por fin, subió por la escalera. Se apoyó contra la puerta y, tal como esperaba, se abrió. Dejó que se cerrara de nuevo.

Kim se amonestó por su imaginación hiperactiva, bajó y se adentró en las profundidades de la bodega. Tarareó una de sus canciones favoritas, pero su serenidad era simple fachada.

Pese a sus esfuerzos, el lugar la asustaba. Daba la impresión de que era la enorme casa lo que provocaba que la atmósfera fuera asfixiante, dificultando la respiración. Y, como ya había notado, distaba mucho de ser silenciosa. Se obligó a hacer caso omiso de su inquietud. Sin dejar de tararear la misma canción, entró en la celda donde había encontrado la carta de porte del siglo XVII. El sábado había registrado el cajón donde había encontrado el documento, pero ahora se puso a investigar en el resto del archivador.

No tardó en comprender lo difícil que sería investigar los papeles de los Stewart. Había empezado con aquel único archivador, pero había muchísimos. Cada cajón estaba lleno a rebosar, y tuvo que alcanzar documento a documento. Muchos de los papeles estaban escritos a mano, y algunos eran difíciles de descifrar. En otros, la fecha era ilegible. Para colmo de males, la luz de los candelabros era muy poco apropiada. Decidió que, en sus futuras incursiones en la bodega, llevaría alguna luz adicional.

Después de examinar un solo cajón, Kim se rindió. La mayor parte de documentos en que constaba la fecha eran de finales del siglo XVIII. Con la esperanza de que existiera alguna clave de orden en aquel caos, empezó a abrir cajones al azar, en busca de algo que poseyera una antigüedad significativa.

Realizó su primer hallazgo en el cajón superior de una cómoda próxima a la puerta del pasillo.

Lo primero que llamó su atención fue una serie de cartas de porte del siglo XVII, cada una un poco más antigua que la que había enseñado a Edward el sábado. Después, encontró todo un fajo, atado con un hilo. Si bien estaban escritas a mano, la caligrafía era elegante y clara, y todas llevaban fecha. Se referían sobre todo a pieles, madera, pescado, ron, azúcar y grano. En mitad del paquete había un sobre. Iba dirigido a Ronald Stewart. La caligrafía era diferente: vertical y errática.

Kim cogió el sobre y se dirigió al pasillo, donde la iluminación era mejor. Extrajo la carta y la desdobló. Llevaba fecha del 11 de junio de 1679. Le resultó fácil leerla.

Señor:

Han pasado varios días desde que llegó su carta.

He hablado mucho con mi familia sobre el afecto que siente por nuestra amada hija Elizabeth, que es una joven alegre y vivaz. Si es la voluntad de Dios, concederemos su mano en matrimonio, siempre que me proporcione usted un trabajo y traslade a mi familia a la ciudad de Salem. La amenaza

de ataques indios hace que nuestra vida en Andover corra peligro constantemente, lo cual nos provoca una profunda desazón.

Su humilde servidor, JAMES FLANAGAN.

Kim devolvió lentamente la carta al sobre. Estaba decepcionada, incluso conmocionada. No se consideraba una feminista, pero aquella carta la ofendía e impulsaba a adoptar posturas feministas. Habían vendido a Elizabeth como si de un mueble se tratara. La simpatía de Kim por su antepasada, que ya era grande, aumentó.

Volvió a la celda, dejó la carta de porte sobre la cómoda donde la había encontrado y empezó a inspeccionar con más detenimiento el cajón.

Ajena al tiempo que transcurría y a su entorno, examinó cada hoja de papel. Si bien encontró algunas cartas de porte de fechas próximas a la anterior, no descubrió más cartas personales. Decidida a no darse por vencida, se dedicó al segundo cajón. Fue entonces cuando oyó el inconfundible sonido de unos pasos en la escalera.

Se quedó petrificada. El vago temor que había experimentado al bajar a la bodega regresó como una venganza, sólo que ahora lo espoleaba algo más que la lobreguez de la enorme casa vacía, pues se mezclaba con el sentimiento de culpabilidad por haber irrumpido en un pasado turbulento y prohibido. En consecuencia, su imaginación se disparó y, cuando los pasos resonaron sobre su cabeza, imaginó que se trataba de un horripilante fantasma. Incluso pensó que podía tratarse de su difunto abuelo, que se acercaba para castigar su insolente y presuntuoso intento de sacar a la luz secretos ocultos.

El sonido de los pasos se alejó, para fundirse luego con los crujidos y chirridos de la casa. Kim se debatía entre dos impulsos contradictorios: por un lado, huir ciegamente a la bodega; por otro, esconderse entre los archivadores y cómodas.

Incapaz de decidirse, se acercó con sigilo a la puerta de la celda y se asomó al pasillo. Miró en dirección a los peldaños de granito. En ese instante oyó que la puerta de la bodega se abría con un crujido. Al menos, estaba segura de que era aquello lo que había oído.

Paralizada de terror, Kim vio que unos zapatos negros y unos pantalones comenzaban a bajar por la escalera. Se detuvieron a mitad de camino. Entonces, una silueta se agachó y apareció un rostro sin facciones, iluminado desde atrás.

-¿Kim? -llamó Edward-. ¿Estás ahí?

La primera reacción de ella fue dejar escapar un suspiro.

Hasta ese momento no se había dado cuenta de que estaba conteniendo el aliento. Se apoyó contra la pared de la celda porque creía que las piernas no la sostendrían y llamó a Edward para indicarle dónde estaba. Al cabo de unos segundos el voluminoso cuerpo de su amigo llenó el vano de la puerta.

-Me has asustado -dijo Kim con tanta serenidad como pudo reunir. Ahora que sabía que era Edward se sentía avergonzada por haber sido presa del terror.

-Lo siento -dijo Edward, vacilante-. No era mi intención.

-¿Por qué no me llamaste antes?

-Lo hice. Varias veces. Primero, cuando entré, y después en el salón. Creo que la bodega debe de estar aislada.

-Supongo que sí. Por cierto, ¿qué haces aquí? No te esperaba.

Librodot

-Llamé a tu apartamento. Marsha me dijo que habías venido con la idea de reformar la casa antigua. Sin pensarlo dos veces, decidí venir. Me siento responsable, pues fui yo quien lo sugirió.

-Muy amable por tu parte -dijo Kim. Su pulso continuaba acelerado.

-Siento muchísimo haberte asustado.

-Da igual. La culpa es mía, por permitir que mi estúpida imaginación me dominara. Oí tus pasos y pensé que eras un fantasma.

Edward adoptó una expresión feroz y convirtió sus manos en garras. Kim, para seguir la broma, le dio un puñetazo en el hombro y dijo que no era nada divertido.

Ambos se sintieron aliviados. La tensión se evaporó.

-De modo que has iniciado la investigación sobre Elizabeth Stewart -dijo Edward al tiempo que echaba un vistazo al cajón abierto de la cómoda-. ¿Has encontrado algo?

-Pues sí -contestó Kim.

Se acercó al mueble, cogió la carta de James Flanagan dirigida a Ronald Stewart y se la tendió a Edward.

Él sacó la carta del sobre con sumo cuidado. La acercó a la luz. Tardó tanto en leerla como Kim.

-¡Ataques indios en Andover! -comentó-. ¿Te lo imaginas? La vida era muy diferente en aquellos tiempos. -Terminó la carta y se la devolvió a Kim-. Fascinante -dijo.

-¿No te irrita?

-Pues no mucho. ¿Por qué?

-A mí sí. La pobre Elizabeth aún tuvo menos poder de decisión sobre su trágico destino de lo que yo pensaba. Su padre la utilizó como moneda de cambio en un negocio. Es deplorable.

-Creo que te precipitas un poco en tus conclusiones. En el siglo XVII no existían las oportunidades con que hoy contamos. La vida era más dura e insustancial. La gente tenía que unirse para sobrevivir. Los intereses individuales no constituían una prioridad importante.

-Eso no justifica regatear con la vida de tu hija. Da la impresión de que su padre la estuviera tratando como una vaca o cualquier otra propiedad.

-Aún pienso que vas demasiado lejos. Sólo porque James y Ronald llegaran a un acuerdo no significa necesariamente que Elizabeth no tuviera arte ni parte acerca de su matrimonio. Además, has de pensar que para ella debió de suponer un gran consuelo y una satisfacción saber que contribuía al bienestar de su familia.

-Tal vez. El problema es lo que le pasó al final -le recordó Kim.

-Aún no sabes con seguridad si la ahorcaron.

-Es verdad, pero esta carta sugiere un motivo por el que pudo ser acusada de brujería. A partir de mis lecturas, he deducido que en la época de los puritanos no estaba bien visto cambiar de posición social, y si eso ocurría, se sospechaba automáticamente que aquellas personas no acataban la voluntad de Dios. Elizabeth pasó de ser hija de un granjero pobre a esposa de un comerciante rico, y encaja en esa categoría.

-Ser vulnerable y ser acusada de brujería son dos cosas muy diferentes. Como no he visto su nombre en los libros, sigo dudando.

-Mi madre insinuó que el motivo de que no se mencione reside en que la familia se tomó muchas molestias para borrar su nombre. Incluso dio a entender que la familia la consideraba culpable.

-Eso nos proporciona otro enfoque, pero en cierto sentido es lógico; la gente del siglo XVII creía en la brujería. Tal vez Elizabeth la practicaba.

-Espera un momento. ¿Estás insinuando que Elizabeth era de verdad una bruja? Admito que pudiera ser culpable de cambiar de posición social, pero no de practicar la brujería.

-Quiero decir que tal vez practicaba cierta clase de magia.

En aquella época existía la magia blanca y la magia negra. La diferencia residía en que la magia blanca servía para el bien, como curar personas o animales. La magia negra, sin embargo, poseía intenciones maléficas, y era llamada brujería. Es evidente que, en determinadas ocasiones, era una simple cuestión de opinión si una poción o conjuro correspondía a magia blanca o negra.

-Es probable que estés en lo cierto -dijo Kim. Pensó un momento, y luego sacudió la cabeza-. Pero a mí no me convences. Mi intuición me dice otra cosa. Tengo la sensación de que Elizabeth era una persona completamente inocente que por alguna insidiosa jugarreta del destino se vio atrapada en una tragedia terrible. Fuera cual fuese, debió de ser espantosa, y el hecho de que ni siquiera se respetase su memoria sólo aumenta la injusticia. -Echó un vistazo a las vitrinas, cómodas y cajas-. La cuestión es: ¿se encuentra la explicación en este mar de documentos?

-Yo diría que haber encontrado esta carta personal es alentador. Si hay una, tiene que haber más. Si vas a encontrar la respuesta, tendrá que ser en la correspondencia personal.

-Ojalá esos papeles tuvieran un orden cronológico.

-¿Has tomado alguna decisión sobre las reformas de la casa antigua? -Sí. Ven, te lo explicaré.

Dejaron el coche de Edward aparcado frente al castillo y cogieron el de Kim para acercarse a la casa vieja. Kim guió a Edward por el edificio, muy entusiasmada, y explicó que iba a seguir su sugerencia de colocar el cuarto de baño moderno en la zona anexa. La información inédita más importante era la ubicación de un lavabo entre los dos dormitorios.

-Creo que será una casa maravillosa -dijo Edward cuando salieron del edificio-. Estoy celoso.

-Y yo entusiasmada. Lo que más me apetece es decorarla.

Creo que pediré vacaciones, e incluso un permiso, en septiembre, para dedicarme a fondo.

-¿Lo harás sola?

-Por completo.

-Admirable. Yo no podría.

Subieron al coche de Kim, quien vaciló antes de encender el motor. Veían la casa por el parabrisas.

-De hecho, siempre he deseado ser interiorista -dijo Kim en tono melancólico.

-¿Bromeas?

-Fue una oportunidad perdida. Mi principal interés cuando era adolescente, sobre todo en la escuela secundaria, era el arte, en una forma u otra. Debo decir que en aquellos tiempos era una artista caprichosa, y no estaba integrada en los grupos de moda.

-Yo tampoco.

Kim puso en marcha el coche y dio media vuelta. Se dirigieron hacia el castillo.

-¿Por qué no llegaste a ser interiorista? -preguntó Edward.

-Mis padres me disuadieron. Sobre todo mi padre.

-Hay algo que no logro entender. El viernes, durante la cena, dijiste que tu padre y tú nunca estuvisteis muy unidos.

-No, pero ejercía una gran influencia sobre mí. Yo creía que no estábamos unidos por mi culpa, así que me esforcé mucho por complacerle, hasta el punto de estudiar enfermería. Él deseaba que estudiase enfermería o pedagogía porque consideraba que eran profesiones respetadas, no así el interiorismo.

-Los padres pueden ejercer una gran influencia sobre los hijos. Yo también experimentaba una necesidad similar de complacer a mi padre. Era como una locura. No tendría que haberle hecho caso. El problema es que se burlaba de mí a causa de mi tartamudeo y mi torpeza para los deportes de competición. Supongo que lo decepcioné.

Llegaron al castillo y Kim frenó junto al coche de Edward.

Éste se dispuso a salir, pero volvió a sentarse.

-¿Has cenado? -preguntó.

Kim negó con la cabeza.

-Yo tampoco. ¿Qué te parece si vamos a Salem y buscamos un buen restaurante?

-De acuerdo.

Se dirigieron hacia la ciudad. Kim fue la primera en hablar.

-Atribuyo mi falta de desenvoltura social en la universidad a mi relación con mis padres. ¿No pudo pasarte a ti lo mismo?

-No me atrevería a dudarlo.

-Es asombroso lo importante que es el amor propio, y asusta un poco la facilidad con que se socava el de los niños.

-Incluso el de los adultos. Y una vez que ha sido socavado, afecta al comportamiento, que a su vez afecta el amor propio. El problema es que puede llegar a ser funcionalmente autónomo y bioquímicamente determinado. Eso es lo positivo de los fármacos: rompen el círculo vicioso.

-¿Hablas otra vez del Prozac?

-Sólo de manera indirecta. El Prozac es capaz de estimular el amor propio de algunos pacientes.

-¿Habrías tomado Prozac en la universidad si hubiera estado disponible?

-Es posible. Habría supuesto una diferencia en mi experiencia.

Kim miró un momento a Edward, quien sonrió, y tuvo la sensación de que acababa de contarle algo personal.

-No tienes por qué contestar -dijo-, y tal vez no deberías, pero ¿has probado el Prozac alguna vez?

-No me importa contestar -dijo Edward-. Lo utilicé un tiempo, hace un par de años. Mi padre murió y tuve una depresión moderada. Fue una reacción que no me esperaba, considerando nuestra historia. Un colega sugirió que tomara Prozac, y lo hice.

-¿Eliminó la depresión?

-Por completo. No de una manera inmediata, pero a la larga sí. Lo más interesante fue que me proporcionó una dosis inesperada de seguridad. No lo había previsto, de modo que no pudo ser un efecto placebo. Me gustó, además.

-¿Alguna secuela?

-Algunas, pero ninguna terrible, y muy aceptables en relación con la depresión.

-Interesante -dijo con sinceridad Kim.

-Espero que el que haya admitido que he tomado drogas psicotrópicas no te alarme, teniendo en cuenta tu puritanismo farmacológico.

-No seas tonto. Todo lo contrario. Respeto tu sinceridad.

Además, ¿quién soy yo para juzgar? Nunca he tomado Prozac, pero sí algunos psicotropos, en la universidad. Yo diría que eso nos pone a la par.

Edward rió.

-¡Exacto! -exclamó-. -¡Los dos estamos locos!

Encontraron un pequeño restaurante popular que servía pescado fresco. Estaba abarrotado, y tuvieron que ocupar taburetes en la barra. Los dos tomaron bacalao al horno y jarras heladas de cerveza. De postre, eligieron un budín de maíz, a la antigua usanza, con helado.

Después de la atmósfera ruidosa del local, gozaron del silencio que reinaba en el coche mientras regresaban a la finca.

Sin embargo, al traspasar el portal Kim percibió que Edward estaba bastante nervioso. Se removía y se apartaba con frecuencia el cabello de la frente.

-¿Ocurre algo? -preguntó Kim.

-No -respondió Edward, pero tartamudeaba otra vez.

Kim paró junto al coche de Edward. Puso el freno de mano, pero dejó encendido el motor. Esperó, consciente de que algo pasaba por la mente de Edward.

-¿Querrás venir a mi apartamento cuando volvamos a la ciudad? -balbuceó por fin Edward.

La invitación puso a Kim en un embarazoso apuro. Adivinó la valentía de Edward, y no deseaba que se sintiera rechazado.

Al mismo tiempo, pensó en las necesidades de los pacientes que vería por la mañana. Al final, su profesionalismo ganó.

-Lo siento -dijo-. Se ha hecho un poco tarde. Estoy agotada. Me he levantado a las seis. -En un intento por aclarar la situación, añadió-: Además, aún no he terminado mis deberes de clase.

-Sólo un rato -insistió Edward-. Sólo son poco más de las nueve.

Kim se sintió sorprendida e inquieta al mismo tiempo.

-Creo que las cosas se están precipitando demasiado para mi gusto -dijo-. Me siento muy bien contigo, pero no quiero ir deprisa.

-Por supuesto -contestó Edward-. Es evidente que yo también me siento bien contigo.

-Me gusta tu compañía. El viernes y el sábado de esta semana tengo libre, por si se acomoda a tus horarios.

-¿Qué te parece si cenamos el jueves por la noche? Al día siguiente no tendrás... deberes.

Kim rió.

-Será un placer. Procuraré terminarlos antes.

Viernes 22 de julio de 1994

Kim parpadeó y abrió los ojos. Al principio se sintió desorientada; no sabía dónde estaba. Unas contraventanas desconocidas filtraban la luz del

amanecer. Volvió la cabeza, vio a Edward, dormido a su lado, y lo recordó todo al instante.

Kim se subió la sábana hasta el cuello. Se sintió insegura, fuera de lugar. "Tú, hipócrita", se recriminó en silencio. Recordó que sólo unos días antes había dicho a Edward que no quería ir deprisa, y ahora estaba acostada en su cama. Kim nunca había llegado a una relación tan íntima en tan poco tiempo.

Con el mayor sigilo posible, intentó salir de la cama con la intención de vestirse antes de que Edward despertara, pero no pudo ser. El terrier de Edward, pequeño, blanco y bastante desagradable, gruñó y enseñó los dientes. Se llamaba Buffer. Estaba al pie de la cama.

Edward se incorporó y ahuyentó al perro. Se desplomó sobre la almohada, cerró los ojos y preguntó:

-¿Qué hora es?

-Algo más de las seis -respondió Kim.

-¿Por qué te has despertado tan temprano?

-Estoy acostumbrada. Es mi hora habitual.

-Pero si era casi la una cuando nos acostamos.

-Da igual. Lo siento. No tendría que haberme quedado.

Edward abrió los ojos y miró a Kim.

-¿Te sientes incómoda? -preguntó él. Al ver que ella asentía, añadió-: Lo siento. No debería haber insistido.

-No es culpa tuya.

-Pero tú habrías preferido marcharte. Fue culpa mía.

Se miraron un segundo, y luego ambos sonrieron.

-Esto empieza a ser un poco repetitivo -dijo Kim-. Volvemos a los concursos de disculpas.

-Sería divertido si no fuera tan penoso. Pensaba que ya habíamos hecho algunos progresos.

Kim se acercó. Se abrazaron. Guardaron silencio por un instante, para gozar del abrazo.

-¿Aún te sientes incómoda? -preguntó Edward por fin.

-No -respondió Kim-. A veces, hablar de algo ayuda.

Más tarde, mientras Edward se duchaba, Kim llamó a su compañera de piso, Marsha, que a esa hora estaría a punto de ir a trabajar. Marsha se alegró de oírla y expresó cierta preocupación porque la noche anterior Kim no había ido a su casa ni había llamado.

-Debería haberte avisado -se disculpó Kim.

-Supongo que la velada fue un éxito -dijo con ironía Marsha.

-Estuvo bien. Se hizo muy tarde y no quise despertarte.

¿Le darás a Saba de comer? -dijo para cambiar de tema.

Marsha la conocía demasiado bien.

-Tu gata ya ha desayunado. La única novedad es que tu padre telefoneó anoche. Quiere que lo llames cuando puedas.

-¿Mi padre? Nunca llama.

-No hace falta que me lo digas. Hace años que comparto el piso contigo y es la primera vez que hablo con él por teléfono.

Después de que Edward saliera de la ducha y se vistiese, sorprendió a Kim al sugerir que podían ir a desayunar a Harvard Square. Ella había imaginado que iría directamente a su laboratorio.

-Me he levantado dos horas antes de lo previsto -dijo Edward-. El laboratorio puede esperar. Además, ha sido la noche más agradable del año, y no quiero que termine todavía.

Kim sonrió, rodeó el cuello de Edward con los brazos y lo estrechó con fuerza. Para ello tuvo que ponerse de puntillas.

Él le devolvió la muestra de afecto con igual vehemencia.

Utilizaron el coche de Kim, pues había que moverlo; estaba mal aparcado frente al apartamento de Edward. Ya en la plaza, Edward la llevó a un bar de estudiantes, donde tomaron huevos revueltos, beicon y café.

-¿Qué planes tienes para hoy? -preguntó Edward.

Tuvo que hablar en voz alta para hacerse oír por encima del tumulto. El curso de verano de la universidad estaba en pleno apogeo.

-Me voy a Salem -respondió Kim-. Ya han empezado las obras de la casa. Quiero ver cómo van. Había decidido llamar al caserón antiguo “la casa”, para diferenciarla del castillo.

-¿Cuándo piensas volver?

-A última hora de la tarde.

-¿Nos encontramos en el bar Harvest hacia las ocho?

-Hecho.

Después de desayunar, Edward pidió a Kim que lo dejara en los laboratorios de biología de Harvard.

-¿Quieres que te lleve a casa para que cojas el coche?

-preguntó ella.

-No, gracias. No habrá sitio para aparcar en el campus principal. Para ir a trabajar cogeré el tren que va a la zona médica. Lo hago a menudo. Es una de las ventajas de vivir cerca de la plaza.

Edward indicó a Kim que lo dejara en la esquina de Kirkland Street con Divinity Avenue. Se quedó en la acera y agitó la mano hasta que Kim se perdió de vista. Sabía que estaba enamorado, y le encantaba la sensación. Dio media vuelta y caminó por Divinity Avenue. Tenía ganas de cantar. Sabía que Kim sentía afecto por él y eso hacía que se sintiese contento. Sólo esperaba que durase. Pensó en las flores que le había enviado cada día y se preguntó si no sería algo exagerado de su parte. El problema era que carecía de experiencia en tales asuntos.

Llegó a los laboratorios y consultó la hora; aún no eran las ocho. Mientras subía por las escaleras, sospechó que debería esperar a Kevin Scranton, pero no haría falta, porque Kevin ya estaba allí.

-Me alegro de que te hayas dejado caer -dijo Kevin-. Hoy iba a llamarte.

-¿Has encontrado Claviceps purpúrea? -preguntó Edward, esperanzado.

-No. Claviceps no.

-¡Maldición! -exclamó Edward. Se dejó caer en una silla.

Experimentó una desagradable sensación en el estómago.

Había esperado un resultado positivo, sobre todo por Kim.

Quería ofrecérselo como un regalo de la ciencia que ayudara a paliar la desgracia de Elizabeth.

-No pongas esa cara -dijo Kevin-. No había Claviceps, pero sí muchos otros hongos. Hay uno que se parece morfológicamente al Claviceps purpúrea, pero es una especie desconocida hasta el momento.

-¿En serio?-dijo Edward.

Se alegró al pensar que, como mínimo, habían hecho un descubrimiento.

-No es muy sorprendente, por supuesto -dijo Kevin, y consiguió que la cara de su amigo se ensombreciera de nuevo-. En la actualidad, conocemos unas cincuenta mil especies de hongos. Al mismo tiempo, algunos especialistas creen que existen entre cien mil y un cuarto de millón de especies.

-¿Intentas decirme que no se trata de un descubrimiento extraordinario? -comentó Edward con ironía.

-No hago juicios de valor, pero es un hongo que tal vez consideres interesante. Es un ascomiceto como el Claviceps, y resulta que, como éste, forma esclerocios.

Kevin extendió la mano hacia el escritorio y dejó caer varios objetos pequeños y oscuros en la palma de Edward, quien los movió con el índice. Parecían granos de arroz oscuro.

-Será mejor que me digas qué son estos esclerocios -dijo.

-Una clase de esporas vegetativas en reposo de ciertos hongos -explicó Kevin-. Son diferentes de las esporas sencillas unicelulares porque los esclerocios son pluricelulares y contienen filamentos fúngicos o hifas, como los alimentos almacenados.

-¿Por qué crees que pueden interesarme? -preguntó Edward. Pensó que también se parecían a las semillas del pan de centeno. Acercó uno a la nariz; no olía a nada. -Porque los esclerocios del Claviceps contienen los alcaloides bioactivos que causan el ergotismo -respondió Kevin.

-¡Guau! -Edward se incorporó en su asiento y estudió con mayor interés el esclerocio que tenía en la mano-. ¿Cuáles son las posibilidades de que este pequeño bribón contenga el mismo alcaloide que el Claviceps?

-Creo que ésa es la pregunta del día. En mi opinión, las posibilidades son bastante buenas. No hay muchos hongos que produzcan esclerocios. Es evidente que, a cierto nivel, esta nueva especie está relacionada con el Claviceps purpúrea.

-¿Por qué no lo probamos?

-¿Qué demonios quieres decir? -preguntó Kevin, y miró a Edward con suspicacia.

-¿Por qué no hacemos una mezcla con estos chismes y lo probamos?

-Supongo que estarás bromeando.

-No. Me interesa averiguar si este nuevo moho produce un alcaloide que posea efectos alucinógenos. La mejor manera de saberlo es probarlo.

-Has perdido el juicio. Las micotoxinas pueden ser muy potentes, como las incontables personas que han sufrido ergotismo pueden testificar. La ciencia no para de descubrir nuevos casos cada día. El riesgo que puedes correr es enorme.

-¿Dónde está tu espíritu aventurero? -preguntó Edward con tono burlón. Se levantó-. ¿Puedo utilizar tu laboratorio para este pequeño experimento?

-No estoy seguro de querer participar en esto. Hablas en serio, ¿verdad?

-Por completo.

Kevin guió a Edward a su laboratorio y le preguntó qué necesitaba. Edward pidió un mortero, un majadero o algo similar, agua destilada, un ácido débil para precipitar el alcaloide, un filtro de papel, un matraz de litro y una pipeta graduada.

-Esto es una locura -gruñó Kevin mientras reunía los materiales.

Edward trituró los pocos esclerocios, extrajo la pulpa con agua destilada y precipitó una ínfima cantidad de material blanco con el ácido débil. Con la ayuda del filtro de papel, aisló unos pocos granos de precipitado blanco. Kevin contempló el proceso con una mezcla de incredulidad y asombro.

-No me digas que vas a comerte eso -dijo, cada vez más alarmado.

-Oh, vamos -contestó Kevin-. No soy tan estúpido.

-Podrías haberme engañado.

-Escucha, me interesa obtener un efecto alucinógeno. Si esta materia va a producir tal efecto, bastará con una dosis minúscula. Estoy hablando de menos de un microgramo.

Edward recogió una partícula del precipitado con el extremo de una espátula y lo introdujo en un litro de agua destilada, vertida en un matraz volumétrico. Lo agitó vigorosamente.

-Podríamos manipular esta mezcla durante seis meses, sin averiguar en ningún momento si provoca alucinaciones -explicó Edward-. Al final, necesitaríamos un cerebro humano.

El mió está disponible en este momento. En lo que a la ciencia se refiere, soy un hombre de acción.

-¿No puede ser tóxico para los riñones?

Edward miró a su amigo con expresión de incredulidad exasperada.

-¿Con esta dosis? Ni hablar. Es diez veces menos tóxico que la toxina botulínica, la sustancia más tóxica que conoce el hombre. Además, no sólo vamos a trabajar con un solo microgramo de este elemento desconocido, sino que es una sopa de sustancias, de forma que la concentración de cualquiera de ellas es mucho más baja.

Edward pidió a Kevin que le pasase la pipeta. Kevin lo hizo a regañadientes.

-¿Estás seguro que no quieres participar? -preguntó Edward-. Quizá te pierdas un descubrimiento científico. -Rió mientras llenaba la delgada pipeta.

-No, gracias. He llegado a un cómodo entendimiento con mis células tubulares renales, y no nos permitimos abusos mutuos.

-A tu salud -dijo Edward, mientras por un instante sostenía en alto la pipeta, antes de depositar un milímetro en la punta de su lengua. Tomó un sorbo de agua, la agitó en la boca y la tragó.

-¿Y bien? -preguntó Kevin, nervioso, tras un momento de silencio.

-Un poquito amarga -dijo Edward.

Abrió y cerró la boca varias veces para aumentar el sabor.

-¿Algo más? -preguntó Kevin.

-Empiezo a sentirme un poco mareado -respondió Edward.

-Ya estabas mareado antes de empezar.

-Admito que este pequeño experimento carece de controles científicos -dijo Edward, y soltó una carcajada-. Lo que siento podría ser un efecto placebo.

-No debería participar en esto. Tendré que insistir en que esta tarde te sometas a un análisis de orina y a una prueba de creatmma.

-¡Guau! -exclamó Edward-. -¡Algo pasa!

-¡Oh, Dios! ¿Qué?

-Veo un torrente de colores que dan vueltas, con forma de ameba, como en un calidoscopio.

-¡Ah, fantástico!

Kevin clavó la vista en la cara de Edward, que parecía como en trance.

-Ahora oigo algunos sonidos, como de sintetizador. Tengo la boca seca. Y algo más; noto parestesias en los brazos, como si me mordieran o pellizcaran suavemente. Es raro.

-¿Quieres que llame a alguien?

Ante la sorpresa de Kevin, Edward extendió las manos, lo cogió por los brazos y lo sujetó con fuerza inusitada.

-Siento como si la habitación se moviera -dijo Edward-.

Noto una leve sensación de asfixia.

-Será mejor que pida ayuda -dijo Kevin. Tenía el pulso acelerado. Desvió la vista hacia el teléfono, pero Edward aumentó la presión.

-Tranquilo -dijo Edward-. Los colores van desapareciendo. Está pasando. -Cerró los ojos, pero no se movió. Siguió sujetando a Kevin. Por fin, Edward abrió los ojos y suspiró-.

- ¡Guau! -exclamó. Sólo entonces se dio cuenta de que tenía a su amigo cogido por los brazos. Lo soltó, y respiró hondo y se alisó la chaqueta-. Creo que hemos obtenido una respuesta.

-¡Esto es absurdo! -replicó Kevin-. Tu numerito me ha aterrorizado. Iba a llamar a urgencias.

-Cálmate. No ha sido tan horrible. No saques las cosas de quicio por sesenta segundos de reacción psicodélica.

Kevin señaló el reloj y dijo:

-No han sido sesenta segundos, sino más de veinte minutos.

Edward miró el reloj.

-Qué curioso. Hasta mi sentido del tiempo se ha distorsionado.

-¿Te sientes bien, en general?

-¡Estupendo! -insistió Edward-. De hecho, me siento mejor que estupendo. Me siento... -Vaciló, mientras intentaba expresar con palabras lo que sentía-. Me siento pletórico de energías, como si acabara de descansar. Y también clarividente, como si mi mente estuviera particularmente lúcida. Incluso me siento un poco eufórico, pero eso podría ser a causa de este resultado positivo. Acabamos de demostrar que este nuevo hongo produce una sustancia alucinógena.

-No seamos tan generosos con el plural -dijo Kevin-. Has sido tú quien lo ha demostrado, no yo. Me niego a recibir felicitaciones por esta locura.

-Me pregunto si los alcaloides son los mismos del Claviceps. No percibo la menor señal de que la circulación vascular periférica se haya reducido a un síntoma frecuente de ergotismo.

-Al menos, prométeme que esta tarde te harás un análisis de orina y una prueba de creatinina. Aunque tú no estés preocupado, yo sí lo estoy.

-Si es necesario para que duermas esta noche, lo haré. Por el momento, quiero más esclerocios. ¿Es posible?

-Ahora sí, porque ya sé en qué medio necesita crecer este hongo, pero no puedo prometerte muchos. No siempre es fácil conseguir el hongo que los produce.

-Bien, haz lo que puedas. Recuerda que quizá podamos publicar un buen artículo.

Mientras Edward corría por el campus para coger el tren que conducía a la zona médica, se sentía sumamente complacido por el resultado. Ardía

en deseos de confirmar a Kim que la teoría del envenenamiento relativa al episodio de las brujas de Salem gozaba de un excelente estado de salud.

Pese a lo ansiosa que estaba Kim por ver los progresos de las obras, aún experimentaba más curiosidad por averiguar el motivo de la llamada de su padre. Confiada en encontrarlo antes de que marchara a su oficina de Boston, se desvió hacia Marblehead.

Entró en la casa y fue directamente a la cocina. Tal como esperaba, encontró a John tomando café mientras repasaba los periódicos de la mañana. Era un hombre corpulento que durante su época de Harvard había practicado atletismo. Su cabeza estaba coronada por una mata de pelo abundante, que en otros tiempos había sido tan oscuro y lustroso como el de Kim. Con los años había encanecido, lo que le proporcionaba un aspecto paternal aunque no por eso menos seductor.

-Buenos días, Kimmy -dijo John, sin levantar la vista del periódico.

Kim se sirvió café y calentó un poco de leche para prepararse un capuccino.

-¿Qué tal funciona tu coche? -preguntó John. El papel crujió cuando pasó la página-. Espero que lo hagas revisar de vez en cuando, como te aconsejé.

Ella no contestó. Estaba acostumbrada a que su padre la tratara como si aún fuese una niña, pero en el fondo detestaba que lo hiciese. Siempre le daba instrucciones acerca de cómo organizar su vida. Cuanto mayor se hacía Kim, más pensaba que su padre no era la persona más indicada para dar consejos a nadie, considerando sobre todo lo que había hecho con su vida y su matrimonio.

-Me han dicho que llamaste a mi apartamento anoche -dijo Kim. Se sentó en un banco situado bajo una ventana salediza que daba al océano.

John bajó el periódico.

-En efecto -dijo-. Joyce comentó que habías adquirido un repentino interés por Elizabeth Stewart y la habías interrogado al respecto. Me sorprendió. Te llamé para preguntarte por qué querías disgustar a tu madre de ese modo.

-No fue mi intención disgustarla. Me he interesado por Elizabeth, y quería averiguar algunos hechos básicos, como si la habían colgado por bruja o se trataba de un simple rumor.

-La colgaron, te lo aseguro. También puedo asegurarte que la familia ha hecho un gran esfuerzo para que ese episodio fuese olvidado. Dadas las circunstancias, considero mejor que lo dejes de lado.

-¿Por qué tanto secretismo después de trescientos años?

Es absurdo.

-Da igual si es absurdo o no. Fue una humillación entonces, y aún lo es.

-¿Me estás diciendo que te molesta, padre? ¿Que te humilla?.

-Bien, a mí no. Es por tu madre. A ella le molesta, de manera que no debería ser un tema divertido para ti. Hemos de hacer lo posible por aliviarla de las cargas que la abruman.

Kim se mordió la lengua. Teniendo en cuenta las circunstancias, resultaba difícil no decir algo despectivo a su padre.

En cambio, admitió que no sólo se había interesado por Elizabeth, sino que había llegado a sentir simpatía por ella.

Librodot

-Además, encontré su retrato escondido en la bodega del abuelo -dijo Kim-. Al mirarlo, quedé convencida de su existencia. Hasta tenía el mismo color de ojos que yo. Después, recordé lo que le había pasado. No merecía ser ahorcada.

Cuesta no sentir simpatía por ella.

-Conocía el cuadro. ¿Qué estabas haciendo en la bodega?

-Nada en particular. Fui a echar un vistazo. Me pareció una coincidencia sorprendente topar con el cuadro de Elizabeth, pues hace poco he leído cosas acerca de los juicios de Salem. Lo que leí aumentó mi simpatía. Poco tiempo después de la tragedia, mucha gente mostró arrepentimiento y pesar.

Incluso entonces, resultó evidente que habían matado a gente inocente.

-No todo el mundo era inocente.

-Mamá insinuó lo mismo. ¿Qué pudo hacer Elizabeth para dar por supuesto que no era inocente?

-No insistas. No conozco detalles específicos, pero mi padre me dijo que tenía algo que ver con lo oculto.

-¿Como qué?

-Te he dicho que no lo sé, jovencita -replicó John, irritado-. Basta de preguntas.

"Ahora, ve a tu habitación", añadió en silencio Kim. Se preguntó si su padre se daría cuenta algún día de que ya era una persona adulta, y la trataría en consecuencia.

-Escúchame, Kimmy -dijo John con un tono más conciliador y paternalista-. Por tu propio bien, no remuevas en el pasado. Sólo causaría problemas.

-Con todos los respetos, padre, ¿puedes explicarme en qué va a afectar mi bienestar?

John tartamudeó.

-Voy a decirte lo que pienso -dijo Kim con determinación poco usual-. Creo que la implicación de Elizabeth en el episodio pudo representar una humillación en su tiempo. También creo que debió considerarse negativo para los negocios, puesto que su marido, Ronald, fundó Marítima Ltd., que ha alimentado a varias generaciones de Stewart, nosotros incluidos. No obstante, el hecho de que esa preocupación haya persistido es absurdo y una desgracia para su memoria. Al fin y al cabo, es nuestra antepasada. De no haber sido por ella, ninguno de nosotros estaría aquí. Sólo por ese hecho me sorprende que nadie haya cuestionado a lo largo de los años esta ridícula reacción de la que has dado ejemplo.

-Si no puedes comprenderlo desde tu perspectiva egoísta -dijo John, irritado-, piensa en tu madre, al menos. El asunto humilla a Joyce, y da igual el porqué. Si necesitas una motivación para dejar en paz la memoria de Elizabeth, ya la tienes. No insistas en ello, y menos delante de tu madre.

Kim se llevó a los labios su capuccino, ya frío, y tomó un sorbo. Dejó por inútil a su padre. Intentar mantener una conversación con él siempre había sido infructuoso. Sólo funcionaba cuando la conversación era unilateral: cuando él le decía qué debía hacer y cómo. Parecía confundir el papel de padre con el de maestro.

-Tu madre también me ha dicho que te has embarcado en un proyecto en la finca -dijo John, dando por sentado que el silencio de su hija

Librodot

significaba que había reconsiderado el tema de Elizabeth y aceptado su consejo-. ¿Qué estás haciendo, exactamente?

Kim le contó la decisión de renovar la casa antigua y mudarse a ella. Mientras hablaba, John devolvió la atención a los periódicos. Cuando Kim terminó, la única pregunta de él se refirió al castillo y a las posesiones de su padre.

-No vamos a hacer nada en el castillo -le tranquilizó Kim-. Al menos hasta que vuelva Brian.

-Bien -dijo John, mientras pasaba la página del Wall Street Journal.

-Hablando de mamá, ¿dónde está? -preguntó Kim.

-Arriba. No se encuentra bien y no quiere ver a nadie.

Pocos minutos después, Kim salió de la casa con una sensación de tristeza y angustia, que consistía en una complicada mezcla de compasión, ira y asco. Cuando subió al coche, se dijo que detestaba el matrimonio de su padre. Al encender el motor, se prometió que nunca caería en una situación semejante.

Dio marcha atrás y se dirigió hacia Salem. Mientras conducía, se recordó que, pese a lo mucho que le desagradaba el comportamiento de su padre, corría el peligro de recrear una situación similar. De ahí, en parte, el motivo de que hubiera reaccionado con tanta virulencia a las excursiones deportivas de Kinnard, cuando habían hecho planes para estar juntos.

Kim sonrió de repente. El recuerdo de las flores que Edward le enviaba cada día disipó sus sombríos pensamientos.

Por una parte, la inquietaban; por otra, constituían un testimonio de la cortesía y afecto. Si de algo estaba segura era de que Edward no sería un mujeriego. Su idea de un mujeriego era la de un hombre más seguro y competitivo, como su padre o como Kinnard.

Pese a lo frustrante que había sido la conversación con John había logrado el efecto contrario del que él pretendía.

Sólo había servido para estimular el interés de Kim por Elizabeth Stewart. En consecuencia, cuando atravesó la ciudad de Salem, se desvió hacia el aparcamiento público.

Dejó su vehículo en el aparcamiento y se encaminó al Instituto Peabody-Essex, una asociación cultural e histórica que abarcaba una serie de edificios antiguos remozados en el centro de la ciudad. Entre otras funciones, servía como depósito de documentos sobre Salem y sus inmediaciones, incluyendo las actas de los juicios de brujería.

En el vestíbulo, Kim pagó la entrada a una recepcionista, quien la dirigió a la biblioteca, a la que se accedía mediante una corta escalera situada frente al mostrador de recepción.

Kim subió por la escalera y pasó por una maciza puerta vidriera. La biblioteca se alojaba en un edificio de principios del siglo XIX, de techos altos, cornisas decorativas y molduras de madera oscura. La sala principal tenía arañas y chimeneas de mármol, además de mesas de paneles de roble de tono oscuro y sillas poltronas. Predominaban el silencio y el olor típico de un lugar que alberga libros viejos.

Una bibliotecaria cordial y servicial llamada Grace Meehan acudió de inmediato en ayuda de Kim. Era una mujer mayor, de cabello gris y rostro afable. En respuesta a la pregunta general de Kim, le enseñó la forma de encontrar toda clase de papeles y documentos relacionados con los juicios de Salem, incluyendo acusaciones, querellas, órdenes de detención,

Librodot

declaraciones, testimonios, autos de prisión y órdenes de ejecución. Todos estaban cuidadosamente catalogados en uno de los anticuados ficheros de la biblioteca.

Kim se sintió sorprendida y alentada por la facilidad con que había conseguido tan ingente cantidad de material. No le extrañó que existiesen tantos libros sobre los juicios de Salem. El Instituto era el paraíso de los investigadores.

En cuanto se marchó la bibliotecaria, Kim se dispuso a examinar el fichero. Buscó el nombre de Elizabeth Stewart con cierto entusiasmo. Confiaba en que apareciese mencionada de una forma u otra, pero pronto se llevó una decepción: no existía ninguna Elizabeth Stewart. De hecho no había ningún Stewart.

Kim volvió a la mesa de la bibliotecaria y preguntó a la mujer directamente por Elizabeth Stewart.

-El nombre no me resulta familiar -contestó Grace-. ¿Sabe cuál fue su relación con los juicios?

-Creo que fue una de las acusadas. La ahorcaron.

-Imposible -replicó Grace sin la menor vacilación-. Me considero una experta en los documentos existentes sobre los juicios. Nunca he topado con el nombre de Elizabeth Stewart, ni siquiera como testigo, y mucho menos como una de las veinte víctimas. ¿Quién le dijo que fue acusada?

-Es una historia un poco larga -se escabulló Kim.

-Bien, desde luego no es cierta. Las investigaciones han sido demasiado exhaustivas para pasar por alto a una de las víctimas.

-Entiendo -dijo Kim.

No discutió. Dio las gracias a la mujer y volvió a la zona de los ficheros. Dejó de lado los documentos relacionados con los juicios y concentró su atención en otra importante fuente del instituto: la información genealógica sobre las familias del condado de Essex.

Esta vez, Kim encontró valiosa información sobre los Stewart. De hecho, ocupaban todo un cajón del fichero genealógico. A medida que Kim examinaba el material, resultó evidente que había dos clanes Stewart principales, el de ella y otro, cuya historia era menos antigua.

Al cabo de media hora, Kim descubrió una breve referencia a Elizabeth Stewart. Había nacido el 4 de mayo de 1665, hija de James y Elizabeth Flanagan, y fallecido el 19 de julio de 1692, siendo esposa de Ronald Stewart. No constaba la causa de la muerte. Una veloz resta reveló a Kim que Elizabeth había muerto a la edad de veintisiete años.

Alzó la cabeza y miró por la ventana. Notó que se le erizaba el vello de la nuca. Kim tenía veintisiete años, y había nacido el 6 de mayo, casi la misma fecha que Elizabeth. Al recordar su parecido físico y pensar en el hecho de que se disponía a vivir en la misma casa que su antepasada, Kim empezó a preguntarse si las coincidencias no serían excesivas. ¿Acaso aquel cúmulo de circunstancias intentaba decirle algo?

-Perdone -dijo Grace Meehan, interrumpiendo las elucubraciones de Kim-. Le he copiado una lista de las personas que fueron ahorcadas por brujería. También incluye la fecha de la ejecución, el día de la semana, su ciudad de residencia, su filiación religiosa, de existir, y su edad. Como verá, es muy completa, y no consta ninguna Elizabeth Stewart.

Kim dio las gracias de nuevo a la mujer y cogió la hoja.

Librodot

Cuando Grace se alejó, Kim echó un vistazo a la lista, y ya estaba a punto de dejarla a un lado, cuando reparó en la fecha de martes, 19 de julio de 1692. Aquel día habían colgado a cinco personas. Era el mismo día que la muerte de Elizabeth.

Kim comprendió que, pese a la coincidencia, no demostraba que Elizabeth hubiese sido ahorcada. Sin embargo, aunque sólo fuera circunstancial, era como mínimo, sugerente.

Entonces, Kim se dio cuenta de algo más. Recordó que el martes anterior había sido 19 de julio. Miró de nuevo el papel que Grace Meehan le había dado, y descubrió que los calendarios de 1692 y 1994 se correspondían día por día. ¿Se trataba de otra coincidencia en cuyo significado Kim debía meditar?

Volvió a la información genealógica, buscó a Ronald Stewart y descubrió al instante que Elizabeth no había sido la primera esposa de éste, pues en 1677 había contraído matrimonio con Hannah Hutchinson, de la que en 1678 había tenido una hija, Joanna. Hannah murió en 1679, sin que constara la causa del fallecimiento. Ronald, a la edad de treinta y nueve años, se casó con Elizabeth Flanagan en 1681. Fruto de esa unión fueron Sarah, nacida en 1681, Jonathan, nacido en 1682, y Daniel, nacido en 1689. Por fin, Ronald había vuelto a casarse con la hermana menor de Elizabeth, Rebecca Flanagan, en 1692, de la que en 1693 había tenido una hija llamada Rachel.

Kim bajó el libro y clavó la vista en la lejanía, mientras intentaba ordenar sus pensamientos. Tenues campanillas de alarma resonaron en su mente, en relación al carácter de Ronald. Volvió la vista hacia el libro genealógico y recapacitó en el hecho de que Ronald se había casado con Elizabeth sólo dos años después de la muerte de Hannah. Después, Elizabeth había muerto, -¡y el mismo año él había contraído matrimonio con su hermana!

Kim se sintió inquieta. Consciente de lo enamoradizo que era su propio padre, consideró posible que Ronald adoleciera de un defecto similar y se entregara a él, con consecuencias mucho más desastrosas. Se le ocurrió que tal vez Ronald había mantenido relaciones con Elizabeth mientras todavía estaba casado con Hannah, y relaciones con Rebecca mientras aún seguía unido a Elizabeth. Al fin y al cabo, Elizabeth había muerto en circunstancias poco usuales. Kim se preguntó si a Hannah le habría ocurrido otro tanto.

Sacudió la cabeza y se rió en silencio de sí misma. Se dijo que había visto demasiados melodramas, pues su imaginación erraba de una forma, en efecto, melodramática.

Después de dedicar varios minutos al examen del árbol genealógico de los Stewart, Kim averiguó dos hechos más. Primero, confirmó que descendía de Ronald y Elizabeth por la rama de su hijo Jonathan. Segundo, descubrió que en los trescientos años de historia de la familia, ninguna otra mujer había vuelto a llamarse Elizabeth. Dada la cantidad de generaciones, no podía tratarse de una casualidad. Kim se asombró del oprobio que Elizabeth había atraído sobre sí, y su curiosidad se concentró en lo que habría hecho su antepasada para merecerlo.

Kim bajó por los peldaños del Instituto Peabody Essex con la idea de coger el coche y marchar a la finca, pero al pie de la escalera vaciló. El interrogante acerca del carácter de Ronald y la posibilidad de juego sucio por

su parte le habían dado otra idea. Volvió a entrar en el instituto y preguntó la dirección del palacio de justicia del condado de Essex.

El edificio estaba en Federal Street, cerca de la Casa de la Bruja. Era un edificio imponente, de estilo griego, con un frontal carente de adornos y enormes columnas dóricas. Entró y preguntó dónde estaban las actas del tribunal.

Kim no tenía ni idea de si iba a encontrar algo. Ni siquiera sabía si las actas se remontaban a tanto tiempo atrás ni si se encontraban a disposición del público. No obstante, se presentó en el mostrador correspondiente y solicitó examinar los expedientes judiciales de Ronald Stewart, en caso de que existieran. Añadió que estaba interesada en el Ronald Stewart nacido en 1653. La funcionaria era una mujer de aspecto soñoliento y edad indeterminada. Si la petición de Kim la sorprendió, no lo demostró. Su respuesta consistió en teclear en su ordenador.

Después de echar un vistazo a la pantalla, salió de la sala. No dijo ni una palabra. Kim supuso que, debido a la cantidad de gente que había investigado los juicios de Salem, los funcionarios del ayuntamiento estaban acostumbrados a preguntas sobre aquella época.

Kim se removió inquieta y consultó su reloj. Ya eran las diez y media y aún no había pasado por la finca.

La mujer reapareció con un sobre de papel Manila y se lo entregó a Kim.

-No puede sacarla de la sala -dijo. Señaló unas mesas de formica y unas sillas de plástico alineadas a lo largo de la pared del fondo-. Puede sentarse allí, si quiere.

Kim cogió el sobre, se sentó en una silla vacía y extrajo el contenido de aquél. Había un montón de material. Todo estaba escrito a mano, en una letra bastante legible.

Al principio, Kim pensó que el sobre sólo contenía documentos relacionados con demandas presentadas por Ronald ante la corte por deudas impagadas, pero después empezó a encontrar cosas más interesantes, como referencias a un testamento impugnado que implicaba a Ronald.

Leyó con suma atención el documento. Era una sentencia favorable a Ronald en relación con un testamento impugnado por un tal Jacob Cheever. Al leerla, Kim descubrió que Jacob era hijo de un matrimonio anterior de Hannah, y que ésta era mucho mayor que Ronald. Jacob había declarado que Ronald había engañado a Hanna para que cambiara el testamento, despojando así a su hijo de la herencia que le correspondía por derecho. Por lo visto, la justicia había disentido. El resultado fue que Ronald heredó varios miles de libras, una cantidad considerable en aquel tiempo.

Kim se asombró de que la vida a finales del siglo XVII no fuera tan diferente de lo que había imaginado. Se había hecho la idea de que, desde el punto de vista legal, era más sencilla.

La lectura de aquel documento demostraba que estaba equivocada. También la impulsó a meditar de nuevo sobre el carácter de Ronald.

El siguiente documento resultaba aún más curioso. Se trataba de un contrato fechado el II de febrero de 1681, entre Ronald Stewart y Elizabeth Flanagan. Había sido redactado y firmado antes de que contrajeran matrimonio, y era similar a los acuerdos prematrimoniales contemporáneos. No se refería a dinero o propiedades, sino que concedía a Elizabeth el

derecho a poseer propiedades y firmar contratos a su nombre después del matrimonio.

Kim leyó todo el documento. Hacia el final, Ronald había añadido una explicación de su puño y letra. Kim recordó que había visto aquella elegante caligrafía en muchas de las cartas de porte que había encontrado en el castillo. Ronald escribió:

"Es mi intención que, si mis actividades mercantiles exigen mi prolongada ausencia de la ciudad de Salem y Marítima Ltd., mi prometida, Elizabeth Flanagan, pueda justa y legalmente administrar nuestros negocios comunes"

Después de leer el documento, Kim volvió al principio y lo releyó para asegurarse de que lo había entendido. Se quedó estupefacta. El hecho de que un documento como aquel fuera necesario para que Elizabeth firmara contratos le recordó que el papel de la mujer había sido muy diferente en la época de los puritanos. Sus derechos legales estaban limitados. Era el mismo mensaje que Kim había advertido en la carta escrita por el padre de Elizabeth a Ronald, relativa al matrimonio de éste con su hija.

Dejó a un lado el acuerdo prematrimonial y siguió examinando los restantes papeles que contenía el expediente de Ronald Stewart. Después de un puñado de demandas por deudas, Kim topó con un documento muy interesante. Era una petición de Ronald Stewart, en la cual solicitaba un auto de reivindicación. Estaba fechada el 26 de julio de 1692, una semana después de la muerte de Elizabeth.

Kim no tenía idea de lo que significaba "reivindicación", pero pronto se hizo una idea. Ronald escribió: "En el nombre de Dios, suplico humildemente al tribunal que devuelva a mi posesión la prueba concluyente arrebatada de mi propiedad por el alguacil George Corwin y utilizada contra mi amada esposa, Elizabeth, durante el juicio por brujería a que la sometió el tribunal superior de jurisdicción criminal, el 20 de junio de 1692"

Adjunta a la petición iba la resolución denegatoria del magistrado John Hathorne, fechada el 3 de agosto de 1692. El magistrado argumentaba: "El tribunal aconseja a dicho peticionario, Ronald Stewart, que dirija su petición a Su Excelencia el Gobernador de la Mancomunidad, pues por orden ejecutiva la custodia de la prueba mencionada ha sido transferida de Essex al condado de Suffolk"

Por un lado, Kim se sintió complacida. Había encontrado una prueba documental indirecta de la tragedia de Elizabeth:

Había sido juzgada y, evidentemente, condenada. Al mismo tiempo, se sintió frustrada porque en ningún momento se mencionaba cuál era la "prueba concluyente" Releyó la petición y la resolución con la esperanza de haberla pasado por alto, pero no era así. La prueba no estaba descrita.

Kim siguió sentada unos minutos, mientras trataba de imaginar cuál había podido ser la prueba. Lo único que se le ocurrió fue algo relativo a lo oculto, y esto a causa del vago comentario de su padre. Después, tuvo una idea. Consultó la petición y copió la fecha del juicio. Con el papel en la mano, se encaminó al mostrador y llamó la atención de la empleada.

-Me gustaría ver las actas del tribunal superior de jurisdicción criminal del 20 de junio de 1692.

La mujer se rió, literalmente, en la cara de Kim. Después, repitió la petición y volvió a reír. Confusa, Kim preguntó qué encontraba tan divertido.

Librodot

-Está pidiendo algo que todo el mundo desearía ver -dijo la funcionaria. Hablaba con un fuerte acento de Maine-. El problema es que esas actas no existen. Ojala, pero no. No existen actas del tribunal superior de jurisdicción criminal relacionadas con los juicios por brujería. Sólo quedan testimonios y declaraciones dispersas, pero las actas en sí desaparecieron.

-Qué mala suerte -dijo Kim-. Quizá pueda decirme otra cosa. ¿Sabe lo que significa "prueba concluyente"?

-No soy abogada, pero espere un momento. Voy a preguntar.

La funcionaria desapareció en una oficina. Segundos después reapareció seguida por una mujer corpulenta. Llevaba unas enormes gafas que se balanceaban sobre su nariz corta y ancha.

-¿Le interesa una definición de "prueba concluyente"?

-preguntó la mujer.

Kim asintió.

-La expresión hablaba por sí misma -dijo la mujer-. Significa que la prueba es incontrovertible. En otras palabras, no puede ser cuestionada o sólo se puede extraer de ella una interpretación posible.

-Eso pensaba -dijo Kim.

Dio las gracias a las dos mujeres y regresó con su material.

Hizo una fotocopia de la solicitud del auto de reivindicación y resolución. Después, devolvió los documentos a su sobre y éste a la funcionaria.

Por fin, Kim cogió el coche y se dirigió a la finca. Se sentía un poco culpable, pues había dicho a Mark Stevens que llegaría a primera hora de la mañana, y ya era cerca del mediodía.

Cuando dobló la última curva del camino que partía de la entrada de la finca hasta dejar atrás los árboles, divisó un montón de camiones y furgonetas aparcados cerca de la casa.

También vio una enorme excavadora y montones de tierra removida. Sin embargo, no vio a nadie, ni siquiera en la excavadora.

Aparcó y salió del coche. El calor de mediodía y el polvo eran opresivos, y el olor de la tierra removida, penetrante.

Cerró la puerta del coche, se protegió la cara del sol con una mano y siguió con la mirada la línea de la zanja que corría a través del campo hacia el castillo. En ese instante la puerta de la casa se abrió y apareció George Harris. El sudor perlaba su frente.

-Me alegro de que haya llegado -dijo-. He intentado localizarla por teléfono.

-¿Pasa algo?

-Más o menos -dijo George con tono evasivo-. Será mejor que se lo enseñe. -Indicó a Kim que la siguiera hasta donde estaba la excavadora, y agregó-: Tuvimos que dejar de trabajar.

-¿Por qué? -preguntó ella.

George no le contestó. Indicó a Kim que se acercara a la zanja.

Kim, temerosa de acercarse demasiado al borde por si cedía, estiró el cuello y miró. La profundidad, que calculó superior a dos metros y medio, la impresionó. Brotaban raíces de las paredes, como retamas en miniatura. George dirigió su atención hacia el final, donde la zanja se interrumpía bruscamente a unos quince metros de la casa. Cerca del fondo, Kim vio el extremo mellado de una caja de madera que sobresalía de la pared.

-Por eso tuvimos que parar -dijo George.

Librodot

-¿Qué es?-preguntó Kim.

-Me temo que se trata de un ataúd.

-¡Santo Dios!

-También encontramos una lápida. Muy antigua. -dijo George. Indicó a Kim que se dirigiera al final de la zanja.

Frente al montón de tierra excavada había una sucia losa de mármol blanco tirado sobre la hierba-. No estaba puesta de pie. La habían colocado sobre el suelo y cubierto después con tierra. -Se agachó y limpió la tierra seca que cubría la losa.

Kim lanzó una exclamación ahogada.

-¡Dios mío, es Elizabeth! -logró articular.

Sacudió la cabeza. Eran demasiadas coincidencias.

-¿Es pariente suya? -preguntó George.

-Si -respondió Kim.

Examinó la lápida. Era parecida a la de Ronald, y al igual que ésta, sólo informaba de datos concretos, las fechas del nacimiento y muerte de Elizabeth.

-¿Tenía idea de que esta tumba estuviera aquí? -preguntó George.

Su tono no era acusador, sólo sentía curiosidad.

-Para nada -respondió Kim-. Hace muy poco que descubrí que no la habían enterrado en el cementerio familiar.

-¿Qué quiere que hagamos? Supongo que estará autorizada para cambiar de sitio una tumba.

-¿No pueden dar un rodeo y dejarla donde está?

-Supongo que sí. Podríamos ensanchar la zanja por aquí.

¿Hemos de vigilar que aparezcan otras?

-No lo creo. Elizabeth fue un caso especial.

-Espero que no le importe si le digo que está usted un poco pálida. ¿Se encuentra bien?

-Gracias -dijo Kim-. Estoy bien, sólo un poco impresionada. Creo que el hallazgo de la tumba de esta mujer hace que me sienta un poco... supersticiosa.

-A nosotros nos ocurre otro tanto, sobre todo al hombre que maneja la excavadora. Permítame que la saque de aquí.

Hemos de colocar estas tuberías antes de echar el cemento.

George desapareció en el interior de la casa. Kim se acercó al borde de la zanja y echó un vistazo a la esquina del ataúd de Elizabeth. Sorprendentemente, la madera se encontraba en buen estado, teniendo en cuenta que llevaba trescientos años sepultada. Ni siquiera parecía podrida en el lugar donde la excavadora la había golpeado.

Kim no tenía ni idea de qué hacer con aquel descubrimiento inesperado. Primero, el retrato, y ahora, la tumba. Cada vez costaba más atribuir al azar aquellos descubrimientos.

El ruido de un coche que se acercaba llamó la atención de Kim. Se protegió los ojos del sol y vio que un coche levantaba una nube de polvo al circular por el camino de tierra que cruzaba el campo. No identificó el vehículo hasta que frenó a su lado.

Entonces, comprendió de qué lo conocía. Era el de Kinnard.

Kim, algo inquieta, se acercó al coche y metió la cabeza por la ventanilla del pasajero.

-Qué sorpresa -dijo-. ¿Por qué demonios no estás en el hospital?

Librodot

-De vez en cuando, me dejan salir de la jaula -dijo Kinnard con una sonrisa.

-¿Qué haces en Salem? ¿Cómo has sabido que estaba aquí?

-Marsha me lo dijo. Esta mañana me encontré con ella en la unidad de cuidados intensivos. Le dije que iba a acercarme a Salem para buscar un apartamento, porque me destinan al hospital de aquí durante agosto y septiembre. No hay forma de que pueda vivir en el hospital esos dos meses. Recordarás que te lo dije.

-Creo que lo olvidé.

-Te lo comenté hace varios meses.

-Si tú lo dices...

Kim no tenía la menor intención de enzarzarse en una discusión. Ya se sentía bastante incómoda.

-Tienes buen aspecto -dijo Kinnard-. Supongo que salir con el doctor Edward Armstrong te sienta bien.

-¿Cómo sabes que salgo con él?

-Habladurías del hospital. Como has elegido a una celebridad científica, la noticia se ha propagado. La ironía es que conozco a ese tipo. Trabajé en su laboratorio el año que me tomé libre para dedicarme a la investigación, después del segundo curso de la facultad.

Kim enrojeció. Habría preferido evitar toda reacción, pero no pudo evitarlo. Era evidente que Kinnard intentaba que se sintiera molesta y, como de costumbre, lo estaba logrando.

-Edward es un científico estupendo -siguió Kinnard-, pero temo que es un poco seco, incluso raro. Bien, puede que sea injusto con él. Tal vez debería decir excéntrico.

-Yo le encuentro atento y considerado -replicó Kim.

-Me lo imagino. -Kinnard puso los ojos en blanco-. Ya me he enterado de las flores que te envía a diario. Personalmente, pienso que es absurdo. Un tipo ha de ser muy inseguro para llegar a esos extremos.

El rostro de Kim se tiñó de un rojo brillante. Tenía que ser Marsha quien había contado a Kinnard lo de las flores. Entre su madre y su compañera de piso, se preguntó si le quedaba algún secreto.

-Al menos, no te enfadarás con Edward Armstrong porque vaya a esquiar -dijo Kinnard-. Su coordinación es tal que un tramo de escalera supone todo un desafío.

-Creo que te comportas como un adolescente -replicó Kim en tono gélido, cuando recuperó la voz-. Francamente, pensaba que eras más maduro.

-Da igual -dijo Kinnard con una sonrisa cínica-. Me he pasado a pastos más verdes, por así decirlo. Disfruto de una nueva relación idílica.

-Me alegro por ti -contestó con sarcasmo Kim.

Kinnard se agachó para poder ver por el parabrisas la excavadora que se había puesto otra vez en movimiento.

-Marsha me dijo que estabas reformando la casa -dijo-.

¿Se vendrá a vivir contigo el bueno del doctor Armstrong?

Kim estuvo a punto de negar la posibilidad, pero se contuvo.

-Lo estamos pensando -respondió-. Aún no lo hemos decidido.

-Pase lo que pase, que te vaya bien -dijo Kinnard con igual sarcasmo.

Dio marcha atrás a su coche, salió disparado y frenó con un chirriar de neumáticos. Después, enfiló el coche y pisó con fuerza el acelerador. Surcó

como un cohete el campo, acompañado por una nube de tierra, piedrecitas y polvo, y desapareció entre los árboles.

Al principio, Kim se concentró en protegerse de las piedras que volaban. Una vez pasado el peligro, siguió con la mirada el coche de Kinnard hasta perderlo de vista. Si bien había sabido desde el mismo momento de su aparición que venía con la intención de provocarla, no había sido capaz de evitarlo. Por un momento, se sintió derrotada emocionalmente. No empezó a calmarse hasta que se acercó a la zanja, que ya estaban ensanchando, y vio el ataúd de Elizabeth. Sus problemas se le antojaron triviales, comparados con los de Elizabeth a su misma edad.

Después de serenarse, Kim puso manos a la obra. La tarde transcurrió en un abrir y cerrar de ojos. Pasó la mayor parte del tiempo en el despacho de Mark Stevens, repasando los detalles del diseño de la cocina y el cuarto de baño. Supuso un auténtico placer para ella. Era la primera vez en su vida que creaba un entorno vital para habitarlo. Se preguntó por qué había soslayado tan fácilmente sus objetivos profesionales.

A las siete y media, Mark Stevens y George Harris estaban agotados, pero Kim había cobrado nuevos bríos. Los hombres tuvieron que decir a Kim que tenían la vista cansada, antes de que ella admitiera que debía regresar a la ciudad.

Cuando la acompañaron al coche, le dieron las gracias por venir y prometieron que las obras se llevarían a cabo con celeridad.

Al entrar en Cambridge, Kim no se molestó en buscar aparcamiento en la calle, sino que fue directamente al aparcamiento subterráneo de Charles Square y luego se dirigió a pie al bar Harvest. Estaba abarrotado de los clientes típicos de un viernes por la noche, la mayoría de los cuales se había instalado en el local desde la hora en que por cada consumición solicitada la casa invitaba a otra gratis.

Kim buscó a Edward, pero al principio no lo vio. Tuvo que abrirse paso entre la muchedumbre que se agolpaba delante de la barra. Por fin, lo descubrió en una mesa situada detrás de la barra, bebiendo una copa de chardonnay. En cuanto la vio, su rostro se iluminó y se puso de pie de un salto para apartarle la silla.

Cuando Edward la acercó a la mesa para que tomara asiento, Kim comentó para sí que Kinnard ni se habría tomado la molestia.

-Tienes aspecto de necesitar una copa de vino blanco -dijo Edward.

Kim asintió. Adivinó al instante que Edward estaba nervioso, o tal vez cohibido. Su tartamudeo era más pronunciado de lo normal. Lo miró mientras llamaba a la camarera y pedía dos copas de vino.

-¿Has tenido un buen día? -preguntó Edward por fin.

-Atareado -respondió Kim-. ¿Y tú?

-¡Un día fantástico! -exclamó él-. Tengo buenas noticias.

Las muestras de tierra procedentes de los recipientes de comida de Elizabeth producen un moho de propiedades alucinógenas. Creo que hemos descubierto lo que desencadenó los juicios de Salem. Aún ignoramos si fue ergotismo o algo nuevo.

Edward contó a Kim todo cuanto había ocurrido en el laboratorio de Kevin Scranton.

Kim reaccionó con asombro y preocupación.

-¿Tomaste una droga sin saber qué era? ¿No pudo ser peligroso?

-Ya empiezas a hablar como Kevin -dijo Edward, y rió-.

Librodot

Estoy rodeado de padres sustitutos. No, no fue peligroso.

Era una dosis demasiado pequeña para resultar peligrosa. Lo que reveló la potencia alucinógena de este nuevo hongo fue, precisamente, la cantidad tan ínfima utilizada.

-Me parece una imprudencia -insistió Kim.

-No lo fue. Esta tarde me he sometido a un análisis de orina y a una prueba de creatinina para que Kevin se quedara tranquilo. Los dos salieron normales. Estoy bien, créeme. De hecho, estoy mejor que bien. Estoy exaltado. Al principio, esperaba que este nuevo hongo produciría la misma mezcla de alcaloides que el Claviceps, y así demostraría que el ergotismo fue el culpable. Ahora, abrigo la esperanza de que produzca sus propios alcaloides.

-¿Qué son los alcaloides? La palabra me suena, pero no sería capaz de definirla ni para salvar mi vida.

-Los alcaloides son un amplio grupo de componentes que contienen nitrógeno, y se encuentran en las plantas. Te suenan porque muchos de ellos son tan conocidos como la cafeína, la morfina y la nicotina. Como puedes suponer, la mayoría son farmacológicamente activos.

-¿Por qué te alegra tanto encontrar algunos nuevos, si son tan vulgares?

-Porque ya he demostrado que sea cual sea el alcaloide que se halla en este nuevo hongo, es activo desde un punto de vista psicotrópico. Descubrir una nueva droga alucinógena puede abrir toda una serie de puertas a la comprensión de la función cerebral. Se parecen e imitan, de forma invariable, a los neurotransmisores cerebrales.

-¿Cuándo sabrás si has descubierto un nuevo alcaloide?

-Pronto. Pero ahora dime cómo te ha ido el día.

Kim respiró hondo. Después, refirió todo lo que había pasado en orden cronológico, desde la conversación con su padre hasta la terminación del diseño del baño y la cocina nuevos.

-¡Guau! -exclamó Edward-. Has tenido un día muy ajetreado. El descubrimiento de la tumba de Elizabeth me asombra. ¿Dices que el ataúd estaba en buen estado?

-Por lo que pude ver, sí. Estaba enterrado muy hondo, a unos dos metros y medio de profundidad. La excavadora lo daño un poco.

-¿Te ha preocupado encontrar la tumba?

-En cierto modo -respondió Kim, y soltó una breve carcajada carente de alegría-. Encontrarla al poco tiempo de descubrir su retrato me impresiona. Una vez más tuve la sensación de que Elizabeth intenta comunicarse conmigo.

-Oh, oh. Me huele que tienes otro ataque de superstición.

Kim rió, pese a su semblante grave.

-Dime algo -bromeó Edward-. ¿Tienes miedo de los gatos negros que se cruzan en tu camino, o de pasar por debajo de una escalera, o de utilizar el número trece?

Kim vaciló. Era un poco supersticiosa, pero nunca se había parado a pensarlo.

-¡De modo que eres supersticiosa! -exclamó Edward-.

Piensa en esto: en el siglo XVII te podrían haber considerado una bruja, porque tales creencias se relacionan con lo oculto.

-De acuerdo, tío listo. Bien, puede que sea un poco supersticiosa, pero aparecen demasiadas coincidencias con Elizabeth. Hoy también he descubierto que el calendario de 1692 coincide con el de este año, 1994. También he descubierto que Elizabeth murió a mi edad. Y por si fuera poco, cumplimos años con dos días de diferencia, así que somos del mismo signo del zodíaco.

-¿Qué pretendes decirme con eso?

-¿Puedes explicarme todas estas coincidencias?

-Por supuesto. Puro azar. Es como el viejo tópico de que si tienes bastantes monos y bastantes máquinas de escribir, puede que salga Hamlet.

-Me rindo -dijo Kim, y rió. Tomó un sorbo de vino.

-Lo siento. -Edward se encogió de hombros-. Soy un científico.

-Te contaré algo más que averigüé hoy. Las cosas no eran tan sencillas entonces. Ronald se casó tres veces. Su primera esposa murió y le legó una fortuna considerable, que le fue disputada sin éxito por un hijo de su mujer, fruto de un matrimonio anterior. Al cabo de un par de años se casó con Elizabeth, y el mismo año de la muerte de ésta, con su hermana.

-¿Y?

-¿No te parece un poco sospechoso?

-No. Recuerda que la vida era bastante dura en aquellos tiempos. Ronald tenía hijos que criar. Los matrimonios entre parientes políticos no eran inusuales.

-No estoy tan segura. Este descubrimiento ha dejado muchos interrogantes en mi mente.

Llegó la camarera e interrumpió su conversación para decirles que su mesa estaba preparada. Fue una agradable sorpresa para Kim. No sabía que iban a cenar en el Harvest. Estaba famélica.

Siguieron a la camarera hasta la terraza y se sentaron bajo los árboles, que estaban adornados con numerosas lucecitas blancas. La temperatura había descendido y en aquel momento era perfecta. No soplaba viento, de manera que la vela colocada sobre la mesa ardía con languidez.

Mientras esperaban a que llegaran los platos, Kim enseñó a Edward la fotocopia de la petición de Ronald. Edward la leyó con gran interés. Cuando terminó, felicitó a Kim por su trabajo detectivesco y dijo que había logrado demostrar la implicación de Elizabeth en el episodio de las brujas. Ella luego le refirió el comentario de su padre acerca de la posible relación de su antepasada con lo oculto.

-Eso es lo que yo sugerí -le recordó Edward.

-¿Crees que la prueba concluyente tiene algo que ver con lo oculto?

-Sin duda.

-Eso pensaba yo. Pero no tienes ninguna idea concreta.

-No sé lo bastante de brujería.

-¿Pudo ser un libro, algo que escribiera?

-Podría ser, o algo que hubiese dibujado. Tal vez una imagen.

-¿Una muñeca?

-Buena idea -dijo Edward. Hizo una pausa-. -¡Ya sé lo que debió de ser!

-¿Qué?-preguntó Kim, expectante.

-¡Su escoba! -exclamó Edward, y soltó una carcajada.

-Por favor -dijo Kim, pero no pudo evitar sonreír-. Estoy hablando en serio.

Librodot

Edward se disculpó. Después, explicó los orígenes de las escobas de las brujas. Su antecedente directo, un palo impregnado con un ungüento mezclado con drogas alucinógenas, procedía de la Edad Media. Le contó que se utilizaba en los ritos satánicos para provocar experiencias psicodélicas cuando entraba en contacto con membranas mucosas íntimas.

-Ya he oído bastante -dijo Kim-. Me he hecho una idea.

Llegó la cena. No hablaron hasta que la camarera se alejó.

Edward fue el primero en hablar.

-El problema consiste en que la prueba pudo ser cualquier cosa, y no hay forma de saberlo con certeza a menos que encuentres la descripción. ¿Has pensado en echar un vistazo a las actas del tribunal?

-Sí, pero me dijeron que las actas del tribunal superior de jurisdicción comunal se perdieron.

-Qué lástima. Supongo que eso te devuelve a aquel montón de papeles guardados en el castillo.

-Sí -dijo Kim, sin el menor entusiasmo-, aunque no existe la menor garantía de encontrar algo.

Mientras cenaban, la conversación derivó hacia temas más cotidianos. Cuando terminaron el postre, Edward retomó el tema de la tumba de Elizabeth.

-¿Cuál era el estado de conservación del cadáver? -preguntó.

-No lo he visto. -La pregunta sorprendió a Kim-. No abrimos el ataúd. La excavadora chocó con una esquina y lo astilló un poco.

-Quizá deberíamos abrirlo. Me gustaría tomar una muestra, si quedara algo de donde tomarla. Si pudiéramos encontrar algún residuo del alcaloide que produce este nuevo hongo, tendríamos la prueba definitiva de que el diablo de Salem fue un hongo.

-No puedo creer que sugieras algo semejante. Lo último que deseo hacer es profanar el cadáver de Elizabeth.

-Ya volvemos con las supersticiones. Comprenderás que esa postura es como estar en contra de las autopsias.

-Esto es diferente. Ya está enterrada.

-Se exhuman cadáveres sin cesar.

-Supongo que tienes razón -dijo Kim a regañadientes.

-Quizá debería subir contigo mañana. Podríamos echar un vistazo.

-Hay que conseguir un permiso para exhumar un cadáver -dijo Kim.

-La excavadora casi se encargó del trabajo. Mañana echaremos un vistazo y decidiremos.

Llegó la cuenta y Edward pagó. Kim le dio las gracias y dijo que la siguiente cena iría por su cuenta. Él contestó que ya lo discutirían.

Al salir del restaurante, se produjo una situación embarazosa. Edward preguntó a Kim si quería ir a su apartamento, pero Kim puso reparos. Le recordó que por la mañana se había sentido incómoda. Finalmente, decidieron que irían al apartamento y hablarían.

Más tarde, ya en el piso de Edward, Kim le preguntó si se acordaba de un estudiante llamado Kinnard Monahan, que cuatro o cinco años antes había llevado a cabo investigaciones en su laboratorio.

-Kinnard Monahan -dijo Edward. Cerró los ojos para concentrarse-. Por los laboratorios han pasado muchos estudiantes, pero sí, lo recuerdo. Me parece que fue al General como interno de cirugía.

-Es él. ¿Qué más recuerdas?

-Que me llevé una decepción cuando aceptó el empleo.

Era un chico listo. Esperaba que se dedicara a la investigación. ¿Por qué lo preguntas?

-Hemos salido juntos unos cuantos años -dijo Kim. Iba a contar a Edward su discusión en la finca, cuando Edward la interrumpió.

-¿Kinnard y tú erais amantes? -preguntó.

-Supongo que podría definirse así -dijo Kim, vacilante.

Comprendió al instante que Edward estaba disgustado. Tanto su comportamiento como su forma de hablar cambiaron de manera drástica. Kim tardó media hora en convencerlo de que se calmara y comprendiese que su relación con Kinnard había terminado. Hasta se disculpó por haber mencionado su nombre.

En un intento deliberado por cambiar de tema, Kim preguntó a Edward si había empezado a buscar un nuevo apartamento. Él admitió que no había tenido tiempo, y ella le advirtió que septiembre estaba al caer.

A medida que avanzaba la velada, ninguno de los dos abordó el tema de si Kim se quedaría a pasar la noche. El hecho de no tomar una decisión produjo el mismo resultado: se quedó. Más tarde, ya acostados, Kim empezó a pensar en lo que había dicho a Kinnard acerca de que Edward se iría a vivir con ella. Sólo pretendía provocarlo, pero de pronto empezó a considerar seriamente la idea. Su relación con Edward se iba consolidando. Además, la casa era más que amplia, y estaba aislada. Hasta podía resultar solitaria.

Kim despertó poco a poco. Antes de abrir los ojos, oyó la voz de Edward. Al principio, la incorporó a su sueño, pero a medida que recobraba la conciencia, comprendió que procedía de la otra habitación.

Abrió los ojos con cierta dificultad. Lo primero que advirtió fue que, en efecto, Edward no estaba en la cama. Después miró el reloj. -¡Eran las seis menos cuarto de la mañana!

Kim volvió a recostarse sobre la almohada, preocupada por si pasaba algo, y trató de oír lo que Edward decía, pero no pudo. Aunque su voz era ininteligible adivinó por su tono que estaba exaltado.

Edward regresó al cabo de pocos minutos. Iba en bata. Se encaminó de puntillas al cuarto de baño, pero Kim le avisó de que estaba despierta. Él cambió de dirección, se acercó y se sentó en el borde de la cama.

-Tengo estupendas noticias -susurró.

-Estoy despierta -repitió Kim-. Puedes hablar con normalidad.

-Acabo de hablar con Eleanor.

-¿A las seis menos cuarto de la mañana? ¿Quién demonios es Eleanor?

-Una de mis estudiantes de posgrado. Mi mano derecha en el laboratorio.

-Me parece espantosamente temprano para una conversación profesional. -Pensó sin querer en Grace Trators, la supuesta ayudante de su padre.

-Le tocó el turno de noche. Anoche, Kevin envió algunos esclerocios más del nuevo hongo. Eleanor se quedó para preparar y analizar una muestra con el espectógrafo de masas.

No parece que los alcaloides sean los mismos del Claviceps purpúrea. De hecho, da la impresión de que son tres alcaloides nuevos.

-Me alegro por ti -contestó Kim. Era demasiado temprano para decir otra cosa.

-Lo más interesante es que, al menos uno, es psicoactivo.

Incluso podrían serlo los tres. -Se frotó las manos, entusiasmado, como si fuera a ponerse a trabajar al instante, y prosiguió-: No puedes imaginarte lo importante que puede ser esto. Es posible que hayamos obtenido una nueva droga, incluso toda una familia de drogas nuevas. Aunque carezcan de utilidad clínica, serán muy valiosas como herramientas de investigación.

-Me alegro -dijo Kim. Se frotó los ojos. Tenía ganas de ir al cuarto de baño para cepillarse los dientes.

-Me asombra lo muy a menudo que la buena suerte juega un papel importante en el descubrimiento de las drogas -dijo Edward-. ¿Te imaginas descubrir una droga a causa de los juicios de Salem? Sería una forma de descubrimiento mejor que la del Prozac.

-¿Fue por accidente?

-Yo diría que sí -respondió Edward-. El investigador responsable principal estaba jugando con antihistamínicos y los sometía a prueba con protocolo experimental que mensuraba el efecto sobre el neurotransmisor, la norepinefrina. Por pura suerte, terminó descubriendo el Prozac, que no es un antihistamínico e influye en la serotonina, otro neurotransmisor, doscientas veces más de lo que influye en la norepinefrina.

-Asombroso -dijo Kim, pero no lo había escuchado.

Sin el café de la mañana, su mente no estaba preparada para tales disquisiciones.

-Ardo en deseos de ponerme a trabajar con esos alcaloides nuevos.

-¿Ya no quieres ir a Salem?

-Claro que sí -contestó Edward sin la menor vacilación-.

Quiero ver esa tumba. -¡Ahora mismo! Ya que estás despierta, vámonos. -Sacudió en broma la pierna de Kim a través de las mantas.

Después de ducharse, secarse el cabello y aplicarse maquillaje, Kim salió a la calle detrás de Edward, para tomar otro desayuno, rico en colesterol pero sabroso, en Harvard Square. Después, entraron en una de las numerosas librerías de la plaza. Durante el desayuno, su conversación había incluido una discusión sobre el puritanismo, y los dos se habían dado cuenta de lo poco que sabían acerca del tema, de modo que compraron algunos libros esclarecedores. Pasaban ya de las nueve cuando emprendieron viaje hacia la orilla norte.

Kim condujo, pues una vez más se habían mostrado reticentes a dejar su coche en la única zona de aparcamiento, frente al apartamento de Edward. Como no había tráfico, llegaron a Salem antes de las diez. Siguieron la misma ruta del sábado anterior y volvieron a pasar por delante de la Casa de la Bruja.

Edward aferró el brazo de Kim.

-¿Has visitado alguna vez la Casa de la Bruja? -preguntó.

-Hace mucho tiempo. ¿Por qué? ¿Te interesa?

-No te rías, pero sí. ¿Te importa dedicarle unos minutos?

-En absoluto.

Kim dobló por Federal Street y aparcó cerca del palacio de justicia. Cuando llegaron, descubrieron que deberían esperar.

La Casa de la Bruja abría a las diez. No eran los únicos visitantes. Algunas familias y parejas ya hacían cola en el exterior del antiguo edificio.

-Es sorprendente el interés que despiertan los juicios de Salem -comentó Kim-. Me pregunto si la gente se para a pensar por qué les atraen tanto.

-Tu primo, Stanton, describió el episodio como siniestramente seductor -dijo Edward.

-Muy propio de Stanton.

-Dijo que la atracción reside en que es una ventana a lo sobrenatural -añadió Edward-. Estoy de acuerdo. Casi todas las personas son un poco supersticiosas, y las historias de brujería estimulan su imaginación.

-Estoy de acuerdo, pero me temo que ese atractivo posee un componente morboso. No me parece casual que hubiera muchas más brujas que brujos. Todo el episodio huele a machismo.

-No empecemos con manifiestos feministas. Creo que había más mujeres implicadas a causa del papel de la mujer en la cultura colonial. Se las asociaba con el nacimiento y la muerte, la salud y la enfermedad, mucho más que a los hombres, y esos aspectos de la vida estaban velados por la superstición y lo oculto. No se les ocurría otra explicación.

-Creo que los dos tenemos razón -dijo Kim-. Estoy de acuerdo contigo, pero me ha impresionado bastante la pequeña investigación que he llevado a cabo sobre la falta de derechos legales de las mujeres en tiempos de Elizabeth. Los hombres tenían miedo, y lo desahogaban con las mujeres.

A eso se le llama misoginia.

En aquel momento, abrieron la puerta de la Casa de la Bruja. Los recibieron unas muchachas vestidas con indumentaria de la época. Fue entonces cuando Kim y Edward descubrieron que la visita iba a ser guiada. Todo el mundo se agolpó en el salón y esperó a que empezara la explicación.

-Pensaba que nos dejarían rondar a nuestro aire -susurró Edward.

-Yo también -dijo Kim.

Escucharon mientras las jóvenes describían los numerosos muebles de la casa, incluida la caja donde se guardaba la Biblia, indispensable en todos los hogares puritanos.

-Estoy perdiendo el interés -susurró Edward-. Quizá deberíamos irnos.

-Por mí, encantada.

Salieron. Cuando llegaron a la calle, Edward se volvió para contemplar el edificio.

-El motivo que me impulsó a entrar fue para ver hasta qué punto se parecía el interior al de tu casa -dijo-. Es asombroso.

Es como si hubiera sido construida con los mismos planos.

-Bien, como tú dijiste, en aquel tiempo no se alentaba el individualismo.

Subieron al coche y recorrieron el resto del camino hasta la finca. Lo primero que vio Edward fue la zanja. Su longitud le asombró. Se extendía desde las cercanías del castillo hasta la antigua casa. Cuando se asomaron al borde, vieron que ya había penetrado bajo los cimientos de ésta.

-Ahí está el ataúd -indicó Kim.

En aquel punto, la zanja se ensanchaba de manera significativa.

-Qué buena suerte -comentó Edward-. Al parecer es la tapa del ataúd. Y tenías razón sobre la profundidad. Dos metros y medio, tal vez más.

-La zanja sólo es profunda cerca de la casa -explicó Kim-.

Es mucho menos honda en el campo.

-Tienes razón -dijo Edward. Se alejó de la casa.

-¿Adónde vas? -preguntó Kim-. ¿No quieres echar un vistazo a la lápida?

-Voy a examinar más de cerca el ataúd -contestó Edward.

Librodot

Saltó a la zanja, desanduvo el camino y descendió más a cada paso que daba.

Kim lo observó con creciente preocupación. Lo que tenía en mente empezaba a inquietarla.

-¿Estás seguro de que no se derrumbará? -preguntó sin poder disimular su nerviosismo. Cuando se acercó demasiado al borde, oyó fragmentos de tierra y piedras que caían.

Edward no contestó. Ya estaba agachado y examinaba la esquina astillada del ataúd. Arrancó un poco de tierra adyacente y la palpó.

-Muy alentador -dijo-. Está muy seca y sorprendentemente fría. - Introdujo los dedos en la juntura, parcialmente abierta, de la tapa del ataúd. De pronto, un extremo de la tapa se partió.

-¡Santo Dios! -murmuró para sí Kim.

-¿Quieres traer la linterna del coche? -pidió Edward. Estaba mirando el extremo abierto del ataúd.

Kim obedeció, pero lo que estaba ocurriendo no le hacía ninguna gracia. No le gustaba profanar más aún la tumba de Elizabeth. Después de acercarse al borde de la zanja todo cuanto se atrevió, arrojó la linterna a Edward.

Edward apuntó la luz al extremo abierto del ataúd.

-Estamos de suerte -dijo-. El frío y la sequedad del terreno han momificado el cadáver. Hasta la mortaja está intacta.

-Creo que ya es suficiente -dijo Kim, pero fue como si hablara a una pared. Edward no la escuchaba. Horrorizada, vio que dejaba la linterna en el suelo e introducía la mano en el ataúd-. - - --¡Edward! ¿Qué estás haciendo?

-Voy a mover un poco el cadáver -explicó él.

Cogió la cabeza y empezó a tirar. No sucedió nada, de manera que apoyó un pie en la pared de la zanja y tiró con más fuerza. Ante su sorpresa, la cabeza se desprendió de repente y Edward fue a dar contra la pared opuesta de la zanja. Terminó sentado, con la cabeza momificada de Elizabeth en el regazo. Una pequeña cascada de tierra cayó sobre su propia cabeza.

Kim se sintió débil. Tuvo que apartar la vista.

-Santo Dios -dijo Edward cuando se levantó. Echó un vistazo a la base del cráneo de Elizabeth-. Supongo que debió de romperse el cuello cuando la colgaron. Es un poco sorprendente, pues el método utilizado en aquellos tiempos consistía en dejar que la persona colgara y muriera estrangulada, en lugar de romperle el cuello.

Dejó la cabeza y devolvió el extremo de la tapa del ataúd a su posición original. Utilizó una piedra para fijarla. Cuando se convenció de que había recuperado su apariencia inicial, salió de la zanja con la cabeza del cadáver.

-Supongo que no considerarás esto divertido -dijo Kim.

Se negó a mirar-. -¡Quiero que devuelvas eso a su sitio!

-Lo haré -prometió Edward-. Sólo quiero tomar una pequeña muestra. Entremos a ver si encontramos una caja.

Kim, exasperada, lo precedió. No entendía cómo había permitido que la metieran en aquella situación. Edward intuyó su estado de ánimo y no tardó en encontrar una caja del tamaño adecuado. Introdujo la cabeza y la llevó al coche.

-Bien, vamos a echar un vistazo -dijo cuando volvió a entrar en la casa.

-Quiero que devuelvas la cabeza lo antes posible -dijo Kim.

-Lo haré -repitió Edward.

Para cambiar de tema, se dirigió a la zona anexa de la casa y fingió admirar el entramado. Kim lo siguió. Concentró su atención en los progresos significativos de la renovación.

Descubrió que ya habían cubierto de cemento el suelo del sótano.

-Me alegro de haber cogido las muestras de tierra -comentó Edward.

Cuando se encontraban en la segunda planta inspeccionando las obras de instalación del lavabo, Kim oyó que un coche se detenía. Miró por una de las ventanas y el corazón se le aceleró. Era su padre.

-¡Oh no! -exclamó.

Una incómoda sensación de angustia se apoderó de ella.

Sintió las palmas húmedas de sudor.

Edward advirtió al instante su desazón.

-¿Te molesta que te encuentre conmigo? -preguntó.

-No, por favor. Es por la tumba de Elizabeth. No menciones la cabeza para nada. Lo último que quiero es darle una excusa para entrometerse en el proyecto de reformas.

Bajaron por la escalera y salieron. John se había acercado al borde de la zanja y contemplaba el ataúd de su antepasada.

Kim se encargó de las presentaciones. John se mostró educado, pero seco. Llevó a Kim aparte.

-Es una maldita coincidencia que George Harris haya tropezado con esta tumba -dijo-. Le advertí que mantuviera la boca cerrada, y confío en que tú harás lo mismo. No quiero que tu madre se entere de esto. Se llevaría un gran disgusto.

Estaría enferma un mes.

-No tengo por qué decírselo a nadie -replicó Kim.

-La verdad, me sorprende que la hayan encontrado aquí.

Me habían dicho que Elizabeth fue sepultada en una fosa común, al oeste del centro de Salem. ¿Quién es ese extraño que te has traído? ¿Sabe lo de la tumba?

-Edward no es un extraño, y sí, sabe lo de la tumba. Incluso conoce la historia de Elizabeth.

-Pensaba que habíamos llegado al acuerdo de que no irías por ahí hablando del tema.

-Yo no se lo dije. Fue Stanton Lewis.

-Malditos sean los parientes de tu madre -masculló John mientras daba la vuelta y se acercaba a Edward, que esperaba pacientemente-. La historia de Elizabeth Stewart es información confidencial -dijo John a Edward-. Espero que respete nuestro deseo.

-Comprendo -contestó Edward, evasivo.

Se preguntó qué diría John si supiera que tenía en el coche la cabeza de su antepasada.

John, al parecer satisfecho, desvió su atención hacia la casa. A sugerencia de Kim, se dignó echar un vistazo a las reformas. No tardó mucho. Al salir, vaciló un instante antes de subir al coche. Miró a Edward.

-Kim es una chica estupenda, muy sensible -dijo-. Es cariñosa y tierna.

-Opino lo mismo -contestó Edward.

John subió al coche y se marchó. Kim siguió el coche con la mirada hasta que desapareció entre los árboles.

-Tiene la peculiar habilidad de irritarme -resopló Kim-.

Librodot

El problema es que ni siquiera comprende lo humillante que es ser tratada como una adolescente.

-Al menos, ha sido lisonjero -dijo Edward.

-¡Y una mierda! Fue un comentario autohalagador, una manera de intentar adjudicarse el mérito de que yo haya salido así. Sin embargo, no tuvo nada que ver con eso. Nunca se preocupó por mí. No tiene ni idea de que ser un verdadero padre o marido implica algo más que proporcionar comida y alojamiento.

Edward rodeó con su brazo los hombros de Kim.

-Torturarse no sirve de nada -dijo.

Ella se volvió con brusquedad y dijo:

-Anoche tuve una idea. ¿Quieres mudarte a la casa conmigo a principios de septiembre?

Edward tartamudeó.

-Es muy generoso por tu parte -logró articular por fin.

-Creo que es una idea maravillosa. Hay espacio más que suficiente, y de todas maneras has de encontrar un apartamento nuevo. ¿Qué dices?

-Gra... gracias. No sé qué decir. Quizá deberíamos hablarlo.

-¿Hablarlo? -se extrañó Kim.

No esperaba una negativa. Edward seguía enviando flores a su apartamento cada día.

-Tengo miedo de que tu invitación sea impulsiva -explicó Edward-. Tengo miedo de que cambies de opinión y después no sepas cómo librarte de mí.

-¿Es el auténtico motivo de que te muestres reticente?

-preguntó ella. Se puso de puntillas y lo abrazó-. Muy bien.

Lo hablaremos, pero no voy a cambiar de opinión.

Más tarde, cuando terminaron de hablar acerca de las reformas, Kim preguntó a Edward si le apetecía ir al castillo a examinar los papeles. Explicó que su comentario de la noche anterior sobre el descubrimiento de la prueba utilizada contra Elizabeth le había proporcionado renovados ímpetus.

Edward contestó que no le importaba en absoluto y que estaría encantado de acompañarla.

Cuando llegaron al castillo, Kim sugirió que probaran en el desván, en lugar de la bodega. Edward accedió al principio, pero cuando subieron, descubrieron que hacía un calor insoportable. Abrieron las ventanas pero la situación no mejoró. Edward perdió al instante todo interés.

-¿Por qué tengo la sensación de que no te lo estás pasando bien? -preguntó Kim.

Edward había acercado un cajón a la ventana, pero en lugar de buscar, estaba mirando al exterior.

-Creo que estoy preocupado por los nuevos alcaloides -respondió él-. Ardo en deseos de ir al laboratorio para ponerme a trabajar.

-¿Por qué no vuelves en coche a la ciudad y te dedicas a ello? Yo cogeré el tren más tarde.

-Buena idea, pero seré yo quien coja el tren.

Después de una breve discusión que Edward ganó con el argumento de que más tarde Kim no tendría cómo ir a la estación de tren, volvieron a pie a la casa y subieron al coche. A mitad de camino, Kim recordó de repente que la cabeza de Elizabeth descansaba en el asiento trasero.

-No hay problema -dijo Edward-. Me la llevaré.

-¿En el tren?

-¿Por qué no? Va en la caja.

-Quiero que la devuelvas cuanto antes. Llenarán esa zanja en cuanto hayan colocado las tuberías.

-Acabaré enseguida -la tranquilizó Edward-. Espero poder tomar una muestra. Si no encuentro nada, quizá podría probar con el hígado.

-Sólo volveremos a ese ataúd para devolver la cabeza, considerando, además, que mi padre está al acecho. Para colmo, al parecer mantiene una estrecha relación con el contratista.

Kim dejó a Edward en lo alto de la escalera que descendía a la estación de tren. Edward cogió la caja del asiento trasero y preguntó:

-¿Quieres que nos encontremos para cenar?

-Será mejor que no -respondió Kim-. Debo volver a mi apartamento. Tengo ropa que lavar y he de levantarme temprano para ir a trabajar.

-Hablemos por teléfono, al menos.

-Hecho.

Pese a que Edward disfrutaba del tiempo que pasaba con Kim, se alegró de volver a su laboratorio. Se alegró en especial de ver a Eleanor, porque no esperaba encontrarla allí.

Había vuelto a casa, tomado una ducha y dormido apenas unas cuatro o cinco horas. Dijo que estaba demasiado excitada para mantenerse alejada del laboratorio.

Lo primero que hizo fue enseñarle los resultados de la espectrografía de masa. Ya estaba absolutamente segura de que habían conseguido tres alcaloides nuevos. Después de hablar con él por la mañana, se había dedicado a investigar los resultados. Era imposible que hubieran sido producidos por componentes conocidos.

-¿Hay más esclerocios? -preguntó Edward.

-Unos cuantos -respondió Eleanor-. Kevin Scranton dijo que iba a enviar más, pero no sabía cuándo. No quise sacrificar los nuevos de que disponemos hasta haber hablado contigo. ¿Cómo quieres separar los alcaloides, con solventes orgánicos?

-Vamos a utilizar electroforesis capilar. Si es necesario, acudiremos a la cromatografía capilar electrocinética micelular.

-¿Utilizo una muestra sin refinar, como con el espectógrafo de masa?

-No. Extraeremos los alcaloides con agua destilada y los precipitaremos con un ácido débil. Es lo que hice en el laboratorio de biología, y funcionó bien. Conseguiremos muestras más puras, que facilitarán el trabajo estructural.

Eleanor se encaminó a su mesa de trabajo, pero Edward la cogió por el brazo.

-Antes de que empieces la extracción, quiero que hagas otra cosa.

Sin más preámbulos abrió la caja y sacó la cabeza momificada. Eleanor retrocedió al verla.

-Podrías haberme avisado -dijo.

-Supongo que tienes razón -dijo Edward.

Por primera vez miró la momia con ojo crítico. Era bastante espeluznante. La piel era de un tono pardo oscuro, casi caoba. Se había resecado hasta adquirir una textura correosa, estirándose sobre las prominencias óseas y dejando al descubierto los dientes, en una sonrisa horripilante. El cabello estaba seco y enmarañado como virutillas de acero.

Librodot

-¿Qué es? -preguntó Eleanor-. ¿Una momia egipcia?

Edward refirió toda la historia a Eleanor. También explicó que había llevado la cabeza al laboratorio para ver si se podía tomar alguna muestra de la bóveda craneal.

-Déjame adivinar -dijo Eleanor-. Quieres someterla al espectógrafo de masas.

-Exacto. Desde el punto de vista científico sería maravilloso encontrar picos correspondientes a los alcaloides nuevos.

Sería la prueba definitiva de que esta mujer ingirió el hongo.

Mientras Eleanor corría al departamento de biología celular para pedir prestados instrumentos de disección anatómica, Edward se volvió hacia los estudiantes graduados y ayudantes, que esperaban nerviosos a que les concediera su atención. Contestó a todas las preguntas por turno y las envió de vuelta a sus respectivos experimentos. Cuando terminó, Eleanor ya había regresado.

-Un profesor de anatomía dijo que deberíamos extraer todo el calvarium -dijo Eleanor. Levantó una sierra vibratoria eléctrica.

Edward puso manos a la obra. Apartó el cuero cabelludo y dejó al descubierto el cráneo. Después, cogió la sierra y cortó un fragmento de cráneo. Eleanor y él miraron el interior. No había gran cosa. El cerebro se había contraído hasta formar una masa coagulada en el fondo de la bóveda craneal.

-¿Qué opinas? -preguntó Edward. Tocó la masa con el extremo del escalpelo. Era dura.

-Corta un trozo y lo disolveré en algo -dijo Eleanor.

En cuanto obtuvieron la muestra, probaron varios solventes. Sin saber bien qué tenían, empezaron a introducirlo en un espectógrafo de masas. Sus esfuerzos se vieron recompensados a la segunda muestra. Varios picos correspondían exactamente a los nuevos alcaloides hallados en el extracto sin refinar con que Eleanor había estado trabajando la noche anterior.

-¿No es una hazaña científica? -comentó Edward con júbilo.

-Es un paso adelante -admitió Eleanor.

Edward se acercó a su escritorio y llamó al apartamento de Kim. Tal como esperaba, oyó el contestador automático.

Después de la señal, dejó el mensaje de que, en lo referente a Elizabeth Stewart, el demonio de Salem había encontrado una explicación científica. Colgó el auricular y se volvió hacia Eleanor. Estaba de un humor peculiar.

-Muy bien, basta de tonterías -dijo-. Vamos a dedicarnos a la ciencia auténtica. Veamos si podemos separar estos alcaloides nuevos y descubrir qué tenemos entre manos.

-Esto es imposible -dijo Kim.

Cerró con la cadera el cajón del archivador. Estaba acalorada, cubierta de polvo y frustrada. Después de acompañar a Edward a la estación de tren, había regresado al desván del castillo y llevado a cabo una investigación de cuatro horas, desde el ala de la servidumbre hasta la de los invitados. No sólo no había descubierto nada significativo, sino que tampoco había encontrado material del siglo XVII.

-Este trabajo no va a ser nada sencillo -se dijo en voz alta.

Paseó la vista por la profusión de archivadores, baúles, cajas y cómodas que se extendía hasta que el desván giraba hacia la derecha. Estaba anonadada por el volumen de material.

Librodot

En el desván había incluso más que en la bodega, y al igual que en esta no existía el menor orden cronológico o temático. De una página a la siguiente podía mediar un siglo, y los temas abarcaban datos mercantiles, registros comerciales, recibos domésticos, documentos oficiales del Gobierno y correspondencia personal. La única forma de proceder era página por página.

Enfrentada a esa realidad, Kim empezó a comprender la buena suerte que había tenido al encontrar la carta de 1679 que James Flanagan había enviado a Ronald Stewart. Le había dado la falsa impresión de que investigar la historia de Elizabeth en el castillo sería una tarea divertida, ya que no fácil.

Por fin, el hambre, el agotamiento y el desaliento acabaron temporalmente con su compromiso de descubrir la naturaleza de la prueba concluyente utilizada contra su antepasada.

Kim, que ardía en deseos de darse una ducha, bajó del desván y salió al calor del atardecer veraniego. Subió al coche y emprendió el regreso a Boston.

Edward abrió los ojos después de sólo cuatro horas de sueño. Eran las cinco de la mañana. Siempre que estaba entusiasmado con un proyecto su necesidad de dormir disminuía. Y ahora estaba más entusiasmado que nunca. Su intuición científica le decía que había topado con algo realmente grande, y su intuición científica nunca le había fallado.

Saltó de la cama y provocó que Buffer estallara en un paroxismo de ladridos. El pobre perro pensó que se trataba de una urgencia vital. Edward tuvo que darle una palmada para serenarlo.

Después de realizar sus rituales matinales, que incluían pasear a Buffer a toda prisa, Edward fue en coche al laboratorio. Entró antes de las siete, pero Eleanor ya había llegado.

-Me cuesta dormir -confesó.

Su largo cabello rubio, que solía llevar impecable, se veía algo desordenado.

-A mí también -dijo Edward.

Habían trabajado el sábado por la noche hasta la una y todo el domingo. Con el éxito a la vista, Edward había renunciado a ver a Kim el domingo por la noche. Cuando le explicó lo cerca que estaban Eleanor y él de su objetivo, ella lo había comprendido.

Por fin, poco después de medianoche, Edward y Eleanor habían perfeccionado una técnica de separación. La principal dificultad se reducía a que dos de los alcaloides poseían muchas propiedades físicas similares. Ahora, sólo necesitaban más material y, como en respuesta a una plegaria, Kevin Scranton había llamado para avisar de que enviaría otro grupo de esclerocios el lunes por la mañana.

-Quiero que todo esté preparado cuando el material llegue -dijo Edward-. Será alrededor de las nueve.

-Sí, sí -dijo Eleanor. Se cuadró y saludó. Edward intentó darle una palmada en la cabeza, pero ella fue más ágil que él.

Después de trabajar febrilmente durante más de una hora, Eleanor dio un golpecito en el brazo de Edward.

-¿Hoy has decidido ignorar a tu rebaño? -preguntó en voz baja, mientras señalaba por encima del hombro.

Librodot

Edward se enderezó y miró a los estudiantes que se habían congregado a la espera de que advirtiese su presencia. No se había dado cuenta. El grupo había aumentado poco a poco.

Todos tenían preguntas preparadas y necesitaban su consejo.

-¡Escuchad! -gritó Edward-. Hoy os las tendréis que arreglar solos. Estoy muy ocupado con un proyecto que no puede esperar.

Los estudiantes, después de lanzar algunos gruñidos, se dispersaron. Edward no reparó en su reacción. Volvió al trabajo, y cuando trabajaba su capacidad de concentración era legendaria.

Pocos minutos después, Eleanor volvió a darle golpecitos en el brazo.

-Lamento molestarte -dijo-, pero tienes una clase a las nueve.

-¡Maldita sea! -exclamó Edward-. Lo había olvidado, gracias a Dios. Busca a Ralph Carter y dile que venga.

Ralph Carter era uno de sus principales ayudantes.

Al cabo de unos segundos, Ralph hizo acto de presencia.

Era un individuo delgado y barbudo, de cara ancha y mejillas muy sonrosadas.

-Quiero que te encargues del curso de verano de bioquímica básica -dijo Edward.

-¿Durante cuánto tiempo? -preguntó Ralph. No parecía muy entusiasmado.

-Ya te lo diré -contestó Edward.

Cuando Ralph se hubo marchado, Edward se volvió hacia Eleanor.

-Detesto esta clase de tonterías agresivas pasivas. Es la primera vez que pido a alguien una sustitución.

-Lo que ocurre es que no hay nadie que se haya comprometido con los estudiantes tanto como tú -respondió Eleanor.

Tal como Kevin había prometido, los esclerocios llegaron poco después de las nueve, en un pequeño recipiente de cristal. Edward desenroscó la tapa y depositó con sumo cuidado los granos oscuros, similares a arroz, sobre un filtro de papel, como si fueran pepitas de oro.

-Qué cosas más feas -comentó Eleanor-. Parecen excrementos de rata.

-Me gusta pensar que se parecen más a las semillas del pan de centeno -dijo Edward-. Es una metáfora de mayor significado histórico.

-¿Estás preparado para ponerte a trabajar? -preguntó ella.

-Vamos allá -dijo Edward.

Antes del mediodía habían logrado extraer una diminuta cantidad de cada alcaloide. Las muestras se encontraban en la base de pequeños tubos experimentales de forma cónica etiquetados A, B y C. Por fuera, parecían idénticos. Todos contenían un polvillo blanco.

-¿Cuál es el siguiente paso? -preguntó Eleanor mientras alzaba uno de los tubos a la luz.

-Hemos de descubrir cuáles son psicoactivos -explicó Edward-. En cuanto lo averigüemos, nos concentraremos en ellos.

-¿Qué utilizaremos para la prueba? Supongo que podríamos usar preparaciones de aplasia fasciata ganglia. Nos revelarían cuales son neuroactivos.

Edward sacudió la cabeza.

-No basta -dijo-. Quiero saber cuáles provocan reacciones alucinógenas, y quiero respuestas rápidas. Para eso, necesitamos un cerebro humano.

-¡No podemos utilizar voluntarios pagados! -dijo Eleanor, consternada-. Sería antiético.

-Tienes razón, pero no tengo la menor intención de utilizar voluntarios pagados. Creo que bastará con nosotros dos.

-No estoy segura de querer participar en esto -dijo Eleanor con tono vacilante. Empezaba a comprender las intenciones de Edward.

-¡Perdón! -dijo otra voz. Eleanor y Edward se volvieron, y vieron a Cindy, una secretaria del departamento-. Lamento interrumpirlo, doctor Armstrong, pero el doctor Stanton Lewis está en el despacho, y quiere hablar con usted.

-Dile que estoy ocupado -contestó Edward-. Pensándolo mejor, hazlo entrar.

-No me gusta ese brillo de tus ojos -dijo Eleanor, mientras esperaban a que Stanton apareciera.

-Es del todo inocente -replicó Edward con una sonrisa-.

Si el señor Lewis desea convertirse en un investigador destacado de este experimento, no me interpondré en su camino.

La verdad, quiero hablar con él sobre lo que estamos haciendo aquí.

Stanton irrumpió en el laboratorio con su habitual exuberancia. Se sintió especialmente complacido de encontrar a Edward y Eleanor juntos.

-Mis dos personas favoritas -dijo-, pero para diferentes partes de mi cerebro.

Rió de lo que consideraba un chiste atrevido. Eleanor demostró ser más rápida que él cuando dijo que no estaba enterada de su cambio de orientación sexual.

-¿De qué estás hablando? -preguntó Stanton, muy perplejo.

-Estoy segura de que te sientes atraído por mí a causa de mi intelecto -dijo Eleanor-. Eso deja tu cerebro instintivo para Edward.

Edward rió. Las réplicas agudas eran la especialidad de Stanton, y Edward nunca había visto que lo superaran. Stanton rió también y aseguró a Eleanor que su ingenio siempre había cegado sus demás encantos. Después, se volvió hacia Edward y dijo:

-Bien. Se acabó la diversión. ¿Qué opinas del dossier de Genetrix?

-Aún no he tenido tiempo de echarle una ojeada -confesó Edward.

-Me lo prometiste -advirtió Stanton-. Tendré que decirle a mi prima que deje de salir contigo, porque no eres de confianza.

-¿Quién es esa prima? -preguntó Eleanor, y dio a Edward un codazo suave en las costillas.

Edward se ruborizó. Pocas veces tartamudeaba en el laboratorio, pero en aquel momento lo hizo. No deseaba hablar de Kim.

-No he tenido tiempo para leer -repitió, con cierta dificultad-. Ha sucedido algo que tal vez te interese.

-Será mejor que sea bueno -bromeó Stanton. Palmeó la espalda de Edward y dijo que sólo estaba bromeando acerca de Kim-. Nunca me entrometería en vuestro romance, tortolitos. Mi tía me ha dicho que el viejo Stewart os sorprendió en Salem. Espero que no fuera en flagrante delito, bribón.

Edward tosió nervioso mientras indicaba a Stanton que acercara una silla. Cambió de tema al instante y procedió a narrar la historia del nuevo hongo y los nuevos alcaloides.

Dijo que al menos uno era psicótropo, y contó por qué lo sabía. Incluso tendió a Stanton los tres tubos de ensayo, y explicó que acababan de aislar los nuevos componentes.

-Menuda historia -comentó Stanton. Dejó los tubos sobre el mármol-. ¿Por qué crees que puede interesarme? Soy un tío práctico. No me apasionan las cosas exóticas y esotéricas que a vosotros los académicos tanto os enloquecen.

-Creo que esos alcaloides pueden tener una aplicación práctica -dijo Edward-. Tal vez estemos a punto de descubrir todo un grupo nuevo de drogas psicotrópicas susceptibles de ser aplicadas en el ámbito de la investigación.

Stanton se irguió en su asiento. Su aire de indiferencia desapareció.

-¿Drogas nuevas? Parece interesante. ¿Qué posibilidades existen de que sean clínicamente útiles?

-Excelentes, me parece. Sobre todo considerando las técnicas de modificación molecular que se encuentran a disposición de la química sintética moderna. Por otra parte, después del episodio psicodélico con el extracto sin refinar, experimenté una energía y una lucidez peculiares. Creo que estas drogas podrían ser algo más que meros alucinógenos.

-¡Oh, Dios! -exclamó Stanton. Su propensión a los negocios le había acelerado el pulso-. Esto podría ser extraordinario.

-Eso mismo pensamos nosotros -dijo Edward.

-Me refiero a que puede proporcionarnos una recompensa económica de campeonato.

-Nuestro principal interés reside en averiguar qué puede hacer un nuevo grupo de drogas psicoactivas por la ciencia.

Todo el mundo intuye un inminente adelanto en la comprensión de la función cerebral. ¿Quién sabe? Tal vez podría ser eso. En ese caso, tendríamos que pensar en una forma de financiar su producción a gran escala. Los investigadores de todo el mundo la reclamarían a gritos.

-Me parece estupendo -dijo Stanton-. Me alegro de que tengas unas metas tan nobles, pero ¿por qué no las dos? Estoy hablando de ganar un montón de pasta.

-Convertirme en millonario no me quita el sueño. A estas alturas ya deberías saberlo.

-¿Millonario? -dijo Stanton con una risita despectiva-. Si esta nueva variedad de drogas son eficaces para la depresión, la angustia o alguna otra combinación, podrías estar contemplando una molécula de mil millones de dólares.

Edward iba a decir que tenían distintos sistemas de valores, pero se detuvo a mitad de la frase. Se quedó boquiabierto. Preguntó a Stanton si había dicho mil millones.

-He dicho una molécula de mil millones de dólares -repitió Stanton-. No exagero. La experiencia con el Librium, después con el Valium y ahora con el Prozac, ha demostrado el insaciable apetito de la sociedad por drogas psicotrópicas clínicamente eficaces.

Edward desvió la vista hacia el complejo de la Facultad de Medicina de Harvard. Cuando habló, lo hizo como si estuviese en estado de trance.

-Desde tu punto de vista y experiencia, ¿qué habría que hacer para aprovechar un descubrimiento semejante?

-No gran cosa. Bastaría con fundar una empresa y patentar la droga. Así de sencillo. Pero hasta que lo hagas, el secreto es fundamental.

-Se ha llevado en secreto -dijo Edward. Aún parecía desorientado-. Sólo hace unos días que sabemos que tenemos algo nuevo entre manos. Eleanor y yo somos los únicos enterados.

No mencionó a Kim por temor a que la conversación volviera a girar en torno a ella.

-Yo diría que cuanta menos gente mejor -afirmó Stanton-.

Por otra parte, podría adelantarme y fundar una empresa, en caso de que las perspectivas empiecen a ser prometedoras.

Edward se frotó los ojos y después la cara. Respiró hondo y dio la impresión de salir del estado de trance.

-Creo que nos estamos precipitando -dijo-. Eleanor y yo tenemos mucho trabajo por delante antes de hacernos una idea de con qué hemos topado.

-¿Cuál es el siguiente paso? -preguntó Stanton.

-Me alegro de que lo preguntes -contestó Edward. Se acercó a una vitrina-. Eleanor y yo estábamos hablando de eso. Lo primero que hay que hacer es determinar cuál de estos componentes es psicotrópico.

Edward llevó tres frascos a donde estaban sentados. Después, vertió una minúscula cantidad de cada nuevo alcaloide en los respectivos frascos y los llenó con un litro de agua destilada. Los agitó vigorosamente.

-¿Cómo lo harás? -preguntó Stanton, aunque la historia de Edward ya le había dado una idea.

Edward sacó tres pipetas graduadas de un cajón.

-¿Alguien quiere acompañarme? -preguntó. Ni Eleanor ni Stanton dijeron nada-. Qué gallinas. -Rió-. Sólo bromeaba.

De hecho, quiero que estéis delante, por si acaso. Esta fiesta es mía.

Stanton miró a Eleanor.

-¿Está chiflado o qué?

Eleanor miró a Edward. Sabía que no era una persona alocada, y nunca había conocido a alguien tan inteligente, sobre todo en lo tocante a bioquímica.

-Estás convencido de que no hay peligro, ¿verdad? -preguntó.

-Es tan inofensivo como dar unas cuantas caladas a un porro -contestó Edward-. A lo sumo, un milímetro contendrá unas millonésimas partes de un gramo. Además, escogí un extracto comparativamente sin refinar, sin efectos negativos.

De hecho, me divertí y todo. Son muestras bastante puras.

-¡De acuerdo! -dijo Eleanor-. Dame una de esas pipetas.

-¿Estás segura? -preguntó Edward-. Aquí no se obliga a nadie. Me da igual tomar las tres.

-Estoy segura -dijo Eleanor, y cogió una pipeta.

-¿Y tú, Stanton? -preguntó Edward-. Aquí tienes la oportunidad de participar en un verdadero experimento científico. Además, si quieres que lea ese maldito dossier, podrías hacerme un favor.

-Supongo que si vosotros dos, cabezas de chorlito, creéis que no hay peligro, puedo hacerlo -dijo Stanton, poco convencido-. Pero será mejor que leas ese dossier, o recibirás noticias de algunos amigos míos de la mafia. -Cogió una pipeta.

Librodot

-Que cada uno elija el veneno que más le apetezca -dijo Edward, e indicó los frascos con un ademán.

-Dilo de otra manera o me retiro -advirtió Stanton.

Edward rió. Le divertía el desconcierto de Stanton. En demasiadas ocasiones había ocurrido al revés.

Stanton dejó que Eleanor eligiera primero, y después cogió uno de los dos frascos restantes.

-Esto es como una especie de ruleta rusa farmacológica -comentó.

Eleanor soltó una carcajada. Dijo a Stanton que ser tan inteligente lo perjudicaba.

-Pero no lo bastante para mantenerme alejado de dos cretinos -replicó.

-Las damas primero -dijo Edward.

Eleanor llenó la pipeta y depositó un milímetro en su lengua. Edward la animó a tragarlo con un vaso de agua.

Los dos hombres la observaron. Nadie habló. Pasaron varios minutos. Por fin, Eleanor se encogió de hombros.

-Nada -dijo-, sólo que mi pulso se ha acelerado un poco.

-De puro terror -dijo Stanton.

-Ahora, tú. -Edward señaló a Stanton.

Stanton llenó su pipeta.

-Es un crimen lo que he de sufrir para meterte en una junta consultora científica -se lamentó. Depositó una diminuta cantidad de líquido en la lengua y después la engulló con un vaso de agua-. Es amarga -dijo-, pero no siento nada.

-Espera unos segundos a que circule por la sangre -dijo Edward.

Llenó su pipeta. Empezó a tener dudas y se preguntó si habría sido otro componente soluble en agua, contenido en el extracto sin refinar, el causante de su reacción psicodélica.

-Creo que me siento algo mareado -dijo Stanton.

-Bien -contestó Edward. Sus dudas se desvanecieron. Recordó que el mareo había sido el primer síntoma experimentado con el extracto sin refinar-. ¿Algo más?

De repente, Stanton se puso tenso. Hizo una mueca y contempló la habitación alrededor.

-¿Qué ves? -preguntó Edward.

-¡Colores! Veo colores que se mueven. -Empezó a describir los colores con más detalle, pero de pronto se interrumpió y lanzó un grito de miedo. Se puso de pie de un salto y se frotó frenéticamente los brazos.

-¿Qué pasa? -preguntó Edward.

-Siento mordeduras de insectos -dijo Stanton.

Siguió quitándose bichos imaginarios, hasta que empezó a ahogarse.

-¿Qué pasa ahora? -preguntó Edward.

-¡Siento una opresión en el pecho! -graznó Stanton-. No puedo respirar.

Edward cogió a Stanton del brazo. Eleanor levantó el auricular y empezó a marcar, pero Edward dijo que no pasaba nada.

Stanton ya se había calmado. Sus ojos se cerraron y una sonrisa apareció en su cara. Edward lo ayudó a sentarse en la silla.

Stanton respondió a sus preguntas poco a poco y de mala gana. Dijo que estaba ocupado y no quería que lo molestaran. Cuando le preguntaron en qué estaba ocupado, se limitó a contestar:

-En cosas.

Al cabo de veinte minutos, la sonrisa de Stanton se desvaneció. Dio la impresión de dormir durante unos cuantos minutos más, y después abrió lentamente los ojos.

Lo primero que hizo fue tragar saliva.

-Noto la boca como si fuera el desierto de Gobi -dijo-.

Necesito beber.

Edward le sirvió un vaso de agua y se lo dio. Stanton lo bebió con avidez y tomó un segundo.

-Yo diría que han sido un par de minutos muy ocupados -comentó Stanton-. Fue divertido.

-Han sido más de veinte minutos -dijo Edward.

-¿Lo dices en serio? -preguntó Stanton.

-¿Cómo te sientes, en general?

-Maravillosamente tranquilo.

-¿Y clarividente?

-Es una buena manera de decirlo. Tengo la sensación de poder recordar toda clase de cosas con sorprendente claridad.

-Lo mismo que sentí yo. ¿Y la sensación de ahogo?

-¿Qué sensación de ahogo?

-Te quejaste de una sensación de ahogo, y también de que unos insectos te mordían.

-No me acuerdo de eso.

-Bien, da igual. La cuestión es que sabemos que el componente B es definitivamente alucinógeno. Probemos con el último.

Edward tomó su dosis. Al igual que en el caso de Eleanor, esperaron varios minutos. No pasó nada.

-Uno de tres ya me vale -dijo Edward-. Ahora, ya sabemos en qué alcaloide concentraremos nuestros esfuerzos.

-Tal vez deberíamos embotellar este brebaje y venderlo tal cual -bromeó Stanton-. A la generación de los sesenta le encantaría. Me siento genial, casi eufórico. Puede que sea la reacción al alivio de que la odisea haya terminado. Debo admitir que estaba asustado.

-Creo que yo también experimenté euforia -dijo Edward-. Como los dos la hemos sentido, quizá sea producto del alcaloide. Sea como sea, estoy animado. Creo que hemos conseguido una droga psicodélica de propiedades tranquilizantes, así como otras amnésicas.

-¿Y la sensación de clarividencia? -preguntó Stanton.

-Prefiero pensar que es el reflejo de un incremento de la función cerebral global. En ese sentido, tal vez posea efectos antidepresivos.

-Música para mis oídos -dijo Stanton-. Dime, ¿qué harás a continuación con este componente?

-Primero, nos concentraremos en su química. Eso significa estructura y propiedades físicas. Una vez hayamos obtenido la estructura, deduciremos la síntesis de la droga para evitar depender del hongo para extraerla. Después, seguiremos con la función fisiológica y estudios sobre su toxicidad.

-¿Toxicidad? -preguntó Stanton. Palideció.

-Tomaste una dosis minúscula -le recordó Edward-. No te preocupes. No te causará el menor problema.

-¿Cómo analizarás los efectos fisiológicos de la droga?

-preguntó Stanton.

Librodot

-Lo abordaremos desde múltiples ángulos. No olvides que la mayor parte de componentes que poseen un efecto psicodélico funciona a imitación de un neurotransmisor del cerebro. El LSD, por ejemplo, está relacionado con la serotonina.

Nuestros estudios empezarán con neuronas unicelulares, seguirán con sinaptosomas, que son preparados cerebrales vivos centrifugados y completos, y por fin abarcarán sistemas celulares nerviosos enteros, como los ganglios de animales inferiores.

-¿Animales vivos? -preguntó Stanton.

-A la larga. Ratas y ratones, sobre todo. Tal vez algunos monos. Por otra parte, hemos de estudiarla también a un nivel molecular. Habrá que determinar los puntos de conexión y la transducción de mensajes a la célula.

-Ese proyecto puede llevaros años -dijo Stanton.

-Tenemos mucho trabajo que hacer -admitió Edward.

Sonrió a Eleanor, que asintió-. Sin embargo, es muy emocionante. Podría ser la oportunidad de nuestra vida.

-Bien, mantenedme informado -dijo Stanton. Se puso de pie. Dio algunos pasos para comprobar su equilibrio-. Debo decir que me siento en plena forma.

Stanton llegó a la puerta del laboratorio, dio media vuelta y volvió sobre sus pasos. Edward y Eleanor ya se habían puesto a trabajar.

-Recuerda que prometiste leer el maldito dossier -dijo-, y te voy a perseguir por más ocupado que estés.

-Lo leeré -contestó Edward-, pero no dije cuándo.

Stanton convirtió su mano en una pistola, se la llevó a la cabeza y fingió disparar.

-Kim, tienes una llamada por la línea uno -avisó el conserje de la sala.

-Coge el mensaje -gritó Kim.

Estaba junto al lecho de un paciente muy enfermo y ayudaba a la enfermera asignada al caso.

-Ve a coger la llamada -dijo la enfermera-. Gracias a ti, todo está controlado.

-¿Estás segura?

La enfermera asintió.

Kim atravesó el centro de la unidad de cuidados intensivos quirúrgicos y esquivó el continuo tráfico de camillas. Levantó el auricular, suponiendo que la llamaban del laboratorio de química o del banco de sangre. Había llamado a los dos sitios.

-Espero no pillarla en un mal momento -dijo una voz.

-¿Quién es?

-George Harris, su contratista de Salem. Le devuelvo la llamada.

-Lo siento -dijo Kim. Había olvidado que hace unas horas le telefoneó-. No he reconocido su voz.

-Siento haber tardado en contestar. Estaba en la obra.

¿Qué quería?

-Quería saber cuándo terminarán de llenar la zanja.

La pregunta se le había ocurrido la noche anterior, y le había causado cierta angustia. Su preocupación residía en qué iba a hacer si llenaban la zanja antes de devolver la cabeza de Elizabeth a su ataúd.

-Mañana por la mañana, probablemente.

-¿Tan pronto? -exclamó Kim.

-Están colocando los conductos, tal como convinimos.

¿Algún problema?

-No -se apresuró a contestar Kim-. Sólo quería saberlo.

¿Cómo van las obras?

-Sin problemas.

Después de colgar el auricular, Kim llamó a Edward. Su angustia aumentó cuando nadie contestó.

Fue difícil lograr que Edward se pusiera al teléfono. Al principio, la secretaria se negó incluso a localizarlo. Dijo que tomaría nota del mensaje y que el doctor Armstrong ya la llamaría. Kim insistió y, por fin, lo consiguió.

-Me alegro de que hayas llamado -dijo Edward en cuanto se puso al aparato-. Tengo más buenas noticias. No sólo hemos separado los alcaloides, sino que ya hemos determinado cuál es psicoactivo.

-Me alegro por ti -dijo Kim-, pero hay un problema. Hemos de devolver la cabeza de Elizabeth a su tumba.

-Lo haremos este fin de semana.

-Será demasiado tarde. Acabo de hablar con el contratista.

Me dijo que llenarán la zanja mañana por la mañana.

-¡Caray! -exclamó Edward-. Las cosas se suceden a velocidad vertiginosa. Detesto interrumpir el trabajo. ¿No pueden esperar y llenar la zanja después del fin de semana?

-No lo pregunté, y no quiero hacerlo. Tendría que dar una excusa, y la única que se me ocurre estaría relacionada con el ataúd. El contratista está en contacto con mi padre, y no quiero que se entere de que la tumba ha sido violada.

-Maldita sea.

Siguió una incómoda pausa.

-Prometiste que devolverías esa cosa cuanto antes -dijo Kim.

-Es una cuestión de tiempo -dijo Edward-. ¿Por qué no la llevas tú misma?

-No sé si podría. No quiero verla, y mucho menos tocarla.

-No tendrás que tocarla. Sólo has de apartar el extremo del ataúd y meter dentro la caja. Ni siquiera has de abrirla.

-Edward, me lo prometiste.

-¡Por favor! Te compensaré de alguna manera. Ocurre que ahora estoy muy ocupado. Hemos empezado a analizar la estructura.

-De acuerdo -se rindió Kim. Cuando alguien cercano le pedía algo, casi nunca podía negarse. No era que le importara ir a Salem. Sabía que comprobaría los progresos de las obras muy a menudo. Además, meter la caja en el ataúd no sería tan horrible-. ¿Cómo voy a recuperar la caja?

-Te facilitaré las cosas. Te la enviaré por mensajero, y te llegará antes de que termines de trabajar. ¿Qué te parece?

-Te lo agradeceré.

-Llámame al laboratorio cuando vuelvas. Estaré aquí hasta medianoche, como mínimo, y puede que más.

Kim volvió al trabajo, pero no podía evitar sentirse preocupada. La angustia que había experimentado al enterarse de que iban a llenar la zanja tan pronto no se había disipado.

Como se conocía, supuso que duraría hasta que devolviera la cabeza al ataúd.

Mientras iba de una cama a otra para cuidar de sus pacientes, se sintió irritada por haber permitido que Edward cogiera la cabeza. Cuanto más pensaba en la idea de devolverla a su sitio, menos le gustaba. Si bien cuando habían hablado por teléfono la decisión de dejarla en la caja le había parecido razonable, ahora comprendía que su sentido de la decencia no lo permitiría. Se sentía obligada a devolver a la tumba la apariencia que tenía antes de ser removida, lo cual significaba prescindir de la caja y manipular la cabeza, y eso no le apetecía en absoluto.

Las exigencias de su trabajo arrinconaron sus preocupaciones por Elizabeth. Había pacientes de quienes ocuparse, y las horas pasaron volando. Más tarde, mientras se concentraba en un tubo intravenoso reacio, el conserje la tocó en el hombro.

-Te han enviado un paquete -dijo el hombre al tiempo que señalaba a un tímido mensajero que aguardaba junto al mostrador central-. Has de firmar el recibo.

Kim miró al mensajero. Estaba intimidado por el ambiente de la unidad de cuidados intensivos. Llevaba una tablilla apretada contra el pecho. Al lado de su brazo, descansaba una caja de papel para ordenador atada con una cuerda. Al instante, Kim comprendió cuál era el contenido de la caja y se le aceleró el corazón.

-En el mostrador de recepción intentaron que la dejase en la sala del correo -dijo el conserje-, pero el mensajero insistió en que sus instrucciones eran entregársela en mano.

-Ya voy -dijo Kim, nerviosa.

Se encaminó al mostrador, seguida por el conserje. Horrorizada, descubrió que la situación empeoraba a cada momento. Kinnard, que estaba detrás del mostrador, ocupado aparentemente en escribir en una gráfica, se levantó de repente y miró el recibo. Kim no lo veía desde el día en que habían discutido en la finca.

-¿Qué tenemos aquí? -dijo Kinnard.

Kim cogió la tablilla del mensajero y se apresuró a firmar.

-Una entrega especial -explicó el conserje.

-Ya lo veo -contestó Kinnard-. También veo que la envía el laboratorio del doctor Armstrong. La pregunta es ¿qué habrá dentro?

-El recibo no lo pone -dijo el conserje.

-Dame la caja -dijo Kim con severidad. Extendió la mano sobre el mostrador para cogerla, pero Kinnard retrocedió.

Sonrió con arrogancia y dirigiéndose al conserje, dijo:

-Es de uno de los numerosos admiradores de la señorita Stewart. Deben de ser bombones. Ha sido muy listo al ponerlos en una caja de papel para ordenador.

-Es la primera vez que alguien del personal recibe un paquete especial en la unidad de cuidados intensivos -dijo el conserje.

-Dame la caja -repitió Kim.

Tenía la cara congestionada, y en su mente se repetía una y otra vez la imagen de la caja cayendo al suelo y exponiendo la cabeza de Elizabeth a la vista de todos.

Kinnard agitó la caja y acercó el oído. Desde el otro lado del mostrador, Kim oyó que la cabeza chocaba contra los lados.

Librodot

-No pueden ser bombones, a menos que sea una pelota de fútbol de chocolate -dijo Kinnard, y puso una expresión 1 de confusión cómica-. ¿Qué opinas? -Acercó la caja al conserje.

Kim, atormentada, rodeó el mostrador y trató de apoderarse de la caja. Kinnard la sostuvo sobre la cabeza, lejos de su alcance.

Marsha Kingsley rodeó el mostrador desde el lado opuesto. Como todos los demás miembros del equipo, había sido testigo de lo ocurrido, pero fue la única que acudió al rescate de su compañera de apartamento. Se colocó detrás de Kinnard y le bajó el brazo. Él no opuso resistencia. Marsha cogió la caja y se la dio a Kim.

Adivinó que estaba disgustada y la condujo a la antesala. Detrás, oyeron las risas de Kinnard y el conserje. -El sentido del humor de algunas personas es detestable -comentó Marsha-. Alguien debería darle una patada en su culo irlandés.

-Gracias por tu ayuda -dijo Kim. Ahora que tenía la caja en las manos se sentía mucho mejor, pero no podía dejar de temblar.

-No sé qué le pasa a ese hombre -continuó Marsha-. Qué fanfarrón. No mereces que te trate así.

-Está ofendido porque salgo con Edward.

-¿Acaso lo defiendes? Joder, no me trago el papel de amante desdeñado de Kinnard. En absoluto. Y esa Lothario tampoco.

-¿Con quién sale?

-Con la nueva rubia de urgencias.

-¡Fantástico! -exclamó Kim con sarcasmo.

-Él se lo pierde. Corre el rumor de que sirvió de modelo para esas estúpidas muñecas rubias.

-No para de darle marcha al cuerpo -dijo Kim, abatida.

-¿Y a ti qué más te da?

Kim suspiró.

-Tienes razón -dijo-. Supongo que detesto los sentimientos encontrados y las discusiones.

-Bien, ya tuviste bastante con Kinnard. Piensa en que Edward te trata de una forma muy diferente. Él no lo da todo por hecho.

-Tienes razón -repitió Kim.

Después de trabajar, Kim llevó la caja que contenía la cabeza de Elizabeth al coche y la metió en el maletero. Luego, reflexionó sobre lo que iba a hacer. Había pensado acercarse a la sede de la cámara legislativa del estado antes de que se suscitara el problema de la cabeza de su antepasada. Pensó en aplazar la visita para otra tarde. Después, decidió que podía hacer las dos cosas, teniendo en cuenta que para poder trabajar en la casa debería esperar a que los obreros se marcharan.

Dejó el coche en el aparcamiento subterráneo del hospital, subió a pie por Beacon Hill y se dirigió al edificio de la cámara legislativa del estado. Después de estar encerrada todo el día, tenía ganas de pasear. Era un día de verano caluroso, aunque agradable. Soplaba una débil brisa marina y el olor a sal impregnaba el aire. Cuando pasó cerca del mar, oyó los chillidos de las gaviotas.

Una pregunta en el servicio de información de la cámara legislativa condujo a Kim a los Archivos Estatales de Massachusetts. Esperó su turno y se encontró cara a cara con un corpulento funcionario. Se llamaba William MacDonald.

Librodot

Kim le enseñó las fotocopias de la petición de Ronald y la resolución denegatoria del magistrado Hathorne.

-Muy interesante -dijo MacDonald-. Me encantan estos documentos antiguos. ¿Dónde los encontró?

-En el palacio de justicia del condado de Essex.

-¿En qué puedo ayudarla?

-El magistrado Hathorne sugirió al señor Stewart que trasladara su petición al gobernador, pues la prueba que deseaba había sido enviada al condado de Suffolk. Me gustaría encontrar la respuesta del gobernador. Lo que de verdad me interesa es averiguar cuál era la prueba. Por algún motivo, no se describe ni en la petición ni en la resolución.

-Tuvo que ser el gobernador Phipps -contestó MacDonald con una sonrisa-. Soy bastante aficionado a la historia.

Vamos a ver si encuentro algún Ronald Stewart en el ordenador.

MacDonald se concentró en su terminal. Kim contempló el rostro del hombre, ya que no podía ver la pantalla. Sacudía la cabeza cada vez que aparecía una entrada.

-Ningún Ronald Stewart -dijo por fin. Miró otra vez la resolución y sacudió la cabeza-. No sé qué más hacer. He intentado cruzar los datos de Ronald Stewart con los del gobernador Phipps, pero no logro nada. El problema es que no sobrevivieron todas las peticiones del siglo XVII, y las que aun conservamos están debidamente puestas en un índice o catalogadas. Hay montones de esas peticiones personales. En aquella época hubo muchas disputas y desacuerdos, y la gente se dedicaba a pleitear tanto como hoy.

-¿Podría servirle de algo la fecha 1 de agosto de 1692?

-Me temo que no. Lo siento. Kim dio las gracias al funcionario y salió del edificio. Se sentía algo desalentada. Teniendo en cuenta la facilidad con que había encontrado la petición en Salem, había abrigado fervientes esperanzas de descubrir la resolución en Boston y así averiguar la naturaleza de la prueba usada contra Elizabeth. -¿Por qué no describió Ronald Stewart la maldita prueba?

-se preguntó en voz alta mientras bajaba por Beacon Hill. Entonces se le ocurrió que tal vez el hecho fuese significativo. Quizá encerraba una especie de pista o mensaje.

Suspiró. Cuanto más pensaba en la misteriosa prueba, más curiosidad sentía. De hecho, en aquel momento empezó a imaginar que podía estar relacionada con la intuición de que Elizabeth intentaba comunicarse de algún modo con ella.

Llegó a Cambridge Street y se desvió hacia el aparcamiento del hospital. El otro problema que implicaba su fracaso en la sede de la cámara legislativa era volver a sumergirse en el imposible océano de papeles del castillo, una tarea aterradora, en el mejor de los casos. Sin embargo, parecía claro que sólo allí podría averiguar algo más sobre Elizabeth.

Subió al coche y se dirigió a Salem, pero el viaje no fue fácil ni rápido. La visita a la cámara legislativa la había retrasado, y topó con el tráfico de la hora punta.

Mientras para intentar atravesar Leveritt Circle soportaba el embotellamiento de Storrow Drive, pensó en la rubia con quien salía Kinnard. Sabía que no debía molestarle, pero no era así. No obstante, pensar en ello hizo que se alegrase de haber invitado a Edward a compartir la casa

con ella. No sólo sentía verdadero afecto por él, sino que le gustaba el mensaje que su convivencia enviaría tanto a Kinnard como a su padre.

Entonces, recordó que llevaba la cabeza de Elizabeth en el maletero. Cuando más pensaba en lo imposible que resultaba para Edward acompañarla a Salem aquella noche, más sorprendida estaba, en especial porque él había prometido responsabilizarse de la cabeza y sabía muy bien cuánto la desagradaba manipularla. Era un comportamiento contradictorio con sus atenciones y, unido a todo lo demás, la inquietaba.

-¿Qué es esto? -preguntó irritado Edward-. ¿He de llevarte de la mano continuamente?

Estaba hablando con Jaya Dawar, un brillante estudiante graduado nuevo de Bangalore, India. Jaya había llegado a principios de julio y se esforzaba por encontrar una dirección adecuada para su tesis doctoral.

-Pensé que podrías recomendarme más material de lectura -dijo Jaya.

-Puedo recomendar toda una biblioteca. Sólo está a cien metros de distancia. -Señaló hacia la Biblioteca Médica Countway-. Llega un momento en la vida de todo individuo en que debe cortar el cordón umbilical. Trabaja un poquito por tu cuenta.

Jaya agachó la cabeza y salió en silencio.

Edward devolvió su atención a los diminutos cristales que estaba produciendo.

-Quizá debería cargar con el peso del nuevo alcaloide -sugirió Eleanor, vacilante-. Puedes mirar por encima de mi hombro y ser la luz que me guíe.

-¿Y perderme toda esta diversión? -dijo Edward. Estaba utilizando un microscopio binocular para observar los cristales que se formaban en la superficie de una solución sobresaturada depositada en la concavidad de una platina para microscopio.

-Me preocupan tus responsabilidades habituales -dijo Eleanor-. Mucha gente depende de tu supervisión. También me han dicho que los estudiantes del curso de verano se quejaron de tu ausencia esta mañana.

-Ralph sabe lo que hace. Su forma de dar clase mejorará.

-A Ralph no le gusta dar clase.

-Agradezco tus observaciones, pero no voy a permitir que esta oportunidad se me escape. Este alcaloide es fundamental. Lo sé. ¿Cuántas veces cae en tus manos una molécula de mil millones de dólares?

-No tenemos ni idea de si este componente va a valer algo.

Sólo se trata de una mera hipótesis.

-Cuanto más trabajemos, antes lo averiguaremos. Por el momento, los estudiantes se las tendrán que ingeniar sin mí.

Quién sabe, puede que sea positivo para ellos.

A medida que Kim se acercaba a la finca su angustia fue en aumento. No podía olvidar que llevaba la cabeza de Elizabeth en el maletero, y cuanto más tiempo pasaba en su compañía, más experimentaba un vago e inquietante presagio acerca del curso de los acontecimientos recientes. Topar con la tumba de Elizabeth en un momento tan temprano de las obras se le antojaba como si la histeria desatada por la brujería en 1692 arrojase una sombra ominosa sobre el presente.

Al dejar atrás la entrada de la propiedad, Kim temió que los obreros siguieran en la casa. Cuando salió de los árboles, sus sospechas se

confirmaron. Había dos vehículos aparcados frente al edificio. Aquello disgustó a Kim. Dada la hora, había esperado que todos los obreros se hubieran marchado.

Aparcó al lado de los vehículos y se apeó. Al instante, George Harris y Mark Stevens aparecieron en la puerta principal.

En contraste con su reacción, se sintieron complacidos al verla.

-Qué agradable sorpresa -dijo Mark-. Confiábamos en localizarla por teléfono más tarde, pero es mucho mejor que haya venido. Tenemos un montón de preguntas para hacerle.

Durante la siguiente media hora, Mark y George guiaron a Kim por las obras de renovación. Los sorprendentes progresos cambiaron su humor de forma radical. Complacida, descubrió que Mark había traído muestras de granito para la cocina y los baños. Dado su interés por el interiorismo y su sentido del color, Kim no tardó en tomar decisiones. Mark y George quedaron impresionados. Kim aún se asombró más de sí misma. Sabía que la capacidad de tomar tales decisiones era un tributo a los progresos que había realizado a lo largo de los años para adquirir seguridad en sí misma. Cuando empezó en la universidad, ni siquiera había sido capaz de decidir el color de su edredón.

Al terminar con el interior, salieron y dieron un paseo alrededor del edificio. Al contemplarlo desde fuera, Kim dijo que las nuevas ventanas de la zona anexa debían hacer juego con las ventanas pequeñas en forma de diamante de la parte principal de la casa.

-Habrá que hacerlas a medida -dijo George-. Serán mucho más caras.

-Las quiero -replicó Kim sin vacilar.

También dijo que quería reparar el techo de pizarra, en lugar de sustituirlo como sugería el contratista. Mark admitió que su aspecto sería mucho mejor. Kim también insistió en que quitaran las tejas de asfalto del cobertizo y las cambiaran por pizarra.

Rodearon el edificio y llegaron a la zanja. Kim echó un vistazo al fondo, por donde ahora corrían un tubo de desagüe, una cañería de agua, un conducto de electricidad, una línea telefónica y un cable de televisión. Experimentó alivio al comprobar que la esquina del ataúd aún sobresalía de la pared de tierra.

-¿Y la zanja? -preguntó.

-La llenaremos mañana -contestó George.

Kim sintió que un inesperado escalofrío recorría su espina dorsal, mientras imaginaba a regañadientes el terrible dilema al que se habría enfrentado de no haber llamado a George por la mañana.

-¿Estará todo terminado para principios de septiembre?

-pregunto. Obligo a su mente a desechar pensamientos tan inquietantes.

-A menos que aparezcan problemas inesperados, lo estará -dijo George-. Mañana pediré las ventanas a bisagra nuevas. Si no llegan a tiempo, siempre podemos poner unas provisionales.

Después de que el contratista y el arquitecto se hubieron marchado, Kim entró en la casa para buscar un martillo. Con él en la mano, abrió el maletero del coche y sacó la caja de cartón.

Mientras caminaba junto al borde de la zanja buscando un lugar desde el que poder saltar, se quedó estupefacta de lo nerviosa que estaba. Se

sentía como un ladrón en la noche, e incluso se detenía para oír si se acercaba un coche.

Ya dentro de la zanja, se dirigió hacia el ataúd. Una sensación de claustrofobia empeoraba la situación. Tenía la impresión de que las paredes se alzaban sobre ella como torres hasta curvarse por encima de su cabeza, y temía que se desplomaran de un momento a otro.

Con mano temblorosa, Kim se puso a manipular el extremo del ataúd. Introdujo las orejas del martillo y tiró hacia arriba. Después, se volvió hacia la caja.

A medida que se acercaba el momento de llevar a cabo la desagradable tarea, resucitó el debate sobre qué debía hacer con la caja, pero no duró mucho. Desanudó la cuerda a toda prisa. Por más que detestaba la idea de tocar la cabeza, tenía que hacer un esfuerzo para hacer que la tumba recobrara cierto parecido con su estado original.

Kim levantó las solapas de la caja y echó un vistazo al interior sin demasiadas ganas. La cabeza estaba con la cara hacia arriba, apoyada sobre la mata de cabello reseco. Elizabeth miró a Kim con sus ojos hundidos, semicerrados. Por un instante terrible, Kim intentó reconciliar la horripilante cara con el agradable retrato que había mandado restaurar, forrar de nuevo y enmarcar, pero fue en vano. Las imágenes eran tan opuestas que parecía inconcebible relacionarlas con la misma persona.

Kim contuvo el aliento y levantó la cabeza. Tocarla hizo que sintiera aún más escalofríos, como si estuviese tocando a la misma muerte. Descubrió que se estaba preguntando de nuevo qué habría ocurrido en realidad trescientos años antes.

¿Qué habría hecho Elizabeth para merecer un destino tan cruel?

Se volvió con cuidado para no tropezar con tuberías o cables e introdujo la mano en el ataúd. Dejó la cabeza con cautela. Notó que sus manos tocaban tela y otros objetos más sólidos, pero no quiso ver qué eran. Devolvió el extremo del ataúd a su antigua posición y lo clavó. Luego recogió la caja vacía y el cordel, y salió de la zanja. No empezó a serenarse hasta que los arrojó al maletero del coche. Por fin, aspiró una profunda bocanada de aire. Al menos, ya había terminado.

Volvió a la zanja y echó un vistazo al extremo del ataúd, para asegurarse de que no había dejado rastro de su paso. Vio sus pisadas, pero no creyó que constituyeran un problema.

Puso los brazos en jarras y contempló la casa, silenciosa y acogedora. Intentó imaginar cómo había sido la vida en aquellos oscuros días de la caza de brujas, cuando la pobre Elizabeth había ingerido sin saberlo el grano venenoso y alucinógeno. Gracias a los libros que había leído sobre el tema, había aprendido muchas cosas. En su mayoría, las jóvenes que, en teoría, se habían envenenado con el mismo contaminante que Elizabeth eran las “aquejadas”, y quienes habían “acusado” a las brujas.

Kim volvió a mirar el ataúd. Estaba confusa. Las jóvenes aquejadas no habían sido acusadas de brujería como Elizabeth. La excepción había sido Mary Warren, aquejada y acusada a la vez, si bien la habían dejado en libertad. ¿En qué era diferente Elizabeth? ¿Por qué no había sido una de las aquejadas? ¿O tal vez fue una de las aquejadas, pero se rehusó a acusar a nadie? ¿O acaso practicaba el ocultismo, como su padre había insinuado?

Suspiró y sacudió la cabeza. Carecía de respuestas. Todo parecía reducirse a la misteriosa prueba concluyente y lo que pudiese haber sido. La

Librodot

mirada de Kim vagó hacia el solitario castillo, y reprodujo en su mente los innumerables archivadores, baúles y cajas.

Consultó su reloj. Aún quedaban varias horas de luz diurna. Guiada por un impulso, se acercó al coche, subió y se dirigió al castillo. Obsesionada por el misterio de su antepasada, pensó que dedicaría un poco más de tiempo a la inmensa tarea de examinar los papeles.

Kim empujó la puerta principal del castillo y silbó para hacerse compañía. Al llegar al pie de la gran escalinata, vaciló. El desván era mucho más agradable que la bodega, pero su última visita a aquél se había saldado con un fracaso absoluto. No había descubierto nada del siglo XVII, pese a casi cinco horas de esfuerzos.

Cambió de dirección, entró en el comedor y abrió la pesada puerta de roble que daba acceso a la bodega. Encendió los candelabros de pared y bajó por los peldaños de granito.

Mientras recorría el pasillo central, se iba asomando a las celdas individuales. Como sabía que no existía el menor orden en el material, pensó que sería importante concebir un plan racional De una forma vaga, decidió que empezaría por la celda mas alejada y empezaría a organizar los papeles por tema y antigüedad.

Al pasar por delante de una de las celdas, Kim dio media vuelta. Entró y contempló los muebles. Albergaba la habitual colección de archivadores, cómodas, baúles y cajas, pero había algo diferente. Sobre una de las cómodas descansaba una caja de madera que Kim creyó reconocer. Se parecía mucho a la caja de la Biblia que la guía de la Casa de la Bruja había descrito como elemento indispensable de una casa puritana.

Se acercó a la cómoda y acarició con los dedos la tapa de la caja, de forma que dejó huellas paralelas en el polvo. La madera era tosca pero perfectamente lisa. No cabía duda de que la caja era antigua. Colocó una mano en cada extremo y abrió la tapa de goznes.

Dentro, como cabía esperar, había una Biblia desgastada, encuadernada en piel gruesa. Levantó el libro y observó que debajo había sobres y papeles. Sacó la Biblia al pasillo, donde había más luz. Pasó la cubierta y la guarda para mirar la fecha. Había sido impresa en Londres en 1635. Inspeccionó el texto, con la esperanza de encontrar entre sus páginas alguna carta o nota, pero no encontró nada.

Kim estaba a punto de devolverla a su sitio, cuando notó que la contracubierta de la Biblia se abría en sus manos. Escrito en la última página, se leía: “Ronald Stewart, su libro, 1663” La caligrafía recordaba a la elegante escritura que Kim reconocía como la de Ronald. Imaginó que había escrito en la Biblia cuando era adolescente.

Pasó la guarda de la contracubierta y descubrió una serie de páginas en blanco con la palabra “Notas” escrita en la parte superior. En la primera página posterior al texto de la Biblia, se encontró de nuevo con la caligrafía de Ronald. Había anotado todos los matrimonios, nacimientos y fallecimientos de su familia. Kim se ayudó con el dedo índice y leyó cada una de las fechas, hasta que llegó a la de la boda de Ronald y Rebecca. Se había celebrado el sábado 1 de octubre de 1692.

Kim se quedó consternada. Aquello significaba que Ronald se había casado con la hermana de Elizabeth tan sólo diez semanas después de la muerte de ésta. Se le antojó demasiado apresurado, y de nuevo se interrogó sobre la conducta de Ronald. No pudo por menos que preguntarse si aquel

hombre habría tenido algo que ver con la ejecución de su antepasada. Dadas las prisas por contraer nuevamente matrimonio, a Kim le costó imaginar que Ronald y Rebecca no mantuvieran relaciones.

Alentada por su descubrimiento, Kim sacó los sobres y los papeles que había en la caja que contenía la Biblia. Abrió los sobres con impaciencia, a la espera de descubrir correspondencia personal, pero cada uno supuso una decepción. Todo el material se refería a negocios efectuados entre 1810 y 1837.

Kim se dedicó a los papeles. Los repasó hoja por hoja: pese a que eran muy antiguos, no parecía haber ninguno interesante, hasta que llegó a uno doblado tres veces. Desdobló el documento de varias páginas, que aún guardaba señales de un sello de lacre, y descubrió que se trataba del título de propiedad de una enorme finca llamada Northfields Property.

Volvió la segunda página y vio un plano. No le costó reconocer la zona. Incluía la finca actual de los Stewart, así como la ocupada por el club de campo de Kernwood y el cementerio de Greenlawn. También cruzaba el río Danvers, en aquel tiempo llamado Wooleston, y abarcaba Beverley. Hacia el noroeste, se internaba en las actuales Peabody y Danvers, que en el título recibía el nombre de pueblo de Salem.

Volvió la página y descubrió la parte más interesante del título de propiedad. La firmante del documento era Elizabeth Flanagan Stewart, y la fecha, el 3 de febrero de 1692.

A Kim le pareció extraño que el comprador no fuese Stewart sino Elizabeth, aunque recordó el documento prematrimonial que había visto en el palacio de justicia del condado de Essex, concediendo a Elizabeth el derecho de firmar contratos a su nombre. ¿Por qué era Elizabeth la compradora, teniendo en cuenta que la finca era enorme y debía costar una fortuna?

Sujeta al final del título iba una hoja de papel más pequeña y escrita por una mano diferente. Kim reconoció la firma.

Era el magistrado Jonathan Corwin, el antiguo ocupante de la Casa de la Bruja.

Levantó el documento hacia la luz, porque le costaba leerlo, y descubrió que se trataba de una resolución del magistrado Corwin, mediante la cual rechazaba una petición de Thomas Putnam de que declarara nulo el contrato de compra de Northfields, basándose en la ilegalidad de la firma de Elizabeth.

A modo de conclusión, el magistrado Corwin escribió:

"La legalidad de la firma del susodicho contrato se basa en el contrato establecido entre Ronald Stewart y Elizabeth Flanagan, de fecha 11 de febrero de 1681"

-Santo Dios -murmuró Kim. Era como si se hubiera asomado por una ventana al último tramo del siglo XVII. Por sus lecturas, conocía el nombre de Thomas Putnam. Era uno de los principales protagonistas de las luchas intestinas que habían sacudido al pueblo de Salem antes de la caza de brujas, y que muchos historiadores citaban como causa social oculta de todo el asunto. La mujer y la hija de Thomas Putnam habían lanzado numerosas acusaciones de brujería. Era evidente que éste desconocía el contrato prematrimonial entre Ronald y Elizabeth cuando formuló su petición.

Kim dobló lentamente el título de propiedad y la resolución. Había averiguado algo que tal vez sería importante para llegar a comprender qué le

había pasado a Elizabeth. La compra de la propiedad por parte de Elizabeth había irritado a Thomas Putnam y, considerando el papel que había jugado en la caza de brujas, su enemistad habría sido capital. Era probable incluso que hubiese desencadenado la tragedia de la infortunada Elizabeth.

Por un instante Kim reflexionó acerca de la posibilidad de que la prueba usada contra su antepasada en el juicio tuviera algo que ver con Thomas Putnam y la compra de la propiedad de Northfields. Al fin y al cabo, aquella compra, efectuada por una mujer, habría sido una acción inquietante en la época puritana, teniendo en cuenta el papel aceptado de la mujer. Quizá la prueba hubiese sido considerada evidencia suficiente de que Elizabeth era una especie de marimacho y, por ende, anormal. Por más que lo intentó, a Kim no se le ocurrió nada.

Dejó el título de propiedad y la resolución adjunta sobre la Biblia y examinó el resto de los papeles que contenía la caja. Para su regocijo, descubrió otro documento del siglo XVII, pero cuando lo leyó su entusiasmo se desvaneció. Era un contrato entre Ronald Stewart y Olaf Sagerholm, de Gotemburgo, Suecia. El contrato encargaba a Olaf que construyera una veloz fragata de nuevo diseño. El barco debía medir treinta y ocho metros de eslora, once metros y quince centímetros de manga, y seis metros de calado, cuando estuviera completamente cargado con quinientas cincuenta toneladas.

La fecha era el 12 de diciembre de 1691.

Kim dejó la Biblia y los documentos del siglo XVII en la caja, que trasladó a una consola situada al pie de la escalera que conducía al comedor. Pensaba utilizar la caja para guardar todos los papeles que encontrara relacionados con Elizabeth o Ronald. A tal fin, entró en la celda donde había encontrado la carta de James Flanagan a fin de sacar ésta y ponerla con los demás documentos.

Una vez hecho, volvió a la habitación donde había hallado la caja de la Biblia y empezó a registrar la cómoda sobre la cual había dejado la caja. Al cabo de varias horas de trabajo diligente, se incorporó y estiró los miembros. No había encontrado nada interesante. Una rápida mirada al reloj le informó de que eran casi las ocho, hora de regresar a Boston.

Subió poco a poco por la escalera y se dio cuenta de que estaba agotada. Había tenido un día muy ajetreado en el hospital, y examinar los papeles si bien no exigía grandes esfuerzos físicos, resultaba igualmente muy fatigoso.

El viaje de vuelta a Boston fue mucho más cómodo que la ida a Salem. Había poco tráfico, hasta que entró en la ciudad.

En lugar de salir de la autopista por Storrow Drive, que acortaba el trayecto, se desvió por la salida de Fenway. En lugar de telefonear a Edward al laboratorio se le ocurrió ir a verlo, pues la tarea de devolver la cabeza de Elizabeth a su lugar había sido tan sencilla que se sentía culpable de haberse enfadado antes con él.

Kim pasó los controles de seguridad de la facultad de medicina con la ayuda de su tarjeta de identidad del Hospital General, y subió por la escalera. Había visitado los laboratorios con Edward después de una cena, y conocía el camino.

La oficina del departamento estaba a oscuras, de manera que Kim llamó a una puerta de cristal mate que daba acceso directo al laboratorio.

Como nadie contestó, llamó un poco más fuerte. También empujó la puerta, pero estaba cerrada con llave. Después del tercer intento, vio a través del cristal que alguien se acercaba.

La puerta se abrió y Kim se encontró ante una mujer rubia, esbelta y atractiva, cuya figura curvilínea se destacaba pese a la amplia bata blanca de laboratorio.

-¿Sí? -preguntó Eleanor con brusquedad. Miró a Kim de arriba abajo.

-Busco al doctor Edward Armstrong.

-No recibe visitas. La oficina del departamento se abrirá mañana por la mañana. -Se dispuso a cerrar la puerta.

-Creo que a él le gustaría verme -dijo Kim, vacilante.

De hecho, no estaba muy segura, y por un instante se preguntó si habría debido llamar.

-¿Ahora? -preguntó Eleanor con altivez-. ¿Cómo se llama? ¿Es usted estudiante?

-No, no soy estudiante. -La pregunta era absurda, porque aún llevaba el uniforme de enfermera-. Me llamo Kimberly Stewart.

Eleanor no contestó y cerró la puerta. Kim esperó. Se removió inquieta, arrepentida de haber ido. Después, la puerta volvió a abrirse.

-¡Kim! -exclamó Edward-. ¿Qué demonios haces aquí?

Ella explicó que había preferido ir a verlo en lugar de llamar. Se disculpó por si le había pillado en un mal momento.

-En absoluto -dijo Edward-. Estoy ocupado, pero da igual. De hecho, estoy más que ocupado. Entra.

Se apartó de la puerta.

Kim entró y siguió a Edward hacia su escritorio.

-¿Quién ha salido a abrirme? -preguntó.

-Eleanor -contestó Edward sin volverse.

-No ha sido muy cordial -dijo ella, sin saber si debía mencionarlo.

-¿Eleanor? Te habrás equivocado. Es cordial con todo el mundo. Yo soy el único ogro en este lugar. Lo que ocurre es que los dos estamos algo cansados. No hemos parado de trabajar desde el sábado por la mañana. De hecho, Eleanor aún no ha descansado desde el viernes por la noche. Apenas hemos dormido.

Llegaron al escritorio de Edward, quien levantó un montón de periódicos de una silla de respaldo recto, los arrojó a un rincón e indicó a Kim que se sentara. Luego se acomodó en la silla del escritorio.

Kim examinó el rostro de Edward. Daba la impresión de estar muy excitado, como si hubiera bebido una docena de tazas de café. Masticaba chicle nerviosamente. Tenía unas profundas ojeras y en sus mejillas y mentón despuntaba una barba de dos días.

-¿A qué viene esta actividad frenética? -preguntó Kim.

-El nuevo alcaloide -contestó Edward-. Ya hemos averiguado algo sobre él, y parece estupendo.

-Me alegro por ti, pero ¿por qué tanta prisa? ¿Se acaba algún plazo?

-Los nervios de la anticipación. El alcaloide podría ser una droga increíble. Si nunca has llevado a cabo investigaciones, cuesta comprender lo emocionante que es descubrir algo por el estilo. Estamos en ascuas, y a cada hora que pasa más. Todo lo que descubrimos parece positivo. Es increíble.

-¿Puedes decirme lo que habéis descubierto? -preguntó Kim-. ¿O es un secreto?

Edward echó hacia delante la silla y bajó la voz. Kim miró alrededor, pero no vio a nadie. Ni siquiera sabía dónde estaba Eleanor.

-Hemos tropezado con un componente psicoactivo, eficaz por vía oral, que penetra la barrera de la sangre del cerebro como un cuchillo la mantequilla. -¡Es tan potente que un solo microgramo obra efecto!

-¿Crees que es el componente que afectó a las supuestas víctimas de brujería en Salem? -preguntó Kim. Elizabeth seguía presente en su mente.

-Sin duda. Es el demonio de Salem en persona.

-Pero quienes comieron el grano infectado se envenenaron. Fueron las "aquejadas" y sufrieron ataques terroríficos.

¿Cómo puede entusiasmarte tanto una droga de esas características?

-No cabe duda de que es alucinógena, pero estamos seguros de que hay mucho más. Tenemos motivos para creer que calma, fortalece y hasta puede que aumente la memoria.

-¿Cómo habéis averiguado tanto en tan poco tiempo?

Edward rió con timidez.

-Aún no sabemos nada con seguridad -admitió-. Muchos investigadores considerarían nuestro trabajo muy poco científico. Hemos intentado hacernos una idea general de las propiedades del alcaloide. Estos experimentos no han sido controlados, ni de lejos. No obstante, los resultados son terriblemente prometedores, casi sobrecogedores. Por ejemplo, descubrimos que la droga parece calmar a ratas estresadas mejor que la imipramina, que es el antidepresivo más eficaz.

-¿Crees que podría ser un antidepresivo alucinógeno?

-Entre otras cosas.

-¿Secuelas? -preguntó Kim.

Aún no entendía por qué Edward estaba tan entusiasmado.

Él volvió a reír, y dijo:

-No nos ha preocupado que las ratas tuvieran alucinaciones, pero, hablando en serio, aparte de las alucinaciones, no hemos detectado ningún problema. Hemos aplicado a varias ratas dosis comparativamente altas, y son tan felices como un cerdo en una pocilga. Hemos inyectado dosis aún más grandes en cultivos de células neuronales, sin ningún efecto en las células. Parece que no existe la menor toxicidad. Es increíble.

Mientras Kim escuchaba a Edward, el que no preguntara por su visita a Salem ni por lo que había pasado con la cabeza de Elizabeth la entristeció. Por fin, fue ella quien tuvo que sacar el tema a colación, cuando Edward hizo una pausa.

-Estupendo -se limitó a decir él cuando supo que Kim había devuelto la cabeza a su sitio-. Me alegro de que el problema esté resuelto.

Kim estaba a punto de describir las sensaciones que le había causado el episodio, cuando apareció Eleanor y monopolizó al instante la atención de Edward con una hoja impresa por ordenador. Eleanor ni siquiera reparó en la presencia de Kim, y él no las presentó. Kim los observó mientras comentaban animadamente la información. Era evidente que los resultados satisfacían a Edward. Por fin, éste hizo algunas sugerencias a su ayudante, le dio una palmada en la espalda, y Eleanor desapareció tan velozmente como había llegado.

-Bien, ¿dónde estábamos? -preguntó Edward.

-¿Más buenas noticias? -preguntó a su vez Kim, y señaló la hoja.

Librodot

-Así es. Hemos empezado a determinar la estructura del compuesto, y Eleanor acaba de confirmar nuestra primera impresión de que se trata de una molécula tetracíclica con múltiples cadenas laterales.

-¿Cómo demonios podéis saber eso? -preguntó Kim. Pese a todo, estaba impresionada.

-¿De veras quieres saberlo?

-Con palabras sencillas, por favor.

-El primer paso consistió en hacernos una idea del peso molecular mediante una cromatografía normal. Fue sencillo.

Después, rompimos la molécula con reactivos que rompen diversas clases de vínculos específicos. A continuación, mediante cromatografía, electroforesis y espectometría de masas intentamos identificar al menos algunos fragmentos.

-Ya me he perdido -admitió Kim-. He oído esos términos, pero no sé cuáles son los procedimientos.

-No son complicados. -Edward se levantó-. Los conceptos básicos son fáciles de comprender. Lo que es difícil de analizar son los resultados. Ven, te enseñaré las máquinas.

Cogió a Kim de la mano y la ayudó a ponerse de pie.

Edward, sin poder disimular su entusiasmo, arrastró a una reticente Kim por el laboratorio y le enseñó el espectógrafo de masa, la unidad de cromatografía líquida de alto rendimiento y el equipo de electroforesis capilar. Todo el rato fue explicándole cómo se utilizaban para identificar y separar fragmentos. Lo único que comprendió Kim de cabo a rabo fue la inclinación de Edward por la enseñanza.

Edward abrió una puerta lateral y señaló el interior. Kim se asomó. En el centro de la habitación había un enorme cilindro de un metro veinte de altura por sesenta centímetros de ancho. De él sobresalían cables y alambres, como serpientes de la cabeza de Medusa.

-Es nuestra máquina de resonancia magnética nuclear -dijo con orgullo Edward-. Resulta una herramienta esencial para un proyecto como éste. No es suficiente saber cuántos átomos de carbono, hidrógeno, oxígeno y nitrógeno posee un compuesto. Hemos de conocer la orientación tridimensional. Para eso sirve esta máquina.

-Estoy impresionada -murmuró Kim, sin saber qué decir.

-Te enseñaré otra máquina -dijo él, indiferente al estado mental de Kim. La guió hasta otra puerta. La abrió y señaló el interior.

Kim miró. Era un verdadero laberinto de aparatos electrónicos, cables y tubos de rayos catódicos.

-Interesante -comentó.

-¿Sabes qué es?-preguntó él.

-Creo que no -contestó ella. No quería revelar lo poco que sabía acerca de eso.

-Es una unidad de defracción de rayos X -dijo Edward, con el mismo orgullo que había puesto de manifiesto al referirse a la máquina de resonancia magnética-. Complementa lo que hacemos con la MRM. La utilizaremos con el nuevo alcaloide, porque el alcaloide cristaliza como la sal.

-Bien, supongo que debe de facilitaros el trabajo.

-Es un trabajo de lo más estimulante. En este momento estamos utilizando todos nuestros medios de investigación, y no paran de afluir

Librodot

datos. Descubriremos la estructura en un tiempo récord, sobre todo gracias al nuevo ordenador compatible con todos estos instrumentos.

-Buena suerte -dijo Kim.

Sólo se había hecho una idea esquemática de lo que él había explicado, pero había captado su entusiasmo.

-Bien, ¿qué más pasó en Salem? -preguntó Edward de repente-. ¿Cómo van las obras?

La pregunta pilló a Kim desprevenida. Teniendo en cuenta la preocupación por su trabajo, no pensaba que estuviera interesado en su insignificante proyecto. Estuvo a punto de excusarse, pero por fin contesto:

-Las reformas van bien. La casa quedará preciosa.

-Has tardado mucho en regresar. ¿Has vuelto a investigar en los papeles de la familia Stewart?

-Dediqué un par de horas -respondió Kim.

-¿Descubriste alguna otra cosa acerca de Elizabeth? Cada vez me interesa más. Me siento en deuda con ella. De no haber sido por Elizabeth nunca habría descubierto este nuevo alcaloide.

-Averigüé algunas cosas.

Contó a Edward que había pasado por la sede de la cámara legislativa antes de ir a Salem, y que no había otra petición relacionada con la misteriosa prueba. Después, habló del título de propiedad firmado por Elizabeth, que tanto había irritado a Thomas Putnam.

-Tal vez sea la información más significativa que hayas descubierto hasta el momento -dijo él-. De lo poco que he leído, se desprende que más valía no irritar a Thomas Putnam.

-Yo pensé lo mismo. Su hija, Ann, fue una de las primeras muchachas aquejadas, y acusó a mucha gente de brujería. El problema consiste en que ignoro qué relación puede haber entre la disputa con Thomas Putnam y la prueba concluyente.

-Quizá los Putnam eran lo bastante malignos para poner algo -sugirió Edward.

-Es probable, pero no explica qué pudo ser. Si pusieron al go, tiene lógica que fuera concluyente. Aún pienso que fue algo hecho por Elizabeth.

-Tal vez, pero la única pista que posees es la petición de Ronald, afirmando que fue desposeído de su propiedad.

Creo que sin duda debió de tratarse de algo relacionado con la brujería.

-Hablando de Ronald, descubrí algo sobre él que volvió a despertar mis sospechas. Volvió a casarse sólo diez semanas después de la muerte de Elizabeth. Un período de luto increíblemente breve, por decirlo de una manera suave. Creo que Rebecca y él debían de estar liados.

-Quizá -dijo Edward sin el menor entusiasmo-. Pienso que no tenemos ni idea de lo difícil que era la vida en aquella época. Ronald tenía que criar a cuatro hijos y dirigir un próspero negocio. No debió de tener muchas alternativas. Sospecho que un período de luto era un lujo que no podía permitirse.

Kim asintió, pero sin gran convencimiento. Al mismo tiempo, se preguntó hasta qué punto el comportamiento de su propio padre influía en su actitud recelosa hacia Ronald.

Eleanor apareció con la misma brusquedad que antes y enzarzó de nuevo a Edward en una discusión privada pero animada. Cuando se fue, Kim se excusó.

-Será mejor que me vaya -dijo.

-Te acompañaré al coche.

Mientras bajaban por la escalera y cruzaban el patio, Kim detectó un cambio gradual en la conducta de Edward. Como en ocasiones anteriores, cada vez iba poniéndose más nervioso. Kim sabía que quería decirle algo, pero no intentó alentarlo. Había aprendido que no necesitaba ayuda.

Por fin, Edward habló cuando llegaron al coche.

-He estado pensando mucho sobre la oferta de ir a vivir contigo a la casa -dijo mientras movía un guijarro con el pie.

Hizo una pausa. Kim esperó, impaciente, sin saber qué iba a decir-. Si aún no has cambiado de opinión, acepto -barbotó.

-Pues claro que no he cambiado de opinión -dijo Kim, aliviada, y lo abrazó. -Podemos subir el fin de semana y hablar de los muebles -dijo él-. No sé si habrá algo en mi apartamento que quieras usar.

-Será divertido.

Se separaron con cierta torpeza, y Kim subió a su coche.

Abrió la ventanilla del acompañante, y Edward se asomó.

-Lamento estar tan preocupado por este alcaloide -dijo.

-Lo comprendo. Ya he visto que estás muy entusiasmado.

Tu dedicación me impresiona.

Después de despedirse, Kim condujo en dirección a Beacon Hill, mucho más contenta que media hora antes.

Viernes 29 de julio de 1994

A medida que transcurría la semana, el entusiasmo de Edward fue en aumento. La base de datos sobre el nuevo alcaloide crecía en progresión geométrica. Ni él ni Eleanor dormían más de cuatro o cinco horas por noche. Ambos vivían prácticamente en el laboratorio y trabajaban más que nunca en su vida.

Edward insistió en hacerlo todo él, lo cual significaba que hasta reproducía el trabajo de Eleanor con el fin de estar seguro al ciento por ciento de que no había errores. Del mismo modo, pedía a Eleanor que verificara sus resultados.

Estaba tan ocupado con el alcaloide que no le quedaba tiempo para nada más. Pese a la opinión contraria de Eleanor y las protestas de los estudiantes, no daba clase ni dedicaba tiempo a su grupo de estudiantes graduados, muchos de cuyos proyectos de investigación habían quedado paralizados sin su liderazgo y consejo continuos.

A Edward le daba igual. Para su deleite, la estructura de la droga iba surgiendo átomo a átomo desde las brumas del tiempo en que se había ocultado. Estaba obsesionado por la nueva droga, indiferente a todo cuanto lo rodeaba, como un artista en el proceso de creación.

A primera hora de la mañana del miércoles, Edward había determinado por completo el núcleo estructural de cuatro anillos del compuesto, en una soberbia hazaña de química orgánica cualitativa. El miércoles por la tarde, todas las cadenas laterales estaban definidas en términos de su composición

Librodot

y acoplamiento al núcleo. Edward describió humorísticamente la molécula como “una manzana de la que sobresalían gusanos”

Lo que más lo fascinó fueron las cadenas laterales. Había cinco. Una era tetracíclica como el núcleo y recordaba el LSD. Otra tenía dos anillos y se parecía a una droga llamada escopolamina. Las últimas tres eran similares a los principales neurotransmisores cerebrales: norepinefrina, dopamina y serotonina.

En la madrugada del jueves, Edward y Eleanor fueron recompensados con la estructura molecular completa, cuya figura tridimensional virtual apareció en una pantalla de ordenador. El éxito había sido producto de un nuevo software estructural, supercapacidad informática y horas de acaloradas discusiones entre Edward y Eleanor, cada uno de los cuales interpretaba para el otro el papel de abogado del diablo.

Hipnotizados por la imagen, Edward y Eleanor contemplaron en silencio la lenta rotación de la molécula. Los colores eran deslumbrantes, con las nubes de electrones representadas mediante diversos tonos de azul cobalto. Los átomos de carbono eran rojos, los de oxígeno, verdes, y los de nitrógeno, amarillos.

Después de flexionar los dedos como si fuera un virtuoso dispuesto a interpretar una sonata de Beethoven en un piano Steinway, Edward se sentó ante su terminal, conectada con el superordenador. Empezó a teclear, convocando todo su conocimiento, experiencia y sentido químico intuitivo. En la pantalla, la imagen tembló y saltó, al tiempo que conservaba su lenta rotación. Edward separó las dos cadenas laterales de la molécula que, por instinto, consideraba responsables del efecto alucinógeno: la cadena lateral del LSD y la cadena lateral de la escopolamina.

Complacido, pudo separarlo todo, salvo dos diminutos fragmentos de carbono de la cadena lateral del LSD, que no afectaba de manera significativa a la estructura tridimensional del compuesto ni la distribución de cargas eléctricas. Sabía que alterar cualquiera de aquellas propiedades influiría drásticamente en la bioactividad de la droga.

La cadena lateral de la escopolamina era otra historia. Edward sólo pudo amputar en parte la cadena lateral, y dejó intacto un fragmento considerable. Cuando intentó separar más, la molécula se dobló sobre sí misma y su forma tridimensional cambió por completo.

Después de eliminar la mayor parte de la cadena lateral de escopolamina, trasladó los datos moleculares al ordenador de su laboratorio. La imagen ya no era tan espectacular, pero sí más interesante en algunos aspectos. Edward y Eleanor contemplaron una nueva droga de diseño hipotética obtenida mediante la manipulación por ordenador de un compuesto natural.

El objetivo de las manipulaciones por ordenador era eliminar los efectos alucinógenos y antiparasimpáticos de la droga. Los últimos tenían que ver con la sequedad de la boca, la dilatación de las pupilas y la amnesia parcial que tanto Stanton como él habían experimentado.

En aquel punto, Edward aplicó sus conocimientos de la química orgánica sintética, su punto fuerte. En un maratón de esfuerzos que duró desde la mañana hasta la noche del jueves, concibió un procedimiento para formular la droga hipotética a partir de reactivos disponibles y habituales. Al amanecer del viernes, consiguió un frasco lleno de la nueva droga.

Librodot

-¿Qué opinas? -preguntó a Eleanor mientras los dos contemplaban el frasco. Estaban agotados, pero ninguno tenía intención de ir a dormir.

-Creo que has llevado a cabo un prodigio de virtuosismo químico -contestó Eleanor con sinceridad.

-No te he pedido halagos -dijo él, y bostezó-. Me interesa saber qué deberíamos hacer primero, en tu opinión.

-Soy el miembro conservador de este equipo -dijo Eleanor-. En mi opinión deberíamos hacernos una idea de su toxicidad.

-Vamos a ello -dijo Edward. Se puso de pie y dio la mano a Eleanor. Volvieron al trabajo.

Animados por sus éxitos e impacientes por obtener resultados inmediatos, olvidaron el protocolo científico. Como en el caso del alcaloide natural, obviaron estudios controlados y minuciosos para obtener datos rápidos y generales que les proporcionaran una idea del potencial de la droga.

Lo primero que hicieron fue añadir diversas concentraciones de la droga a varias clases de cultivos de tejidos, incluyendo células nerviosas y nefríticas. Con dosis relativamente grandes, quedaron complacidos al comprobar que no obraban efecto alguno. Pusieron los cultivos en una incubadora para acceder con más facilidad a ellos.

A continuación, obtuvieron una preparación ganglionar de aplasia fasciata, mediante el método de insertar diminutos electrodos en células nerviosas que se descargaban de forma espontánea. Conectaron los electrodos a un amplificador y crearon la imagen de la actividad celular en un tubo de rayos catódicos. Poco a poco, añadieron la droga al líquido. Observaron las reacciones neuronales y determinaron que la droga era bioactiva, si bien no disminuía ni aumentaba la actividad espontánea. En cambio, parecía estabilizar el ritmo.

Cada vez más entusiasmados, pues todo lo que hacían daba resultados positivos, Eleanor empezó a administrar la nueva droga a un grupo nuevo de ratas estresadas, mientras Edward añadía la droga a una nueva preparación de sinaptosomas. Eleanor fue la primera en conseguir resultados. No tardó en convencerse de que la droga modificada poseía aún más efectos tranquilizadores sobre las ratas que el alcaloide inalterado.

Edward tardó un poco más en obtener resultados. Descubrió que la nueva droga afectaba los niveles de los tres neurotransmisores, pero de manera diferente. Influía más en la serotonina que en la norepinefrina, a la que afectaba más que a la dopamina. Lo que no esperaba era que la droga pareciera formar un vínculo covalente flojo con el glutamato y el ácido butírico gama -amino, dos de los principales agentes inhibidores del cerebro.

-¡Esto es fantástico! -exclamó Edward. Cogió los papeles que documentaban todos sus hallazgos y los dejó caer, como una lluvia de confetis enormes-. Estos datos dan a entender que el potencial de la droga es monumental. Apostaría a que es un antidepresivo y ansiolítico al mismo tiempo, lo cual podría revolucionar el campo de la psicofarmacología. Podría llegar a ser comparado con el descubrimiento de la penicilina.

-Aún queda el problema de los efectos alucinógenos -le recordó Eleanor.

-Francamente, lo dudo, sobre todo después de eliminar la cadena lateral del LSD, pero estoy de acuerdo en que hemos de asegurarnos.

Librodot

-Echemos un vistazo a los cultivos de tejidos -dijo Eleanor. Sabía que Edward quería tomar la droga. Era la única forma de comprobar si era alucinógena.

Sacaron los cultivos de la incubadora y los examinaron bajo un microscopio de baja potencia. Todos parecían en buen estado. No había señales de que la nueva droga hubiese dañado las células, pese a las altas dosis.

-Da la impresión de que carece de toxicidad -dijo Edward, risueño.

-Si no lo veo, no lo creo -dijo Eleanor.

Volvieron a la zona de trabajo de Edward y prepararon varias soluciones más potentes. El punto de partida fue una concentración que produjo una dosis similar a la que había tomado Stanton del nuevo alcaloide. Edward fue el primero en probarla y, como no pasó nada, Eleanor lo imitó, con idéntico resultado.

Animados por los resultados negativos, Edward y Eleanor aumentaron gradualmente las dosis, hasta llegar a un miligramo, a sabiendas de que los miligramos de LSD ya producían efectos psicodélicos.

-¿Y bien? -preguntó Edward media hora más tarde.

-Por mi parte, ningún efecto alucinógeno -contestó Eleanor.

-Pero existe un efecto.

-Sin duda. Podría describirlo como una alegría serena. Sea lo que sea, me gusta.

-También siento que mi mente está particularmente lúcida. Ha de guardar alguna relación con la droga, pues hace veinte minutos estaba hecho trizas y pensaba que mi capacidad de concentración era nula. Ahora me siento pletórico de energías, como si hubiera descansado toda la noche.

-Tengo la sensación de que mi memoria a largo plazo ha despertado de un sueño -dijo Eleanor-. De pronto, he recordado el número de teléfono de la casa en que vivía cuando tenía seis años. Fue el año que mi familia se trasladó a la costa oeste.

-¿Y tus sentidos? Los míos parecen particularmente agudizados, en especial el olfato.

-No me había dado cuenta hasta ahora. -Eleanor echó hacia atrás la cabeza y olfateó el aire-. Nunca me había dado cuenta de que hubiera tal variedad de olores en el laboratorio.

-Siento otra cosa que jamás habría notado de no haber tomado Prozac. Me siento muy seguro de mí mismo, como si pudiera mezclarme con un grupo de personas y hacer lo que me viniera en gana. La diferencia es que necesité tres meses de Prozac antes de sentirme así.

-Yo no siento nada por el estilo, pero tengo la boca un poco seca. ¿Y tú?

-Tal vez -admitió Edward. Después, miró a los ojos azul oscuro de Eleanor-. Puede que tus pupilas estén algo dilatadas. En ese caso, debe de ser la cadena lateral de escopolamina, que no pudimos eliminar por completo. Comprueba tu visión de cerca.

Eleanor cogió una botella de reactivo y leyó la diminuta inscripción de la etiqueta.

-Ningún problema -dijo.

-¿Algo más? -preguntó Edward-. ¿Algún problema de circulación o respiración?

-Todo perfecto.

-Perdonen -dijo una voz.

Eleanor y Edward se volvieron y vieron a una estudiante graduada de segundo año que se acercaba.

-Necesito ayuda -dijo. Se llamaba Nadine Foch y era de París-. El aparato de resonancia magnética no funciona.

-Quizá sería mejor hablar con Ralph -dijo Edward, y sonrió-. Me gustaría ayudarte, pero en este momento estoy ocupado. Además, Ralph conoce la máquina mejor que yo, sobre todo desde un punto de vista técnico.

Nadine les dio las gracias y fue en busca de Ralph.

-Has sido muy educado -observó Eleanor.

-Me siento bastante educado. Además, es una chica excelente.

-Tal vez sea el momento perfecto para que reanudes tus actividades normales. Hemos hecho progresos fantásticos.

-Sólo es un heraldo de lo que se avecina. Te agradezco tu preocupación por mis responsabilidades de supervisión y enseñanza, pero te aseguro que pueden quedar en suspenso varias semanas sin causar perjuicios irreparables a nadie. No pienso perderme ninguna emoción que pueda depararnos esta nueva droga. Entretanto, quiero que empieces a modelar moléculas por ordenador con el fin de crear una familia de compuestos a partir de nuestra nueva droga, sustituyendo las cadenas laterales.

Mientras Eleanor se ponía a trabajar en su terminal, Edward volvió a su escritorio y telefoneó a Stanton Lewis.

-¿Estás ocupado esta noche? -preguntó a su viejo amigo.

-Estoy ocupado todas las noches -contestó Stanton-.

¿Qué tienes en mente? ¿Has leído el dossier?

-¿Te apetece cenar con Kim y conmigo? Debo informarte de algo.

-Ajá, viejo truhán. ¿Va a ser una especie de anuncio social importante?

-Prefiero que hablemos en persona. ¿Cenamos? -¡Invito yo!

-Parece que va en serio. He reservado una mesa en el Anago Bistro, en la Main Street de Cambridge. La reserva es para dos, pero llamaré para que la cambien a cuatro. A las ocho en punto. Volveré a llamar si surge algún problema.

-Perfecto -dijo Edward. Colgó antes de que Stanton lo bombardeara con más preguntas. Marcó el número del trabajo de Kim-. ¿Ocupada? -preguntó cuando Kim se puso.

-No preguntes.

-He quedado a cenar con Stanton y su mujer -dijo Edward muy animado-. A las ocho, a menos que haya problemas. Lamento avisarte con tan poco tiempo. Espero que te vaya bien.

-¿Esta noche no trabajas? -preguntó -Me tomo la noche libre.

-¿Y mañana? ¿Vamos a ir a Salem?

-Ya hablaremos -dijo Edward, sin comprometerse-. ¿Cenamos?

-Preferiría cenar a solas contigo.

-Gracias. Yo también, pero he de hablar con Stanton, y pensé que podríamos hacerlo de una forma más amena. Sé que esta semana he sido un muermo.

-Pareces contento. ¿Ha ocurrido algo bueno?

-Todo ha ido bien, por eso es tan importante este encuentro. Después de cenar, podemos pasar un rato juntos. Pasearemos por la plaza, como la noche en que nos conocimos.

¿Qué te parece?

-Trato hecho. Dijo Kim, sorprendida.

Kim y Edward fueron los primeros en llegar al restaurante, y la jefa de comedor, que también era copropietaria del local, los condujo hasta una mesa encajada en un hueco, cerca de la ventana. Desde ella se dominaba una parte de Main Street, con sus pizzerías y restaurantes hindúes. Un camión de bomberos pasó a toda velocidad haciendo sonar sus campanillas y sirenas.

-Juraría que el cuerpo de bomberos de Cambridge utiliza toda su parafernalia para ir a tomar café -dijo Edward. Rió, mientras veía alejarse al camión-. Siempre van corriendo. No es posible que se declaren tantos incendios.

Kim miró a Edward. Estaba de un humor peculiar. Nunca lo había visto tan hablador y jovial, y aun cuando parecía cansado actuaba como si hubiera tomado varios cafés. Incluso pidió una botella de vino.

-Creía que siempre era Stanton quien pedía el vino -observó Kim.

Antes de que Edward pudiera contestar, Stanton llegó y, fiel a su carácter, entró en el restaurante como si fuera el propietario. Besó la mano de la jefa de comedor, detalle que la mujer soportó con impaciencia apenas disimulada.

-Hola, chicos -saludó Stanton dirigiéndose a Kim y Edward, mientras apartaba la silla para que Candice se sentara.

La mesa era estrecha, y cada pareja estaba sentada codo con codo-. ¿Cuál es la gran noticia que os lleváis entre manos?

¿Debo pedir una botella de Dom Perignon?

Kim miró a Edward en busca de alguna explicación.

-Ya he pedido vino -dijo Edward-. Es muy bueno.

-¿Has pedido vino? -preguntó Stanton-. Pero si aquí no sirven Ripple. -Lanzó una carcajada mientras se sentaba.

-He pedido un blanco italiano -dijo Edward-. Un seco fresco que va a las mil maravillas con el calor del verano.

Kim arqueó las cejas. Era una faceta de Edward que desconocía.

-Bien, ¿qué sucede? -preguntó Stanton. Se inclinó, con los codos apoyados en la mesa-. ¿Vais a casaros?

Kim enrojeció. Algo turbada, se preguntó si Edward había contado a Stanton sus planes de compartir la casa. En lo que a ella concernía, no era un secreto, pero habría preferido decirlo a la familia personalmente.

-Sería una suerte inmensa -dijo Edward, y rió-. Tengo noticias, pero no son tan buenas.

Kim parpadeó y miró a Edward. Estaba impresionada por lo bien que había capeado el comentario extemporáneo de Stanton.

La camarera llegó con el vino. Stanton examinó la etiqueta antes de permitir que lo abriera.

-Me sorprendes, muchacho -dijo Edward-. No ha sido una mala elección.

Después de servir el vino, Stanton se dispuso a brindar, pero Edward lo interrumpió.

-Esta vez me toca a mí -dijo. Extendió la copa hacia Stanton-. Por el capitalista más inteligente del mundo.

-Pensaba que nunca te darías cuenta -comentó Stanton con una sonrisa. Todos bebieron.

-He de hacerte una pregunta -dijo Edward-. ¿Hablabas en serio cuando dijiste que una droga psicotrópica nueva y eficaz podía ser en potencia una molécula de mil millones de dólares?

-Por completo -contestó Stanton. Compuso una expresión más seria-. ¿Para eso estamos aquí? ¿Tienes más información sobre la droga que me arrastró a un viaje psicodélico?

Tanto Candice como Kim preguntaron a qué "viaje psicodélico" se refería Stanton. Cuando se enteraron de lo que había pasado, ambas quedaron consternadas.

-No fue ni la mitad de malo -dijo Stanton-. Me divertí bastante.

-Tengo cantidad de información -dijo Edward-. Superlativa. Alteramos la molécula y logramos eliminar el efecto alucinógeno. Ahora, estoy convencido de que hemos creado una nueva generación de drogas, similares al Prozac y al Xanax. Parece perfecta. Es inofensiva, eficaz por vía oral, carece prácticamente de secuelas y tiene amplias capacidades terapéuticas. De hecho, en virtud de su estructura de cadena lateral única, susceptible de alteración y sustitución, podría poseer una capacidad terapéutica ilimitada en el campo psicotrópico.

-Sé más concreto -pidió Stanton-. ¿Qué es esa droga, en tu opinión?

-Creemos que causará un impacto positivo general en el estado de ánimo. Al parecer, se trata de un antidepresivo y ansiolítico a la vez, es decir, reduce la angustia. También da la impresión de que funciona como un tónico general: combate la fatiga, aumenta el bienestar, agudiza los sentidos y alienta la lucidez, pues incrementa la memoria a largo plazo.

-¡Dios mío! -exclamó Stanton-. ¿Hay algo que no haga?

Me recuerda al "soma" de "Un mundo feliz".

-La comparación no es ociosa -comentó Edward.

-Una pregunta -dijo Stanton. Bajó la voz y se inclinó-.

¿Mejorará el sexo?

Edward se encogió de hombros.

-Tal vez. Puesto que agudiza los sentidos, el sexo podría ser más intenso.

Stanton levantó las manos.

-Demonios, no estamos hablando de una molécula de mil millones de dólares, sino de cinco mil millones de dólares.

-¿Lo dices en serio? -preguntó Edward.

-Digamos mil millones más.

La camarera interrumpió su conversación. Pidieron la cena. Cuando la mujer se marchó, Edward fue el primero en hablar.

-Aún no hemos demostrado nada -dijo-. No hemos hecho experimentos controlados.

-Pero tienes mucha confianza -dijo Stanton.

-Muchísima.

-¿Quién está enterado?

-Sólo yo, mi ayudante personal y quienes compartimos esta mesa.

-¿Tienes alguna idea de cómo funciona la droga?

-Sólo una vaga hipótesis. Al parecer, estabiliza las concentraciones de los principales neurotransmisores del cerebro y, en ese sentido, funciona a múltiples niveles. Afecta las neuronas individuales, pero también redes completas de células, como si fuera un autocoide u hormona cerebral.

-¿De dónde salió?

Librodot

Edward resumió la historia. Explicó la relación entre la antepasada de Kim, los juicios por brujería de Salem y la teoría de que las acusadoras de Salem se habían envenenado con un hongo.

-Fue la pregunta de Kim acerca de si la teoría del envenenamiento podía ser demostrada lo que me impulsó a tomar muestras de tierra -concluyó Edward.

-Yo no tuve ningún mérito -dijo Kim.

-Sí -replicó Edward-. Elizabeth y tú.

-Qué ironía -comentó Candice-. Descubrir una droga útil en una muestra de tierra.

-En realidad, no -repuso Edward-. Muchas drogas importantes han sido encontradas en el polvo, como la cefalosporina o la ciclosporina. En este caso, la ironía es que la droga procede del diablo.

-No digas eso -protestó Kim-. Me pone la carne de gallina.

Edward rió. Apuntó con el dedo a Kim y contó a los demás que sufría ataques ocasionales de superstición.

-Creo que a mí tampoco me gusta la asociación -dijo Stanton-. Prefiero considerarla una droga caída del cielo.

-La asociación con la caza de brujas no me molesta en absoluto -dijo Edward-. De hecho, me gusta. Si bien el descubrimiento de esta droga no puede justificar la muerte de veinte personas, al menos proporciona un sentido a su sacrificio.

-Fueron veintiuna las personas muertas -lo corrigió Kim.

Explicó a los demás que los historiadores habían pasado por alto la ejecución de Elizabeth.

-Me daría igual que la droga estuviese relacionada con el diluvio universal -dijo Stanton-. Me parece un descubrimiento extraordinario. ¿Qué vas a hacer? -preguntó a Edward.

-Por eso precisamente quería verte. ¿Qué crees que debería hacer?

-Lo que ya te dije: fundar una empresa, patentar la droga y todos los clones posibles.

-¿Crees de verdad que nos encontramos en una situación de mil millones de dólares?

-Sé de qué hablo. Es mi especialidad.

-Pues adelante. Formemos una empresa.

Stanton miró a Edward por un instante.

-Creo que hablas en serio -dijo.

-Ya puedes apostar.

-Muy bien. De entrada, necesitaremos algunos nombres.

-Stanton sacó una libreta y una pluma del bolsillo de la chaqueta-. Necesitamos un nombre para la droga y un nombre para la empresa. Tal vez deberíamos llamar Soma a la droga, por el antecedente literario.

-Ya hay una droga llamada Soma -dijo Edward-. ¿Qué te parece Omni, en relación con el amplio margen de sus aplicaciones clínicas?

-Omni no suena a droga. Suena más como una empresa.

Podríamos llamarla Productos Farmacéuticos Omni.

-Me gusta -dijo Edward.

-¿Qué opinas de Ultra? -preguntó Stanton-. Iría bien para la publicidad.

-No está mal.

Librodot

Los hombres miraron a las mujeres, a la espera de su reacción. Candice no había escuchado, y Stanton tuvo que repetir los nombres. Después, Candice dijo que estaba bien. Kim sí había escuchado, pero no se había formado una opinión.

Estaba un poco sorprendida por la conversación. Edward no había dado muestras de timidez en aquel súbito e inesperado interés por los negocios.

-¿Cuánto dinero puedes reunir? -preguntó Edward.

-¿Cuánto tiempo crees que necesitarás para lanzar al mercado esta nueva droga?

-Creo que no puedo contestar a esa pregunta. Ni siquiera estoy seguro al ciento por ciento de que pueda comercializarse.

-Lo sé. Sólo quiero un cálculo aproximado óptimo. Sé que la duración normal, desde que se descubre una droga en potencia, la aprueba la Dirección de Fármacos y Alimentos y sale al mercado es de unos doce años, y el coste total ronda los doscientos millones de dólares.

-No necesitaré doce años -dijo Edward-, ni mucho menos doscientos millones de dólares.

-Cuanto menos tarde en desarrollarse y menos dinero se necesite, más beneficios para nosotros.

-Comprendo. La verdad, no me interesa gastar mucho.

-¿Cuánto dinero crees que necesitamos? -preguntó Stanton.

-Tendría que instalar un laboratorio de alta tecnología -dijo Edward, y empezó a pensar en voz alta.

-¿Qué le pasa a tu laboratorio actual?

-Pertenece a Harvard. He de sacar el proyecto de Harvard, a causa de un contrato de participación que firmé cuando acepté el cargo.

-¿Puede traernos problemas?

-No, creo que no. El acuerdo se refiere a descubrimientos efectuados en horario de trabajo, utilizando aparatos de la universidad. Alegaré que descubrí Ultra en mis ratos libres, lo cual es técnicamente correcto, si bien he llevado a cabo la preparación y síntesis originales en tiempo de trabajo. Lo esencial es que no tengo miedo de acosos legales. Al fin y al cabo, no pertenezco a Harvard.

-¿Qué me dices del período de desarrollo? ¿En cuánto tiempo crees que lograrás acortarlo?

-Mucho. Una de las propiedades de Ultra que más me ha impresionado es su increíble ausencia de toxicidad. Creo que sólo este factor acelerará la aprobación de la DFA, pues caracterizar las toxicidades específicas es lo que lleva más tiempo.

-Estás hablando de conseguir la luz verde de la DFA muchos años antes de lo habitual.

-Sin duda. Los estudios con animales se acelerarán si no existe toxicidad de qué preocuparse, y podemos anular la parte clínica si combinamos las fases segunda y tercera con el programa oficial de la DFA.

-El plan oficial es para fármacos destinados a enfermedades que amenazan la vida -dijo Kim. Por su experiencia en la unidad de cuidados intensivos, sabía algo sobre ensayos con drogas experimentales.

-Si Ultra es tan eficaz para las depresiones como sospecho -dijo Edward-, confío en que podremos defenderla en relación a enfermedades graves.

Librodot

-¿Qué me dices de Europa occidental y Asia? -preguntó Stanton-. No se necesita la aprobación de la DFA para comercializar una droga en esas zonas.

-Es cierto -admitió Edward-. Estados Unidos no es el único mercado farmacéutico.

-Voy a decirte una cosa: no me costará mucho reunir entre cuatro y cinco millones de dólares sin ceder más que una ínfima cantidad de capital propio, puesto que la mayor parte saldrá de nuestros propios fondos. ¿Qué opinas?

-Me parece fantástico -dijo Edward-. ¿Cuándo puedes empezar?

-Mañana -contestó Stanton-. Empezaré a reunir el dinero y organizar el papeleo legal para fundar la empresa y preparar las aplicaciones de la patente.

-¿Sabes si podemos patentar el núcleo de la molécula? La patente cubriría cualquier droga formulada con el núcleo.

-No lo sé, pero lo averiguaré.

-Mientras tú te encargas de los aspectos financieros y legales, yo iniciaré el proceso de montar el laboratorio. Lo primero que debemos resolver es dónde instalarlo. Me gustaría que fuese cerca, porque pasaré mucho tiempo en él.

-Cambridge es un buen emplazamiento.

-Lo quiero fuera de Harvard.

-¿Qué te parece la zona de Kendall Square? -sugirió Stanton-. Está lo bastante lejos de Harvard y muy cerca de tu apartamento.

Edward se volvió hacia Kim y sus miradas se encontraron.

Ella adivinó qué estaba pensando y asintió. Fue un gesto imperceptible para los Lewis.

-De hecho, me marcho de Cambridge a finales de agosto -dijo Edward-. Me traslado a Salem.

-Edward se viene a vivir conmigo -explicó Kim, a sabiendas de que la noticia no tardaría en llegar a oídos de su madre-. Estoy reformando la casa antigua de la finca familiar.

-Es maravilloso -dijo Candice.

-Viejo bribón -dijo Stanton, mientras extendía el brazo por encima de la mesa y daba un golpe suave a Edward en el hombro.

-Por una vez, mi vida personal va tan bien como mi vida profesional.

-¿Por qué no emplazamos la empresa en algún sitio de la orilla norte? -sugirió Stanton-. En esa zona los alquileres comerciales deben de ser muy bajos comparados con los que rigen en la ciudad.

-Stanton, acabas de darme una gran idea -dijo Edward. Se volvió hacia Kim-. ¿Qué opinas de aquel molino convertido en establos de la finca? Sería un laboratorio perfecto para esta clase de proyecto, a causa de su aislamiento.

-No lo sé -tartamudeó Kim. La sugerencia la había pillado desprevenida.

-Estoy hablando de que Omni alquile el espacio a tu hermano y a ti -siguió Edward, entusiasmado por la idea-. Como has dicho, la finca es un engorro. Estoy seguro de que un alquiler razonable sería de gran ayuda.

-No es mala idea -intervino Stanton-. El alquiler podría ser bajo mano, para no tener que pagar impuestos. Buena sugerencia, amigo.

-¿Qué dices? -preguntó Edward.

-Tendría que consultarlo con mi hermano -respondió Kim.

-Por supuesto. ¿Cuándo? Me refiero a que cuanto antes, mejor.

Kim consultó su reloj y calculó que en Londres eran las dos y media de la madrugada, la hora en que Brian volvería a trabajar.

-Podría llamarlo esta misma noche -dijo-. Supongo que incluso podría llamarlo ahora.

-Así me gusta -dijo Stanton-. Decisión. -Sacó el teléfono inalámbrico del bolsillo y lo empujó hacia Kim-. Omni pagará la llamada.

Kim se levantó.

-¿Adónde vas? -preguntó Edward.

-Me da reparo llamar a mi hermano delante de todo el mundo.

-Muy comprensible -dijo Stanton-. Ve al servicio de señoras.

-Creo que prefiero salir a la calle.

Cuando Kim abandonó la mesa, Candice felicitó a Edward por sus progresos en la relación con Kim.

-Disfrutamos de nuestra mutua compañía -dijo Edward.

-¿Cuánto personal necesitarías en el laboratorio? -preguntó Stanton-. Los salarios elevados pueden devorar el capital como ninguna otra cosa.

-El número debería ser mínimo. Necesito un biólogo que se encargue de los estudios con animales, y un inmunólogo para los estudios celulares. También un cristalografista, un modelador molecular, un biofísico para la resonancia magnética nuclear, un farmacólogo, además de Eleanor y yo.

-¡Santo Dios! -exclamó Stanton-. ¿Acaso crees que vas a crear una universidad?

-Te aseguro que es lo mínimo para la clase de trabajo que llevaremos a cabo -dijo Edward con calma. -¿Quién es Eleanor? -preguntó Stanton. -Mi principal ayudante. Es crucial para el proyecto.

-¿Cuando puedes empezar a reunir ese equipo?

-En cuanto tengas el dinero. Ha de ser gente de primera, de modo que no saldrán baratos. Los sacaré de puestos académicos codiciados y posiciones lucrativas en la industria privada.

-Eso es lo que temo. Muchas empresas bioquímicas nuevas sufren una hemorragia de capital a causa de los salarios generosos.

-No lo olvidaré. ¿Cuándo tendrás el dinero a mi disposición?

-Puedo tener un millón a principios de semana.

Llegaron los primeros platos de la cena. Como los de Candice y Stanton eran calientes, Edward insistió en que empezaran. Kim regresó en aquel preciso instante. Se sentó y devolvió el teléfono a Stanton.

-Traigo buenas noticias -dijo-. La idea de tener inquilinos en el viejo edificio del molino ha encantado a mi hermano, pero insistió en que no pagará ninguna reforma. Eso correrá a cargo de Omni.

-Me parece justo -dijo Edward. Cogió la copa, dispuesto a brindar de nuevo. Tuvo que dar una palmada a Stanton, absorto en sus pensamientos-. Por Omni y Ultra. -Todos bebieron.

-Así es como creo que deberíamos formar la empresa -dijo Stanton en cuanto dejó la copa-. Empezaremos con un capital de cuatro o cinco millones y cifraremos el valor de cada acción en diez dólares. De las cuatrocientas cincuenta mil acciones, cada uno de nosotros se quedará ciento cincuenta mil, y dejaremos las restantes ciento cincuenta mil para la futura financiación y para atraer a la mejor gente, ofreciendo algunas

acciones de dividendo variable. Si Ultra llega a ser como se ha descrito esta noche, cada acción aumentará de valor hasta extremos incalculables.

-Brindaré por eso -dijo Edward, y levantó de nuevo su copa de vino. Todos entrechocaron las copas y bebieron, sobre todo Edward, muy satisfecho con el vino que había elegido. Era el mejor vino blanco que había bebido en su vida, y se demoró un instante en saborear su aroma a vainilla y un cierto toque de albaricoque al final.

Después de cenar y de las despedidas, Kim y Edward se dirigieron al aparcamiento del restaurante y subieron al coche de él.

-Si no te importa, prefiero dejar para otro día el paseo por la plaza -dijo Edward.

-¿Sí? -preguntó Kim.

Se sintió algo decepcionada, y también sorprendida, pero toda la noche había sido una sorpresa continua. No había esperado que Edward quisiera tomarse una noche libre, y encima, su comportamiento había sido excepcional desde el momento en que la había recogido.

-He de hacer algunas llamadas telefónicas -explicó él.

-Pasan de las diez -le recordó Kim-. ¿No es un poco tarde para llamar?

-En la costa oeste no. Hay un par de personas en la UCLA y Stanford que me gustaría ver en la nómina de Omni.

-Veo que estás muy entusiasmado por esta aventura empresarial.

-Estoy en el séptimo cielo. Mi intuición me dijo que se avecinaba algo importante cuando descubrí que habíamos topado con tres alcaloides desconocidos, pero no imaginé que sería tan increíble.

-¿No te preocupa un poco el acuerdo de participación que firmaste con Harvard? Sé que situaciones similares han provocado serios problemas en esta ciudad, como en los años ochenta, cuando la universidad y la industria se hicieron demasiado amigos.

-Es un problema que dejaré en manos de los abogados.

-No lo sé -dijo Kim, poco convencida-. Tanto si hay abogados de por medio como si no, podría afectar tu carrera académica.

Kim, que conocía el amor de Edward por la enseñanza, tenía miedo de que aquel súbito entusiasmo empresarial nublase su buen juicio.

-Es un riesgo -admitió Edward-, pero me apetece correrlo. La oportunidad que ofrece Ultra es de ésas que sólo aparecen una vez en la vida. Es la gran oportunidad de dejar huella en el mundo y al mismo tiempo ganar una buena cantidad de dinero.

-Creo recordar que no te interesaba ser millonario.

-Y no me interesaba, pero nunca había pensado en la posibilidad de ser multimillonario. Ignoraba que las apuestas fueran tan altas.

Kim no estaba muy segura de que existiera tanta diferencia, pero calló. Era una cuestión ética que, en aquel momento, no tenía ganas de discutir.

-Lamento haber sugerido convertir los establos Stewart en laboratorio sin consultarlo contigo antes -dijo Edward-. No es propio de mí descolgarme con algo así de buenas a primeras. Supongo que el entusiasmo de la conversación con Stanton me desbordó.

-Acepto tus disculpas -dijo Kim-. Además, la idea intrigó a mi hermano. Supongo que el alquiler servirá para pagar los impuestos sobre la propiedad. Son astronómicos.

-Una ventaja es que los establos están lo bastante lejos de la casa para que la presencia del laboratorio no nos moleste.

Librodot

Giraron por Memorial Drive y se internaron en las tranquilas calles residenciales de Cambridge. Edward frenó en su aparcamiento y apagó el motor. Se dio un golpe en la frente con la palma de la mano.

-Estúpido de mí -dijo-. Tendríamos que haber ido a tu casa a buscar tus cosas.

-¿Quieres que me quede esta noche?

-Por supuesto. ¿Tú no?

-Has estado muy ocupado últimamente. No sabía qué esperar.

-Si te quedas, podremos salir hacia Salem mucho más temprano.

-¿Quieres ir? Tenía la sensación de que no te apetecía dedicarle parte de tu tiempo.

-Ahora que vamos a establecer Omni allí, sí. -Edward volvió a poner el coche en marcha y dio marcha atrás-. Vamos a buscarte una muda. Si quieres quedarte, cosa que espero. -En su rostro se dibujó una amplia sonrisa.

-Supongo que sí -dijo Kim.

Se sentía indecisa y angustiada, pero no sabía muy bien por que.

Sábado 30 de julio de 1994

Kim y Edward no salieron tan pronto como él había sugerido la noche anterior. Edward pasó la mitad de la mañana colgado del teléfono. Primero, llamó al contratista y al arquitecto de Kim para pedir que incluyeran en las obras de la finca el nuevo laboratorio.

Aceptaron al instante y lo invitaron a reunirse con ellos en la propiedad a media mañana. A continuación, telefoneó a una serie de representantes de fabricantes de material para laboratorio y los citó a la misma hora en que había quedado con el contratista y el arquitecto.

Después de una breve llamada a Stanton para asegurarse de que el dinero prometido llegaría pronto, Edward llamó a unas cuantas personas que le interesaban para formar el equipo profesional de Omni. Edward y Kim no subieron al coche hasta pasadas las diez.

Cuando el coche se detuvo frente a los establos, ya esperaba un pequeño grupo. Todos se habían presentado, de modo que Edward se ahorró la tarea. Les indicó que se congregaran junto a la puerta corredera.

El edificio era una estructura larga de piedra, de una sola planta y ventanas de un tipo poco frecuente situadas debajo de los aleros. Como el terreno descendía en pendiente pronunciada hacia el río, la parte posterior consistía en dos pisos con entradas separadas para cada establo en el nivel inferior.

Kim probó múltiples llaves antes de encontrar la que abría el pesado candado. Después, todos entraron en lo que era la planta baja de la parte delantera y el segundo piso de la parte posterior.

El interior era una enorme sala sin particiones, con un techo de catedral. Al fondo del edificio había numerosas aberturas cerradas. Un extremo de la sala estaba lleno de balas de heno.

-Al menos, la demolición será fácil -dijo George.

-Esto es perfecto -comentó Edward-. Mi idea de un laboratorio es un espacio lo bastante grande para que todo el mundo pueda colaborar con los demás.

Librodot

La escalera que bajaba al nivel inferior estaba hecha de tosco roble tallado y asegurada con clavijas de dos centímetros y medio de diámetro. Abajo, encontraron una sala larga con establos a la derecha y cubículos para guardar sillas de montar y otros aparejos, a la izquierda.

Kim deambuló y escuchó los planes para transformar el establo sin más dilación en un laboratorio farmacológico y biológico de diseño.

Abajo, habría alojamientos para una serie de animales experimentales, incluidos monos, ratas, ratones y conejos. También habría espacio para incubadoras de cultivos bacteriales y de tejidos, junto con dependencias para almacenamiento. Por fin, habría habitaciones especialmente protegidas para la máquina de resonancia magnética nuclear y cristalografía por rayos X.

La parte de arriba alojaría el principal laboratorio, así como una habitación protegida, con aire acondicionado, para el ordenador principal. Cada banco del laboratorio tendría su propia terminal. Para alimentar todo el equipo electrónico, se traería un gigantesco generador eléctrico.

-Bien, eso es todo -dijo Edward después de terminar la inspección. Se volvió hacia el contratista y el arquitecto-.

¿Ven algún problema?

-No creo -dijo Mark-. El edificio es perfecto, pero sugiero que diseñemos una entrada con una zona de recepción.

-No habrá muchos visitantes -contestó Edward-, pero entiendo su propósito. Adelante con ello. ¿Qué más?

-Creo que los permisos no supondrán ningún problema -dijo George.

-Siempre que no hablemos de los animales -intervino Mark-. Lo mejor será callarlo. Crearía problemas que llevaría cierto tiempo solucionar.

-Estoy más que satisfecho de dejar las relaciones públicas en manos de su personal, que tiene más experiencia -dijo Edward-. La verdad es que me interesa acelerar el proyecto, de modo que me gustaría aprovechar su experiencia. A tal fin, estoy dispuesto a conceder una gratificación del diez por ciento sobre tiempo, materiales y salarios.

Sonrisas entusiastas y ansiosas aparecieron en los rostros de Mark y George.

-¿Cuándo pueden empezar? -preguntó Edward.

-De inmediato -contestaron Mark y George al unísono.

-Espero que mis humildes obras no sufran las consecuencias de este proyecto más nuevo e importante -dijo Kim, que hablaba por primera vez.

-No se preocupe -dijo George-. De hecho, acelerará las obras de la casa. Pondremos más gente a trabajar. Si necesitamos un fontanero o un electricista para cualquier trabajillo de sus obras, ya estarán aquí.

Mientras Edward, el contratista, el arquitecto y los diversos representantes de material médico se dedicaban a esbozar los detalles del nuevo laboratorio, Kim salió de los establos.

Entornó los ojos para protegerse del neblinoso pero intenso sol del mediodía. Sabía que no estaba contribuyendo a la planificación del laboratorio, así que paseó por el campo en dirección a la casa, para echar un vistazo a las obras.

Cuando se acercó al edificio, observó que ya habían llenado la zanja. También reparó en que los obreros habían colocado la lápida de Elizabeth sobre la tumba, hincada en la tierra. Lo habían hecho nada más descubrirla.

Entró en la casa. Comparada con los establos le pareció diminuta, pero las reformas avanzaban a un ritmo satisfactorio, sobre todo en la cocina y los cuartos de baño. Por primera vez, se la imaginó tal como sería cuando terminaran.

Después de inspeccionar la casa, Kim volvió a los establos, pero no había el menor indicio de que Edward y los demás fueran a concluir pronto la improvisada conferencia. Kim los interrumpió un momento para comunicar a Edward que se iba al castillo. Él le expresó su deseo de que se lo pasara bien y volvió de nuevo a un problema relativo a la máquina de resonancia magnética.

Pasar de la brillante luz del sol al tétrico interior del castillo fue como penetrar en otro mundo. Kim se detuvo y escuchó los chirridos y crujidos de la casa, que se adaptaba al calor. Por primera vez, se dio cuenta de que no podía oír el canto de los pájaros, que fuera se escuchaban con toda claridad, en especial los chillidos de las gaviotas.

Después de un instante de indecisión, subió por la gran escalera. A pesar del reciente éxito en la bodega, donde había encontrado material del siglo XVII, se decidió a concederle una segunda oportunidad al desván, sobre todo porque era mucho más agradable.

Lo primero que hizo fue empezar a abrir muchas ventanas para que entrara la brisa proveniente del río. Se apartó de la última ventana abierta y reparó en la presencia de montañas de libros mayores encuadernados en tela. Ocupaban todo un lado de la estancia.

Cogió un libro y examinó el lomo. Impresas a mano con tinta blanca sobre fondo negro se leían las palabras “La Bruja del Mar” Picada por la curiosidad, Kim abrió el libro. Al principio, pensó que se trataba del diario de alguien, porque todas las anotaciones escritas a mano empezaban con el día del mes, seguidas de descripciones detalladas del tiempo. Enseguida comprendió que no era un diario personal, sino un cuaderno de bitácora.

Examinó la portada del libro y descubrió que abarcaba un período comprendido entre 1791 y 1802. Dejó el cuaderno de bitácora y miró los lomos de los demás libros de la estantería. Leyó los títulos; había varios que llevaban el nombre de la Bruja del Mar. Comprobó que los más antiguos estaban fechados entre 1737 y 1749.

Se preguntó si habría algún libro del siglo XVII y miró los libros de las demás estanterías. Cerca de la ventana, en un montoncito, reparó en uno de lomo desgastado y sin nombre. Lo sacó.

El tacto del libro se parecía al de la Biblia que había encontrado en la bodega. Lo abrió por la página del título. Era el cuaderno de bitácora de un bergantín llamado Empeño, y abarcaba desde 1679 a 1703. Volvió las amarillentas páginas con delicadeza y avanzó año a año, hasta llegar a 1692.

La primera anotación del año era del 24 de enero. Describía el tiempo como frío y despejado, con buen viento del oeste. A continuación, decía que la nave había zarpado con la marea y se dirigía a Liverpool con un cargamento de aceite de ballena, madera, efectos navales, pieles y potasa, así como bacalao y caballa secos.

Kim respiró hondo cuando sus ojos se posaron sobre un nombre conocido. La siguiente frase de la anotación explicaba que el barco transportaba a un distinguido pasajero, el señor Ronald Stewart, propietario del barco. Kim siguió leyendo a toda prisa. El cuaderno revelaba que Ronald

Librodot

viajaba a Suecia para supervisar el equipamiento y toma de posesión de un nuevo barco que se llamaría El Espíritu del Mar.

Examinó las siguientes anotaciones del viaje. El nombre de Ronald no volvía a mencionarse hasta que desembarcaba en Liverpool, después de una travesía sin incidentes.

Algo emocionada, cerró el libro y bajó del desván a la bodega. Abrió la caja de la Biblia, extrajo el título de propiedad que había encontrado en su última visita y echó un vistazo a la fecha. -¡Estaba en lo cierto! El motivo de que la firma de Elizabeth constara en el título era que Ronald se hallaba en alta mar cuando se firmó el documento.

Se sintió satisfecha de haber resuelto un misterio, aunque pequeño, relacionado con Elizabeth. Devolvió el documento a la caja de la Biblia y ya estaba a punto de añadir el cuaderno de bitácora a su pequeña colección, cuando tres sobres atados con una cinta resbalaron de entre las últimas páginas del libro.

Kim recogió el paquete con dedos temblorosos. Vio que el de encima iba dirigido a Ronald Stewart. Después de desatar la cinta, descubrió que todos iban dirigidos a Ronald. Muy nerviosa, abrió los sobres y extrajo su contenido. Había tres cartas, fechadas el 23 de octubre, el 29 del mismo mes, y el 11 de noviembre.

La primera era de Samuel Sewall:

Boston Sábado 29 de octubre

Boston

Querido amigo:

Comprendo que su espíritu esté turbado pero confío, en el nombre de Dios, que su reciente matrimonio calme su inquietud. También comprendo que desee ocultar la información acerca de la desdichada asociación de su difunta esposa con el Príncipe de las Tinieblas, pero debo aconsejarle de buena fe que se abstenga de enviar al Gobernador un escrito de reivindicación en relación con la prueba concluyente utilizada para acusar y condenar a su esposa por el abominable delito de brujería. A tal propósito, debería apelar y suplicar al reverendo Cotton Mather, en cuyo sótano contempló usted las infernales obras de su esposa.

Ha llegado a mis oídos que la custodia oficial de la prueba ha sido concedida a perpetuidad al reverendo Mather, atendiendo a su solicitud.

Su leal amigo, SAMUEL SEWALL.

Frustrada por haber encontrado otra referencia a la misteriosa prueba sin que ésta fuera descrita, Kim dedicó su atención a la segunda carta. Estaba escrita por Cotton Mather.

Señor:

Obra en mi poder su reciente carta, así como la referencia a que ambos somos graduados en la Universidad de Harvard, lo cual me hace abrigar la esperanza de que su disposición hacia la venerable institución sea de tierna solicitud, de manera que sea sumiso en mente y espíritu a lo que mi estimado padre y yo hemos decidido como lugar apropiado para la obra de Elizabeth.

Como usted recordará, cuando nos encontramos en mi casa el 1 de julio me preocupaba profundamente el que la buena gente de Salem pudiese llegar a estados extremos de turbación en relación con la presencia del

Diablo, que con tanta claridad definen las acciones y obras infernales de Elizabeth. Es una lamentable desgracia que mis fervientes preocupaciones hayan sido pasadas por alto y, pese a mis consejos de una cautela muy crítica y exquisita en la utilización de las pruebas espectrales, puesto que el Padre de las Mentiras es capaz de asumir la forma externa de una persona inocente, la buena reputación de gente inocente pueda ser mancillada a pesar de los esfuerzos diligentes de nuestros honorables jueces, eminentes por su justicia, sabiduría y bondad.

Comprendo su honorable deseo de proteger a su familia de más humillaciones, pero estoy convencido de que la prueba de Elizabeth ha de ser conservada para el beneficio de las futuras generaciones en su eterno combate contra las fuerzas del mal como ejemplo prístino de la clase de prueba que se necesita para determinar de manera objetiva un auténtico pacto con el Diablo, y no un mero maleficio. Al respecto he hablado mucho con mi padre, el reverendo Increase Mather, que actualmente sirve como presidente de la Universidad de Harvard. De mutuo acuerdo hemos decidido que la prueba sea guardada en la universidad para la edificación e instrucción de las futuras generaciones, en el sentido de que la vigilancia es importante para frustrar los designios del Diablo en la Nueva Tierra de Dios.

Vuestro siervo en el nombre de Dios, COTTON MATHER.

Kim no estaba segura de haber entendido toda la carta, pero sí lo esencial. Aún más frustrada acerca de la misteriosa prueba, cogió la última misiva. Advirtió que llevaba la firma de Increase Mather.

11 de noviembre de 1692
Cambridge

Señor:

Simpatizo por entero con su deseo de que la susodicha prueba sea devuelta a su poder, pero he sido informado por los profesores William Brattle y John Leverett de que la prueba ha sido recibida por los estudiantes con diligente interés y ha estimulado apasionantes y esclarecedores debates, con el resultado de convencernos de que es voluntad de Dios que el legado de Elizabeth permanezca en Harvard como importante contribución al establecimiento de criterios objetivos para la Ley Eclesiástica en relación con la brujería y las condenables obras del Diablo. Le pido que comprenda la importancia de esta prueba y acceda a que se integre en nuestras colecciones. Si los estimados Compañeros de la Corporación de Harvard logran fundar una facultad de leyes, será enviada en ese momento a dicha institución.

Su seguro servidor.

INCREASE MATHER.

-¡Maldita sea! -exclamó Kim después de leer la tercera carta. No podía creer que hubiese tenido la suerte de encontrar tantas referencias a la prueba de Elizabeth, aunque seguía sin saber qué era. Por si acaso lo había pasado por alto, volvió a leerlas. La sintaxis algo anticuada dificultaba en parte la lectura, pero cuando llegó al final de la segunda carta se convenció de que no había pasado por alto nada. Estimulada por las cartas, Kim intentó imaginar qué clase de prueba irrefutable se habría utilizado contra Elizabeth. De sus continuas lecturas generales de aquella semana sobre los

Librodot

juicios de Salem, cada día estaba más convencida de que debía de ser una especie de libro. En la época de los juicios, el tema del libro del diablo se había suscitado a menudo. El método que utilizaba una bruja para establecer un pacto con el demonio era escribir en el libro del diablo.

Kim volvió a mirar las cartas. Observó que la prueba era descrita como "la obra de Elizabeth" Tal vez Elizabeth había fabricado un libro con una trabajada cubierta de piel. Kim rió de su imaginación, pero no se le ocurrió otra cosa.

Releyó la carta de Increase Mather y reparó en que la prueba había suscitado "apasionados y esclarecedores" debates entre los estudiantes. Pensó que la descripción, además de apoyar la idea de que la prueba era un libro, tendía a sugerir que lo importante no era la apariencia, sino el contenido.

Sin embargo, Kim volvió a considerar la posibilidad de que la prueba fuese una especie de muñeca. Aquella semana precisamente había leído que en el juicio de Bridget Bishop, la primera persona ejecutada en la histeria de Salem, se había utilizado como prueba una muñeca atravesada con agujas.

Suspiró. Sabía que sus erráticas elucubraciones sobre la naturaleza de la prueba no conducían a nada. Debía ceñirse a los indicios que tenía, y las tres cartas acababan de proporcionarle un dato muy significativo, a saber, que la prueba había sido donada a la Universidad de Harvard en 1692. Kim se preguntó qué posibilidades tenía de encontrar referencias en la institución actual, y en caso de intentarlo, si se reirían de ella.

-Ah, estás ahí -llamó Edward desde lo alto de la escalera de la bodega-. ¿Has tenido suerte?

-Bastante, por extraño que parezca -dijo Kim-. Baja a echar un vistazo.

Edward bajó por la escalera y cogió las cartas.

-¡Santo Dios! -exclamó cuando vio las firmas-. Son tres de los puritanos más famosos. -¡Menudo hallazgo!

-Léelas. Son interesantes, pero frustrantes para mis propósitos.

Edward se apoyó contra una cómoda para aprovechar la luz procedente de un candelabro de pared. Leyó las cartas en el mismo orden que Kim.

-Son maravillosas -dijo cuando terminó-. Me encanta el estilo. Nos informan de que la retórica era muy importante en aquellos tiempos. Algunas palabras me sobrepasan; ni siquiera sé qué significa "diligente"

-Creo que significa cuidadoso. Las definiciones no me presentaron ninguna dificultad. Lo más difícil fue seguir las frases.

-Has tenido suerte de que estas cartas no estuvieran escritas en latín. En aquellos tiempos, tenías que leer y escribir latín con fluidez para entrar en Harvard. Y hablando de Harvard, apuesto a que la universidad estaría interesada en estos documentos, especialmente en la carta de Increase Mather.

-Buena observación. Estaba pensando en ir a Harvard y preguntar por la prueba de Elizabeth. Tengo miedo de que se rían de mí. Quizá podría llegar a un acuerdo.

-No se reirán de ti. Estoy seguro de que alguien de la Biblioteca Widener considerará la historia interesante. No se opondrían a que les regalaras la carta, por supuesto. Hasta es posible que te hagan una oferta de compra.

-¿Leer estas cartas te ha dado alguna idea sobre lo que pudo ser la prueba?

-Pues no, pero entiendo que las consideres frustrantes.

Resulta curioso la cantidad de veces que la mencionan sin describirla.

-Pensaba que la carta de Increase Mather apoyaría la idea de que se trataba de una especie de libro, sobre todo la parte donde menciona que estimuló el debate entre los estudiantes.

-Tal vez.

-Espera un momento -dijo Kim de repente-. Se me acaba de ocurrir otra idea. No lo había pensado antes. ¿Por qué estaba tan ansioso Ronald por recuperarla? ¿No es significativo?

Edward se encogió de hombros.

-Creo que le interesaba evitar más humillaciones a la familia -dijo-. A veces, familias enteras sufrían cuando un miembro era acusado de brujería.

-Cabe la posibilidad de que implicara a Ronald. ¿Y si tuvo algo que ver con la acusación y condena de Elizabeth? En ese caso, tal vez deseaba recuperar la prueba para poder destruirla.

-¡Alto ahí! -Edward retrocedió un paso, como si Kim fuera una amenaza-. Tienes demasiada debilidad por las conspiraciones. Deberías controlar tu imaginación.

-Ronald se casó con la hermana de Elizabeth diez semanas después de la muerte de Elizabeth.

-Creo que olvidas algo. La prueba que efectué a los restos de tu antepasada sugiere que padecía un envenenamiento crónico causado por el hongo. Es probable que experimentara regularmente "viajes" psicodélicos, que no tenían nada que ver con Ronald. De hecho, si él había ingerido el mismo grano, puede que también los padeciera. Aún creo que la prueba estaba relacionada con algo que Elizabeth hizo bajo la influencia del hongo alucinógeno. Como ya hemos dicho, pudo ser un libro, un cuadro, una muñeca, o cualquier cosa que considerasen relacionada con lo oculto.

-Tienes razón -admitió Kim. Cogió las cartas y las guardó en la caja de la Biblia. Echó un vistazo al largo pasillo de la bodega, con sus muebles abarrotados de papeles-. Bien, volvamos al tablero de dibujo. Tendré que seguir buscando a ver si doy con una descripción de la prueba.

-He terminado las entrevistas. En lo tocante al nuevo laboratorio, todo funciona como la seda. He de felicitarte por tu contratista. Va a empezar hoy mismo a excavar la zanja de los conductos. -¡Dijo que su única preocupación era topar con más tumbas! Creo que encontrar la de Elizabeth lo asustó. Menudo personaje.

-¿Quieres regresar a Boston?

-Debo hacerlo -admitió Edward-. Quiero hablar con un montón de personas para comunicarles que Omni pronto será una realidad, pero no me importa coger el tren, como la última vez. Si quieres quedarte a investigar aquí, tal vez sea mejor.

-Bien, siempre que no te importe -dijo Kim. Al menos, encontrar las cartas la había animado.

Agosto empezó caluroso, brumoso y húmedo. Llovió poco durante julio, y la sequía continuó el mes siguiente, hasta que la hierba de Boston Commons, que se veía desde el apartamento de Kim, pasó del verde al pardo.

En lo referente al trabajo, agosto supuso un respiro para Kim. Kinnard empezó su turno rotativo de dos meses en el hospital de Salem, de manera que se ahorró la angustia de verlo cada día en la unidad de cuidados intensivos. Por otra parte, Kim concluyó las negociaciones con el departamento de enfermería, que le concedió todo septiembre de vacaciones.

Librodot

Lo consiguió gracias a una combinación de vacaciones acumuladas más horas extras impagadas.

La dirección de enfermería no recibió la petición con alegría, pero llegó a un compromiso para no perder sus servicios profesionales por completo.

El nuevo mes también proporcionó a Kim bastante tiempo libre, porque Edward siempre estaba ocupado. Volaba de una parte a otra del país con el fin de reclutar en secreto personal para Productos Farmacéuticos Omni. Sin embargo, no se olvidó de ella. Pese a su apretada agenda, le telefoneaba cada noche alrededor de las diez, antes de que Kim se acostara.

También le enviaba flores cada día, si bien a una escala más modesta. Ahora, los obsequios se reducían a una rosa diaria, lo cual ella consideraba más apropiado.

Kim no tuvo dificultades en llenar sus horas. Por las noches, continuaba sus lecturas sobre los juicios de Salem y la cultura puritana. También se obligaba a visitar la finca cada día. Las obras avanzaban rápidamente. La cuadrilla que trabajaba en el laboratorio era más numerosa que la destinada a la casa. No obstante, los progresos de las reformas no se resintieron por ello, y los trabajos de pintura terminaron antes que los de ebanistería.

Para Kim, la mayor ironía del proyecto fue que su padre se quedó muy impresionado con ella, debido a la construcción del laboratorio. Kim decidió callar que no tenía ninguna relación con aquella parte de las reformas, y que no había sido idea suya.

Cada vez que visitaba la finca, Kim dedicaba algún rato a examinar los libros y documentos polvorientos. Los resultados continuaban siendo desalentadores. Si bien el descubrimiento de las cartas la había animado, veintiséis horas de búsqueda no habían dado resultado alguno. En consecuencia, el jueves II decidió seguir la única pista con que contaba.

Cogió la carta de Increase Mather y fue a Boston, después de reunir valor para acercarse a Harvard.

El 12 de agosto, después de trabajar, Kim se acercó a la esquina de las calles Charles y Cambridge, y subió por la escalera que conducía a la estación del metro. Después de su experiencia en la sede de la cámara legislativa, que ya sabía inútil pues Ronald nunca había enviado una petición al gobernador, no abrigaba la menor esperanza de encontrar en Harvard la prueba utilizada contra Elizabeth. No sólo consideraba escasas las posibilidades de que la universidad guardara todavía en su poder la prueba; sospechaba que los empleados de la institución la considerarían una chiflada. ¿Quién sino iría a buscar un objeto de trescientos años de antigüedad cuya naturaleza no se especificaba en ninguna de las escasas referencias que había encontrado?

Mientras esperaba el tren, Kim estuvo a punto de volverse atrás varias veces, pero en cada ocasión se recordó que aquella era la única pista con que contaba. Por lo tanto, se obligó a seguir adelante, pese al asombro que pudiera despertar.

Cuando salió del metro, se encontró en medio del bullicio habitual de Harvard Square, pero en cuanto cruzó Massachussets Avenue y entró en el campus, el ruido del tráfico y la multitud quedó apagado con pasmosa celeridad. Mientras caminaba por los tranquilos senderos bordeados de árboles y muros de ladrillo rojo cubiertos de hiedra, se preguntó qué aspecto habría tenido todo aquello en el siglo XVII, cuando Ronald Stewart iba a la

universidad. Ninguno de los edificios por delante de los que pasaba parecía tan antiguo.

Al recordar el comentario de Edward sobre la Biblioteca Widener, Kim decidió probar allí primero. Subió por los anchos escalones y pasó entre sus impresionantes columnas. Se sentía nerviosa, y tuvo que animarse a continuar. Cuando llegó al mostrador de recepción, formuló una vaga petición de que quería hablar con alguien en relación a objetos muy antiguos. La enviaron al despacho de Mary Custland.

Mary Custland era una mujer dinámica de unos cuarenta años, ataviada con un elegante traje azul oscuro, blusa blanca y pañuelo de colores. No encajaba con la imagen estereotipada que tenía Kim de una bibliotecaria. Su cargo era conservadora de libros y manuscritos raros. Kim experimentó un gran alivio al comprobar que se trataba de una persona simpática y amable. Preguntó de inmediato en qué podía ayudarla.

Kim extrajo la carta, se la tendió a Mary y dijo que era descendiente del destinatario. Empezó a explicar qué quería, pero Mary la interrumpió.

-Perdone -dijo. Estaba pasmada-. -¡Esta carta es de Increase Mather! -Acercó los dedos con gesto reverente al borde de la hoja.

-Eso era precisamente lo que intentaba explicar -dijo Kim.

-Voy a llamar a Katherine Sturburg.

Mary dejó la carta con cuidado sobre su teleta y descolgó el auricular del teléfono. Mientras esperaba, dijo a Kim que Katherine era una especialista en material del siglo XVII y estaba muy interesada en Increase Mather.

Después de llamar, Mary preguntó a Kim dónde había obtenido la carta. Kim se dispuso a explicarlo una vez más, pero en ese momento llegó Katherine. Era una mujer mayor de cabello gris; un par de gafas para leer colgaban permanentemente de la punta de su nariz. Mary hizo las presentaciones de rigor y enseñó la carta a Katherine.

Katherine utilizó la yema del dedo para dar la vuelta a la carta y leerla. Al instante Kim se sintió avergonzada por haberla manipulado de manera tan despreocupada.

-¿Qué opinas? -preguntó Mary dirigiéndose a Katherine cuando terminó de leer.

-Es auténtica, no cabe duda -contestó Katherine-. Lo sé por la sintaxis. Es fascinante. Hace referencia tanto a William Brattle como a John Leverett. ¿Cuál es esta prueba de la que hablan?

-Ésa es la cuestión -dijo Kim-. Por eso estoy aquí. Empecé a averiguar cosas sobre mi antepasada, Elizabeth Stewart, y he decidido resolver este rompecabezas. Esperaba que Harvard me echara una mano, pues la prueba, sea cual sea, quedó en su poder.

-¿Cuál es la relación con la brujería? -preguntó Mary.

Kim explicó que Elizabeth se había visto mezclada en los juicios por brujería que habían tenido lugar en Salem, y la prueba había sido utilizada para condenarla.

-Debí suponer la relación con Salem cuando vi la fecha -dijo Katherine.

-La segunda vez que Mather se refiere a la prueba la describe como el "legado de Elizabeth" -señaló Mary-. Es una frase muy curiosa. Me sugiere algo que Elizabeth hizo con sus manos o adquirió con cierto esfuerzo o desembolso económico.

Librodot

Kim asintió. Después, explicó su idea de que podía tratarse de un libro o alguna clase de escrito, si bien admitió que podía ser cualquier cosa que en aquellos tiempos se considerase relacionado con la brujería o el ocultismo.

-Supongo que habría podido ser una muñeca -dijo Mary.

-Ya he pensado en ello -contestó Kim.

Las dos bibliotecarias discutieron la mejor manera de acceder a los enormes recursos de la biblioteca. Después de un breve intercambio de frases, Mary se sentó ante su terminal y tecleó el nombre de Elizabeth Stewart.

Nadie habló durante un minuto. Lo único que se movía en la sala era el cursor en la pantalla, a medida que el ordenador registraba los enormes bancos de datos. Cuando el monitor cobró vida reproduciendo una larga serie de listados, las esperanzas de Kim aumentaron. Pero no tardaron en disiparse, pues todas las Elizabeth Stewart listadas eran de los siglos XIX y XX, y ninguna era pariente de Kim.

Entonces, Mary probó con Ronald Stewart, pero logró resultados similares. No había referencias del siglo XVII, A continuación, Mary cruzó las referencias con Increase Mather. Había cantidad de material pero carecía de intersecciones con la familia Stewart.

-No me sorprende -dijo Kim-. Ya era pesimista cuando entré aquí. Espero no haberlas molestado.

-Todo lo contrario -contestó Katherine-. Me alegro de que nos haya enseñado esta carta. Nos gustaría hacer una fotocopia para nuestros archivos, si no le importa.

-Claro que no. De hecho, cuando haya terminado mi minicruzada, donaré con gusto la carta a la biblioteca.

-Es muy generoso por su parte.

-Como la archivera más interesada en Increase Mather, me complacerá repasar mis extensos ficheros para ver si aparece el nombre de Elizabeth Stewart -prometió Katherine-. Sea cual sea el objeto, debería constar alguna referencia, pues la carta de Mather confirma que fue donado a Harvard. Las discusiones sobre las llamadas pruebas espectrales presentadas en los juicios de Salem fueron feroces, y poseemos mucho material al respecto. Tengo la impresión de que Mather lo dice de una manera indirecta en su carta. Todavía queda alguna esperanza de que pueda encontrar algo.

-Le agradeceré cualquier esfuerzo que haga -dijo Kim.

Dio los números de teléfono de su casa y del trabajo.

Las bibliotecarias intercambiaron una mirada significativa.

-No quiero ser pesimista -dijo Mary-, pero deseo advertirle de que las posibilidades de encontrar la prueba son ínfimas. El 24 de enero de 1764 se produjo una gran tragedia en Harvard. En aquella época, el paraninfo se utilizaba como tribunal general, debido a una epidemia de viruela en Boston.

Por desgracia, aquella noche nevaba y hacía mucho frío y alguien olvidó apagar la chimenea de la biblioteca, lo que provocó un incendio que destruyó el edificio y su precioso contenido. Incluía todos los retratos de los presidentes y benefactores de la universidad, así como la mayor parte de los cinco mil volúmenes guardados en la biblioteca. Sé mucho sobre el episodio porque fue el peor desastre en la historia de la biblioteca. No sólo se perdieron los libros de la biblioteca, sino una colección de animales y pájaros

disecados, además de una colección que llevaba la curiosa referencia de “depósito de curiosidades”

-¿Podría haber incluido objetos relacionados con lo oculto?-preguntó Kim.

-No cabe duda -respondió Mary-. Existen bastantes posibilidades de que esté buscando algo que formaba parte de esa misteriosa colección. Nunca lo sabremos. El catálogo de la colección también se perdió.

-Pero eso no significa que sea imposible encontrar alguna referencia -dijo Katherine-. Me emplearé a fondo.

Mientras Kim bajaba por la escalera de la biblioteca, se recordó que no esperaba tener éxito, de manera que era absurdo sentirse desalentada. Al menos, nadie se había reído de ella, y las bibliotecarias habían demostrado auténtico interés por la carta. Kim estaba segura de que continuarían buscando referencias.

Regresó en metro a Charles Square y sacó el coche del aparcamiento del hospital. Tenía la intención de pasar por su apartamento para cambiarse de ropa, pero el viaje a Harvard le había ocupado más tiempo del que había calculado. Se dirigió hacia el aeropuerto para recoger a Edward, que llegaba de la costa oeste.

Edward llegó puntual, y como no llevaba maleta, se encaminaron directamente al aparcamiento.

-Las cosas no han podido ir mejor -dijo él. Estaba radiante-. Sólo una de las personas que quería para Omni declinó la oferta. Por lo demás, todas aquellas con quienes hablé se mostraron entusiasmadas. Todos piensan que Ultra va a hacer saltar la banca.

-¿Les contaste todo?

-Casi nada, hasta que se comprometieron. No quiero correr riesgos. De todos modos, sólo con las generalidades ya tuvieron bastante, y no tuve que ceder muchas acciones. Hasta el momento, sólo he comprometido cuarenta mil.

Kim ignoraba qué significaba aquello, y tampoco lo preguntó. Llegaron al coche. Edward metió sus bolsos en el maletero. Subieron y salieron del aparcamiento.

-¿Cómo van los trabajos en la finca? -preguntó Edward.

-Bien -contestó Kim con voz inexpresiva.

-O mucho me equivoco, u hoy estás en baja forma.

-Supongo. Reuní el valor para ir a Harvard esta tarde, en busca de la prueba de Elizabeth.

-No me digas que te lo pusieron difícil.

-No, fueron muy amables. El problema es que no tenían buenas noticias. En 1764, un gran incendio destruyó la biblioteca de Harvard y consumió una colección llamada “depósito de curiosidades” Para colmo, también perdieron el catálogo, así que en este momento nadie sabe qué contenía la colección. Mucho me temo que la prueba de Elizabeth quedó literalmente reducida a cenizas.

-Supongo que eso te obliga a seguir buscando en el castillo.

-Supongo. El problema es que he perdido algo de entusiasmo.

-¿Por qué? Encontrar esas cartas de los Mather y de Sewall debió de suponer un gran incentivo.

-Y lo fue, pero el efecto ha empezado a desvanecerse. He dedicado casi treinta horas desde entonces, y ni siquiera he encontrado un papel del siglo XVII.

-Ya te dije que no iba a ser fácil -le recordó Edward.

Kim no dijo nada. Sólo faltaba que Edward le saliera con el típico "ya te lo había dicho"

Cuando llegaron al apartamento de Edward, éste llamó a Stanton antes de quitarse la chaqueta del traje. Kim escuchó vagamente el final de la conversación de Edward, cuando descubrió sus esfuerzos por reclutar personal.

-Buenas noticias por ambas partes -dijo Edward, después de colgar el auricular-. Stanton ya tiene la mayor parte de los cuatro millones y medio en las arcas de Omni y ha empezado el proceso de la patente. La cosa marcha.

-Me alegro por ti -dijo Kim. Sonrió y lanzó un suspiro.

Viernes 26 de agosto de 1994

Los últimos días de agosto pasaron como una exhalación.

Las obras en la finca prosiguieron a un ritmo frenético, sobre todo en el laboratorio, donde Edward pasaba la mayor parte del tiempo. Instrumentos científicos llegaban cada día, y costaba muchos esfuerzos ubicarlos, instalarlos y protegerlos, en caso necesario.

Edward parecía dispuesto a controlarlo todo. En un momento dado era arquitecto, al siguiente ingeniero electrónico y, por fin, contratista general, cuando dirigía él solo la construcción del laboratorio. Sacrificaba casi todo su tiempo y, como consecuencia, cada día dedicaba menos a sus obligaciones en Harvard.

Las demandas conflictivas como investigador y profesor llegaron a un punto álgido cuando uno de los estudiantes protestó. Tuvo la temeridad de quejarse a la administración de Harvard de la falta de disponibilidad del doctor Armstrong. Cuando éste se enteró, se puso furioso y expulsó al estudiante.

Los problemas no terminaron allí. El estudiante montó en cólera y exigió una reparación a la administración. La administración se puso en contacto con Edward, quien se negó a pedir disculpas o volver a admitir al estudiante en su laboratorio. Como resultado, las relaciones entre Edward y la administración se hicieron cada vez más tensas.

Para colmo de males, la oficina de permisos de Harvard se enteró de su implicación en Omni. También llegaron a sus oídos inquietantes rumores acerca de la solicitud de una patente para una nueva clase de moléculas. En respuesta, la oficina envió una serie de cartas inquisitivas a Edward, que éste ignoró por completo.

Harvard se encontró en una situación difícil. La universidad no quería perder a Edward, una de las estrellas más brillantes y prometedoras de la bioquímica posmoderna, pero al mismo tiempo no podía permitir que una situación delicada empeorase, pues existían precedentes.

La tensión comenzaba a afectar a Edward, sobre todo porque se combinaba con su entusiasmo por Omni, las posibilidades potenciales de Ultra, y los problemas diarios de las obras.

Kim era consciente de la situación y trató de remediarla en parte haciendo más fácil la vida de Edward. Empezó a quedarse en el apartamento

Librodot

de él casi todas las noches, y asumió responsabilidades más domésticas sin que se lo pidiera: preparaba la cena, daba de comer a su perro, incluso limpiaba y lavaba la ropa.

Por desgracia, Edward fue lento en reconocer los esfuerzos de Kim. En cuanto ella empezó a quedarse de manera regular en su apartamento, las flores dejaron de llegar, lo cual Kim consideró razonable. No obstante, echaba en falta la atención que representaban.

El viernes 26 de agosto, cuando Kim salió de trabajar, reflexionó sobre la situación. Además de la tensión, estaba el hecho de que Edward y ella aún no habían hecho planes para la mudanza, aunque sólo faltaban cinco días para que ambos tuviesen que dejar sus respectivos apartamentos. Kim tenía miedo de mencionar el tema, hasta que Edward tuviese un día menos ocupado. El problema era que ese día nunca llegaba.

Kim paró en la tienda de ultramarinos Bread and Circus y compró algo para cenar. Escogió cosas que a Edward pudieran gustarle. Incluso compró una botella de vino.

Dieron las siete. Kim sacó el arroz del fuego. A las siete y media, cubrió la ensalada con un plástico y la guardó en la nevera. A las ocho, por fin, llegó Edward.

-¡Maldita sea! -dijo mientras cerraba la puerta de un puntapié-. Retiro todos los halagos que dediqué a tu contratista.

Ese tío es un gilipollas. Esta tarde estuve a punto de darle un puñetazo. Me prometió que los electricistas vendrían hoy, y no fue así.

Kim le anunció lo que había para cenar. Él gruñó y entró en el cuarto de baño para lavarse las manos. Ella calentó el arroz en el microondas.

-El maldito laboratorio podría funcionar dentro de nada si esos imbéciles se pusieran de acuerdo -gritó Edward desde el cuarto de baño.

Kim sirvió dos vasos de vino. Los llevó al dormitorio y tendió uno a Edward cuando salió del cuarto de baño. Él lo cogió y bebió.

-Todo cuanto quiero hacer es empezar a controlar la investigación de Ultra -dijo-. Pero al parecer todo el mundo se empeña en ponerme obstáculos.

-Tal vez no sea el mejor momento para plantear esto -dijo Kim, vacilante-, pero nunca encuentro el momento adecuado. Aún no hemos pensado en el traslado, y el primero de mes se nos viene encima. Hace dos semanas que quería hablarte de ello.

Edward estalló. En un momento de furia incontrolada, arrojó contra la chimenea la copa de vino, que se hizo añicos.

-¡Lo último que necesito es que tú también me presiones!

-vociferó Edward.

Se acercó a Kim. Tenía los ojos dilatados y las venas se destacaban en sus sienes. Abría y cerraba las manos.

-Lo siento -balbuceó ella. Permaneció inmóvil. Estaba aterrorizada. No conocía aquella faceta de Edward. Era un hombre corpulento y sin duda fuerte, y adivinó qué podía hacerle si le entraban ganas.

En cuanto pudo, salió corriendo de la habitación. Entró en la cocina y empezó a manipular cacharros. Cuando se serenó, tomó la decisión de marcharse. Dio media vuelta y se dirigió hacia la sala de estar, pero se detuvo al instante. Edward había aparecido en el umbral. Su cara se había transformado por completo. En lugar de ira, sus ojos revelaban confusión, -Lo siento -dijo. Fue una agonía para él pronunciar la frase, a causa de su

Librodot

tartamudeo-. No sé qué me ha pasado. Creo que son las presiones, aunque no es excusa. Estoy avergonzado. Perdóname.

Su sinceridad conmovió a Kim. Se acercó a él y se fundieron en un abrazo. Después, entraron en la sala de estar y se sentaron en el sofá.

-Estoy pasando por un período terriblemente frustrante -dijo Edward-. Harvard está volviéndome loco, y deseo con todas mis fuerzas volver a concentrarme en Ultra. Eleanor ha proseguido el trabajo como mejor ha podido, y los resultados siempre son buenos. Lo último que deseaba era descargar mis frustraciones sobre ti.

-Yo también he estado nerviosa -dijo Kim-. Las mudanzas siempre me ponen nerviosa. Además, temo que esto de Elizabeth se haya convertido en una especie de obsesión.

-Y yo no te he brindado el menor apoyo. También lo lamento. Hagamos el pacto de ser más sensibles mutuamente.

-Es una idea maravillosa.

-Tendría que haber dicho algo sobre el traslado. La responsabilidad no es sólo tuya. ¿Cuándo quieres mudarte?

-Tenemos que dejar nuestros apartamentos el primero de septiembre.

-Bien, ¿qué te parece a final de mes?

Miércoles 31 de agosto de 1994

El día de la mudanza fue caótico desde que amaneció. El camión llegó al apartamento de Kim a las siete y media, y cargó primero sus cosas. Después, fue a Cambridge para recoger las pertenencias de Edward. Cuando entraron la última silla, el camión ya iba cargado hasta los topes.

Kim y Edward fueron a la finca en sus respectivos coches, acompañados de sus animales domésticos. Al llegar, Saba y Buffer se conocieron. Como eran más o menos del mismo tamaño, la confrontación terminó en tablas. Desde aquel momento, se ignoraron por completo.

Cuando los empleados de la empresa de mudanzas empezaron a entrar sus cosas en la casa, Edward sorprendió a Kim con la sugerencia de que ocuparan dormitorios separados.

-¿Por qué? -preguntó ella.

-Porque no estoy actuando como soy en verdad -explicó él-. Todo lo que está pasando me impide dormir bien. Si tenemos dormitorios separados, encenderé la luz y leeré si necesito calmarme.

-A mí no me molestaría -insistió Kim.

-Las últimas noches las has pasado en tu apartamento.

¿No has dormido mejor?

-No.

-Bien, eso quiere decir que somos algo diferentes. Yo sí he dormido mejor. Saber que no te molesto me relaja. Además, sólo será por un tiempo. En cuanto el laboratorio se inaugure y todo esté montado, la presión desaparecerá. Después, compartiremos la misma habitación. Lo entiendes, ¿verdad?

-Supongo -dijo Kim, intentando disimular su decepción.

La descarga del camión de mudanzas se efectuó mucho repleta de cajas y muebles colocados de cualquier manera.

Librodot

Cuando vaciaron el camión, los hombres de la empresa de mudanzas recogieron sus herramientas y las cajas que habían vaciado, y las amontonaron en el camión. Kim firmó los documentos y el camión se alejó.

En cuanto el vehículo desapareció de vista, Kim vio que un Mercedes surgía entre los árboles y se dirigía hacia donde ella estaba. Reconoció el coche. Era Stanton. Llamó a Edward para anunciarle que tenía compañía. Se acercó a la puerta y la abrió.

-¿Dónde está Edward? -preguntó Stanton, sin molestarse en saludar.

-Arriba.

Stanton pasó de largo y gritó a Edward que bajara. Entró en el vestíbulo con los brazos en jarras, sin dejar de dar golpecitos en el suelo con el pie derecho. Parecía muy agitado.

Kim siguió a Stanton. Consciente del frágil estado mental de Edward, tenía miedo de que Stanton lo sacara de sus casillas, ya que siempre actuaba como si los sentimientos de los demás no le importaran en absoluto.

-Baja, Edward -volvió a exclamar Stanton-. Hemos de hablar.

Edward apareció en lo alto de la escalera. Bajó lentamente.

-¿Cuál es el problema? -preguntó.

-Oh, poca cosa -replicó con sarcasmo Stanton-. Sólo que te estás cepillando nuestro capital a marchas forzadas. Ese laboratorio tuyo nos está costando un huevo. ¿Qué haces, enlosar los inodoros con diamantes?

-¿A qué te refieres, exactamente? -preguntó Edward con cautela.

-A todo. Empiezo a sospechar que trabajabas para el Pentágono, pues todo lo que pides es lo más caro.

-Para experimentos de primera clase se necesitan accesorios de primera clase. Lo dejé claro cuando hablamos de fundar Omni. Supongo que no esperabas comprar un laboratorio así en las rebajas.

Kim advirtió que los dos hombres se ponían en tensión.

Cuanto más discutían, menos preocupada se sentía. Edward estaba enfadado, pero en poder de su control.

-Muy bien -dijo Stanton-. Dejemos en paz el coste del laboratorio por un momento. A cambio, quiero que me des un plazo para que la DFA apruebe Ultra. Debo saberlo para calcular cuándo dejará de salir dinero y empezará a entrar.

Edward levantó los brazos, exasperado.

-Ni siquiera hemos abierto las puertas del laboratorio y ya estás hablando de ultimátums. Discutimos el tema de la DFA en el restaurante, antes de llegar al acuerdo de formar la empresa. ¿Lo has olvidado?

-Escucha, tío listo -replicó Stanton-, el peso de sacar a flote esta operación descansa sobre mis espaldas. Por desgracia, no va a ser tarea fácil, al ritmo que estás acabando con nuestro capital. -Se volvió hacia Kim, que estaba apoyada contra la pared del salón-. Kim, dile a este alcornoque que la responsabilidad fiscal es la primera condición a la hora de fundar empresas.

-¡No la mezcles en esto! -aulló Edward.

Stanton debió de intuir que había presionado demasiado a su amigo, porque enseguida adoptó un tono más conciliador.

-No perdamos la calma -dijo, y levantó las manos en un gesto de súplica-. Has de reconocer que mi petición es razonable. Debo saber, aunque sea por encima, qué vas a hacer en ese laboratorio chapado en oro, para que pueda anticipar y satisfacer nuestras necesidades económicas.

Librodot

Edward soltó un ruidoso suspiro y se relajó un poco.

-Preguntar qué vamos a hacer en el laboratorio es muy diferente de entrar aquí hecho una furia y exigir la fecha en que la DFA dará su aprobación.

-Siento no ser más diplomático -dijo Stanton-. Hazme una idea de tu plan de ataque.

-En cuanto podamos, nos lanzaremos a una carrera suicida para averiguar todo cuanto debemos saber acerca de Ultra. Primero, hemos de conocer por completo su química básica, por ejemplo, su solubilidad en diversos solventes, y su reactividad con otros compuestos. Después, hemos de iniciar estudios biológicos controlados para comprender metabolismo, excreción y toxicidad. Los estudios toxicológicos tendrán que hacerse in vitro, así como in vivo en células individuales, grupos de células y organismos intactos. Tendremos que empezar con virus, después con bacterias y, por fin, animales superiores. Tendremos que formular ensayos. A un nivel molecular, habrá que determinar puntos de enlace y métodos de acción. Las pruebas deberán llevarse a cabo en toda clase de condiciones de temperatura y grado de acidez. Tendremos que hacer todo esto antes de enviar una solicitud de investigación de la nueva droga a la DFA, que es lo que debe hacerse antes de iniciar la fase clínica.

-Santo Dios -gimió Stanton-. Me estás mareando. Eso me suena a décadas de trabajo.

-Décadas no, pero años sí. Ya te lo dije. Al mismo tiempo, te dije que sería mucho más breve que los doce años habituales que se necesitan para desarrollar una droga.

-¿Tal vez seis años? -preguntó Stanton.

-No te lo podré decir hasta que empecemos a trabajar y a obtener algunos datos. Sólo puedo asegurar que serán más de tres años y menos de doce.

-¿Existe alguna posibilidad de que puedan ser tres años?

-preguntó Stanton, esperanzado.

-Sería un milagro -admitió Edward-, pero es posible.

Existe otro factor que debes considerar. La rápida mengua del capital ha sido por el laboratorio, y ahora que el laboratorio está casi terminado, los gastos descenderán en picado.

-Ojala pudiera creerte, pero no puedo. No tardaremos en empezar a pagar los monstruosos salarios que prometiste al equipo de Ultra.

-Oye, tuve que ofrecer sueldos altos para conseguir a los mejores. Por otra parte, preferí ofrecer salarios más altos en lugar de acciones. No quería darles muchas.

-Las acciones no valdrán nada si vamos a la bancarrota.

-Pero llevamos una delantera considerable. Casi todas las empresas de biotecnología y farmacología se forman sin ninguna droga en el horizonte. Nosotros ya la tenemos.

-Lo sé, pero estoy nervioso. Nunca he invertido todo mi dinero en una empresa, para después ver que se gasta a tanta velocidad.

-Tu inversión ha sido inteligente. Los dos vamos a ser multimillonarios. Ultra lo logrará, estoy seguro. Déjame enseñarte el laboratorio. Te tranquilizará.

Kim suspiró aliviada cuando los dos hombres se encaminaron al laboratorio. Stanton apoyó incluso la mano sobre el hombro de Edward. En

Librodot

cuanto desaparecieron, Kim inspeccionó la sala. Para su sorpresa, sus pensamientos ya no eran la confusión caótica que la mudanza había provocado. El súbito silencio trajo consigo una intensa sensación de la presencia de Elizabeth y un fuerte convencimiento de que ésta intentaba comunicarse con ella. Por más que lo intentó, Kim no distinguió ni una palabra. Pese a todo, en aquel instante fue consciente de que algo de su antepasada vivía en su interior y, lo que ahora era la casa de Kim, aún era, de algún modo, el hogar de Elizabeth.

Kim no se sentía muy a gusto con aquellos pensamientos.

Detectaba que el mensaje de Elizabeth poseía un elemento angustioso y perentorio.

Desistió de emprender tareas más acuciantes y desenvolvió a toda prisa el retrato recientemente restaurado de Elizabeth, que colgó sobre la chimenea. Al volver a pintar las paredes, la silueta del retrato había desaparecido. Kim tuvo que calcular a qué altura había colgado. Experimentaba la necesidad de devolver el lienzo al lugar exacto que había ocupado trescientos años antes.

Se alejó y miró hacia la repisa. Le asombró la semblanza de vida que poseía el cuadro. Con una luz mejor parecía de factura bastante primitiva, pero a la luz del crepúsculo el efecto era muy diferente. Los ojos verdes de Elizabeth eran penetrantes cuando brillaban en las sombras.

Kim permaneció unos minutos inmóvil en el centro de la sala, contemplando el retrato, y de pronto sintió que era como mirarse en un espejo. Al mirar a los ojos verdes de Elizabeth, Kim experimentó una sensación todavía más poderosa de que su antepasada intentaba comunicarse con ella a través del abismo de los siglos. Kim se esforzó de nuevo por escuchar las palabras, pero sólo percibió el silencio.

La sensación mística que transmitía el lienzo envió a Kim de vuelta al castillo. Pese a las numerosas cajas que debía abrir y las horas estériles dedicadas a investigar los papeles que allí había, Kim no pudo resistirse al impulso de volver.

Aquel retrato había espoleado sus ansias de averiguar más acerca de su misteriosa antepasada.

Como empujada por una fuerza preternatural, Kim subió por la escalera hasta el desván. Una vez en él, no vaciló ni perdió el tiempo en abrir las ventanas. Se encaminó directamente a lo que parecía un viejo cofre marinero. Levantó la tapa y descubrió la habitual mezcolanza de papeles, sobres y algunos libros mayores.

El primer libro era un inventario de provisiones navales.

La fecha era 1862. Debajo, había una libreta más grande, de encuadernación primitiva, a la que había atada una carta.

Kim tragó saliva. -¡La carta iba dirigida a Ronald Stewart!

Kim extrajo la libreta del cofre. Después de desatar la cinta, abrió el sobre y sacó la carta. Recordó el cuidado con que las archiveras de Harvard habían tratado la carta de Mather y trató de imitarlas. El papel resistió cuando lo desdobló. Era una breve nota. Kim miró la fecha y su impaciencia se apaciguó. Era del siglo XVIII.

16 de abril de 1726 Boston Querido padre:

En respuesta a tu solicitud, considero lo más beneficioso para los intereses de la familia y los negocios impedir el traslado de la tumba de mi madre al cementerio familiar, pues el permiso necesario causaría mucha

Librodot

inquietud en la ciudad de Salem y sacaría nuevamente a la luz todo el asunto que ocultaste con tanta diligencia y esfuerzo.

Tu amado hijo, JONATHAN.

Kim dobló con cuidado la nota y la devolvió a su sobre.

Treinta y cuatro años después de la caza de brujas, Ronald y su hijo todavía estaban preocupados por su efecto en la familia, pese a las disculpas públicas y el día de luto decretado por el Gobierno colonial.

Kim devolvió su atención a la libreta, cuya encuadernación crujía, pasó la cubierta de tela y se le quedó en la mano.

Entonces, su corazón se aceleró. En la guarda estaba escrito:

"Elizabeth Flanagan, su libro, diciembre de 1678"

Kim pasó las páginas del cuaderno y comprendió con alegría que se trataba del diario de Elizabeth. El que las anotaciones fueran cortas y carentes de continuidad no hizo que su emoción decreciera.

Cogió la libreta con ambas manos por temor a que se desarmara y corrió hacia una ventana de gablete en busca de mejor luz. Empezó por el final y observó que había varias páginas en blanco. Buscó la última anotación y comprobó que el diario se detenía antes de lo que hubiera preferido. La fecha era el viernes 26 de febrero de 1692.

Este frío no se acaba nunca. Hoy ha nevado más. El río Wooleston tiene una capa de hielo sobre la que una persona puede pasar al Royal Side. Estoy muy aturdida. Una enfermedad ha debilitado mi espíritu con crueles ataques y convulsiones como las descritas por Sarah y Jonathan, y semejante a las que he observado en las pobres Rebecca, Mary y Joanna, así como a las que observé en Ann Putnam durante su visita.

¿En qué he ofendido a Dios todopoderoso que inflige tales tormentos a su fiel sierva? No guardo recuerdo de los ataques aunque antes de que se produzcan veo colores que ahora me aterran y oigo extraños sonidos ultraterrenos al tiempo que tengo la sensación de que voy a desmayarme. De repente recobro los sentidos y descubro que estoy tendida en el suelo y me he agitado y he murmurado palabras ininteligibles, o al menos eso dicen mis hijos Sarah y Jonathan que, loado sea el Señor, aún no se han visto aquejados. Ojala Ronald estuviera aquí y no en alta mar.

Estas molestias comenzaron con la compra del terreno de Northfields y la rencorosa reyerta con la familia de Thomas Putnam. El doctor Griggs está perplejo por todo y me ha purgado sin el menor resultado. Un invierno cruel y desdichas para todos. Temo por Job que es tan inocente como temo que el Señor desee quitarme la vida antes de terminar mi obra. Me he entregado al servicio de Dios en su tierra y ayudado a la congregación horneando el grano de centeno para aumentar nuestras reservas castigadas por el tiempo cruel y la pobre cosecha, y alentado a nuestros hermanos a aceptar en el seno de sus familias a los refugiados de los ataques indios, como yo he hecho con Rebecca Sheafe y Mary Roots. He enseñado a los niños mayores a construir muñecas para poner fin a los tormentos de los niños huérfanos que Dios ha puesto en nuestras manos. Ruego para que Ronald vuelva cuanto antes a ayudarnos a superar estas horribles aflicciones antes de que acaben con nosotros.

Kim cerró los ojos y respiró hondo. Estaba abrumada.

Ahora sí que era como si Elizabeth le estuviera hablando.

Pudo sentir la energía y carácter de la personalidad de Elizabeth por mediación de su angustia: solícita, solidaria, generosa, enérgica y valiente. Todo cuanto Kim deseaba ser.

Abrió los ojos y volvió a leer algunos pasajes de la anotación. Se preguntó si Job era una persona o se trataba de una referencia bíblica. Releyó la parte en que hablaba de construir muñecas y se preguntó si la prueba que había condenado a Elizabeth habría sido una muñeca, y no un libro.

Volvió a leer toda la anotación por temor a haber pasado algo por alto. Se quedó impresionada por la trágica ironía que suponía el que Elizabeth, impulsada por su generosidad, tal vez hubiese esparcido el hongo venenoso. Quizá la misteriosa prueba demostraba la responsabilidad de Elizabeth.

Kim permaneció varios minutos mirando por la ventana mientras le daba vueltas a aquella posibilidad. Por más que se esforzó, no pudo imaginar cómo se había visto involucrada Elizabeth, pues en aquella época no había forma de relacionar el hongo con los ataques.

Kim volvió a mirar el diario. Pasó las páginas con cuidado y leyó otras anotaciones. Casi todas eran breves; sólo unas pocas frases para cada día, que incluían una lacónica descripción darse a la casa que ahora ella misma ocupaba. Era una feliz coincidencia haber encontrado la libreta aquel preciso día, y de alguna manera acortaba el intervalo de trescientos años que la separaba de Elizabeth.

Kim efectuó un rápido cálculo y llegó a la conclusión de que su antepasada sólo tenía diecisiete años cuando contrajo matrimonio. Kim no podía imaginarse casada a esa edad, teniendo en cuenta sobre todo sus problemas emocionales de los primeros años de universidad.

Más adelante, el diario revelaba que Elizabeth había quedado embarazada a los pocos meses de casarse. Kim suspiró.

¿Qué habría hecho con un niño a aquella edad? Era una idea aterradora, pero todo indicaba que Elizabeth lo había llevado muy bien. Kim recordó que en aquella época no existía el control de natalidad y reflexionó acerca del escaso control que Elizabeth poseía sobre su destino.

Kim buscó indicios de lo que había sido la vida de Elizabeth antes de que se casara. Se detuvo en otra anotación relativamente larga, correspondiente al 10 de octubre de 1681.

Elizabeth recordaba que aquel día caluroso y soleado su padre había vuelto de la ciudad de Salem con una oferta de matrimonio. Elizabeth continuaba escribiendo:

Al principio, ese asunto tan extraño me preocupó, pues no sé nada de ese caballero aunque mi padre habla bien de él. Dice que el caballero se fijó en mí en septiembre cuando visitó nuestra propiedad con el propósito de comprar madera para los mástiles y palos de sus barcos. Mi padre dice que soy yo quien debe decidir, pero he de saber que el caballero se ha ofrecido con gran generosidad a trasladarnos a todos a la ciudad de Salem donde mi padre trabajará en su empresa y mi querida hermana Rebecca irá a la escuela.

Pocas páginas después, Elizabeth escribía:

He dicho a mi padre que aceptaré la propuesta de matrimonio. ¿Cómo podría negarme? La Providencia nos protege pues hemos vivido estos últimos años en las tierras pobres de Andover bajo la amenaza constante de los ataques de los indios salvajes. Nuestros vecinos de ambos lados han sufrido

crueles desgracias y muchos han sido asesinados o tomados como cautivos de la forma más despiadada. He tratado de explicárselo a William Paterson, pero no lo entiende y temo que ahora esté mal dispuesto contra mí.

Kim hizo una pausa y miró el retrato de Elizabeth. Le conmovía pensar que estaba leyendo los pensamientos de una chica de diecisiete años, sacrificada hasta el punto de aceptar renunciar a un amor adolescente por el bien de su familia.

Suspiró y se preguntó cuándo había sido la última vez que había hecho algo totalmente desinteresado.

Volvió a inspeccionar el diario y buscó algún testimonio del primer encuentro de Elizabeth y Ronald. Lo encontró fechado el 22 de octubre de 1681, un día de sol y hojas caídas.

Hoy he conocido en nuestro salón al señor Ronald Stewart, que se propone ser mi marido. Es mayor de lo que suponía y ya tiene una hija de una mujer que murió a causa de la viruela. Parece ser un buen hombre, fuerte de mente y cuerpo aunque de disposición algo colérica cuando se enteró de que los Polk, nuestros vecinos del norte, habían sido atacados dos noches antes. Insiste en que nos mudemos sin más dilación.

Kim experimentó una punzada de culpabilidad por sus anteriores sospechas sobre Ronald, al saber las causas del fallecimiento de su primera esposa. Avanzó hasta allá, y leyó más temores sobre la viruela y los ataques de los indios. Elizabeth escribía que la viruela causaba estragos en Boston y los ataques devastadores de los indios ocurrían a sólo setenta y cinco kilómetros al norte de Salem.

Sacudió la cabeza, asombrada. La lectura de aquellas tribulaciones le trajo a la memoria los comentarios de Edward acerca de lo insegura que era la vida en el siglo XVII. Debía de ser una existencia difícil y tensa.

El sonido de la puerta al abrirse la sobresaltó. Levantó la vista y vio que Edward y Stanton habían vuelto de su visita al laboratorio casi terminado. Edward llevaba los anteproyectos.

-Este lugar tiene tan mal aspecto como cuando me marché -gruñó Edward mientras buscaba un sitio donde dejar los planos-. ¿Qué has estado haciendo, Kim?

-He tenido un maravilloso golpe de suerte -contestó ella, muy animada. Echó hacia atrás la silla y acercó la libreta a Edward-. -¡He encontrado el diario de Elizabeth!

-¿Aquí, en la casa? -preguntó él, sorprendido.

-No, en el castillo.

-Creo que deberíamos poner un poco de orden en la casa antes de que prosigas tu investigación. Tienes todo el mes para dedicarte a ello.

-Esto es algo que hasta tú encontrarás fascinante -dijo Kim sin hacer caso de los comentarios de Edward.

Abrió con cuidado el diario por la última anotación. Lo tendió a Edward y le indicó que leyera el pasaje.

Edward puso sus planos sobre la mesa plegable que Kim había estado utilizando. Mientras leía la anotación, su expresión de fastidio se fue transformando en una de sorpresa e interés.

-Tienes razón -admitió. Pasó la libreta a Stanton.

Kim les advirtió que la trataran con cuidado.

-Servirá para la gran introducción del artículo que pienso escribir para Science o Nature sobre los casos científicos de las aflicciones que salieron a

la luz en los juicios de Salem -dijo Edward-. Es perfecto. Incluso habla de haber utilizado centeno, y la descripción de las alucinaciones es muy precisa.

Combinar esa anotación del diario con los resultados del espectrograma de masas a que sometimos la muestra de su cerebro cierra el caso. Es definitivo.

-No escribirás ningún artículo sobre el nuevo hongo hasta que la situación de la patente esté más segura -dijo Stanton-.

No vamos a correr un riesgo porque quieras divertirte con tus colegas investigadores.

-Claro que no. ¿Qué te crees que soy, un niño de dos años?

-Fuiste tú quien lo dijo, no yo.

Kim cogió el diario y señaló a Edward la parte donde Elizabeth explicaba que enseñaba a construir muñecas a otras personas. Preguntó si lo consideraba significativo.

-¿En relación con la prueba desaparecida? -preguntó Edward.

-Sí -respondió.

-No sé qué decirte. Supongo que resulta un poco sospechoso.

Kim preguntó después a Edward si el nombre de Job se refería a una persona de carne y hueso o al personaje bíblico.

Edward se encogió de hombros.

-No tengo la menor idea -contestó.

-Apuesto a que se refiere al Job bíblico y a todos los juicios y tribulaciones que padeció -dijo Stanton, que estaba mirando por encima del hombro de Edward-. Elizabeth debía de comparar su situación con la de Job, con bastante justificación. El buen Dios la estaba atormentando.

-Todo esto es muy interesante -dijo Edward-, pero me muero de hambre. ¿Y tú, Stanton? ¿Quieres comer algo?

-Yo siempre quiero comer algo.

-¿Y tú, Kim? ¿Quieres preparar algo? Stanton y yo aún tenemos mucho que hacer.

-No tengo muchas ganas de preparar nada -dijo Kim. Ni siquiera había echado un vistazo en la cocina.

-Entonces, encárgalo -dijo Edward. Empezó a desenrollar los planos-. No somos maniáticos.

-Habla por ti -dijo Stanton.

-Supongo que podría preparar espaguetis -dijo Kim mientras pasaba revista mentalmente a lo que necesitaba. La única estancia más o menos organizada era el comedor; antes de las reformas había sido la antigua cocina. La mesa, las sillas y el bargueño estaban en su sitio.

-Unos espaguetis irían muy bien -dijo Edward. Pidió a Stanton que sostuviera los planos mientras sujetaba las esquinas con libros.

Kim se deslizó bajo las sábanas limpias y crujientes con un suspiro de alivio. Era su primer momento de descanso en toda la noche. Desde que había empezado a preparar los espaguetis hasta media hora antes, cuando había entrado en la ducha, no había parado de trabajar. Aún quedaba mucho por hacer, pero en la casa reinaba un orden razonable. Edward había trabajado con igual entrega después de que Stanton se marchara.

Kim cogió el diario de Elizabeth de su mesita de noche.

Quería leer más, pero cuando se metió en la cama cobró conciencia de los ruidos nocturnos. El más notable era la sinfonía de los insectos y ranas

Librodot

que habitaban en el bosque, los pantanos y los campos circundantes. También oía los crujidos de la casa cuando expulsaba el calor absorbido durante el día. Asimismo llegaba a sus oídos el gemido sutil de la brisa procedente del río Danvers, que se colaba por las ventanas.

Mientras se relajaba, Kim se dio cuenta de que la leve angustia experimentada al llegar a la casa por la tarde aún perduraba. Su intensa actividad posterior la había difuminado. Si bien suponía que tal inquietud obedecía a diversas causas, una era evidente: la inesperada petición de Edward de que durmieran separados. Aunque ahora comprendía su postura mejor que cuando había surgido el tema, seguía disgustada y decepcionada.

Dejó el diario de Elizabeth a un lado y saltó de la cama.

Saba le dedicó una mirada de exasperación, porque se había dormido enseguida. Kim se calzó las zapatillas y se encaminó a la habitación de Edward. La puerta estaba entreabierta, y aún tenía la luz encendida. Kim abrió la puerta y Buffer lanzó un gruñido. Kim apretó los dientes; estaba aprendiendo a detestar al ingrato animal.

-¿Algún problema? -preguntó Edward. Estaba incorporado en la cama con los planos diseminados alrededor.

-Sólo que te echo de menos -dijo Kim-. ¿Estás seguro de que debemos dormir separados? Me siento sola, y no es muy romántico, por decirlo de una manera suave.

Edward le indicó con un gesto que se acercara. Sacó los planos de la cama y palmeó el borde.

-Lo siento -dijo-. Es culpa mía. Asumo toda la responsabilidad, pero todavía creo que, por ahora, es mejor así. Soy como una cuerda de piano a punto de romperse. Incluso perdí la frialdad con Stanton, como ya viste.

Kim asintió y se contempló las manos, enlazadas sobre su regazo. Edward le alzó el mentón.

-¿Estás bien?-preguntó.

Ella volvió a asentir, aunque en su interior luchaba con sus emociones. Supuso que estaba muy cansada.

-Ha sido un día largo -dijo Edward.

-Creo que también me siento un poco inquieta.

-¿Por qué?

-No estoy segura -respondió ella-. Supongo que está relacionado con lo que le ocurrió a Elizabeth y con estar en la casa donde vivió. No puedo olvidar que algunos de mis genes son los de Elizabeth. Sea lo que sea, siento su presencia.

-Estás agotada -le recordó Edward-. El cansancio hace que la imaginación juegue malas pasadas. Además, estás en un sitio nuevo, lo cual puede perturbarte un poco. Al fin y al cabo, todos somos animales de costumbres.

-Estoy segura de que algo de eso hay, pero no es todo.

-No empieces con monsergas -dijo Edward, y rió-. No creerás en fantasmas, ¿verdad?

-Antes, nunca, pero ahora ya no estoy tan segura.

-¿ Bromeas?

Kim rió de su seriedad.

-Pues claro que bromeo. No creo en fantasmas, pero mi opinión acerca de lo sobrenatural está cambiando. Aún se me pone la carne de gallina cuando pienso en cómo encontré el diario de Elizabeth. Acababa de colgar su

retrato cuando sentí el impulso de volver al castillo. En cuanto llegué allí, no tuve que buscar mucho. Estaba en el primer arcón que abrí.

-Sólo por el hecho de estar en Salem, la gente presiente algo sobrenatural -dijo Edward con una sonrisa-. Tiene que ver con esta estupidez de la brujería. Claro que si prefieres creer que una fuerza mística te arrastró hasta el castillo, ningún problema, pero no me pidas que lo suscriba.

-¿De qué otra forma puedes explicar lo ocurrido? -dijo ella con vehemencia-. Hasta hoy, había dedicado más de treinta horas sin encontrar nada del siglo XVII, y mucho menos el diario de Elizabeth. ¿Qué me impulsó a mirar en ese arcón en particular?

-¡De acuerdo! -dijo Edward con tono conciliador-. No voy a intentar convencerte. Cálmate. Te apoyo.

-Lo siento. No quería complicarlo todo. Sólo entré para decirte que te echaba de menos.

Después de un prolongado beso de buenas noches, Kim dejó a Edward con sus planos y salió de la habitación. Cerró la puerta y la envolvió la luz de la luna que se filtraba por la ventana del lavabo. Desde donde estaba, vio la negra masa del castillo recortada contra el negro cielo. Se estremeció. La escena le recordó el decorado de las clásicas películas de Drácula que tanto la aterrorizaban cuando era adolescente.

Después de bajar por la oscura y angosta escalera, que daba un giro completo de ciento ochenta grados, Kim navegó por un mar de cajas vacías que llenaban el vestíbulo. Entró en el salón y contempló el retrato de Elizabeth. Aún en la oscuridad, podía ver sus ojos verdes, que brillaban en la oscuridad como si poseyeran una luz interior.

-¿Qué intentas decirme? -susurró Kim a la pintura. En cuanto la miró, la sensación de que Elizabeth intentaba enviarle un mensaje regresó de repente, junto con la clara certeza de que el mensaje no estaba en el diario. El diario sólo era un estímulo para que Kim no cejara en su empeño.

De pronto, captó un repentino movimiento con el rabillo del ojo y un grito ahogado acudió a su garganta. Su corazón le dio un vuelco. Levantó los brazos instintivamente para protegerse, pero los bajó al instante. Sólo era Saba, que había saltado sobre la mesa plegable.

Kim se sostuvo un momento contra la mesa. Se llevó la otra mano al pecho. Estaba avergonzada de su desmesurado terror, que también indicaba su grado de tensión.

Principios de septiembre de 1994

El laboratorio fue terminado y equipado la primera semana de septiembre, y se inauguró de inmediato. Kim se sintió aliviada. Aunque tenía por delante un mes de vacaciones y estaba libre para firmar los recibos de las centenares de entregas diarias, se alegró de que la liberasen de la tarea, de la que se encargó Eleanor Youngman.

Eleanor fue la primera persona que empezó a trabajar de forma oficial en el laboratorio. Unas semanas antes había avisado a Harvard de que abandonaba su puesto, pero había tardado casi quince días en concluir todos sus proyectos y trasladarse a Salem.

Librodot

La relación de Kim con Eleanor mejoró, pero no de manera drástica. Era cordial, pero envarada. Kim reconoció que existía animosidad por parte de Eleanor, debido a los celos.

En ocasión de su primer encuentro Kim había intuido que la reverencia de Eleanor por Edward incluía el anhelo no expresado de una relación más personal. Kim estaba asombrada de que Edward no se hubiera dado cuenta. Constituía una leve preocupación para ella, debido a las relaciones licenciosas de su padre con las supuestas ayudantes.

Los siguientes ocupantes del laboratorio fueron los animales. Llegaron a mediados de semana, en plena noche. Edward y Eleanor supervisaron la descarga de los camiones camuflados y acomodaron a su zoo en jaulas. Kim prefirió mirar desde la ventana de la casa. No veía muy bien lo que pasaba, pero daba igual. Los estudios con animales la molestaban, si bien comprendía su necesidad.

Siguiendo el consejo del contratista y el arquitecto, Edward había seguido la política de ocultar a la comunidad aquel aspecto del proyecto, con el fin de que el laboratorio funcionara mejor. No quería problemas con las leyes locales o los grupos pro derechos de los animales. El aislamiento de que gozaba la finca ayudaba a esa política. Un espeso bosque, protegido por una valla alta, la separaba de las viviendas circundantes.

Hacia finales de la primera semana de septiembre, los demás investigadores empezaron a llegar. Con la ayuda de Edward y Eleanor, alquilaron habitaciones en los diversos albergues diseminados por Salem. El contrato de los investigadores exigía que vinieran solos; abandonaron a sus familias temporalmente para suavizar la tensión de trabajar las veinticuatro horas al día durante varios meses. El incentivo era que todos se harían millonarios cuando las acciones que poseían de la empresa salieran a la venta.

El primer miembro del grupo en llegar fue Curt Neuman.

Era media mañana y Kim estaba en la casa, a punto de dirigirse al castillo, cuando oyó el rugido apagado de una moto.

Se acerco a una ventana y V10 que una moto se detenía delante de la casa. Un hombre que debía de tener su misma edad se apeó y levantó el visor de su casco. Llevaba un maletín sujeto a la parte posterior de la moto.

-¿Puedo ayudarlo? -preguntó Kim desde la ventana. Pensó que era un mensajero que se había equivocado de dirección.

-Perdone -dijo él; parecía contrariado y su voz poseía un leve acento alemán-. Quizá pueda ayudarme a localizar el laboratorio de Omni.

-Usted debe de ser el doctor Neuman -dijo Kim-. Espere un momento. Enseguida salgo.

Edward había hablado del acento de Curt cuando dijo que esperaba su llegada aquel día. Kim no había imaginado que el renombrado investigador llegaría en moto.

Antes de invitar a Curt Neuman a entrar, Kim cerró a toda prisa varios álbumes con muestras de telas que estaban abiertos sobre la mesa plegable y recogió los periódicos de varios días, diseminados sobre el sofá. Comprobó su aspecto un momento en el espejo del vestíbulo y abrió la puerta.

Curt se había quitado el casco y lo sostenía bajo el brazo como un caballero medieval. Sin embargo, no miraba en dirección a Kim, sino hacia el laboratorio. Al parecer, Edward había oído el ruido de la moto y bajaba hacia

la casa en su coche por el camino de tierra. Frenó, se apeó y abrazó a Curt como si fueran hermanos que no se veían desde hacía mucho tiempo.

Los dos hombres hablaron un momento de la BMW rojo metálico de Curt, hasta que Edward advirtió que Kim esperaba en el umbral. Se la presentó a Curt.

Ella estrechó la mano del investigador. Era un hombretón que medía cinco centímetros más que Edward, de cabello rubio y ojos azul cerúleo.

-Curt nació en Múnich -explicó Edward-. Estudió en Stanford y la UCLA. Mucha gente, incluido yo, piensa que es el biólogo especialista en reacciones a las drogas más talentoso del país.

-Basta, Edward -balbuceó Curt, mientras enrojecía.

-Tuve suerte de robarlo a Merck -continuó Edward-. Hicieron lo imposible por retenerlo; incluso se ofrecieron a montarle su propio laboratorio.

Kim observó con simpatía al pobre Curt, abrumado por los elogios de Edward, y le recordó la reacción de ambos a las alabanzas de Stanton, el día que se conocieron. Curt parecía sorprendentemente vergonzoso, pese a su físico imponente, su aspecto de modelo publicitario y su reputada inteligencia. Evitaba mirar a Kim.

-Basta de cháchara -dijo Edward-. -¡Vamos, Curt! Sígueme con tu máquina suicida. Quiero que veas el laboratorio.

Kim los vio dirigirse al laboratorio. Después, entró en la casa para terminar lo que debía hacer antes de ir al castillo.

Ya avanzado el día, cuando Kim y Edward estaban acabando una comida ligera, llegó el segundo investigador. Edward oyó acercarse el coche. Se apartó de la mesa y salió. Poco después, volvió con un hombre alto, delgado y musculoso. Era moreno y guapo, y Kim pensó que parecía más un esquiador que un investigador.

Edward los presentó. Se llamaba Francois Leroux. Ante la sorpresa de Kim, hizo ademán de besarle la mano, pero sin tocarla. Sólo sintió la suave caricia de su aliento sobre la piel.

Como había hecho con Curt, Edward resumió a Kim el currículum de Francois con brevedad y alabanzas entusiásticas. Al contrario que Curt, Francois no se mostró azorado.

Mientras Edward hablaba, clavó sus ojos oscuros y penetrantes en Kim, de una forma que a ésta le causó escalofríos.

-La realidad es que Francois es un genio -dijo Edward-.

Es un biofísico de Lyon, Francia, pero preparado en la Universidad de Chicago. Lo que lo distingue de sus colegas es que ha conseguido especializarse en resonancia magnética nuclear y cristalografía por rayos X. Ha logrado combinar dos tecnologías que suelen ser competitivas.

Kim observó que una leve sonrisa aparecía en el rostro de Francois cuando oyó el último comentario de Edward. Inclinó la cabeza en dirección a Kim, como para corroborar que, en efecto, era todo cuanto Edward decía, y más aún. Ella desvió la vista. Tenía la impresión de que Francois era demasiado sofisticado y atrevido para su gusto.

-Francois será el responsable de ahorrarnos un montón de tiempo en la investigación de Ultra -continuó Edward-. Ha sido una suerte reclutarlo. Peor para Francia, y mejor para nosotros .

Pocos minutos después, Edward se marchó con Francois al laboratorio. Estaba ansioso por enseñarle las instalaciones y presentarle a Curt. Kim vio

Librodot

desde la ventana que subían en el coche de Edward. Se maravilló de que dos personalidades tan dispares pudieran coincidir en un trabajo similar.

Los dos últimos investigadores llegaron el sábado, 10 de septiembre, en el tren procedente de Boston. Edward y Kim fueron juntos como comité de bienvenida y subieron al andén cuando el tren entraba en la estación.

Edward los vio y agitó la mano para llamar su atención.

Mientras se acercaban, Kim preguntó en broma a Edward si el atractivo físico era obligatorio para trabajar en Omni.

-¿De qué demonios estás hablando? -preguntó él.

-Todos tus colaboradores son guapos -contestó Kim.

-Pues no me había fijado.

Cuando los dos grupos se encontraron, Edward se encargó de las presentaciones. Kim conoció a Gloria Herrera y David Hirsh, a quienes estrechó la mano.

Gloria, al igual que Eleanor, no coincidía con la imagen que Kim tenía de una investigadora, pero ahí terminaba su parecido. Tanto el color de su piel como su actitud eran completamente opuestos. Al contrario que Eleanor, Gloria tenía la piel olivácea, el pelo tan negro como el de Kim y ojos oscuros, casi tan penetrantes como los de Francois. En contraste con la fría reserva de Eleanor, Gloria era franca y cordial.

David Hirsh le recordó a Francois. También era alto y delgado, y se movía como un esquiador. No estaba tan moreno como Francois. Su comportamiento era igualmente educado, pero más agradable, porque no era tan atrevido y poseía un evidente sentido del humor, así como una sonrisa encantadora.

Camino del laboratorio, Edward describió los méritos de Gloria y David con detalles y alabanzas, tal como había hecho en los casos de Curt y Francois. Tanto Gloria como David aseguraron a Kim que Edward exageraba. Después, la conversación giró en torno a Edward. Finalmente, Kim averiguó que Gloria era farmacóloga y David inmunólogo.

Kim se bajó en la casa. Cuando el coche siguió hacia el laboratorio, oyó más carcajadas. Estaba contenta por Edward.

Confiaba en que Gloria y David contribuyesen a animar el ambiente del laboratorio.

Al día siguiente, 11 de septiembre, Edward y los otros cinco investigadores organizaron una breve celebración, a la que Kim fue invitada. Descorcharon una botella de champán, entrechocaron las copas y brindaron por Ultra. Pocos minutos después, se pusieron a trabajar frenéticamente.

Durante los días siguientes, Kim visitó el laboratorio a menudo para dar apoyo moral y, al mismo tiempo, ver si había algún problema que ella pudiera ayudar a resolver. Pensaba que ejercía unas funciones a medio camino entre anfitriona y casera. A mitad de la semana, disminuyó notablemente la frecuencia de sus visitas. Al finalizar la semana, apenas iba, porque había empezado a sentirse una intrusa.

Edward no colaboraba. El viernes anterior ya había anunciado que debía espaciar sus visitas, porque perturbaban la concentración colectiva. Kim no se lo tomó como algo personal, porque era perfectamente consciente de la presión a que estaban sometidos para obtener resultados lo antes posible.

Además, las nuevas actividades la complacían. Se había adaptado muy bien a la casa, y la consideraba agradable. Aún intuía la presencia de

Elizabeth, pero no era tan inquietante como la primera noche. Se entregó a su interés por el interiorismo y compró cantidad de libros sobre revestimientos de paredes y suelos, diseños de cortinas y muebles coloniales.

Había llevado muchas muestras, que había esparcido por las zonas de la casa donde pensaba utilizar los materiales. Como desafío añadido, había dedicado muchas horas a investigar en las numerosas tiendas de antigüedades de la zona, a la busca de muebles del período colonial.

También pasó mucho tiempo en el castillo, tanto en el desván como en la bodega. Descubrir el diario de Elizabeth había significado un gran incentivo para ella. También había disipado el desaliento de tantas horas anteriores infructuosas.

A principios de septiembre, durante la visita al castillo posterior al descubrimiento del diario, encontró otra carta significativa. Se hallaba en el mismo arcón que el diario. Iba dirigida a Ronald y estaba escrita por Jonathan Corwin, el magistrado que había vivido en la Casa de la Bruja.

20 de julio de 1692
Ciudad de Salem

Querido Ronald:

Considero prudente advertirte que cuando desenterraste el cadáver de Elizabeth, sepultado en la Colina de la Horca, fuiste observado por Roger Simmons, quien también vio al hijo de la señora Nurse recuperar el cuerpo de su madre con el mismo fin que el tuyo. Te suplico, amigo mío, que no te jactes de este acto en estos tiempos turbulentos, a menos que desees más vejaciones para ti y tu familia, pues desenterrar a la fallecida es considerado por muchos un acto de brujería. Tampoco llamaría la atención sobre una tumba por la susodicha razón de que podrías ser acusado equivocadamente. He hablado con Roger Simmons y me ha jurado que no hablará a nadie de este asunto, excepto si un magistrado lo llama a declarar. Que Dios guíe tus pasos.

Tu amigo y servidor, JONATHAN CORWIN.

Después de encontrar la carta de Corwin, Kim pasó dos semanas sin encontrar nada relacionado con Elizabeth o Ronald, pero aun así su entusiasmo por ir al castillo no menguó.

Reconoció por fin que la mayor parte de documentos diseminados en el desván y la bodega poseía valor histórico, y decidió ordenar los papeles, antes que limitarse a buscar material del siglo XVII.

Dedicó zonas, tanto del desván como de la bodega, a almacenar documentos por períodos de medio siglo. En cada zona, separó el material según tuviese que ver con negocios, documentos oficiales o papeles personales. Fue una tarea monumental, pero la satisfizo, pese a que no añadió más material a su colección de documentos relativos a sus antepasados del siglo XVII.

De esta forma, la primera mitad de septiembre transcurrió con placidez, mientras Kim dividía su tiempo entre decorar la casa e investigar y organizar los desordenados archivos del castillo. Mediado el mes, evitó en todo momento el laboratorio, y no vio a ninguno de los investigadores. Incluso empezó a ver menos a Edward, que cada día se acostaba más tarde y se levantaba más temprano.

Librodot

Lunes 19 de septiembre de 1994

Era un espléndido día de otoño, con un sol resplandeciente que no tardó en elevar la temperatura a casi treinta grados.

Kim observó complacida que algunos árboles de las zonas pantanosas cercanas ya daban muestras de su esplendor otoñal, y los campos que rodeaban el castillo se habían transformado en una alfombra dorada.

Kim ni siquiera había visto a Edward. Se había levantado antes que ella y se había marchado al laboratorio sin desayunar. Lo descubrió porque no había platos sucios en el fregadero. Kim no se sorprendió, pues varios días antes Edward le había dicho que el grupo había empezado a preparar las comidas en el laboratorio para ahorrar tiempo. Había afirmado que los progresos eran asombrosos.

Ella pasó la mañana en la casa, dedicada a su proyecto de decoración. Después de una semana de indecisiones, había elegido la tela para los cubrecamas, las colgaduras de la cama y las cortinas para los dormitorios de la planta superior. Había sido difícil tomar una decisión, pero finalmente lo había hecho. Se sintió aliviada. Con el número de la tela que había elegido en la mano, llamó a una amiga que trabajaba en el centro de diseño de Boston y le hizo el pedido.

Después de una agradable comida consistente en ensalada y té helado, Kim se dirigió al castillo para proseguir sus investigaciones. Ya dentro de la mansión, se debatió, como de costumbre, entre dedicar la tarde a la bodega o al desván. Ganó este último, a causa de la luz del sol. Llegó a la conclusión de que habría muchos días melancólicos y lluviosos en que la bodega supondría un alivio.

Le encaminó al punto más alejado del desván, situado sobre el ala de los criados, y se puso a investigar una serie de archivadores negros. Utilizó cajas de cartón vacías que habían contenido libros de Edward para separar los documentos, tal como había hecho las semanas anteriores. En su mayor parte, se trataba de documentos referidos a negocios de principios del siglo XIX.

Kim se había acostumbrado a leer las páginas manuscritas, y era capaz de guardarlas en la caja correcta con sólo echar un vistazo al encabezamiento, si lo había, o al primer párrafo.

A última hora de la tarde, llegó al último archivador. Mientras examinaba una colección de contratos de embarque, sepultada en el penúltimo cajón, descubrió una carta dirigida a Ronald Stewart.

Después de tanto tiempo sin encontrar un documento similar, Kim se quedó un momento estupefacta. Miró la carta como si sus ojos la estuvieran engañando. Por fin, introdujo la mano en el cajón y la sacó. La sujetó delicadamente entre los dedos, como Mary Custland había sostenido la carta de Mather. Al observar la firma, sus esperanzas se fortalecieron.

Era otra carta de Samuel Sewall.

8 de febrero de 1697 Boston Querido amigo:

Como sin duda sabrá, el honorable vicegobernador Coucil y asambleísta de la Provincia de su Majestad de la Bahía de Massachusetts decretó en la Asamblea Legislativa que el jueves 14 de enero sea considerado día de ayuno en arrepentimiento por los pecados cometidos contra gente inocente como perpetrados por Satán y sus familiares en Salem. De igual forma, siendo consciente de mi complicidad en el tribunal superior de

jurisdicción criminal, deseo proclamar públicamente mi culpabilidad y vergüenza, cosa que haré en el templo de nuestra comunidad. En cuanto a usted, amigo mío, no sé qué decir para aliviar su carga. No me cabe la menor duda de que Elizabeth estaba en convivencia con las Fuerzas del Mal, pero a la vista de mis anteriores errores de juicio no deseo hacer conjeturas acerca de si estaba poseída o había hecho un pacto. En cuanto a la pregunta que usted me ha hecho en relación con las actas del tribunal superior de jurisdicción criminal en general y del juicio de Elizabeth en particular, puedo asegurar que se hallan en poder del reverendo Cothon Mather, quien me ha jurado que jamás caerán en malas manos para impugnar el carácter de los jueces y magistrados que actuaron con toda su inteligencia, si bien errados en muchos casos. Creo, aunque no osaría preguntarlo ni quiero saberlo, que el reverendo Mather abriga la intención de quemar las susodichas actas. Mi opinión respecto de la oferta que le ha hecho a usted el magistrado Jonathan Corjvin de darle todas las actas del caso de Elizabeth, incluyendo la querella inicial, la orden de detención, el auto de prisión y los testimonios de la audiencia preliminar, creo que debería aceptarlos y disponer de ellos de la misma manera para que las futuras generaciones de su familia no sufran afrentas públicas a causa de la tragedia de Salem provocada o incitada por los actos de Elizabeth.

Su amigo en el nombre de Cristo, SAMUEL SEWALL.

-¡Santo cielo! -exclamó Edward-. Mira que a veces cuesta encontrarte.

Kim levantó la vista de la carta de Sewall y vio que Edward se erguía sobre ella. Estaba parcialmente escondida detrás de un archivador negro.

-¿Pasa algo? -preguntó nerviosa.

-Sí. Hace media hora que te busco. Supuse que estarías en el castillo. Subí al desván y grité. Como no contestaste, bajé a la bodega. Al no encontrarte allí, he vuelto aquí. Esto es ridículo. Si vas a pasar todo el tiempo en el castillo, al menos pon un teléfono.

Kim se puso de pie.

-Lo siento -dijo-. No te oí.

-Es evidente. Escucha, ha surgido un problema. Stanton ha vuelto a ponerse hecho una furia por el dinero, y viene hacia aquí. Todos odiamos perder el tiempo en reuniones con él, sobre todo en el laboratorio, pues querrá que le expliquemos qué hace cada uno. Para colmo, todos están nerviosos por el exceso de trabajo. Hay disputas por razones estúpidas, como quién tiene más espacio y quién está más cerca de la maldita fuente de agua. Ha llegado un punto en que me siento como la madre de un puñado de mocosos.

En cualquier caso, para abreviar la historia, quiero celebrar la reunión en la casa. Será bueno sacar a todo el mundo de aquel ambiente hostil. A fin de ahorrar tiempo he pensado que también podríamos comer. ¿Podrías preparar algo para la cena?

Al principio, Kim pensó que Edward estaba bromeando, pero cuando comprendió que no era así, consultó su reloj.

-Pasan de las cinco -le recordó.

-Serían las cuatro y media si no te hubieses escondido.

-No puedo preparar cena para ocho personas a esta hora de la tarde.

-¿Por qué no? No tiene que ser un banquete, por el amor de Dios. Por lo que a mí respecta, pueden ser pizzas. De eso nos alimentamos, a fin de

cuentas. Algo que nos llene el estómago. Por favor, Kim, necesito tu ayuda. Me estoy volviendo loco.

-Muy bien -dijo Kim a regañadientes. Era evidente que él estaba muy tenso-. Haré algo mejor que pizzas de encargo, pero no será muy sofisticado.

Kim reunió sus cosas, incluida la carta de Sewall, y siguió a Edward fuera del desván.

Mientras bajaban por la escalera, le tendió la carta y explicó qué era. Él se la devolvió y dijo:

-En este momento no tengo tiempo para Samuel Sewall.

-Es importante -insistió Kim-. Explica cómo Ronald pudo eliminar el nombre de Elizabeth de los documentos históricos. No lo hizo solo. Lo ayudaron Jonathan Corwin y Cotton Mather.

-Leeré la carta después.

-Hay una parte que quizá te interese.

Llegaron al descansillo de la escalera. Edward se detuvo bajo la ventana de vidrio color rosa. Se veía muy pálido a la luz amarillenta. Kim pensó que casi parecía enfermo.

-De acuerdo -dijo él, impaciente-. Enséñame qué es eso que consideras tan interesante para mí.

Kim le dio la carta y señaló la última frase, donde Sewall mencionaba que la tragedia de Salem fue provocada o incitada por los actos de Elizabeth.

-¿Y qué? -preguntó Edward después de leer el párrafo-.

Ya lo sabemos.

-Sí, pero ¿y ellos? ¿Sabían lo del hongo?

Edward leyó la frase por segunda vez.

-No -dijo cuando terminó-. Científicamente, era imposible. Carecían de los medios necesarios.

-Entonces, ¿cómo explicas la frase? En la primera parte de la carta, Sewall admitía que había cometido errores con las demás brujas condenadas, pero no con Elizabeth. Todos sabían algo que nosotros ignoramos.

-Volvemos a la misteriosa prueba. -Edward le devolvió la carta-. Es interesante, pero no para mis propósitos, y ahora no tengo tiempo para estas cosas.

Siguieron bajando por la escalera.

-Lamento estar tan preocupado -dijo él-. Además de todas las demás presiones a que estoy sometido, Stanton se está convirtiendo en un dolor de cabeza, casi tan malo como Harvard. Entre los dos, voy a acabar en un manicomio.

-¿Vale la pena todo este esfuerzo? -preguntó Kim.

Edward la miró con incredulidad.

-Por supuesto -replicó, irritado-. La ciencia exige sacrificio. Todos lo sabemos.

-A mí me parece más economía que ciencia -dijo Kim.

El no contestó.

Al salir, Edward fue directamente hacia su coche.

-Llegaremos a las siete y media en punto -dijo sin volverse, antes de sentarse al volante. Puso en marcha el motor. Algo de tierra y guijarros salieron disparados cuando el coche aceleró hacia el laboratorio.

Kim entró en su coche y tamborileó con los dedos sobre el volante, mientras pensaba en qué iba a hacer para cenar.

Ahora que Edward se había ido y tenía tiempo para reflexionar, se sentía irritada y decepcionada consigo misma por haber aceptado aquella carga inesperada e irracional.

Se reprochó haberse comportado del modo en que lo había hecho. Al ser tan sumisa, había recaído en una conducta más infantil, como años atrás en todo cuanto concernía a su padre. Sin embargo, una cosa era reconocer lo que hacía y otra muy diferente remediarlo. Al igual que con su padre, quería complacer a Edward, pues deseaba y necesitaba su aprecio. Además, razonó, Edward estaba sometido a una gran presión y la necesitaba.

Kim puso en marcha el coche y se dirigió a la ciudad para comprar comida. Mientras conducía, continuó reflexionando acerca de su situación. No quería perder a Edward, pero durante las últimas semanas daba la impresión de que, cuanto más se esforzaba por complacerlo y ser comprensiva, más exigente se volvía él.

Como le quedaba muy poco tiempo, Kim decidió preparar una cena sencilla a base de filetes a la parrilla, acompañados de ensalada y panecillos calientes. La bebida consistiría en vino o cerveza. Como postre, compró fruta fresca y helado. A las siete menos cuarto, había sazonado los filetes, preparado la ensalada y encendido el horno para los panecillos. Incluso había encendido el fuego de la parrilla exterior.

Se dio una rápida ducha en el cuarto de baño. Después, subió a ponerse ropas cómodas, para luego volver a la cocina y sacar servilletas y cubiertos. Estaba poniendo la mesa del comedor, cuando el Mercedes de Stanton frenó delante de la casa.

-Hola, prima -dijo Stanton cuando entró. Le dio un beso en la mejilla.

Kim le ofreció una copa de vino. Stanton aceptó y la siguió a la cocina.

-¿ Es el único vino que tienes? -preguntó con desdén mientras Kim lo descorchaba.

-Me temo que sí.

-Creo que tomaré cerveza.

Mientras Kim seguía preparando la cena, Stanton se sentó en un taburete y la observó trabajar. No se ofreció a ayudarla, pero a Kim no le importó. Lo tenía todo controlado.

-Veo que Buffer y tú os lleváis muy bien -comentó Stanton. El perro de Edward seguía a Kim por toda la cocina-.

Estoy impresionado. Es un jodido antipático.

-¿Que me llevo bien con Buffer? -preguntó con cinismo Kim-. Menuda broma. No está aquí por mí, desde luego, sino por los filetes. Siempre está en el laboratorio, con Edward.

Kim comprobó la temperatura del horno y metió los panecillos.

-¿Te gusta vivir en esta casa? -preguntó Stanton.

-Me gusta. -Kim suspiró-. Bueno, casi todo. Por desgracia, la situación del laboratorio domina sobre todo lo demás.

Edward está muy nervioso.

-No lo sabía.

-Harvard se lo está poniendo difícil -dijo Kim. Añadió que eso también le concernía a él.

-Le advertí acerca de Harvard desde el primer momento -dijo Stanton-. Sabía por pasadas experiencias que Harvard no iba a resignarse, sobre todo cuando se enteraron de que había ganancias de por medio. Las

universidades se han vuelto muy sensibles a esta clase de situación, en especial Harvard.

-Detesto verlo echar por la borda su carrera académica -dijo Kim-. Antes de Ultra, la enseñanza era su primer amor.

Kim empezó a adornar la ensalada.

Stanton siguió mirándola sin decir nada, hasta que consiguió atraer su atención.

-¿Va bien lo vuestro? -preguntó-. No quiero ser fisgón, pero desde que trabajo con Edward en este proyecto, he descubierto que es una persona difícil de tratar.

-Existe cierta tensión desde hace un tiempo -admitió Kim-. El traslado no ha sido tan placentero como esperaba, pero no había tenido en cuenta a Omni y Ultra. Como ya te he dicho, Edward está sometido a muchas presiones.

-No es el único.

La puerta principal se abrió. Edward y los investigadores entraron. Kim salió a recibirlos para facilitar la situación, pero la tarea no resultó sencilla. Todos estaban de mal humor, incluidos Gloria y David. Al parecer, nadie había querido ir a cenar a la casa. Edward tuvo que ordenárselo.

Quien peor reaccionó fue Eleanor. En cuanto se enteró del menú, anunció con aire petulante que ella no comía carne roja.

-¿Qué sueles comer? -preguntó Edward.

-Pescado o pollo -respondió Eleanor.

Edward miró a Kim y enarcó las cejas, como diciendo "¿Qué vas a hacer?"

-Iré a comprar pescado -dijo Kim.

Salió y entró en el coche. Eleanor se había comportado de manera grosera, pero ella agradeció poder abandonar la casa unos minutos. Se respiraba un ambiente pésimo.

A escasa distancia, había un mercado donde se vendía pescado fresco, y Kim compró varios filetes de salmón, por si alguien, además de Eleanor, prefería pescado. Mientras volvía, se preguntó si habría pasado algo durante su ausencia.

Se llevó una agradable sorpresa al entrar en la casa. La atmósfera había mejorado. Si bien ni con un esfuerzo de imaginación la reunión podía definirse como alegre, al menos no se respiraba tanta tensión. En su ausencia, habían abierto el vino y las cervezas, y bebían con más entusiasmo del que había esperado. Se alegró de haber comprado tantas cosas.

Todo el mundo estaba sentado en el salón, alrededor de la mesa de caballete. El retrato de Elizabeth los contemplaba desde la pared. Kim saludó y se dirigió a la cocina. Lavó el pescado y lo puso en una bandeja, junto a la carne.

Volvió al salón con una copa de vino en la mano. Mientras ella estaba en la cocina Stanton se había levantado y entregado a cada uno un impreso. Ahora, estaba apoyado contra la chimenea, debajo del retrato.

-Lo que están mirando es una previsión de la velocidad con que nos quedaremos sin dinero al actual ritmo de consumo -dijo-. La situación no es buena. Por eso, necesito saber cuándo van a lograr sus objetivos individuales, a fin de reunir más capital. Hay tres posibilidades: ofrecer

acciones a la venta, lo cual dudo que funcione, al menos hasta que tengamos algo que vender...

-¡Tenemos algo que vender! -interrumpió Edward-. Tenemos el fármaco más prometedor desde la invención de los antibióticos, gracias a la señora. -Levantó la botella de cerveza para indicar el retrato de Elizabeth-. Me gustaría brindar por la mujer que tal vez llegue a convertirse en la bruja más famosa de Salem.

Todo el mundo levantó su copa, excepto Kim. Incluso Stanton se unió después de recuperar su botella, que había dejado sobre la repisa. Tras un momento de silencio, todos bebieron con entusiasmo.

Kim se removió inquieta, casi esperando que la expresión de Elizabeth cambiara en el cuadro. Consideró los comentarios de Edward irrespetuosos y de mal gusto. Se preguntó qué pensaría Elizabeth si viera a tanta gente de talento congregada en su casa, impulsada por el ánimo de lucro, gracias a un descubrimiento relacionado con su caída en desgracia y posterior ejecución.

-No niego que tengamos un producto en potencia -dijo Stanton, después de dejar su cerveza-. Todos lo sabemos, pero carecemos de un producto comerciable. Por lo tanto, créanme, dado el actual clima económico, no es el momento de ofrecer acciones a la venta. Podríamos intentar una oferta privada, que tiene la ventaja de una menor pérdida de control. La última alternativa es conseguir más capitalistas, lo cual exigirá el sacrificio de casi todas las acciones y, por lo tanto, de los beneficios. De hecho, habría que renunciar a lo que ya tenemos.

Un murmullo de insatisfacción se elevó del grupo de investigadores.

-No quiero perder más acciones -dijo Edward-. Valdrán demasiado cuando Ultra llegue al mercado. ¿Por qué no pedimos prestado el dinero?

-Necesitaríamos una garantía -dijo Stanton-. De lo contrario deberíamos acudir a fuentes no habituales, lo que significaría pagar intereses exorbitantes. Y como el dinero no saldrá de las fuentes habituales, la gente con que has de tratar no permitirá que te escondas tras el escudo de una empresa si las cosas salen mal. ¿Entiendes lo que quiero decir, Edward?

-Capto el sentido, pero de todos modos averigua si existe alguna posibilidad. Hay que examinar todos los métodos que nos eviten dilapidar más acciones. Sería una pena, porque Ultra es cosa hecha.

-¿Estás tan seguro ahora como cuando formamos la empresa? -preguntó Stanton.

-Más aún. Cada día estoy más convencido. Las cosas van muy bien, y si continúan así, quizá podríamos presentar una solicitud de investigación de un fármaco nuevo dentro de seis u ocho meses, que es muy diferente de los tres años y medio normales.

-Cuanto más rápido os mováis, mejor será la situación financiera -dijo Stanton-. Sería conveniente incluso si acelerárais el paso.

Eleanor lanzó una carcajada despectiva.

-Estamos trabajando a la máxima velocidad -dijo Francois.

-Es verdad -afirmó Curt-. Casi todos dormimos menos de seis horas.

-Hay una cosa que todavía no he hecho -dijo Edward-.

Aún no me he puesto en contacto con la gente que conozco en la DFA. Quiero allanar el camino para que Ultra sea considerada, al menos, una realidad inminente. A la larga, probaremos la droga en casos de depresión

Librodot

profunda, así como en pacientes de sida y, tal vez, enfermos de cáncer terminales.

-Cualquier cosa que ahorre tiempo servirá de ayuda -dijo Stanton-. No me cansaré de insistir en ello.

-Creo que hemos comprendido el mensaje -contestó Edward.

-¿Alguna idea más aproximada sobre la forma de actuar de Ultra? -preguntó Stanton.

Edward pidió a Gloria que explicase a Stanton lo que acababan de descubrir.

-Esta mañana, descubrimos niveles bajos de una encima natural en los cerebros de las ratas que metabolizan Ultra -dijo ella.

-¿Se supone que tiene que llenarme de emoción? -preguntó con sarcasmo Stanton.

-Debería -dijo Edward-, si recordaras algo de los cuatro años que desperdiciaste en la facultad de medicina.

-Sugiere que Ultra podría ser una molécula cerebral natural -explicó Gloria-, o al menos muy cercana a la molécula natural desde un punto de vista estructural. La estabilidad de la fijación de Ultra a las membranas neuronales confirma esta teoría. Empezamos a pensar que la situación podría ser similar a la relación entre los narcóticos del tipo de la morfina y las propias endorfinas del cerebro.

-En otras palabras -dijo Edward-, Ultra es un autocoide cerebral natural, u hormona interna.

-Pero los niveles no son los mismos en todo el cerebro -aclaró Gloria-. Nuestros exámenes iniciales sugieren que Ultra se concentra en el tronco del cerebro, el mesencéfalo y el sistema límbico.

-Ah, el sistema límbico -dijo Stanton. Sus ojos se iluminaron-. De eso sí me acuerdo. Es la parte del cerebro relacionada con el animal que anida en nuestro interior y los impulsos básicos, como la rabia, el hambre y el sexo. ¿Ves, Edward, como mi formación médica no fue una pérdida total?

-Gloria, cuéntale cómo pensamos que funciona -dijo Edward sin hacer caso del comentario de Stanton.

-Creemos que amortigua los niveles de los neurotransmisores cerebrales -explicó Gloria-. Más o menos, como la forma en que un amortiguador mantiene el ph de un sistema de base ácida.

-En otras palabras -intervino Edward-, Ultra, o la molécula natural si es diferente de Ultra, sirve para estabilizar las emociones. Al menos, ésa era su función inicial: devolver a la normalidad las emociones extremas provocadas por algún acontecimiento inquietante, como ver un tigre dientes de sable en tu caverna. Sea cual sea la emoción extrema, Ultra amortigua los neurotransmisores para que el animal o el hombre primitivo recobren cuanto antes la normalidad, en vistas al siguiente desafío.

-¿A qué te refieres por función inicial? -preguntó Stanton.

-Gracias a nuestros últimos experimentos, creemos que la función ha evolucionado como el cerebro humano -dijo Edward-. Ahora, creemos que la función ha pasado de limitarse a estabilizar las emociones a englobarlas en el reino del control voluntario.

Los ojos de Stanton se iluminaron de nuevo.

-Espera un momento -dijo mientras se esforzaba por comprender-. ¿Quieres decir que si administramos Ultra a un paciente deprimido, le bastará con desear no estar deprimido?

Librodot

-Esa es nuestra hipótesis actual -admitió Edward-. La molécula natural existe en el cerebro en cantidades ínfimas, pero desempeña un papel fundamental a la hora de regular las emociones y el estado de ánimo.

-¡Dios mío! -exclamó Stanton-. -¡Ultra podría ser la droga del siglo!

-Por eso trabajamos sin parar -dijo Edward.

-¿Qué estáis haciendo ahora?

-De todo. Estudiamos la molécula desde todos los puntos de vista posibles. Sabiendo que está ligada a un receptor, queremos descubrir la proteína de unión. Deseamos conocer la estructura o estructuras de la proteína de unión, pues sospechamos que Ultra se enlaza con distintas cadenas laterales en diferentes circunstancias.

-¿Cuándo crees que podremos lanzarla al mercado en Europa y Japón?

-Nos haremos una idea cuando empecemos las pruebas clínicas, pero eso no ocurrirá hasta que recibamos el permiso para investigar de la DFA.

-Hemos de acelerar el proceso como sea. Esto es una locura. Tenemos una droga de mil millones y podríamos ir a la bancarrota.

-Espera un momento -dijo Edward de repente, atrayendo la atención de todos los presentes-. Se me acaba de ocurrir una idea. He pensado una forma de ahorrar tiempo. Voy a tomar la droga.

Se hizo el silencio más absoluto en el salón, sólo roto por el tictac del reloj que descansaba sobre la repisa y los chillidos de las gaviotas en la orilla del río.

-¿Te parece sensato? -preguntó Stanton.

-Ya lo creo -contestó Edward, entusiasmado con la idea-.

Bien, no sé por qué no lo pensé antes. Gracias a los resultados de los estudios sobre la toxicidad que ya hemos realizado, no me cabe la menor duda.

-Es cierto que no hemos observado toxicidad alguna -dijo Gloria.

-Los cultivos de tejidos parecen prosperar bien en la droga -apuntó David-. Sobre todo, los cultivos de células nerviosas.

-No creo que tomar una droga experimental sea una buena idea -dijo Kim, quien intervenía por primera vez. Estaba de pie ante la puerta que daba al vestíbulo.

Edward la miró con el ceño fruncido por interrumpirlo.

-Pues en mi opinión es una idea magistral -dijo.

-¿De qué manera nos ahorrará tiempo? -preguntó Stanton.

-Tendremos todas las respuestas antes de empezar las pruebas clínicas, así de simple -respondió Edward-. Piensa en lo fácil que resultará diseñar los protocolos clínicos.

-Yo también la tomaré -dijo Gloria.

-Y yo también -dijo Eleanor.

Uno a uno, los demás investigadores admitieron que era una idea fabulosa y se ofrecieron a participar.

-Cada uno puede tomar dosis diferentes -sugirió Gloria-.

Seis personas nos proporcionarán unas estadísticas significativas a la hora de evaluar los resultados.

-Podemos dosificar los niveles a ciegas -propuso Francois-. De esa forma no sabremos quién ha tomado la dosis más alta y quién la más baja.

-¿Tomar una droga que no ha recibido aprobación para ser investigada no es contrario a la ley? -preguntó Kim.

Librodot

-¿Qué clase de ley? -dijo Edward, y rió-. ¿Una ley de una junta de revisión institucional? Bien, en lo que concierne a Omni, nosotros somos la junta de revisión institucional, así como todos los demás comités, y no hemos aprobado ninguna ley.

Todos los demás investigadores sumaron sus carcajadas a las de Edward.

-Pensaba que el Gobierno tenía directrices o leyes sobre estas cosas -insistió Kim.

-El Instituto Nacional de Salud tiene directrices -explicó Stanton-, pero para instituciones que reciben subvenciones de él. Nosotros no recibimos ni un centavo del Gobierno.

-Debe de haber normas contra el uso de una droga por seres humanos antes de que hayan sido probadas con animales -dijo Kim-. La simple intuición dice que es imprudente y peligroso. ¿Recuerdas el desastre de la talidomida? ¿No os preocupa?

-No hay comparación con esa desafortunada situación -replicó Edward-. La talidomida no era un componente natural, y en general era mucho más tóxica. No te pedimos que tomes Ultra, Kim. De hecho, puedes actuar como control.

Todo el mundo volvió a reír. Kim enrojeció y se encaminó a la cocina. Estaba asombrada del cambio operado en la atmósfera de la reunión. La tensión había dado paso a la euforia. Kim experimentó la desagradable sensación de que cierto grado de histeria se había apoderado del grupo, debido a una combinación de exceso de trabajo y grandes expectativas.

Ya en la cocina, se dedicó a sacar los panecillos del horno.

Oía risas y voces exaltadas en el salón, que hablaban de construir un centro científico con algunos de los miles de millones que ya veían al alcance de la mano.

Mientras ponía los panecillos en una cesta, intuyó que alguien había entrado en la cocina.

-He pensado que tal vez necesitaba ayuda -dijo Francois.

Kim se volvió y lo miró, pero apartó enseguida la vista e inspeccionó la cocina. Fingió que pensaba en qué podía hacer Francois. En realidad, el hombre la inquietaba por su atrevimiento, y aún se sentía incómoda por el episodio del salón.

-Creo que todo está controlado -dijo-, pero gracias por el ofrecimiento.

-¿Puedo llenarme la copa de vino? -preguntó. Ya había cogido la botella por el cuello.

-Por supuesto -dijo Kim.

-Me encantaría ver los alrededores cuando el trabajo se calme -dijo Francois mientras se servía vino-. Quizá podría T enseñarme algunos lugares de interés. Me han dicho que Marblehead es un encanto.

Kim dirigió otra fugaz mirada a Francois. Como esperaba, tenía los ojos clavados en ella. Él sonrió con ironía, y Kim tuvo la desagradable sensación de que intentaba flirtear con ella. También la impulsó a preguntarse qué le había contado Edward acerca de su relación.

-Quizá su familia ya habrá llegado para entonces -dijo Kim.

-Quizá.

Antes de acostarse, Kim dejó entreabierta adrede la puerta del lavabo. Su intención era permanecer despierta para hablar con Edward cuando volviera del laboratorio. Por desgracia, ignoraba a qué hora sería.

Se recostó sobre las almohadas, cogió el diario de Elizabeth de la mesita de noche y lo abrió por la última página que había leído. Ya había dado de sí todo lo que esperaba. Excepto por la última anotación, constituía una decepción. Elizabeth se limitaba a describir el tiempo y los acontecimientos cotidianos, en lugar de expresar sus pensamientos, que era lo que más interesaba a Kim.

Pese a su intención de permanecer despierta, Kim se adormeció a eso de medianoche, con la luz todavía encendida. La despertó el ruido del wáter. Abrió los ojos y vio a Edward en el cuarto de baño.

Kim se frotó los ojos y trató de concentrarse en el reloj.

Era más de la una. Se levantó con cierto esfuerzo y se puso la bata y las zapatillas. Con la sensación de estar un poco más despejada, entró en el lavabo. Edward estaba cepillándose los dientes.

Kim se sentó en la tapa del wáter y apretó las rodillas contra el pecho. Edward le dirigió una mirada inquisitiva, pero no dijo nada hasta que terminó con sus dientes.

-¿Qué demonios haces levantada a esta hora? -preguntó.

Parecía preocupado, pero no irritado.

-Quería hablar contigo -dijo ella-. Quería preguntarte si es cierto que piensas tomar Ultra.

-Pues claro. Todos empezaremos a tomarlo mañana. Dispusimos un sistema a ciegas, para que nadie sepa cuánto toma en comparación con los demás. Fue idea de Francois.

-¿Crees que es una medida prudente?

-Es la mejor idea que he tenido en años. Acelerará todo el proceso de evaluación de la droga y me quitaré de encima a Stanton.

-Será arriesgado.

-Desde luego. Siempre hay un riesgo, pero confío en que sea un riesgo aceptable. Sabemos con seguridad que Ultra no es tóxico.

-Todo esto me pone muy nerviosa.

-Bien, te tranquilizaré sobre un punto significativo: no soy un mártir. De hecho, soy básicamente cobarde. Si creyera que es peligroso no lo haría ni permitiría que los demás lo hicieran. Además, desde un punto de vista histórico, estaremos en buena compañía. Muchos de los grandes nombres de la historia de la investigación médica se prestaron como primeros sujetos experimentales.

Kim enarcó las cejas con aire inquisitivo. No estaba convencida.

-Tendrás que confiar en mí -dijo Edward. Se restregó vigorosamente la cara, y luego la secó con la toalla.

-Tengo otra pregunta -siguió Kim-. ¿Qué has dicho sobre mí al personal del laboratorio?

Edward apartó la toalla de la cara y miró a Kim.

-¿De qué estás hablando? ¿Por qué tendría que hablar al personal de ti?

-Quiero decir acerca de nuestra relación.

-No recuerdo nada concreto. -Edward se encogió de hombros-. Tal vez llegué a decir que eras mi novia.

-¿Eso significa amante o amiga?

-¿Qué ocurre? -preguntó Edward, irritado-. No he divulgado secretos personales, si es eso lo que insinúas. Nunca he contado detalles íntimos

sobre nosotros a nadie. ¿A qué viene este interrogatorio a la una de la mañana?

-Lamento que tengas la sensación de ser sometido a un interrogatorio. No era mi intención. Sólo tenía curiosidad por lo que habías dicho, ya que no estamos casados, y supongo que han hablado contigo de sus familias.

Kim estuvo a punto de contar el episodio de Francois, pero decidió no hacerlo. En aquel momento Edward estaba demasiado excitable para hablar de ello, debido al cansancio y a su preocupación obsesiva por Ultra. Además, Kim se resistía a provocar una disputa entre él y Francois, porque no estaba totalmente segura de cuáles habían sido las intenciones de este último.

Kim se levantó.

-Espero no haberte molestado -dijo-. Sé lo cansado que debes de estar. Buenas noches.

Salió del lavabo y se dirigió a su habitación.

-Espera -dijo Edward. Salió del lavabo-. He vuelto a exagerar. Lo siento. En lugar de hacerte sentir mal, debería darte las gracias. Te agradezco profundamente que hayas preparado la cena. Fue perfecta y todo el mundo quedó satisfecho.

Era el alto en el camino que necesitábamos.

-Agradezco que me lo digas. He intentado ayudar. Creo que por fin soy consciente de la presión a que estás sometido.

-Bien, la situación mejorará si Stanton se tranquiliza. Ahora, me concentraré en Ultra y en Harvard.

Finales de septiembre de 1994

El que Edward reconociera el esfuerzo que había supuesto para ella preparar la cena contando con tan poco tiempo alentó a Kim a pensar que la situación entre ambos mejoraría. Pero no fue así. Durante la semana que siguió a la noche de la cena, las cosas parecieron empeorar. De hecho, Kim no vio en ningún momento a Edward. Llegaba muy tarde por la noche, bastante después de que Kim se hubiera acostado, y se levantaba antes de que ella despertara. No hizo el menor esfuerzo por comunicarse con ella, si bien le dejó numerosos mensajes.

Hasta Buffer parecía más desagradable de lo habitual. Apareció inesperadamente el miércoles por la noche, cuando Kim se estaba preparando la cena. Daba la impresión de estar hambriento, de modo que Kim llenó un plato con su comida y lo tendió hacia el animal, con la intención de dejarlo en el suelo.

Buffer reaccionó enseñando los dientes y lanzándole una dentellada. Ella tiró la comida a la basura.

Como no mantenía contacto con nadie del laboratorio, Kim empezó a sentirse más ajena que a principios de mes a todo cuanto sucedía en la finca. También empezó a sentirse sola.

Advirtió sorprendida que esperaba ansiosamente el momento de volver a trabajar, algo que jamás le había ocurrido. De hecho, cuando se fue del trabajo a finales de agosto, pensaba que le costaría bastante volver.

El jueves, Kim tomó conciencia de que estaba algo deprimida, y la angustia resultante la asustó. Había sufrido una depresión durante el segundo año de universidad, y la experiencia había dejado en ella una cicatriz duradera. Temerosa de que los síntomas empeoraran, llamó a Alice

McMurray, una terapeuta del hospital general a la que conocía desde hacía años. Alice accedió a concederle media hora al día siguiente, durante la pausa para almorzar.

El viernes por la mañana, Kim se sintió algo mejor que las mañanas anteriores. Supuso que se debía a la exaltación de haber hecho planes para ir a la ciudad. Decidió tomar el tren, pues lo más probable era que no encontrase sitio en el aparcamiento del hospital.

Llegó a Boston poco después de las once. Como tenía mucho tiempo por delante, fue a pie desde la estación al hospital. Era un agradable día de otoño, en que los claros se turnaban con las nubes. En contraste con Salem, las hojas de los árboles ya habían empezado a cambiar.

Kim se sintió bien al encontrarse en el entorno familiar del hospital, sobre todo cuando topó con varios colegas que bromearon sobre su bronceado. El despacho de Alice se encontraba en un edificio perteneciente al hospital. Cuando llegó al mostrador de recepción, Kim lo descubrió desierto.

Casi al instante, la puerta del despacho de Alice se abrió y ésta asomó la cabeza.

-Hola -dijo-. Entra. -Señaló el escritorio de la secretaria-.

Todo el mundo ha salido a comer, por si era eso lo que te preguntabas.

El despacho de Alice era sencillo pero cómodo. Había cuatro sillas y una mesa de café agrupadas en el centro de la habitación, sobre una alfombra oriental. Un pequeño escritorio estaba apoyado contra la pared. Cerca de la ventana había una palmera en una maceta. Las paredes estaban cubiertas de reproducciones de pintores impresionistas y algunos diplomas enmarcados.

Alice era una mujer entrada en carnes, cuya actitud comprensiva emanaba de ella como un campo magnético. Como ella misma había admitido a Kim, toda su vida había luchado con un problema de peso. No obstante el esfuerzo la había dotado de mayor eficacia a la hora de ser sensible a los problemas de los demás.

-Bien, ¿en qué puedo ayudarte? -preguntó Alice cuando tomaron asiento.

Kim procedió a explicar la situación en que se encontraba.

Intentó ser sincera y admitió su decepción porque las cosas no resultaban como había esperado. Mientras hablaba, se oyó asumir casi toda la culpa. Alice también lo oyó.

-Esto me suena -dijo Alice. A continuación, preguntó por la personalidad y hábitos sociales de Edward.

Kim describió a Edward y, con la ayuda de la presencia de Alice, se oyó defenderlo al instante.

-¿Crees que existe un parecido entre la relación con tu padre y la relación con Edward? -preguntó Alice.

Kim meditó un momento y confesó su comportamiento durante la cena reciente, que sugería cierta analogía.

-Me parece que en apariencia son muy parecidos -dijo Alice-. Recuerdo haberte oído describir una frustración similar cuando intentabas complacer a tu padre. Da la impresión de que ambos poseen un interés exagerado en sus asuntos profesionales, que se imponen a su vida personal.

-En Edward, es algo transitorio.

-¿Estás segura?

Librodot

Kim reflexionó un instante antes de contestar.

-Creo que nunca se sabe con seguridad qué piensa la gente.

-Exacto. Edward podría cambiar, quién sabe. No obstante, tengo la impresión de que necesita tu apoyo social, y tú se lo das. No hay nada de malo en ello, pero creo que tus necesidades no están satisfechas.

-Por decirlo de una manera suave -admitió Kim.

-Deberías pensar en lo que es bueno para ti y obrar en consecuencia. Sé que es fácil de decir y de hacer. Tu autoestima se siente aterrorizada ante la posibilidad de perder su cariño. En cualquier caso, deberías pensarlo seriamente.

-¿Estás diciendo que no debería vivir con Edward?

-En absoluto. No soy yo quien debe decidirlo, sino tú.

No obstante, tal como hablamos en el pasado, deberías reflexionar en el tema de la dependencia.

-¿Crees que existe un problema de dependencia?

-Sólo quiero que pienses en ello. Ya sabes que la gente que padeció malos tratos durante la infancia es propensa a recrear las circunstancias de esos malos tratos en su vida cotidiana.

-Pero sabes que a mí no me maltrataron.

-Sé que no fuiste maltratada, en el sentido habitual de la palabra, pero no tuviste una buena relación con tu padre. Los malos tratos pueden adoptar muchas formas, a causa de la enorme diferencia de poder entre padres e hijos.

-Entiendo.

Alice se inclinó y apoyó las manos sobre las rodillas. Dedicó a Kim una cálida sonrisa.

-Creo que deberíamos hablar de algunos asuntos. Por desgracia, la media hora ha terminado. Ojala pudiera dedicarte más tiempo, pero como me avisaste con el tiempo tan justo, esto es lo máximo que he podido hacer. Espero haberte animado a pensar sobre tus nuevas necesidades.

Kim se puso de pie. Consultó su reloj y se asombró de la rapidez con que había transcurrido el tiempo. Dio las gracias a Alice.

-¿Cómo va tu angustia? -preguntó la terapeuta-. Puedo darte algunos Xanax, si crees que vas a necesitarlos.

Kim negó con la cabeza.

-Gracias, pero estoy bien. Además, aún me quedan un par de los que me diste hace años.

-Llama si quieres concertar una cita auténtica.

Kim le aseguró que la próxima vez le avisaría con más tiempo y se marchó. Mientras volvía a la estación de tren, pensó en que la sesión había sido muy corta. Cuando terminó, tuvo la sensación de que acababa de empezar. No obstante, Alice le había dado mucho en qué pensar, y ése era el motivo por el que Kim había querido verla.

De regreso a Salem, Kim miró por la ventanilla y decidió que debía hablar con Edward. Sabía que no sería fácil, porque tales confrontaciones le resultaban muy difíciles. Además, la presión a que él se veía sometido impedía que estuviera de humor para hablar de temas relacionados con los sentimientos, como si debían vivir juntos, por ejemplo. Sin embargo, sabía que debía hablar con él antes de que la situación empeorara.

Cuando entró en la finca, echó un vistazo al laboratorio y deseó poseer suficiente seguridad en sí misma para ir allí directamente y pedir a Edward

que hablaran de inmediato, pero sabía que era incapaz de una cosa así. De hecho, sabía que no podría hablar con él si aparecía aquella tarde por casa, a menos que anunciara de alguna forma su predisposición a hablar.

Kim se resignó a esperar que esa ocasión llegase.

Pero no vio a Edward el jueves por la noche, ni el viernes, ni el sábado. Sólo descubrió algunas señales de que llegaba después de medianoche y se iba antes de que amaneciera. La idea de que debía hablar con él pendía sobre ella como una nube de tormenta, y su angustia aumentó poco a poco.

Kim pasó el domingo por la mañana ocupada en el desván del castillo, revisando documentos. La tarea inútil le proporcionó cierta distracción, y por unas horas hizo que se olvidase de su situación insatisfactoria. A la una menos cuarto, su estómago le informó de que había transcurrido mucho rato desde que tomara su café matinal acompañado de un cuenco de cereales fríos.

Salió del polvoriento interior del castillo, se detuvo en el falso puente levadizo y dejó que sus ojos se deleitaran en el paisaje otoñal que se extendía alrededor. Algunos árboles ya poseían un color bonito, pero aún carecían de la intensidad que adquirirían al cabo de pocas semanas. En el cielo, algunas gaviotas se dejaban arrastrar perezosamente por las corrientes de aire.

Los ojos de Kim vagaron por la propiedad y se detuvieron en el punto de entrada del camino de tierra. Vio el morro de un coche entre las sombras de los árboles.

Picada por la curiosidad, Kim cruzó el terreno. Se acercó con cautela al automóvil por un costado. Se quedó sorprendida al ver que era Kinnard Monahan.

Cuando él la vio, se apeó rápidamente del coche e hizo algo que ella nunca había presenciado: enrojeció.

-Lo siento -dijo con timidez-. No quiero que pienses que estaba al acecho como un vulgar fisgón. La verdad es que intentaba reunir valor para conducir hasta aquí.

-¿Por qué? -preguntó Kim.

-Por el modo estúpido en que me comporté las dos últimas veces que nos vimos, supongo.

-Parece que haya pasado mucho tiempo.

-En algunos aspectos, sí. Espero no molestarte.

-En absoluto.

-Mi turno en el hospital de Salem acaba la semana que viene. Estos dos meses han pasado volando. Vuelvo al hospital general dentro de una semana a partir de mañana.

-Yo también.

Kim explicó que se había tomado septiembre de vacaciones.

-He venido a la finca en varias ocasiones -confesó Kinnard-. Nunca consideré correcto detenerme, y tu número no aparece en el listín.

-Cada vez que pasaba cerca del hospital me preguntaba cómo iba tu turno.

-¿Cómo han ido las reformas?

-Puedes comprobarlo por ti mismo, si te apetece.

-Me gustaría mucho. Vamos, sube al coche. Te llevaré.

Llegaron a la casa y aparcaron. Kim enseñó las reformas a Kinnard, quien se mostró interesado y elogioso.

Librodot

-Me gusta porque has convertido la casa en un lugar acogedor, sin cambiar su carácter colonial.

Estaban arriba, donde Kim le enseñó cómo habían logrado añadir un lavabo sin perjudicar el aspecto original de la casa.

Ella miró por la ventana y se quedó helada cuando vio que Edward y Buffer venían caminando en dirección a la casa.

Sintió pánico al instante. No tenía ni idea de cuál sería la reacción de Edward al ver a Kinnard, sobre todo por el humor cambiante de aquél en los últimos tiempos y porque no lo veía desde el lunes.

-Será mejor que bajemos -dijo Kim, nerviosa.

-¿Ocurre algo? -preguntó Kinnard.

Kim no contestó. Estaba demasiado ocupada reprochándose el no haber pensado en la posibilidad de que Edward apareciera. Se maravilló de la facilidad con que se metía en esa clase de líos.

-Edward viene -dijo por fin a Kinnard, mientras le indicaba que entrara en el salón.

-¿Algún problema? -preguntó él, confuso.

-Claro que no -dijo ella, e intentó sonreír, pero su voz no fue convincente y sintió un nudo en el estómago.

La puerta se abrió y Edward entró. Buffer fue a la cocina, por si había caído comida al suelo sin que nadie se hubiera dado cuenta.

-Ah, estás aquí -dijo Edward a Kim cuando la vio.

-Tenemos compañía -dijo ella.

-¿Sí? -preguntó Edward, y entró en el salón.

Kim los presentó. Kinnard avanzó y extendió la mano, pero Edward no reaccionó. Estaba pensando.

-Claro -dijo, mientras flexionaba los dedos. Después, extendió el brazo y estrechó la mano de Kinnard con gran entusiasmo-. Me acuerdo de ti. Trabajabas en mi laboratorio.

Eras el que fue al hospital general como residente de cirugía.

-Buena memoria -dijo Kinnard.

-Demonios, si hasta recuerdo tu tema de investigación.

Edward pasó a resumir el contenido del proyecto de Kinnard, de un año de duración.

-Es vergonzoso saber que te acuerdas mejor que yo -dijo Kinnard.

-¿Te apetece una cerveza? -preguntó Edward-. Tenemos Sam Adams en la nevera.

Kinnard paseó una mirada nerviosa entre Edward y Kim.

-Será mejor que me vaya -dijo.

-Tonterías -repuso Edward-. Quédate si puedes. Estoy seguro de que a Kim le irá bien un poco de compañía. Yo he de regresar al trabajo. Sólo he venido para hacerle una pregunta a Kim.

Ella se quedó tan perpleja como Kinnard. Edward no estaba comportándose como había temido. En lugar de mostrarse irritable y tal vez colérico, estaba de un humor estupendo.

-No sé cómo decirlo -empezó Edward-, pero quiero acomodar a los investigadores en el castillo. Será muchísimo más conveniente para ellos dormir en la propiedad, puesto que muchos de sus experimentos exigen recoger datos las veinticuatro horas del día. Además, el castillo está vacío y tiene tantas habitaciones amuebladas que es ridículo que sigan alojados en los albergues. Omni correrá con los gastos.

Librodot

-Bien... no sé -tartamudeó Kim.

-Por favor, Kim. Es un arreglo temporal. Dentro de nada, vendrán sus familias y se comprarán sus casas.

-Pero hay muchos bienes heredados en el edificio.

-Ningún problema. Ya conoces a esas personas. No tocarán nada. Escucha, te garantizo personalmente que no habrá dificultades. Si surge alguna, se irán.

-Déjame que lo piense.

-¿Qué hay que pensar? -insistió Edward-. Esas personas son como de la familia para mí. Además, sólo duermen de una a cinco, como yo. Ni siquiera sabrás que están allí. No los oirás ni verás. Pueden ocupar el ala de los invitados y la de la servidumbre.

Edward guiñó un ojo a Kinnard.

-Es mejor mantener apartados a los hombres de las mujeres, porque no quiero ser responsable de riñas domésticas.

-¿Se conformarán con ocupar las alas de los criados y los invitados? -preguntó Kim. Le costaba resistirse a los deseos de Edward.

-Les encantará. No sabes cuánto te lo agradecerán. -¡Gracias, cariño! Eres un ángel. -La besó en la frente y la abrazó.

Luego, cuando se apartó de ella, exclamó-: -¡Kinnard! No te hagas de rogar ahora que sabes dónde estamos. Kim necesita compañía. Por desgracia, estoy un poco preocupado por el futuro inmediato. -Lanzó un silbido estridente que puso los pelos de punta a Kim. Buffer salió corriendo de la cocina-.

Hasta luego -dijo, y agitó la mano a modo de despedida. Un segundo después, la puerta principal se cerró con estrépito.

Por un momento, Kim y Kinnard se miraron.

-¿Accedo o qué? -preguntó ella.

-Ha ido todo muy rápido -admitió Kinnard.

Kim se acercó a la ventana y vio que Edward y Buffer cruzaban el terreno. Edward arrojó un palo para que el perro lo cogiera.

-Es mucho más simpático que cuando trabajaba en su laboratorio -comentó Kinnard-. Tu compañía ha sido muy beneficiosa para él. Siempre era muy rígido y serio. De hecho, era antipático.

-Está sometido a muchas presiones -dijo Kim, sin dejar de mirar por la ventana. Daba la impresión de que Edward y Buffer se lo estaban pasando en grande.

-Jamás habría pensado que pudiese actuar así -dijo Kinnard.

Kim se volvió hacia él. Sacudió la cabeza y se frotó la frente, nerviosa.

-¿En qué lío me he metido ahora? -dijo-. No me gusta que la gente de Edward se aloje en el castillo.

-¿Cuántos son?

-Cinco.

-¿El castillo está vacío?

-Nadie vive allí, si te refieres a eso, pero no está vacío.

¿ Quieres verlo?

-Claro.

Cinco minutos después, Kinnard se encontraba de pie en el centro de la gran sala. Miraba todo con expresión de incredulidad.

-Comprendo tu preocupación -dijo-. Este lugar es como un museo. Los muebles son increíbles, y nunca había visto tanta tela para colgaduras.

Librodot

-Fueron hechas en los años veinte -explicó Kim-. Me dijeron que abarcaban mil metros.

-¡Caray! -exclamó Kinnard, admirado.

-Mi abuelo nos lo dejó en herencia a mi hermano y a mí.

No tenemos la más remota idea de qué hacer con esto. Tampoco sé qué dirán mi padre o mi hermano cuando se enteren de que hay cinco extraños viviendo aquí.

-Vamos a ver sus alojamientos.

Inspeccionaron las alas. Había cuatro dormitorios en cada una, con sus respectivas puerta y escalera al exterior.

-Con las entradas y escaleras separadas, no tendrán que cruzar la parte principal de la casa -observó Kinnard.

-Tienes razón -dijo Kim. Estaban en una de las habitaciones de la servidumbre-. Quizá no vaya tan mal. Los tres hombres pueden quedarse en esta ala, y las dos mujeres en la de invitados.

Kinnard asomó la cabeza en el cuarto de baño anexo.

-¡Oh, oh! -¡Ven aquí, Kim!

Kim acudió.

-¿Cuál es el problema? -preguntó.

Kinnard señaló la taza del wáter.

-No hay agua en el inodoro -dijo. Se inclinó sobre el sumidero y giró la llave-. Un problema de cañerías.

Echaron un vistazo a los demás cuartos de baño del ala de la servidumbre. Ninguno tenía agua. Se dirigieron al ala de invitados y comprobaron que en ella el problema no se repetía.

-Tendré que llamar al fontanero -dijo Kim.

-Podría ser algo tan sencillo como que el agua está cortada -apuntó Kinnard.

Abandonaron el ala de los invitados y volvieron a cruzar la parte principal de la casa.

-Al Instituto Peabody-Essex le encantaría este lugar -comentó Kinnard.

-Les encantaría poner la mano encima de lo que contiene la bodega y el desván -dijo Kim-. Los dos están llenos de papeles, cartas y documentos antiguos, que se remontan a trescientos años.

-¿Te importaría que le echase un vistazo?

-En absoluto.

Cambiaron de dirección y subieron al desván.

Kim abrió la puerta e indicó a Kinnard que entrara.

-Bienvenido a los archivos Stewart -dijo.

Él caminó por el pasillo central y miró todos los archivadores. Sacudió la cabeza. Estaba anonadado.

-De niño, coleccionaba sellos -dijo-. Soñaba con encontrar un sitio así. Quién sabe lo que podrías descubrir.

-Pues en la bodega hay otro tanto -dijo Kim. La alegría de Kinnard la regocijaba.

-Podría pasar un mes aquí -dijo él.

-Yo lo he hecho, prácticamente. He estado buscando referencias a una de mis antepasadas, Elizabeth Stewart, que se vio mezclada en la caza de brujas de 1692.

-No me digas. Estos temas me fascinan. Recuerda que cuando era estudiante mi punto fuerte era la historia de Estados Unidos.

-Lo había olvidado.

-He aprovechado estos dos meses para visitar casi todos los monumentos de Salem que tienen alguna relación con la brujería. Mi madre vino a verme, y fuimos los dos juntos.

-¿Por qué no te llevaste a la rubia de urgencias? -preguntó Kim sin detenerse a pensar qué estaba diciendo.

-No pude. Tuvo un ataque de nostalgia y regresó a Columbus, Ohio. ¿Cómo te va a ti? Parece que tu relación con el doctor Armstrong marcha viento en popa.

-Tiene sus altibajos.

-¿Qué papel jugó tu antepasada en el episodio de las brujas?

-Fue acusada de brujería. Y ejecutada.

-¿Por qué nunca me lo dijiste?

-Era cómplice en una conspiración de encubrimiento. -Kim rió-. En serio, mi madre me había condicionado para que nunca hablara de ello. Ahora, llegar al fondo del asunto se ha convertido en una especie de cruzada para mí.

-¿Has tenido suerte?

-Un poco, pero hay mucho material y he tardado más de lo que suponía.

Kinnard cogió el tirador de un cajón y miró a Kim.

-¿ Puedo?

-Adelante.

Como casi todos los cajones del desván, estaba lleno de papeles, sobres y cuadernos. Kinnard rebuscó, pero no encontró sellos. Por fin, cogió un sobre y sacó la carta.

-No me extraña que no lleve sellos -dijo-. Los sellos no se inventaron hasta finales del siglo XIX. -Esta carta es de 1698 Kim cogió el sobre. Iba dirigido a Ronald.

-Vaya tío con suerte -dijo-. Ésta es la clase de carta que me he partido la espalda por encontrar, y ahora vienes tú y la descubres como la cosa más natural del mundo.

-Me alegro de serte útil -dijo Kinnard, y le entregó la carta. Kim la leyó en voz baja:

12 de octubre de 1698
Cambridge

Querido padre:

Te estoy muy agradecido por los diez chelines, pues mis necesidades han sido acuciantes durante estos días difíciles de aclimatación a la vida universitaria. Con toda humildad debo reconocer que el éxito me ha sonreído en la empresa sobre la que tanto hablamos antes de mi matriculación. Después de largas y fatigosas investigaciones localicé la prueba utilizada contra mi finada y amada madre en las cámaras de uno de nuestros estimados profesores, quien se siente atraído por su naturaleza horripilante. Su conspicua exhibición me causó cierta inquietud, pero el pasado martes a la hora de la merienda, cuando todos se habían retirado a la despensa, me deslicé en las mencionadas cámaras y cambié el nombre por el de la ficticia Rachel Bingham, tal como me indicaste. Con el mismo fin hice lo propio en

el catálogo de la biblioteca de Harvard Hall. Espero, querido padre, que te sientas aliviado ahora que el apellido Stewart ha sido salvado de más vejaciones. En cuanto a mis estudios, puedo afirmar con cierto orgullo que mis esfuerzos se han visto recompensados. Mis compañeros de cuarto son sanos y de naturaleza agradable. Aparte del trabajo duro que ya me anticipaste, estoy bien y contento, y sigo siendo tu amante hijo, Jonathan -
Maldita sea -exclamó Kim cuando terminó la carta.

-¿Qué pasa? -preguntó Kinnard.

-Es esta prueba. -Kim señaló la carta-. Se refiere a la prueba utilizada para condenar a Elizabeth. En un documento que encontré en el palacio de justicia del condado de Essex, se describía como prueba concluyente. He encontrado otras referencias, pero nunca la descripción. *Deducir lo que era se ha vuelto el objeto principal de mi cruzada.*

¿Tienes alguna idea de lo que podría ser? - Kinnard preguntó.

-Yo creo que que tiene algo que ver con lo sobrenatural", dijo Kim. - Probablemente era un libro o una muñeca.

-Yo diría que esta carta esta a favor de una muñeca, dijo Kinnard. -Yo no sé qué tipo de libro habría sido considerado 'repugnante.' La novela gótica no se inventó hasta el decimonono siglo.

-Quizá era un libro que describe la poción de alguna bruja que usó partes del cuerpo como ingredientes", Kim sugirió.

-No había pensado en eso, dijo Kinnard.[2]

-La construcción de muñecas se mencionaba en el diario de Elizabeth, y las muñecas ayudaron a condenar a Bridget Bishop. Pienso que una muñeca podría ser horripilante si estuviera mutilada, o fuese sexualmente explícita. Imagino que, dada la mentalidad puritana, muchas cosas relacionadas con el sexo debían de considerarse horripilantes.

-Es un error considerar que todos los puritanos estaban obsesionados con el sexo. Recuerdo, de mis cursos de historia, que consideraban los pecados relacionados con la lujuria y el sexo premarital de menor importancia que la mentira o la búsqueda del interés propio, pues esto último tenía que ver con la violación del pacto sagrado.

-Eso significa que las cosas han dado un giro de ciento ochenta grados desde los tiempos de los puritanos -dijo Kim, con una risita cínica-. Lo que los puritanos consideraban pecados terribles, en la sociedad actual son actividades aceptadas, y en ocasiones incluso ensalzadas. Basta con ver una reunión del Gobierno.

-De manera que esperas solucionar el misterio de la prueba examinando todos estos papeles -dijo Kinnard, abarcando con un ademán todo el desván.

-Aquí y en la bodega. Llevé una carta de Increase Mather a Harvard, pues en ella decía que la prueba había sido donada a una de las colecciones de Harvard, pero no tuve suerte.

Las bibliotecarias no encontraron ninguna referencia a Elizabeth Stewart en el siglo XVII.

-Según la carta de Jonathan, tendrías que haber buscado bajo el nombre de Rachel Bingham.

[2] El texto en cursiva ha sido traducido por mi del original en ingles al no disponer de las imágenes ni del texto traducido y faltar esta parte en el texto digitalizado. (N.del C.)

-Ahora me doy cuenta, pero habría dado igual. En el invierno de 1764 un incendio destruyó el paraninfo de Harvard y su biblioteca. No sólo ardieron todos los libros, sino lo que llamaban el "depósito de curiosidades", además de los catálogos y los índices. Por desgracia, nadie sabe qué se perdió. Temo que Harvard no me sirva de nada.

-Lo siento.

-Gracias.

-Al menos, aún te quedan todos estos papeles.

-Son mi única esperanza.

Kim enseñó a Kinnard cómo estaba organizando el material, cronológicamente y por temas. Incluso le enseñó la zona donde había trabajado aquella mañana.

-Menuda tarea -comentó él. Después, consultó el reloj-.

He de irme. Tengo que ocuparme de mis pacientes.

Kim lo acompañó al coche. Él se ofreció a llevarla a la casa, pero Kim declinó la oferta. Dijo que quería dedicar unas cuantas horas más al desván. En concreto, quería inspeccionar el cajón donde Kinnard había encontrado con tanta facilidad la carta de Jonathan.

-Quizá no debería preguntarlo -dijo Kinnard. Tenía abierta la puerta del coche-. ¿Qué hacen aquí Edward y su equipo de investigadores?

-Tienes razón -replicó Kim-. No deberías preguntarlo. No puedo contarte los detalles porque he jurado guardar el secreto, pero todo el mundo sabe que están desarrollando un nuevo fármaco. Edward ha construido un laboratorio en los viejos establos.

-No es tonto. Un lugar fabuloso para un laboratorio de investigación.

Kinnard se dispuso a entrar en el coche, pero Kim lo detuvo.

-Quiero hacerte una pregunta -dijo-. ¿Es ilegal que los investigadores tomen drogas experimentales que aún no han pasado por pruebas clínicas?

-Las normas de la DFA prohíben que se administre la droga a voluntarios, pero no creo que pueda impedirse a los investigadores que la tomen. La DFA no daría su bendición, desde luego, y podría causarles problemas cuando solicitaran la autorización para investigar.

-Qué lástima. Confiaba en que fuera ilegal.

-Imagino que no hace falta ser un gran científico para adivinar por qué lo preguntas.

-No he dicho nada, y te agradecería que guardaras el secreto.

-¿A quién voy a decírselo? -Kinnard vaciló un momento-. ¿Todos han tomado la droga?

-No quiero decirlo.

-En ese caso, se suscitaría una interesante cuestión ética.

Se hablaría de coacción a los miembros más jóvenes.

-No creo que haya existido coacción. Puede que un poco de histeria colectiva, pero nadie ha obligado a nadie.

-Bien, da igual, probar una droga que no ha sido investigada es una estupidez. Existe el peligro de que aparezcan secuelas inesperadas. Por eso promulgaron las normas.

-Me ha gustado verte otra vez -dijo Kim para cambiar de tema-. Me alegra que podamos ser amigos.

Kinnard sonrió.

-Yo no lo habría expresado mejor -dijo.

Kim saludó mientras él se alejaba, hasta que el coche desapareció entre los árboles. Lamentó que se marchase. Su visita inesperada había constituido un alivio muy agradable.

Regresó al castillo y subió al desván. Aún seguía disfrutando la cálida sensación de la visita de Kinnard, cuando se sorprendió pasmada por la reacción de Edward. Recordaba muy bien aquel episodio del principio de su relación, cuando él se sintió celoso ante la sola mención del nombre de Kinnard.

Por eso, su conducta resultaba ahora de lo más sorprendente.

Se preguntó si la próxima vez que viera a Edward a solas pagaría las consecuencias.

A última hora del día, Kim decidió suspender la búsqueda.

Se levantó y estiró sus músculos doloridos. No había encontrado material interesante en el archivador, el cajón o cerca de donde Kinnard había descubierto la carta de Jonathan, lo cual dotaba a la hazaña de él de un aura mucho más impresionante.

Salió del castillo y se dirigió a la casa a través del terreno.

El sol se ponía hacia el oeste. Ya era otoño, y el invierno no tardaría en llegar. Mientras caminaba, se preguntó vagamente qué prepararía para cenar.

Casi había llegado a la casa cuando oyó el sonido lejano de voces exaltadas. Se volvió y vio que Edward y su equipo habían salido del laboratorio.

Se sintió intrigada al instante. Se paró para esperar al grupo. Aun desde lejos, comprendió que estaban alegres y eufóricos como colegiales a la hora del recreo. Oyó sus gritos y carcajadas. Los hombres, excepto Edward, se iban pasando una pelota de fútbol.

La primera idea de Kim fue que acababan de descubrir algo extraordinario. Cuanto más se acercaban, más segura estaba de ello. Nunca los había visto de tan buen humor. Sin embargo, cuando estuvieron más cerca, Edward demostró que estaba equivocada.

-¡Mira lo que les has hecho! -gritó a Kim-. Acabo de decirles que permites que se instalen en el castillo, y han enloquecido.

Cuando el grupo llegó al lado de Kim lanzó un "-¡Hip, hip, hurra!", que repitió tres veces. A continuación, estallaron en carcajadas.

Kim sonrió. Su euforia era contagiosa.

-Tu hospitalidad los ha conmovido -explicó Edward-.

Reconocen que les has hecho un auténtico favor. Hubo noches en que Curt durmió en el suelo del laboratorio.

-Me gusta tu indumentaria -dijo Curt a Kim.

Kim contempló su chaqueta de cuero y los tejanos. No era nada especial.

-Gracias -dijo.

-Nos gustaría tranquilizarte acerca de los muebles del castillo -dijo Francois-. Comprendemos que son bienes familiares, y los trataremos con el mayor respeto.

Eleanor se adelantó y dio a Kim un inesperado abrazo.

-Estoy conmovida por tu generosa contribución a la causa -dijo. Le apretó la mano y la miró a los ojos-. Muchísimas gracias.

Kim asintió. No sabía qué decir. Se avergonzó de haberse opuesto a la idea.

-Por cierto -dijo Curt, poniéndose delante de Eleanor-, quería preguntarte si el ruido de mi moto te molesta. En tal caso, la aparcaré fuera de la finca.

-No me he fijado en el ruido -contestó Kim.

-¡Kim! -gritó Edward, mientras se acercaba a ella por el otro lado-. Si te parece bien, podrías acompañarlos al castillo para enseñarles las habitaciones donde dormirán.

-Creo que es un momento tan bueno como cualquier otro -dijo Kim.

-Perfecto -replicó Edward.

Kim volvió sobre sus pasos y guió al animado grupo hacia el castillo. David y Gloria la alcanzaron y caminaron a su lado. Querían hacerle muchas preguntas, como cuándo había sido construido y si había vivido alguna vez en él.

Cuando entraron en la mansión, todos lanzaron exclamaciones de asombro, especialmente en la gran sala y en el comedor principal, con sus banderas heráldicas.

Kim enseñó primero el ala de los invitados y sugirió que las mujeres durmieran allí. Tanto Eleanor como Gloria se mostraron muy complacidas, y eligieron dormitorios contiguos en la segunda planta.

-Así nos despertaremos mutuamente si dormimos demasiado -dijo Eleanor.

Kim enseñó a todo el mundo que cada habitación tenía una entrada individual.

-Es perfecto -dijo Francois-. No tendremos que entrar para nada en la parte principal.

Mientras se dirigían al ala de la servidumbre, Kim explicó el problema de las cañerías, pero les aseguró que llamaría a un fontanero por la mañana. Entretanto, podrían utilizar el cuarto de baño situado en la parte principal de la casa, hasta donde IOS guió.

Los hombres eligieron las habitaciones sin el menor desacuerdo, pese a que algunas eran mucho más apetecibles que otras. Su demostración de amistad sorprendió a Kim.

-Conectaré el teléfono, si queréis -ofreció.

-No te molestes -dijo David-. Te lo agradecemos, pero no es necesario. Sólo vendremos a dormir, y no dormimos mucho. Utilizaremos el teléfono del laboratorio.

Cuando terminaron la visita, todos abandonaron el castillo por la salida del ala de la servidumbre, para luego rodear el edificio hasta la parte delantera. Hablaron del problema de las llaves y se decidió dejar abiertas las puertas que daban a las alas. Kim haría copias en cuanto tuviera ocasión.

Tras una ronda de fervientes apretones de manos, abrazos y agradecimientos, los investigadores se encaminaron a sus respectivos albergues para recoger sus pertenencias. Kim y Edward caminaron hasta la casa.

Él estaba de buen humor y dio las gracias a Kim una y otra vez por su generosidad.

-Has contribuido a cambiar la atmósfera del laboratorio -dijo-. Como ya habrás advertido, están exultantes. Con lo importante que es el estado mental, estoy seguro de que su estado de ánimo se reflejará en su trabajo. Has ejercido una influencia positiva sobre todo el proyecto.

-Me alegro -dijo Kim, y se sintió aún más culpable por haberse opuesto en un principio a la idea. Cuando llegaron a la casa Kim se sorprendió de que Edward entrase con ella. Había pensado que regresaría al laboratorio.

-Ése tal Monahan fue muy amable al venir -comentó él.

Kim se quedó boquiabierta. Tuvo que hacer un esfuerzo consciente para cerrarla.

-Me apetece una cerveza -dijo Edward-. ¿Y a ti?

Kim negó con la cabeza. No podía articular palabra. Mientras seguía a Edward a la cocina, se esforzó por reunir el valor de hablarle acerca de su relación. Hacía mucho tiempo que no lo veía de tan buen humor.

Edward se acercó a la nevera. Kim se sentó en un taburete.

Cuando iba a abordar el tema, él abrió la botella y volvió a sorprenderla.

-Quiero disculparme por el modo en que me he comportado el último mes o así -dijo. Tomó un sorbo de cerveza, eructó y pidió perdón-. He estado pensando en ello los dos últimos días, y sé que he sido difícil, desconsiderado y desagradecido. No es una excusa para absolverme de toda responsabilidad, pero Stanton, Harvard y los investigadores me han tenido sometido a una presión enorme. No obstante, jamás debería haber permitido que esos problemas se interpusieran entre nosotros. Una vez más, quiero pedirte perdón.

Kim no podía dar crédito a lo que oía. Se trataba de una situación inesperada.

-Sé que estás disgustada -siguió Edward-, y no hace falta que digas nada ahora, si no quieres. Sería muy normal que abrigaras algún rencor hacia mí.

-Pero es que quiero hablar -dijo Kim-. Tenía ganas de hablar, sobre todo desde el viernes, en que fui a Boston para ver a la terapeuta que me trató hace años.

-Aplaudo tu iniciativa.

-Me ha hecho pensar mucho en nuestra relación. -Kim se miró las manos-. Me pregunté si vivir juntos en este momento no sería lo menos conveniente para ambos.

Edward dejó la cerveza y le cogió las manos.

-Comprendo cómo debes de sentirte, y considerando cómo me he comportado últimamente, no me extraña. Sin embargo, me doy cuenta de mis errores, y creo que puedo compensarte.

Kim intentó decir algo, pero Edward la interrumpió.

-Sólo pido que durante unas semanas cada uno siga en su habitación -dijo-. Si al final de ese período de prueba crees que no deberíamos seguir juntos, me trasladaré al castillo con los demás.

Kim reflexionó acerca de las palabras de Edward. Su perspicacia la había impresionado. La oferta le pareció razonable.

-De acuerdo -dijo por fin.

-¡Maravilloso! -exclamó Edward. La abrazó con ternura.

Kim se contuvo. Le costaba adaptarse a un cambio tan brusco de actitud.

-Vamos a celebrarlo -dijo Edward-. Salgamos a cenar.

-Sé que no puedes permitirte ese tiempo, pero agradezco la invitación.

-¡Tonterías! -¡Me tomo el tiempo! Vamos a aquel antro donde comimos la primera vez que vivimos aquí. ¿Te acuerdas del bacalao?

Kim asintió. Edward terminó su cerveza.

Mientras salían de la finca, ella miró hacia el castillo, pensó en los investigadores y comentó lo jubilosos que estaban.

-No podrían ser más felices -dijo Edward-. Las cosas van bien en el laboratorio, y ahora no tendrán que trasladarse.

-¿Habéis empezado a tomar Ultra?

-Ya lo creo. Empezamos el martes.

Kim contempló la posibilidad de contar a Edward las opiniones de Kinnard al respecto, pero vaciló, porque sabía que Edward se enfadaría si descubría que había hablado con alguien de su proyecto.

-Ya hemos averiguado algo interesante. A nivel de tejido, Ultra no puede ser peligroso, porque todos hemos experimentado resultados positivos, pese a que hemos tomado dosis diferentes.

-¿Podría tener algo que ver con la droga la euforia que experimentáis?

-Estoy seguro. De forma indirecta, cuando no directa. A las veinticuatro horas de nuestra primera dosis todos nos sentimos relajados, concentrados, seguros y hasta... -Edward luchó por encontrar la palabra-. Contentos. Lo cual es todo lo contrario de la angustia, la fatiga y la agresividad que experimentábamos antes de tomar Ultra.

-¿ Hay secuelas?

-La única secuela que todos hemos compartido es una sequedad inicial de la boca. Otros dos informaron de un leve estreñimiento. Yo fui el único que tuvo ciertas dificultades con la visión cercana, pero sólo duró veinticuatro horas, y ya había padecido el problema antes de tomar Ultra, sobre todo cuando estaba muy cansado.

-Quizá deberíais parar de tomar droga, ahora que habéis averiguado tanto.

-No opino lo mismo, teniendo en cuenta los resultados tan positivos. De hecho, te he traído un poco, por si quieres probarla.

Edward introdujo la mano en el bolsillo de la chaqueta y sacó un frasco de cápsulas. Lo tendió hacia Kim. Ella sacudió la cabeza.

-No, gracias -dijo.

-Coge al menos el frasco, por el amor de Dios.

Kim permitió de mala gana que Edward dejara caer el frasco en sus manos.

-Piénsalo -dijo él--. Recuerda aquella conversación que sostuvimos hace tiempo sobre la sensación de estar desconectado de la sociedad. Bien, no te sentirás así con Ultra. Hace menos de una semana que la tomo y ha logrado que emergiera mi auténtico yo, la persona que siempre deseé ser. Creo que deberías probarla. ¿Qué puedes perder?

-La idea de tomar una droga para cambiar una característica de la personalidad me molesta. Se supone que la personalidad procede de la experiencia, no de la química.

-Esta conversación me suena. -Edward rió-. Supongo que, como químico, pienso de una manera diferente. Como quieras, pero te garantizo que te sentirás más segura si la pruebas. Y eso no es todo. También pensamos que aumenta la memoria a largo plazo y alivia la fatiga y la ansiedad. Tuve una buena demostración de este último efecto esta misma mañana. Telefonearon de Harvard para comunicarme que habían presentado una querella contra mí. Me enfurecí, pero el enfado sólo duró unos minutos. Ultra aplacó mi cólera y, en lugar de golpear las paredes, pensé en la situación de una forma racional y tomé las decisiones pertinentes.

-Me alegro de que sea tan útil para ti, pero no quiero tomarla.

Intentó devolver el frasco a Edward. Éste le apartó la mano.

-Guárdalo. Sólo te pido que lo pienses en serio. Toma una cápsula al día y los cambios te asombrarán.

Kim comprendió que Edward estaba irritado, y guardó el frasco en el bolso.

Más tarde, en el restaurante, cuando Kim estaba de pie ante el espejo del lavabo de señoras, vio el frasco en su bolso.

Lo sacó, desenroscó la tapa. Sacó una de las píldoras azules con el índice y el pulgar y la examinó. Parecía increíble que tuviera tantos efectos como Edward había descrito.

Se miró en el espejo y pensó en lo mucho que deseaba ser más segura y menos temerosa. Admitió también lo tentador que era acabar con tanta facilidad con su ansiedad, leve pero insistente. Volvió a mirar la cápsula. Después, sacudió la cabeza. Había tenido un instante de vacilación, pero cuando devolvió la cápsula al frasco, se reafirmó en que las drogas no eran la respuesta.

Cuando volvió al comedor, se recordó que siempre había desconfiado de las soluciones rápidas y fáciles. A lo largo de los años, había desarrollado la opinión de que la mejor forma de hacer frente a los problemas era el método anticuado de la introspección, un poco de dolor y mucho esfuerzo.

Más tarde, mientras Kim leía en su cama, oyó que la puerta principal se cerraba. Pegó un brinco. Miró el reloj y vio que eran las once.

-¿Edward? -llamó, nerviosa.

-Soy yo -contestó él, que subía rápidamente por la escalera. Asomó la cabeza en el dormitorio de Kim-. Espero no haberte asustado.

-Es muy temprano. ¿Estás bien?

-Inmejorable. Aún me siento pletórico de energías, pese a que estoy de pie desde las cinco de la mañana.

Entró en el lavabo y empezó a cepillarse los dientes. Mientras lo hacía, consiguió mantener una animada cháchara sobre incidentes divertidos ocurridos en el laboratorio aquella tarde. Por lo visto, los investigadores se gastaban bromas inofensivas mutuamente.

Mientras Edward hablaba, Kim advirtió que su estado de ánimo no se parecía en nada al de los demás ocupantes de la finca. Pese al aparente cambio de Edward, ella seguía tensa, algo angustiada y hasta un poco deprimida.

Edward salió del cuarto de baño, entró en la habitación de Kim y se sentó en el borde de la cama. Buffer lo siguió e intentó subir de un salto al lecho, lo cual disgustó a Saba.

-Tú no, bribón -dijo Edward, mientras cogía al animal en el aire y lo sostenía sobre su regazo.

-¿Vas a acostarte ya? -preguntó Kim.

-Pues sí. He de levantarme a las tres y media, en lugar de a las cinco, para seguir con un experimento que estoy realizando. En Salem no hay muchos graduados dispuestos a hacer el trabajo sucio.

-Duermes poco.

-Lo justo. -Edward cambió de tema con brusquedad-.

¿Cuánto dinero heredaste, además de la finca?

Kim parpadeó. Daba la impresión de que Edward la sorprendía cada vez que abría la boca. Esa clase de pregunta no era propia de él.

-No hace falta que me lo digas si te incomoda -dijo Edward, cuando observó la indecisión de Kim-. Te lo pregunto porque me gustaría que compraras algunas acciones de Omni. No quiero vender más, pero tú eres diferente. Si te interesa, obtendrás unos beneficios fabulosos.

-Lo tengo todo invertido -dijo Kim con esfuerzo.

Edward dejó a Buffer en el suelo y levantó las manos.

-No me malinterpretes -dijo-. No intento venderte nada.

Sólo quiero hacerte un favor por haber permitido que el laboratorio de Omni se construyera aquí.

-Agradezco la oferta.

-Aunque no quieras invertir, te regalaré algunas acciones -dijo Edward, le dio una palmada en la pierna y se levantó-.

He de irme a la cama. Me esperan cuatro sólidas horas de sueño. Desde que empecé a tomar Ultra, duermo tan bien que cuatro horas son suficientes. No sabía que dormir pudiera ser tan placentero. -Regresó al cuarto de baño y se cepilló los dientes de nuevo.

-¿Por qué lo haces otra vez? -preguntó Kim.

Edward asomó la cabeza.

-¿De qué hablas? -preguntó.

-Ya te has cepillado los dientes.

Edward miró al cepillo como si tuviese la culpa de algo.

Después, sacudió la cabeza y rió.

-Estoy convirtiéndome en el profesor chiflado -dijo.

Volvió al cuarto de baño para enjuagarse la boca.

Kim miró a Buffer, que se había colocado frente a la mesita de noche. Estaba solicitando enérgicamente algunos biscotes que Kim había traído de la cocina.

-Al parecer, tu perro siempre tiene hambre -dijo Kim-.

¿Le has dado de comer esta noche?

Edward apareció en la puerta.

-Pues no lo recuerdo -dijo. Volvió a desaparecer.

Kim se levantó, resignada, se puso la bata y bajó a la cocina. Buffer iba detrás de ella pisándole los talones, como si comprendiera lo que había dicho. Kim sacó la comida del perro y puso una ración en el plato. Buffer estaba fuera de sí, ladraba y gruñía a la vez. Era evidente que llevaba mucho tiempo sin comer, quizá más de un día.

Para que no la mordiera, Kim encerró al perro en el cuarto de baño mientras le ponía la comida en el suelo. Cuando volvió a abrir la puerta, Buffer pasó junto a ella como una exhalación y empezó a devorar la comida, a tal velocidad que dio la impresión de estar jadeando.

Cuando Kim subió por la escalera, se quedó sorprendida al ver que la luz del dormitorio de Edward seguía encendida.

Entró en la habitación para hablarle de Buffer y descubrió que ya se había dormido, como si ni siquiera hubiera tenido tiempo de apagar la luz.

Kim se acercó a la cama y se maravilló de su estentórea respiración. Como conocía sus horarios, no se sorprendió de que su sueño fuera tan profundo. Tenía que estar agotado.

Apagó la luz y regresó a su dormitorio.

Lunes 26 de septiembre de 1994

Cuando Kim abrió por fin los ojos, se llevó una sorpresa al ver que eran casi las nueve. No se había despertado tan tarde en lo que llevaba de mes. Saltó de la cama y echó un vistazo a la habitación de Edward, pero él se había levantado mucho antes. El dormitorio se veía limpio y ordenado. Edward tenía la buena costumbre de hacerse la cama por la mañana.

Antes de ducharse, Kim llamó al fontanero, Albert Bruer, que había trabajado en la casa y en el laboratorio. Dejó su número en el contestador automático.

Albert llamó al cabo de media hora, y se presentó ante la puerta de Kim justo cuando ésta terminaba de desayunar.

Fueron al castillo en la camioneta de Albert.

-Creo que ya sé cuál es el problema -dijo el hombre-. De hecho, ya lo sabía cuando vivía su abuelo. Se trata de los tubos de desagüe. Son de hierro fundido, y algunos se han oxidado.

Albert condujo a Kim a cada cuarto de baño del ala de la servidumbre y sacó las tapas de los paneles de acceso. En cada uno señaló las cañerías oxidadas.

-¿Pueden arreglarse? -preguntó Kim.

-Por supuesto, pero no será fácil. Puede que mi chico y yo tardemos una semana.

-Hágalo. Tengo algunos invitados.

-En ese caso, llevaré agua al cuarto de baño del tercer piso.

Esas tuberías parecen muy buenas. Lo más probable es que allí arriba no haya vivido nadie.

Cuando el fontanero se hubo marchado, Kim se acercó al laboratorio para informar de que el cuarto de baño del tercer piso funcionaba. Hacía tiempo que no iba al laboratorio, y la visita no le hacía gracia. Siempre se sentía de más.

-¡Kim! -exclamó David, exaltado. Fue el primero en verla entrar por la puerta que conducía desde la zona de recepción vacía al laboratorio propiamente dicho-. Qué agradable sorpresa.

David avisó a los demás que Kim acababa de llegar. Todos, incluido Edward, abandonaron sus quehaceres y salieron a recibirla.

Kim se ruborizó. No le gustaba ser el centro de atención.

-Tenemos café recién hecho y rosquillas -dijo Eleanor-.

¿Te apetece?

Kim declinó la invitación, pero le dio las gracias y explicó que acababa de desayunar. Después, pidió disculpas por molestarlos y se apresuró a contar que el problema de las cañerías se había resuelto.

Los hombres expresaron su satisfacción y le aseguraron que utilizar el cuarto de baño del tercer piso no era ninguna molestia. Hasta intentaron convencerla de que no hiciera más reparaciones.

-Creo que no hay que dejarlos tal como están -dijo Kim-.

Prefiero que los arreglen.

Se dispuso a marcharse, pero no se lo permitieron. Todos insistieron en enseñarle lo que hacía cada uno.

David fue el primero. Condujo a Kim a su banco y la obligó a mirar por un microscopio de disección un preparado de ganglio abdominal extraído de un molusco llamado Aplasia fasciata. A continuación, le enseñó sus imágenes impresas de Càm Ultra controlaba la descarga espontánea de ciertas neuronas del ganglio. Antes de que Kim supiera qué estaba mirando,

Librodot

David le arrebató de la mano las imágenes impresas y la arrastró hacia la incubadora de cultivos de tejidos. Allí, le explicó cómo evaluaba los cultivos en busca de señales de toxicidad.

Después, fue el turno de Gloria y Curt. Bajaron a Kim a la zona de los animales. Le enseñaron algunos seres desdichados, ratas y monos que habían sido sometidos a situaciones estresantes para padecer una angustia severa. Después, le enseñaron animales similares que habían sido tratados con Ultra e imipramina.

Kim intentó fingir interés, pero los experimentos con animales le desagradaban.

Francois sustituyó a Gloria y Curt, y guió a Kim hasta la habitación protegida donde habían aislado la máquina de resonancia magnética nuclear. Intentó explicar con toda exactitud cómo intentaba determinar la estructura de la proteína de enlace de Ultra. Se limitó a asentir y sonreír cada vez que él hacía una pausa.

Luego, Eleanor condujo a Kim arriba, donde tenía su ordenador. Ofreció a Kim una detallada explicación sobre diseño molecular y el modo en que trataba de crear drogas que fueran permutaciones de la estructura básica de Ultra, las cuales, en teoría, poseerían algo de la bioactividad de ésta.

Mientras Kim iba de un lado a otro del laboratorio, empezó a darse cuenta de que los investigadores no sólo se mostraban cordiales, sino pacientes y respetuosos entre sí.

Aunque estaban ansiosos por complacerla, se resignaban a esperar su turno.

-Ha sido muy interesante -dijo Kim cuando Eleanor terminó por fin su conferencia. Retrocedió hacia la puerta-.

Gracias por desperdiciar vuestro valioso tiempo en enseñarme todo esto.

-¡Espera! -dijo Francois. -Corrió hacia su escritorio, cogió un fajo de fotografías y volvió a toda prisa. Se las enseñó a Kim y le preguntó cuál era su opinión. Se trataba de escáneres de colores brillantes.

-Creo que son... -Kim buscó una palabra que no la dejara en ridículo- . . . espectaculares -concluyó.

-Sí, ¿verdad? -dijo Francois, y ladeó la cabeza para mirarlas desde un ángulo diferente-. Son como arte moderno.

-¿De qué te informan, exactamente? -preguntó Kim. Habría preferido marcharse, pero todos la miraban, y se sintió obligada a parecer interesada.

-Los colores están relacionados con las concentraciones de Ultra radiactiva. El rojo es la concentración más alta. Estas imágenes muestran con toda claridad que la máxima localización de la droga se encuentra en el tallo cerebral superior, el mesencéfalo y el sistema límbico.

-Recuerdo que Stanton se refirió al sistema límbico durante la cena -dijo Kim.

-En efecto. Tal como insinuó, constituye la parte del cerebro más primitiva o reptiliana, y está relacionado con la función autónoma, que incluye el estado de ánimo, las emociones e incluso los olores.

-Y el sexo -añadió David.

-¿Qué quiere decir “reptiliana”? -preguntó Kim.

Para ella, la palabra contenía connotaciones muy desagradables. Nunca le habían gustado las serpientes.

Librodot

-Se utiliza para referirse a las partes del cerebro que son similares a los cerebros de los reptiles -explicó Francois-. Es una simplificación excesiva, pero no deja de tener sentido. Si bien el cerebro humano evolucionó a partir de algún lejano antepasado de los reptiles actuales, no es como coger un cerebro de reptil y añadirle un par de hemisferios cerebrales.

Todos rieron. Kim los imitó. Era difícil resistirse al ambiente general.

-En lo referente a los instintos básicos -intervino Edward-, los humanos los poseemos tanto como los reptiles. La diferencia es que los nuestros están recubiertos por varias capas de socialización y civilización. Traducido, eso significa que los hemisferios cerebrales poseen conexiones que controlan el comportamiento reptiliano.

Kim consultó su reloj.

-He de irme -dijo-. Debo coger el tren de Boston.

Gracias a aquella excusa pudo librarse por fin de los investigadores, aunque todos la alentaron a volver. Edward la acompaño fuera.

-¿De veras te marchas a Boston? -preguntó.

-Sí. Anoche decidí regresar para probar en Harvard una vez más. Encontré otra carta que incluía una referencia a la prueba de Elizabeth. Me dio otra pista.

-Buena suerte. Que te diviertas.

Edward dio un beso a Kim y volvió a entrar en el labora torio. No hizo ninguna pregunta acerca de la carta que había encontrado.

Kim regresó a la casa, intrigada por las muestras de camaradería de que acababa de ser objeto. Pensó que tal vez el problema residiese en ella. No le había gustado su anterior hosquedad, pero ahora le desagradaba su excesiva sociabilidad. ¿O acaso era que nada la complacía?

Cuanto más pensaba Kim en la reacción de los investigadores, más se daba cuenta de que estaba muy relacionada con su súbita uniformidad. En el momento de conocerlos le sorprendió lo excéntricos y caprichosos que eran. Ahora, sus personalidades se habían fundido en una cordialidad que envolvía sus individualidades.

Mientras se cambiaba de ropa para el viaje a Boston, no pudo por menos que reflexionar sobre lo que estaba ocurriendo en la finca. Advirtió que la misma inquietud que la había impulsado a ver a Alice, se intensificaba de nuevo.

Entró en el salón para coger un jersey, se detuvo ante el retrato de Elizabeth y miró la cara femenina pero enérgica de su antepasada. No se veía ni el menor rastro de angustia en la faz de Elizabeth. Kim se preguntó si habría perdido alguna vez el control de sí misma.

Entró en el coche y se dirigió a la estación de tren, incapaz de sacudirse a Elizabeth de la mente. De pronto, pensó que existían asombrosas similitudes en los mundos de ambas, pese al abismo de siglos que las separaban. Elizabeth había vivido bajo la continua amenaza de los ataques indios, en tanto Kim era consciente del omnipresente peligro del crimen. En aquella época, había existido la amenaza misteriosa y aterradora de la viruela, cuyo equivalente actual era el sida. En los tiempos de Elizabeth, los puritanos perdieron el control de la sociedad con la imparable ascensión del materialismo; hoy, era el paso de la estabilidad de la guerra fría a la aparición de los nacionalismos y las religiones fundamentalistas. Entonces, el papel de la mujer era confuso y cambiante; en la actualidad ocurría lo mismo.

Librodot

-Cambiarlo todo para que nada cambie -dijo Kim en voz alta.

Se preguntó si aquellas similitudes estarían relacionadas con el mensaje que, en su opinión, Elizabeth intentaba enviarle desde el pasado. Kim experimentó un escalofrío y se preguntó si acaso le esperaba un destino similar al de Elizabeth. ¿Podía ser eso lo que su antepasada intentaba comunicarle? ¿Se trataba de una advertencia?

Cada vez más angustiada, Kim realizó un esfuerzo consciente para dejar de meditar obsesivamente. Lo consiguió hasta que subió al tren. Entonces, los pensamientos volvieron como un alud.

-¡Por el amor de Dios! -exclamó Kim. La mujer sentada a su lado la miró con suspicacia.

Kim miró por la ventana. Se reprendió por dar rienda suelta a su imaginación. Al fin y al cabo, las diferencias entre su vida y la de Elizabeth eran mucho mayores que los parecidos, sobre todo en lo referente al control sobre sus vidas. Elizabeth apenas si había controlado la suya. Ya de jovencita la habían obligado a casarse por conveniencia, y no tuvo acceso al control de natalidad, las dos principales restricciones a la libertad de la mujer desde tiempos inmemoriales. En contraste, Kim tenía libertad para elegir con quién se casaba y controlar su cuerpo en lo que a la reproducción se refería.

Aquellos pensamientos la tranquilizaron hasta que el tren se acercó a la estación de Boston. Entonces, empezó a preguntarse si tenía tanta libertad como pensaba. Recordó algunas de las decisiones fundamentales de su vida, como estudiar para enfermera en lugar de dedicarse al arte o al diseño.

Luego, se recordó que vivía con un hombre una relación que estaba adquiriendo una inquietante similitud con la vivida con su padre. Para colmo, también se recordó que estaba atada de pies y manos a un laboratorio de investigación construido en su propiedad, más cinco investigadores que vivían en la mansión familiar, y en ninguno de los dos casos había sido ella quien decidió que así fuera.

El tren se detuvo. Kim caminó hacia el metro, absorta en sus pensamientos. Sabía cuál era el problema. Casi podía oír la voz de Alice, diciendo que era su personalidad. Carecía de la autoestima adecuada; era demasiado dócil; pensaba en las necesidades de los demás y olvidaba las suyas. La combinación de aquellas inclinaciones coartaba su libertad.

"Qué ironía", pensó. La personalidad de Elizabeth, segura y decidida, habría sido perfecta para el mundo actual, mientras que en su tiempo había contribuido, sin duda, a su muerte prematura. En contraste, la personalidad de Kim, más obediente y sumisa, habría encajado en el siglo XVII, pero en el presente no funcionaba muy bien.

Kim se reafirmó en su deseo de descubrir la historia de Elizabeth, subió al metro y bajó en Harvard Square. Al cabo de quince minutos de su llegada, se encontraba de nuevo en el despacho de Mary Custland, en la Biblioteca Widener, a la espera de que Mary terminara de leer la carta de Jonathan.

-Su casa debe de ser un tesoro de antigüedades. -Mary levantó la vista de la página-. Esta carta no tiene precio. -Llamó de inmediato a Katherine Sturburg para que la leyera.

-Qué placer -dijo Katherine cuando terminó.

Las dos mujeres explicaron a Kim que la carta era de un período de la historia de Harvard poco documentado. Pidieron permiso para fotocopiarla, y Kim aceptó.

-Bien, hemos de encontrar una referencia a Rachel Bingham -dijo Mary, y tomó asiento frente al ordenador.

-En eso confiaba -dijo Kim.

Mary introdujo el nombre, en tanto Kim y Katherine miraban por encima de su hombro. Kim descubrió que había cruzado los dedos sin darse cuenta.

Dos Rachel Bingham aparecieron en pantalla, pero ambas habían vivido en el siglo XIX y era imposible que estuvieran relacionadas con Elizabeth. Mary cruzó algunas informaciones, pero fracasó.

-Lo siento muchísimo -dijo-. Comprenderá que aunque encontráramos una referencia el problema del incendio de 1764 supondría una dificultad insuperable.

-Lo entiendo -dijo Kim-. No esperaba encontrar algo, pero como ya dije en mi primera visita, me siento obligada a seguir cualquier pista nueva.

-Ahora que tenemos un nombre nuevo, investigaré en mis fuentes de consulta -la tranquilizó Katherine.

Kim dio las gracias a las dos mujeres y se marchó. Volvió en metro a la estación y tuvo que esperar al tren de Salem.

Mientras paseaba por el andén, se juró que durante los siguientes dos días redoblaría sus esfuerzos en inspeccionar la maraña de papeles guardados en el castillo. En cuanto se reincorporara al trabajo, tendría pocas oportunidades para ello, excepto los días festivos.

Volvió a la finca con la intención de ir directamente al castillo, pero cuando pasaba entre los árboles, vio un coche de la policía de Salem aparcado frente a la casa. Picada por la curiosidad, avanzó en aquella dirección.

Al acercarse, vio a Edward y Eleanor, que conversaban con dos policías en mitad del prado, a unos cincuenta metros de la casa. Eleanor rodeaba con su brazo la espalda de Edward.

Kim aparcó junto al coche patrulla y se apeó. El grupo no advirtió la llegada; quizá estaban todos demasiado preocupados para fijarse en ella. Aún más picada por la curiosidad, Kim caminó hacia ellos. Cuando estuvo más cerca, vio que algo tendido en la hierba ocupaba su atención.

Kim lanzó una exclamación ahogada, y entonces la vieron.

Era Buffer. El pobre perro estaba muerto. Lo más horripilante de la escena era que parte de la carne que recubría los cuartos traseros había desaparecido y dejaba al descubierto los huesos sanguinolentos.

Kim dirigió una mirada apenada a Edward, quien la saludó con serenidad, lo cual le sugirió que había superado la conmoción inicial. Vio lágrimas secas en sus mejillas. Por desagradable que fuera el perro, sabía que lo apreciaba.

-Será mejor que un médico forense eche un vistazo a los huesos -estaba diciendo Edward-. Existe la posibilidad de que alguien reconozca las marcas de dientes, y qué clase de animal ha podido hacer esto.

-No sé cómo reaccionaría la oficina del médico forense a una llamada sobre un perro muerto -dijo uno de los agentes, cuyo nombre era Billy Selvey.

-Pero acaba de decir que han ocurrido un par de episodios similares durante las últimas noches -insistió Edward-. Creo que deberían averiguar de qué clase de animal se trata. Por mi parte, pienso que ha podido ser un perro o un mapache.

Librodot

A Kim le sorprendió lo sereno que se mostraba Edward a pesar de la pérdida. Se había recuperado lo suficiente para lanzarse a una discusión técnica sobre las marcas de dientes en los huesos expuestos.

-¿Cuándo fue la última vez que vio al perro? -preguntó Billy.

-Anoche -contestó Edward-. Solía dormir conmigo, pero quizá lo dejé salir. No me acuerdo. A veces, el perro se quedaba fuera toda la noche. Nunca sospeché que supusiese un problema, porque la finca es muy grande y el animal no molestaba a nadie.

-Di de comer al perro a eso de las once y media de anoche -intervino Kim-. Lo dejé en la cocina, comiendo.

-¿Lo dejaste salir? -preguntó Edward.

-No, ya he dicho que lo dejé en la cocina.

-Bien, esta mañana cuando desperté no lo vi. No pensé nada especial. Supuse que se presentaría en el laboratorio.

-¿Tienen puertas para animales domésticos? -preguntó Billy.

Kim y Edward negaron con la cabeza.

-¿Oyeron algo extraño anoche? -preguntó Billy.

-Estaba fuera de este mundo -dijo Edward-. Últimamente, duermo como un tronco.

-Yo tampoco oí nada -dijo Kim.

-En la comisaría se ha hablado de que esos incidentes tal vez sean causados por un animal rabioso -dijo el otro agente, que se llamaba Harry Conners-. ¿Tienen más animales?

-Yo tengo una gata -dijo Kim.

-Les aconsejamos que la mantengan encerrada durante unos días -dijo Billy.

Los policías guardaron sus libretas y bolígrafos, se despidieron y volvieron a su coche.

-¿Y el cadáver? -preguntó Edward-. ¿No quieren llevarlo al forense?

Los dos agentes intercambiaron una mirada, con la esperanza de que el otro contestara. Por fin, Billy respondió a gritos que era mejor no hacerlo.

Edward saludó con la mano.

-Les doy una buena propina, ¿y qué hacen? -dijo-. Se largan.

-Bien, he de volver al trabajo -dijo Eleanor. Era la primera vez que hablaba. Miró a Kim-. No olvides que prometiste visitar otra vez el laboratorio, y muy pronto.

-Lo haré -prometió Kim. El interés de Eleanor. la asombro, aunque parecía sincera.

Eleanor se encaminó hacia el laboratorio.

Edward contempló un rato a Buffer. Kim desvió la vista.

El espectáculo era horrible y le provocaba arcadas.

-Siento muchísimo lo de Buffer -dijo, y apoyó la mano sobre el hombro de Edward.

-Vivió bien. Creo que separaré las patas traseras y las enviaré a uno de los patólogos que conozco en la facultad de medicina. Tal vez nos diga qué clase de animal hay que buscar.

Kim tragó saliva al oír la sugerencia de Edward. No esperaba que quisiera mutilar más al pobre animal.

-Tengo una manta vieja en el maletero -dijo Edward-.

Voy a buscarla para envolver el cadáver.

Librodot

Sin saber qué hacer, Kim permaneció junto a los restos de Buffer mientras Edward iba por la manta. Estaba afligida por el cruel destino del perro, aunque Edward aparentaba indiferencia. En cuanto envolvió al animal, Kim acompañó a Edward al laboratorio.

Cuando estuvieron cerca, Kim pensó en una posibilidad aterradora. Detuvo a Edward.

-Se me acaba de ocurrir algo. ¿Es posible que la muerte de Buffer y las mutilaciones estén relacionadas con la brujería?

Edward la miró por un instante y luego echó la cabeza hacia atrás, sin poder contener las carcajadas. Kim se descubrió riendo con él, al tiempo que se avergonzaba por haber sugerido algo semejante.

-Espera un momento -protestó-. Recuerdo haber leído en algún sitio que la magia negra y los sacrificios de animales estaban íntimamente relacionados.

-Considero tu melodramática imaginación muy divertida -consiguió articular Edward entre nuevas carcajadas. Cuando por fin logró controlarse, se disculpó por reírse de ella. Al mismo tiempo, le dio las gracias por aquel momento de alivio-. Dime, ¿de veras piensas que, después de trescientos años, el diablo ha decidido volver a Salem, y que la brujería va dirigida contra mí y Omni?

-Me he limitado a establecer una relación entre sacrificios de animales y brujería -dijo Kim-. No lo pensé mucho, y tampoco quería dar a entender que creía en ello, sólo que tal vez hay alguien que sí cree.

Edward puso a Buffer en el maletero y abrazó a Kim.

-Creo que pasas demasiado tiempo escondida entre los viejos papeles del castillo. Cuando todo el proyecto esté bajo control, deberíamos irnos de vacaciones. A un lugar cálido, donde podamos tendernos al sol. ¿Qué te parece?

-Suena bien -contestó Kim, si bien se preguntó en qué momento del futuro estaba pensando Edward.

Kim no quiso contemplar la disección de Buffer[3], de manera que se quedó fuera del laboratorio cuando Edward entró para proceder. Salió al cabo de pocos minutos cargado con una pala y el cadáver todavía envuelto. Cavó una fosa poco profunda cerca de la entrada del laboratorio. Cuando terminó de enterrar a Buffer, dijo a Kim que esperara un momento, pues había olvidado algo. Desapareció en el interior del laboratorio.

Cuando salió de nuevo, enseñó a Kim una botella de reactivo químico. Depositó con un gesto majestuoso la botella sobre la tumba de Buffer.

-¿Qué es eso? -preguntó Kim.

-Un amortiguador químico llamado TRIS. Un amortiguador para Buffer. -Rió con tantas ganas como cuando Kim había hablado de brujería.

-Me impresiona lo bien que te has tomado este desdichado incidente -dijo Kim.

-Estoy seguro de que está relacionado con Ultra -dijo Edward, sin dejar de reír-. Cuando me enteré de lo sucedido, me quedé destrozado. Buffer era como de la familia para mí.

Pero la pena se me pasó enseguida. Lamento su muerte, pero no siento esa espantosa vacuidad que acompaña al dolor. Mi razón me dice que la

[3] Juego de palabras intraducible. Buffer significa “amortiguador” (N. del T.)

muerte es un complemento natural de la vida. Al fin y al cabo, Buffer tuvo una buena vida, para ser un perro, y su carácter no era el mejor del mundo.

-Era un animal leal -dijo Kim. No quería contarle cuáles eran sus verdaderos sentimientos hacia el perro.

-Ése es otro ejemplo de por qué deberías darle una oportunidad a Ultra. Garantizo que te calmará. Quién sabe, quizá despejaría tu mente lo bastante para ayudarte en tu investigación sobre el misterio de Elizabeth.

-Creo que sólo el trabajo duro lo conseguirá.

Edward le dio un beso fugaz, agradeció su apoyo moral y desapareció en el laboratorio. Kim se encaminó al castillo.

Apenas había recorrido una breve distancia, cuando empezó a preocuparse por Saba. De pronto, recordó que la había dejado salir la noche anterior, después de dar de comer a Buffer, y que por la mañana no la había visto.

Cambió de dirección y se dirigió a la casa. Aceleró el paso.

La muerte de Buffer había aumentado su inquietud. No era capaz de imaginar cuánto sufriría si Saba sucumbía a un destino similar al del perro de Edward.

Entró en la casa y llamó a Saba. Subió por la escalera a toda prisa y fue a su dormitorio. Vio con gran alivio que la gata estaba aovillada en el centro de la cama. Kim se precipitó sobre ella y la acarició. Saba le dedicó una de sus miradas desdeñosas.

Después de mimar a la gata durante varios minutos, Kim se acercó a la cómoda y cogió el frasco de Ultra con dedos temblorosos. Una vez más, sacó una cápsula azul y la examinó. Ansiaba un poco de alivio. Acarició la idea de tomar la droga durante veinticuatro horas para ver cuál era su efecto.

La capacidad de Edward para sobrellevar tan bien la muerte de Buffer constituía un testimonio impresionante. Fue a buscar un vaso de agua.

Pero no tomó la cápsula, sino que empezó a preguntarse si la reacción de Edward había sido demasiado serena. Tanto sus lecturas como su intuición le decían que un poco de dolor era una emoción humana necesaria, lo cual la llevó a pensar si bloquear los procesos normales del dolor traería consecuencias en el futuro.

Con aquella idea en mente, Kim devolvió la cápsula al frasco y decidió visitar de nuevo el laboratorio. Con el temor a ser asediada, literalmente, por los investigadores, se deslizó en el interior con el mayor sigilo.

Por suerte, sólo Edward y David se encontraban en el piso de arriba, y en extremos opuestos de la enorme sala. Kim pudo sorprender a Edward sin que los demás se enteraran de su llegada. Cuando él la vio, Kim se llevó un dedo a los labios.

Cogió su mano y lo condujo fuera del edificio.

En cuanto la puerta del laboratorio se cerró tras ellos, Edward sonrió.

-¿Qué demonios te pasa? -preguntó.

-Sólo quiero hablar contigo -explicó ella-. Se me ha ocurrido una idea que tal vez puedas incluir en el protocolo clínico de Ultra.

Kim explicó a Edward lo que había pensado acerca del dolor, al que añadió la melancolía y la angustia, y dijo que un grado moderado de aquellos sentimientos jugaba un papel positivo, como motivadores de la maduración, el cambio y la creatividad humanas.

Librodot

-Lo que me preocupa -concluyó- es que la posibilidad de tomar una droga como Ultra, capaz de atemperar esos estados mentales, exija un coste oculto y provoque graves e inesperadas secuelas negativas.

Edward sonrió y asintió lentamente. Estaba impresionado.

-Agradezco tu colaboración. Has tenido una idea interesante, pero no la comparto. Se basa en la falsa premisa de que la mente está separada del cuerpo material. Esa vieja hipótesis ha sido desmentida por experiencias recientes, que demuestran que la mente y el cuerpo forman una unidad en lo relativo a la disposición de ánimo y los sentimientos. Se ha demostrado que las emociones están biológicamente determinadas por el hecho de que son afectadas por drogas como el Prozac, que alteran los niveles de los neurotransmisores. Ha revolucionado las ideas sobre la función cerebral.

-Esa clase de pensamiento es deshumanizador -protestó Kim.

-Te lo diré de otra manera. Piensa en el dolor. ¿Crees que se debe tomar drogas para el dolor?

-El dolor es diferente -dijo Kim, pero comprendió la trampa filosófica que Edward le estaba tendiendo.

-Yo no opino lo mismo. También el dolor es biológico.

Como el dolor físico y el psíquico son biológicos, deberían tratarse de la misma manera, en especial con drogas bien diseñadas dirigidas sólo a aquellas partes del cerebro responsables.

Kim se sintió frustrada. Deseó preguntar a Edward dónde estaría el mundo si Mozart y Beethoven hubieran tomado drogas para combatir su angustia o depresiones, pero no dijo nada. Sabía que era inútil. El científico que había en él lo cegaba.

Edward dio a Kim un fuerte abrazo y reiteró lo mucho que le agradecía el que se interesase por su trabajo. Después, le dio una palmada en la cabeza.

-Seguiremos hablando sobre este tema, si quieres -dijo-, pero ahora será mejor que vuelva al trabajo.

Kim se disculpó por molestarlo y regresó a la casa.

Jueves 29 de septiembre de 1994

A lo largo de los días siguientes, Kim se sintió tentada en numerosas ocasiones de probar Ultra. Su creciente angustia había empezado a perturbar su sueño. Sin embargo, cada vez que estaba a punto de tomar la droga, se echaba atrás.

A cambio, intentó utilizar su angustia como motivador.

Cada día pasaba más de diez horas en el castillo, y sólo se marchaba cuando le costaba leer las páginas escritas a mano.

Por desgracia, sus redoblados esfuerzos no sirvieron de nada.

Tenía ganas de encontrar documentos del siglo XVII, aunque no estuvieran relacionados con Elizabeth. Sólo para cobrar más ánimos.

La presencia de los fontaneros resultó ser una agradable diversión, en lugar de una molestia. Siempre que Kim se tomaba un descanso, tenía alguien con quien hablar. Incluso llegó a mirar cómo trabajaban durante un rato, intrigada por el uso del soplete para soldar tubos de cobre.

El único indicio de que los investigadores dormían en el castillo era la tierra pisoteada ante las entradas a las alas. Si bien era de esperar un poco

de suciedad, Kim pensó que la cantidad daba cuenta de una sorprendente falta de consideración.

El comportamiento seguro, alegre y cariñoso de Edward continuó, y el martes incluso le envió un enorme ramo de flores, con una nota que rezaba: “Con amor y gratitud”

La única alteración en su comportamiento tuvo lugar el jueves por la mañana, cuando Kim estaba a punto de marchar al castillo. Edward entró por la puerta principal hecho una furia y dejó bruscamente su agenda sobre la mesa contigua al teléfono. Kim se puso nerviosa al instante.

-¿ Ocurre algo? -preguntó.

-Ya lo creo que ocurre algo. He tenido que subir aquí para usar el teléfono. Cada vez que llamo desde el laboratorio, todos aquellos idiotas escuchan mi conversación. -¡Me tienen harto!

-¿Por qué no utilizas el teléfono del área de recepción, que está vacía?

-También me escuchan cuando voy allí.

-¿A través de las paredes?

-He de llamar al jodido jefe de la oficina de licencias de Harvard -se lamentó Edward, sin hacer caso del comentario de Kim-. Ese cabrón ha decidido vengarse personalmente de mí.

Edward abrió la agenda para buscar el número.

-¿No podría ser que simplemente se limite a hacer su trabajo? -preguntó Kim, a sabiendas de que la controversia era inacabable.

-¿Crees que su trabajo consiste en ordenar mi suspensión?

-aulló Edward-. Es increíble. Nunca había imaginado que ese jodido burócrata tuviera los huevos de hacerme eso.

Kim notó que su corazón se aceleraba. El tono de Edward le recordó el día en que había roto la copa en su apartamento.

Tuvo miedo de seguir hablando.

-Bueno -dijo Edward con un tono de voz repentinamente sereno. Sonrió-. La vida es así. Siempre hay altibajos-. Se sentó y marcó el número.

Kim se tranquilizó un poco, pero no apartó los ojos de él.

Escuchó mientras sostenía una educada conversación con el hombre al que acababa de vituperar. Cuando colgó el auricular, dijo que había sido muy razonable, después de todo.

-Aprovechando que estoy aquí -continuó-, subiré a reparar la lavadora, tal como me pediste ayer. -Se encaminó a la escalera.

-Pero si ya la arreglaste -dijo Kim-. Has debido de hacerlo esta mañana, porque funcionaba bien cuando subí.

Edward se detuvo y parpadeó, como si se sintiese confuso.

-¿Sí? Bien por mí, en ese caso. De todos modos, he de volver al laboratorio ahora mismo.

-Edward -llamó Kim, antes de que saliera-. ¿Te encuentras bien? últimamente, tienes pequeños olvidos.

Él rió.

-Es verdad -dijo-. He estado un poco olvidadizo, pero nunca me he sentido mejor. Sólo estoy un poco preocupado.

El problema es que mi mente está tan saturada de detalles y datos que no queda espacio para lo mundano. Pero se ve una luz al final del túnel, y todos vamos a ser muy ricos. Y eso te incluye a ti. Hablé con Stanton sobre lo de regalarte algunas acciones, y accedió, de modo que tendrás tu parte del botín.

-Me siento halagada.

Kim se acercó a la ventana y vio a Edward alejarse hacia el laboratorio. Reflexionó sobre su conducta; aunque volvía a ser cariñoso con ella, también era impredecible.

Guiada por un impulso, cogió las llaves del coche y condujo hasta la ciudad. Necesitaba hablar con algún profesional cuya opinión valorara. Por fortuna, Kinnard aún no se había ido. Lo llamó desde el mostrador de recepción del hospital de Salem.

Media hora más tarde se encontraron en la cafetería. Iba vestido con la indumentaria del equipo quirúrgico. Kim estaba tomando una taza de té.

-Espero no molestarte mucho -dijo en cuanto Kinnard se sentó.

-Me alegro de verte.

-Quería hacerte una pregunta. ¿La pérdida de memoria podría ser una secuela de una droga psicotrópica?

-Desde luego, pero debo matizar que la memoria reciente puede verse afectada por muchas cosas. Es un síntoma no específico. ¿Debo suponer que Edward padece ese problema?

-¿Puedo confiar en tu discreción?

-Ya te lo dije. ¿Edward y su equipo siguen tomando la droga?

Kim asintió.

-Están chiflados. Eso es como pedir problemas a gritos.

¿Has notado algún otro efecto?

Kim lanzó una breve carcajada.

-No te lo vas a creer -dijo-. Todos han experimentado una reacción fantástica. Antes de empezar a tomar la droga reñían todo el día. Ahora, todos están muy contentos. No podrían ser más felices. Actúan como si se lo pasaran en grande, pese a que trabajan a un ritmo febril.

-Me parece un buen efecto.

-En algunos aspectos, pero después de pasar con ellos un rato, presientes algo raro, como si todos fuesen demasiado parecidos o aburridos, pese a su júbilo y laboriosidad.

-Me recuerda “Un mundo feliz” -dijo Kinnard, y rió.

-No te burles. He pensado lo mismo, pero hay algo más que preocupaciones filosóficas, que no son las más acuciantes para mí. Lo que me preocupa son los pequeños olvidos de Edward relacionados con cosas cotidianas, y parece que va a más. Ignoro si a los otros les pasa lo mismo.

-¿Qué vas a hacer?

-No lo sé. Esperaba a que confirmaras mis temores o los despejaras. Supongo que no puedes hacer ninguna de las dos cosas.

-Con certeza, no -admitió Kinnard-, pero puedo darte algo para que pienses. Las expectativas influyen de una forma extraordinaria en las percepciones. Por eso en la investigación médica se han instituido los estudios a doble ciego. Existe la posibilidad de que tu expectativa de ver efectos negativos en la droga de Edward afecte lo que ves. Sé que Edward es muy inteligente, y me parece absurdo que se lance a riesgos irracionales.

-Tienes razón. Es verdad que, por el momento, no sé qué veo. Todo podría estar en mi cabeza, pero no lo creo.

Kinnard miró al reloj de pared y se excusó.

-Lamento tener que interrumpir nuestra conversación, pero aún seguiré en el hospital unos pocos días más, por si quieres continuar la charla. Si no, nos veremos en la unidad de cuidados intensivos de Boston.

Librodot

En el momento de separarse, Kinnard apretó la mano de Kim, quien le correspondió y agradeció su atención.

Cuando llegó a la finca, Kim fue directamente al castillo.

Habló con los fontaneros, que insistieron en que el trabajo iba bien pero aún necesitarían tres días más para terminar.

También sugirieron echar un vistazo al ala de los invitados, por si existía el mismo problema. Ella les dio carta blanca.

Antes de bajar a la bodega, Kim fue a comprobar el estado de las entradas a las alas. Se quedó consternada cuando vio la de la servidumbre. No sólo había tierra en la escalera, sino también ramitas y hojas. Incluso había un recipiente de comida china para llevar, en un rincón próximo a la puerta.

Kim maldijo en silencio, se encaminó al cuarto de la limpieza, sacó una fregona y un cubo, y lavó la escalera. La tierra se había acumulado hasta el primer rellano.

Después de lavarlo todo, Kim se acercó a la puerta principal, cogió la esterilla y la llevó a la entrada del ala de la servidumbre. Pensó en dejar una nota, pero luego supuso que la esterilla ya era en sí suficiente mensaje.

Por fin, Kim descendió a las profundidades de la bodega y se puso a trabajar. Si bien no encontró ningún documento del siglo XVII, su concentración sirvió para alejar las preocupaciones de su mente, y poco a poco empezó a tranquilizarse.

A la una se tomó un descanso. Volvió a la casa y dejó que Saba saliera mientras ella comía. Antes de regresar al castillo comprobó que la gata hubiera vuelto. En el castillo, habló con los fontaneros unos minutos y vio cómo Albert sellaba con el soplete algunas brechas de las cañerías de agua. Finalmente, volvió al trabajo, esta vez en el desván.

Empezaba a sentirse otra vez desalentada cuando descubrió una carpeta de material perteneciente a la época que le interesaba. La acercó a una de las ventanas de gablete.

No le sorprendió descubrir que los papeles estaban relacionados con negocios. En algunos reconoció la letra de Ronald. Pero de pronto vio algo que le cortó la respiración. De entre los documentos de aduanas y las cartas de porte, extrajo una carta de Thomas Putnam a Ronald.

17 de agosto de 1692
Ciudad de Salem

Señor:

Muchas son las vilezas que han asolado nuestra ciudad temerosa de Dios. Me han causado una gran aflicción pues yo mismo me he visto involucrado sin desearlo. Me apena que haya usted pensado mal de mí y de mi deber como miembro fiel de nuestra congregación y que haya rehusado a hablar conmigo de asuntos de mutuo interés. Es cierto que de buena fe y en nombre de Dios testifiqué contra su difunta esposa en la audiencia y en su juicio.

A petición de usted la visité en su casa para ofrecerle ayuda si la necesitaba. En aquel fatídico día encontré la puerta de su morada entreabierta, pese al frío, y la mesa dispuesta con alimentos y bebidas como si una comida hubiera sido interrumpida, y otros objetos volcados o destrozados, así como gotas de sangre en el suelo. Imaginé un ataque indio y temí por la seguridad de los suyos, pero en la planta superior vi a sus hijos y

Librodot

a las niñas refugiadas. Estaban muertos de miedo y dijeron que su esposa había sido presa de un ataque mientras comía y no estaba en su sano juicio y había ido a refugiarse al establo. Me dirigí allí muy agitado y grité su nombre en la oscuridad. Vino a mí como una mujer enloquecida y me asustó muchísimo. Había sangre en sus manos y su vestido, y pude ver su obra. Con el espíritu conturbado la tranquilicé a riesgo de mi seguridad. Hice lo mismo con su ganado, que estaba muy asustado pero sano y salvo. Le he dicho la verdad en el nombre de Dios.

Su fiel amigo y vecino, THOMAS PUTNAM.

-Pobre gente -murmuró Kim.

Era la carta que, hasta el momento, expresaba con mayor precisión el horror de los hechos de Salem, y Kim sintió compasión por todos los implicados. Adivinó que Thomas estaba confuso y afligido por haberse visto atrapado entre la amistad y lo que él consideraba la verdad. El corazón de Kim se partió por la pobre Elizabeth, a quien el hongo había sacado de quicio hasta el punto de aterrorizar a sus propios hijos.

Para Kim, resultaba fácil comprender que la mentalidad del siglo XVII hubiera atribuido un comportamiento tan horrible e inexplicable a la brujería.

Después, comprendió que la carta aportaba algo nuevo e inquietante. Era la mención de la sangre, que implicaba violencia. Kim no quiso ni imaginar lo que había hecho Elizabeth con el ganado, si bien admitió que debía de ser significativo.

Volvió a releer la carta, especialmente la frase en que Thomas describía que todo el ganado estaba a salvo, pese a la presencia de la sangre. Se le antojó confuso, a menos que Elizabeth se hubiera autolesionado. Aquella idea la estremeció.

La mención de gotas de sangre en el suelo de la casa daba mayor fuerza a la posibilidad. Sin embargo, en la misma frase se hablaba de objetos rotos, lo cual sugería que la sangre podía proceder de una herida involuntaria.

Kim suspiró. Su mente era un caos, pero una cosa estaba clara: el efecto del hongo iba asociado a la violencia, y Kim pensó que Edward y los demás debían de saberlo cuanto antes.

Cogió la carta y corrió al laboratorio. Cuando entró, estaba sin aliento. Se llevó una sorpresa: había irrumpido en mitad de una celebración.

Todos saludaron a Kim con grandes muestras de alegría.

La arrastraron hacia uno de los bancos, donde había una botella de champán descorchada. Kim intentó rechazar un vaso que le ofrecían, pero no le hicieron caso. De nuevo, se sintió como rodeada por un grupo de colegiales histéricos. Observó que habían derramado champán sobre las cabezas de Eleanor, Gloria y Francois.

En cuanto pudo, se abrió paso hacia Edward, para preguntarle qué sucedía.

-Eleanor, Gloria y Francois acaban de llevar a cabo una hazaña de química analítica -explicó él-. Han determinado la estructura de una proteína de enlace de Ultra. Supone un avance gigantesco. Nos permitirá modificar Ultra en caso de que sea necesario, o diseñar otras drogas que enlazaran en el mismo punto.

-Me alegro por ti, pero quiero enseñarte algo que te interesará.

Le tendió la carta.

Edward leyó a toda prisa. Cuando levantó la vista, guiñó el ojo a Kim.

Librodot

-Felicidades -dijo-. Ésta es la mejor. -Se volvió hacia el grupo-. Escuchad, chicos. Kim ha encontrado la prueba definitiva de que el hongo envenenó a Elizabeth. Será aún mejor que la anotación del diario para el artículo de Science.

Los investigadores se congregaron alrededor de él. Edward les dio la carta y los animó a leerla.

-Es perfecto -dijo Eleanor, y se la pasó a David-. Hasta menciona que estaba comiendo. Es una descripción gráfica de la velocidad con que actúa el alcaloide. Debió de comer un pedazo de pan.

-Es estupendo que hayáis eliminado la cadena lateral alucinógena -dijo David-. No me gustaría despertar y *encontrarme a mi mismo fuera con las vacas. Todos rieron excepto Kim, miro a Edward y tras esperar que dejara de reír, le preguntó si la sugerencia de la violencia en la carta le molestó.*

Edgard tomó la carta de nuevo y la leyó con más cuidado. Sabes que tienes un buen punto, le dijo a Kim cuando terminó de leerla por segunda vez. No creo que deba utilizar esta carta para el artículo después de todo. Eso puede causar problemas que no necesitamos. Hace algunos años apareció en la televisión un desafortunado rumor que asociaba el Prozac con la violencia. Fue un problema hasta que se desacreditó estadísticamente. No deseo que algo por el estilo le ocurra al Ultra.

-Si un alcaloide inalterado causó la violencia, tuvo que haber sido la misma cadena que causó las alucinaciones, -dijo Gloria. Podrías mencionar esto en tu artículo.

¿Por qué dar esta oportunidad? No quiero que algún periodista sensacionalista lo use como base para asociar el Ultra a la violencia.

-Quizás lo concerniente a la violencia deba ser incluido en los protocolos clínicos, - sugirió Kim. "Entonces si la cuestión aparece, ya se ha dejado constancia. Sabes que es una buena idea, -dijo Gloria.

Por varios minutos el grupo discutió la sugerencia de Kim. El hecho de que el grupo la estuviera escuchando la permitió sugerir que se incluyeran también los lapsus de memoria reciente. Citó como base para su sugerencia los recientes olvidos de Edgard.

Eduardo se rió afablemente junto con los otros. ¿Asi que me cepille los dientes dos veces? dijo, causando más risa[4]*.*

Creo que incluir la perdida de memoria reciente es una idea tan buena como incluir la violencia -dijo Curt-. David también se ha vuelto olvidadizo.

Lo sé porque nuestras habitaciones son contiguas.

-Mira quién habla -dijo David, y rió.

Entonces, contó al grupo que la noche anterior Curt había llamado dos veces a su novia porque había olvidado la primera llamada.

-Apuesto a que le gustó -dijo Gloria.

Curt golpeó en broma el hombro de David.

-Te fijaste por el único motivo de que tú habías hecho lo mismo la noche anterior, cuando llamaste a tu mujer.

Mientras Kim contemplaba la amistosa discusión de Curt y David, observó que las manos y los dedos del primero estaban surcados de cortes y cicatrices. Su reacción automática como enfermera fue de preocupación. Se ofreció a curarlo.

[4] El texto en cursiva ha sido traducido por mi del original en ingles al no disponer de las imágenes ni del texto traducido y faltar esta parte en el texto digitalizado. (N.del C.)

-Gracias, pero no es tan grave como parece -dijo Curt-.

No me molestan para nada.

-¿Te caíste de la moto? -preguntó Kim.

Curt rió.

-Espero que no -dijo-. No me acuerdo cómo me lo hice.

-Son los riesgos del oficio -dijo David. Enseñó sus manos, que tenían un aspecto similar, aunque no tan malo-. Es la prueba de que trabajamos hasta dejarnos la piel.

-Es la consecuencia de trabajar diecinueve horas diarias bajo presión -intervino Francois-. Resulta asombroso que funcionemos tan bien.

-Me parece que la pérdida de memoria reciente debe de ser una secuela de Ultra -dijo Kim-. Da la impresión de que todos la padecéis.

-Yo no -dijo Gloria.

-Ni yo -añadió Eleanor-. Mi mente y mi memoria han mejorado desde que tomo Ultra.

-A mí me pasa lo mismo -corroboró Gloria-. Creo que Francois tiene razón. Trabajamos demasiado.

-Espera un momento, Gloria -dijo Eleanor-. Te has vuelto olvidadiza. Anteayer por la mañana te dejaste el albornoz en el cuarto de baño, y al cabo de dos minutos te dio un ataque cuando no lo viste colgado en la puerta de tu habitación.

-No me dio un ataque -la contradijo Gloria con serenidad-. Además, eso es diferente. Me olvidaba la bata mucho antes de tomar Ultra.

-En cualquier caso, Kim tiene razón -dijo Edward-. Los lapsus de la memoria reciente podrían estar relacionados con Ultra, y por lo tanto habría que incluirlo en los protocolos clínicos. Tampoco es que debamos perder el sueño por ello.

Aun si se demuestra que ocurre de vez en cuando, será un riesgo aceptable a la luz de los beneficios que la droga produce a la función mental en general.

-Estoy de acuerdo -dijo Gloria-. Es el equivalente del caso de Einstein, que olvidaba nimiedades cotidianas mientras formulaba la teoría de la relatividad general. La mente elabora juicios de valor en cuanto a lo que debe procesar, y la cantidad de veces que te cepilles los dientes no es importante.

El ruido de la puerta de fuera al cerrarse atrajo la atención de todos, porque pocos visitantes acudían al laboratorio. Todas las cabezas se volvieron hacia la puerta del área de recepción. Era Stanton.

Un espontáneo “Hip, hip, hurra” se elevó de los investigadores. Stanton, confuso, se paró en seco.

-¿Qué demonios pasa aquí? -preguntó-. ¿Nadie trabaja hoy?

Eleanor se acercó a él con un vaso de champán.

-Un pequeño brindis -dijo Edward, y levantó su vaso-.

Nos gustaría beber por tu carácter quisquilloso, que nos impulsó a tomar Ultra. Los beneficios aumentan día a día.

Todos bebieron entre risas, incluido Stanton.

-Nos has hecho un favor -siguió Edward-. Nos hemos sacado sangre mutuamente y reservado la orina para las pruebas.

-Todos, excepto Francois -bromeó Gloria-. La mitad de las veces se olvida.

Librodot

-Al respecto hemos tenido un pequeño problema de conformidad -admitió Edward-, pero lo solucionamos sujetando con cinta adhesiva las tapas de los inodoros y poniendo un letrero que decía “guárdalo”

Todos volvieron a reír. Gloria y David tuvieron que dejar los vasos sobre una mesa por temor a derramarlos.

-Sois un grupo muy alegre -comentó Stanton.

-Y motivos hay -dijo Edward. Contó a Stanton las buenas noticias sobre el descubrimiento de la proteína de enlace. Concedió cierto mérito a Ultra por agudizar la mente de todos.

-¡La noticia es maravillosa! -exclamó Stanton. Se adelantó a estrechar las manos de Gloria, Eleanor y Francois. Después, dijo a Edward que quería hablar con él.

Kim aprovechó la oportunidad para marcharse. Su visita al laboratorio le había dejado buen sabor de boca. Tenía la sensación de haber conseguido algo al sugerir que la violencia y la pérdida de la memoria reciente debían incluirse en la evaluación clínica de Ultra.

Volvió al castillo. Lo primero que quería hacer era guardar la carta de Thomas Putnam en la caja de la Biblia, junto con los demás objetos concernientes a Elizabeth. Cuando se acercaba al edificio, vio que un coche de la policía de Salem salía de entre los árboles. El conductor debió de verla, porque el vehículo se desvió al instante y se dirigió hacia ella.

Kim se detuvo y esperó. El coche frenó y de él se apearon los dos agentes de la vez anterior.

Billy se llevó la mano al ala del sombrero a modo de saludo.

-Espero no molestarla -dijo.

-¿Pasa algo? -preguntó Kim.

-Queríamos preguntarle si había tenido más problemas desde la muerte del perro. Una ola de vandalismo se ha desatado sobre la zona, como si Halloween se hubiera adelantado un mes.

-Halloween es bestial aquí, en Salem -añadió Harry-. Los policías hemos aprendido a odiar esta época del año.

-¿Qué clase de vandalismo? -preguntó Kim.

-Las gamberradas habituales -contestó Billy-. Cubos de basura volcados, basura esparcida. Han desaparecido más animales domésticos y algunos de los cadáveres han aparecido en mitad de la carretera que va al cementerio de Greenlawn.

-Todos estamos preocupados por la posibilidad de que un animal rabioso merodee por los alrededores -explicó Harry-.

Será mejor que encierre a su gata, teniendo en cuenta la extensión de su propiedad y sus zonas boscosas.

-Creemos que algunos chicos de la localidad se han sumado a la juerga, por así decirlo -siguió Billy-. Están imitando las andanzas del animal. Es demasiado para un solo animal.

¿Cuántos cubos de basura puede cargarse un mapache en una noche?

-Agradezco que hayan venido a advertirme -dijo Kim-.

No hemos tenido más problemas desde la muerte del perro.

Encerraré a mi gata en casa.

-Si surgen más problemas, llámenos -dijo Harry-. Nos gustaría llegar al fondo del asunto antes de que se nos escape de las manos.

Librodot

Kim esperó a que el coche patrulla diera media vuelta y saliera de la finca. Estaba a punto de entrar en el castillo cuando oyó que Stanton la llamaba. Se volvió y vio que venía del laboratorio.

-¿Qué demonios hacía la policía aquí? -preguntó.

Kim le contó que era posible que por la zona merodease un animal rabioso.

-Siempre pasa algo -dijo Stanton-. Escucha, quiero hablar contigo acerca de Edward. ¿Tienes un minuto?

-De acuerdo -dijo Kim, intrigada-. ¿Dónde quieres hablar? -Aquí ya me va bien. ¿Por dónde empiezo? -Desvió la vista unos instantes, y luego miró a Kim a los ojos-. Estoy un poco perplejo por el comportamiento de Edward, y también de los demás. Cada vez que entro en el laboratorio, me siento como si estuviera de más. Hace un par de semanas, aquello era como una funeraria. Ahora, se lo pasan en grande. Parece un lugar de veraneo, sólo que trabajan más que antes, mucho más, incluso. Su conversación es difícil de seguir, porque todos son muy listos e ingeniosos. De hecho, me siento como un idiota. -Lanzó una carcajada burlona antes de proseguir-. -¡Edward se ha vuelto tan extrovertido y enérgico que me recuerda a mí!

Kim se llevó la mano a la boca y rió de la perspicacia autoparódica de Stanton.

-No es divertido -se quejó Stanton, sin dejar de reír-. El siguiente paso es que quiera convertirse en un capitalista. Al parecer los negocios le interesan cada vez más, y por desgracia no damos pie con bola. Ahora, vamos de cabeza por conseguir más capital. El buen doctor se ha vuelto tan avaricioso que no quiere sacrificar más acciones. De la noche a la mañana ha dejado de ser un ascético académico para convertirse en un insaciable capitalista.

-¿Por qué me dices eso? No tengo nada que ver con Omni, ni quiero.

-Confiaba en que pudieras hablar con él. En buena conciencia, no puedo pedir prestado dinero de fuentes turbias a través de bancos extranjeros, e incluso lamento haber mencionado la posibilidad. Es demasiado peligroso, y no me refiero a peligros financieros. Estoy hablando de peligro para la vida y la familia. No vale la pena. O sea, el aspecto financiero de este proyecto debería quedar en mis manos, de la misma forma que la parte científica ha de quedar en manos de Edward.

-¿Te parece olvidadizo?

-No, joder. Está agudo como un clavo. Es sólo que, en lo referente a los entresijos del mundo económico, es un inocente.

-Se olvida de cosas sin importancia. Y casi todos los demás admiten que se han vuelto distraídos.

-No lo he notado en Edward, pero parecía un poco paranoico. Hace tan sólo unos minutos tuvimos que salir fuera para hablar sin que nadie nos escuchara.

-¿Quién iba a escucharos?

Stanton se encogió de hombros.

-Supongo que los demás investigadores. No lo dijo, y yo no pregunté.

-Esta mañana vino a casa para llamar sin que lo escucharan. Tenía miedo de utilizar el teléfono del área de recepción porque pensaba que alguien podía escuchar a través de las paredes.

-Ahora me parece todavía más paranoico. En su defensa, debo decir que le metí en la cabeza la conveniencia de la discreción en esta fase.

Librodot

-Empiezo a estar preocupada, Stanton.

-No digas eso. He acudido a ti para tranquilizarme, no para angustiarme aún más.

-Me preocupa que los olvidos y la paranoia sean secuelas de Ultra.

-No quiero ni oír eso -dijo Stanton. Se tapó los oídos con las manos.

-No deberían tomar la droga en esta fase, y tú lo sabes.

Creo que tendrías que impedírselo.

-¿YO? Ya te he dicho hace un momento que lo mío son las finanzas. No me meto en la parte científica, sobre todo porque me han dicho que tomar la droga acelerará su proceso de evaluación. Además, estos leves olvidos y la paranoia es probable que se deban a lo mucho que trabajan. Edward sabe lo que hace. Dios mío, es el mejor de su especialidad.

-Haremos un trato. Si tú intentas convencer a Edward de que deje de tomar la droga, yo intentaré convencerlo de que deje las finanzas en tus manos.

Stanton hizo una mueca, como si lo hubieran apuñalado por la espalda.

-Esto es ridículo -dijo-. He de negociar con mi propia prima.

-A mí me parece razonable. Nos ayudaremos mutuamente.

-No puedo prometerte nada.

-Ni yo.

-¿Cuándo hablarás con él?

-Esta noche. ¿Y tú?

-Supongo que podría volver y hablar con él ahora.

-¿Trato hecho?

-Supongo que sí -dijo Stanton a regañadientes. Extendió la mano y ella se la estrechó.

Kim siguió con la mirada a Stanton mientras éste regresaba al laboratorio. En lugar de caminar con paso decidido, parecía cansado, con los brazos caídos a ambos lados del cuerpo, como si cargara enormes pesas en las manos. Kim sintió pena por él, pues sabía que estaba angustiado. El problema residía en que había invertido todo su dinero en Omni, violando sus propios principios.

Después de subir al desván, Kim se acercó a una de las ventanas que daban al laboratorio. Llegó a tiempo para ver que Stanton desaparecía en el interior del edificio. Kim no abrigaba grandes esperanzas de que consiguiera impedir que Edward siguiera tomando Ultra, pero al menos lo había intentado.

Aquella noche, Kim tomó la decisión de seguir despierta hasta que Edward regresase, aunque fuera a la una de la madrugada. Estaba leyendo cuando oyó que la puerta principal se cerraba, y a continuación los pasos de Edward en la vieja escalera.

-Santo Dios -dijo él cuando asomó la cabeza en el dormitorio de Kim-. Debe de tratarse de un libro muy bueno para que estés despierta a estas horas.

-No estoy cansada -contestó Kim-. Entra.

-Estoy agotado. -Edward entró en la habitación y mientras bostezaba acarició con aire ausente a Saba-. Me muero de ganas de ir a la cama. Me ocurre justo después de medianoche, como un reloj. Lo asombroso es la rapidez con que me duermo cuando llega el cansancio. He de ir con cuidado si me siento. Y si me acuesto, olvídalo.

Librodot

-Ya me he fijado. El domingo por la noche ni siquiera apagaste la luz.

-Supongo que debería estar enfadado contigo -dijo Edward con una sonrisa-. Pero no es así. Sé que lo haces con buena intención.

-¿Quieres decirme de qué estás hablando?

-Como si no lo supieras -se burló Edward-. Estoy hablando del repentino interés de Stanton por mi salud. Supe que era cosa tuya en cuanto abrió la boca. Él nunca es tan solícito.

-¿Te habló de nuestro trato?

-¿Qué clase de trato?

-Accedió a intentar convencerte de que dejaras de tomar Ultra si yo te convencía de que las finanzas de Omni eran cosa de Stanton.

-Et tu Brute -bromeó Edward-. Una situación maravillosa. Las dos personas que considero más cercanas están conspirando a mis espaldas.

-Como tú has dicho, es con las mejores intenciones.

-Creo que soy capaz de decidir qué es mejor para mí -replicó Edward con tono afable.

-Pero has cambiado. Stanton dijo que has cambiado tanto que ya eres como él.

Edward rió de buena gana.

-Es fantástico. Siempre había querido ser tan decidido como Stanton. Es una pena que mi padre haya muerto. Quizá por fin se sentiría complacido conmigo.

-No es para bromear.

-Y no estoy bromeando. Me gusta ser seguro, en lugar de tímido y vergonzoso.

-Pero es peligroso tomar una droga que no ha sido probada. Además, ¿no estás cuestionando la ética de adquirir rasgos de carácter por mediación de una droga, en lugar de hacerlo por medio de la experiencia? Creo que es una falsedad, como engañarse.

Edward se sentó en el borde de la cama.

-Si caigo dormido, llama a una grúa para meterme en la cama -dijo Edward. Rió. Bostezó de nuevo y se llevó la mano a la boca-. Escucha, queridísima. Ultra ya ha sido probada, aunque no del todo, pero no es tóxica, y eso es lo importante. Voy a seguir tomándola, a menos que aparezca una secuela grave, cosa que dudo mucho. En cuanto a tu segundo punto, tengo claro que los rasgos de carácter indeseables, como en mi caso la timidez, pueden afianzarse con la experiencia. Prozac, hasta cierto punto, y ahora Ultra, mucho más, han dejado en libertad a mi yo auténtico, la persona cuya personalidad quedó sumergida por una serie de experiencias vitales desafortunadas que me convirtieron en la persona torpe que fui. Mi personalidad actual no es un invento de Ultra y no es falsa. Ha conseguido emerger, pese a una maraña de reacciones neuronales facilitadas, que yo llamaría una “red inferior” -Rió, palmeó la pierna de Kim por encima de las sábanas, y agregó-: Te aseguro que nunca me he sentido mejor. Confía en mí. Mi única preocupación es saber hasta cuándo tendré que tomar Ultra para afianzar este nuevo yo, de forma que cuando deje de tomarla no retroceda a mi antiguo yo, tímido y torpe.

-Lo dices de una forma que parece muy razonable.

-Es que lo es. Quiero ser así. Así habría sido, probablemente, si mi padre no hubiera sido tan pesado.

-¿Qué me dices de los olvidos y la paranoia?

-¿Qué paranoia?

Kim le recordó que por la mañana se había acercado a la casa para utilizar el teléfono, y luego había tenido que salir del laboratorio para hablar con Stanton.

-Eso no era paranoia -dijo Edward, indignado-. Esos personajillos del laboratorio se han convertido en la peor pandilla de chismosos que he conocido en mi vida. Sólo intento preservar mi privacidad.

-Tanto Stanton como yo pensamos que era un comportamiento paranoico.

-Bien, puedo asegurarte que no. -Edward sonrió. La punzada de irritación experimentada al ser acusado de paranoico ya había pasado-. Admito los olvidos, pero no lo otro.

-¿Por qué no dejas de tomar la droga y vuelves a empezar por la fase clínica?

-Eres una persona difícil de convencer. Por desgracia, carezco de energías. No puedo mantener los ojos abiertos. Lo siento. Continuaremos mañana, si quieres, pues no es más que una prolongación de una discusión anterior. Ahora he de irme a la cama.

Edward se inclinó, besó a Kim en la mejilla y salió con paso vacilante de la habitación. Kim lo oyó moverse en su habitación unos escasos minutos. Después, oyó la respiración profunda y fuerte de alguien que se ha dormido muy deprisa.

Asombrada por la rapidez de la transformación, Kim saltó de la cama. Se puso la bata y corrió al dormitorio de Edward.

Una hilera de prendas de vestir estaban tiradas por la habitación, y Edward había caído con los brazos y piernas extendidos sobre la cama, en ropa interior. Como el domingo por la noche, la lámpara de la mesilla estaba encendida.

Kim se acercó a la lámpara y apagó la luz. Se paró al lado de Edward y escuchó con asombro sus potentes ronquidos.

Se preguntó por qué nunca la habían despertado cuando dormían juntos.

Volvió a su cama. Apagó la luz y trató de dormir, pero le resultó imposible. Su mente no desconectaba, y oía a Edward como si estuviera en su cuarto.

Al cabo de media hora, se levantó y fue al cuarto de baño.

Encontró el antiguo frasco de Xanax que había guardado durante años y tomó una de las píldoras rosadas en forma de barco. No le gustaba la idea de recurrir al fármaco, pero pensó que lo necesitaba. De lo contrario, no podría dormir.

Salió del cuarto de baño, cerró la puerta de Edward y también la suya. Cuando volvió a meterse en la cama, aún oía a Edward, pero al menos de una forma más apagada. Al cabo de quince minutos notó que una ansiada serenidad se apoderaba de ella. Poco después, se sumió en un sueño profundo.

Viernes 30 de septiembre de 1994

A las tres de la madrugada había poco tráfico en las oscuras calles de Salem, y Dave Halpern experimentó la sensación de ser el dueño del mundo.

Librodot

Desde la medianoche vagaba de un lado a otro sin rumbo en su Chevrolet Camaro rojo del 89.

Había ido a Marblehead dos veces, llegó a Danvers y giró en Beverly.

Dave tenía diecisiete años y acudía a la escuela secundaria de Salem. Había comprado el coche gracias a un préstamo importante y al dinero que había reunido trabajando en un McDonald's después de la escuela, y era el actual amor de su vida. Disfrutaba de la sensación de libertad y poder que el coche le proporcionaba. También le gustaba la atención que despertaba en sus amigos, sobre todo en Christina McElroy.

Christina era una estudiante de segundo año y tenía un cuerpo fantástico.

Dave consultó el reloj del tablero de instrumentos. Casi era la hora. Dobló por Dearborn, la calle de Christina, se detuvo en silencio bajo un gran arce, encendió las luces y apagó el motor.

No tuvo que esperar mucho. Christina apareció entre los setos que corrían a lo largo de su casa de tablas de chilla, corrió hacia el coche y entró. El blanco de sus ojos y dientes brilló a la tenue luz. Temblaba de emoción.

Se inclinó sobre el asiento de vinilo para que su muslo, ceñido por unos pantalones de dril, se apretara contra el de Dave.

El intentó aparentar indiferencia, como si aquella cita en plena noche fuera de lo más normal para él, y no habló. Se limitó a poner en marcha el motor, pero su mano tembló y las llaves tintinearon. Miró a Christina con el rabillo del ojo, por si se había dado cuenta. Captó una sonrisa. Le preocupaba que ella pudiese pensar que iba colocado.

Cuando Dave llegó a la esquina, encendió los faros delanteros. Al instante, el paisaje nocturno se iluminó revelando hojas que volaban y sombras profundas.

-¿Algún problema? -preguntó, concentrado en la carretera.

-Como una seda -dijo Christina-. No entiendo por qué estaba tan asustada de salir de casa. Mis padres duermen como troncos. Habría podido salir por la puerta de la calle, en lugar de por la ventana.

Recorrieron una calle flanqueada por casas a oscuras.

-¿Adónde vamos? -preguntó Christina.

-Ya lo verás. Llegaremos en un segundo.

Pasaron por delante del oscuro y extenso cementerio de Greenlawn. Christina, apretada contra Dave, miró hacia el cementerio, con sus lápidas sobresalientes.

Dave aminoró la velocidad y Christina se irguió al instante.

-No iremos ahí.

Él sonrió en la oscuridad y descubrió sus dientes blancos.

-¿Por qué no? -dijo.

Casi antes de que las palabras surgieran de su boca, giró el volante a la izquierda y el coche entró traqueteando en el cementerio. Dave apagó las luces y aminoró la velocidad al mínimo. Era difícil ver el camino bajo el follaje.

-¡Oh, Dios mío! -exclamó Christina cuando sus grandes ojos exploraron la zona que rodeaba el coche. Las lápidas se erguían en la noche como espectros. Las pulidas superficies de algunas proyectaban siniestros destellos de luz.

Instintivamente, Christina se arrimó aún más a Dave, y aferró con una mano la parte interna de su muslo. Él sonrió, satisfecho.

Dave frenó junto a un estanque silencioso e inmóvil, bordeado por sauces llorones, apagó el motor y cerró las puertas.

-Toda precaución es poca -dijo.

-Quizá deberíamos bajar un poco las ventanillas -sugirió Christina-. De lo contrario, nos ahogaremos de calor.

Él aceptó la sugerencia, si bien manifestó la esperanza de que no hubiera mosquitos.

Los dos adolescentes se miraron durante un instante de turbada vacilación. Después, Dave se inclinó hacia Christina y se besaron con dulzura. El contacto atizó de inmediato el fuego de su pasión, y se fundieron en un abrazo frenético.

Tantearon con torpeza en busca de sus mutuos secretos físicos, mientras las ventanas se cubrían de vapor.

Pese a la energía de sus jóvenes hormonas, ambos captaron un movimiento del coche que no era obra suya. Levantaron la vista al mismo tiempo y miraron por el brumoso parabrisas. Lo que vieron los aterrorizó al instante.

Un espectro pálido se arrojó sobre ellos impulsado por el aire nocturno. Fuera lo que fuese el ser preternatural, se estrelló con un impacto estremecedor contra el parabrisas, y luego cayó por el lado del acompañante.

-¿Qué coño...? -dijo Dave mientras se esforzaba frenéticamente por subirse los pantalones, que se habían deslizado hasta medio muslo.

Entonces, Christina chilló mientras rechazaba una mano mugrienta que se había introducido por el resquicio de la ventanilla y le había arrancado un mechón de cabello.

-¡Joder! -aulló Dave mientras olvidaba sus pantalones para repeler una mano que se había introducido por su lado.

Unas uñas se hundieron en la piel de su cuello y arrancaron un pedazo de camisa; hilillos de sangre resbalaron por su espalda.

Presa del pánico, Dave puso en marcha el Camaro. Dio marcha atrás y rebotó sobre el terreno pedregoso. El coche chocó contra una lápida, que se desprendió por la base y cayó al suelo con un golpe sordo.

Dave aceleró. Luchó con el volante mientras el poderoso motor impulsaba el coche hacia adelante. Christina rebotó contra la puerta y fue a parar sobre el regazo de Dave, que la apartó a tiempo de esquivar otra lápida de mármol.

Dave encendió los faros delanteros, al tiempo que tomaba una curva cerrada del camino que serpenteaba a través del cementerio. Christina se recuperó lo bastante para empezar a llorar -¿Qué mierda era eso? -exclamó Dave.

-Había dos -dijo Christina entre sollozos.

Llegaron a la carretera y Dave se desvió hacia la ciudad, con un chirrido de los neumáticos. Los sollozos de Christina fueron menguando. Giró el retrovisor en su dirección y examinó los daños infligidos a su pelo.

-Me han estropeado el peinado -dijo.

Dave ajustó de nuevo el retrovisor y miró hacia atrás para comprobar que nadie los seguía. Se secó el cuello con la mano y contempló la sangre con incredulidad.

-¿Qué demonios llevaban? -preguntó, irritado.

-¿Qué más da?

Librodot

-Llevaban sábanas blancas o algo por el estilo, como un par de fantasmas.

-No tendríamos que haber ido allí -gimió Christina-. Lo supe desde el primer momento.

-Ya vale. No sabías nada.

-Sí, pero no me lo preguntaste.

-Tonterías.

-Debían de estar enfermos.

-Puede que tengas razón. Quizá son del hospital de Danvers. Claro que, en ese caso, ¿cómo fueron a parar al cementerio de Greenlawn?

Dave pisó el freno y se detuvo a un lado de la carretera.

Christina bajó la ventanilla y vomitó en la calle. Dave rogó en silencio que no le ensuciase el coche.

Christina se incorporó. Apoyó la cabeza contra el respaldo y cerró los ojos.

-Quiero ir a casa -dijo con tono lastimero.

-Llegaremos dentro de nada -contestó Dave. Salió de la cuneta. Olía el aroma amargo del vómito y temió por la integridad de su amado coche.

-No podemos contarlo a nadie -dijo Christina-. Si mis padres se enteran, me encerrarán durante seis meses.

-De acuerdo -dijo Dave.

-¿ Lo prometes?

-Claro, no hay problema.

Dave encendió las luces cuando entraron en la calle de Christina. Se detuvo a varias puertas de distancia de su casa.

Confió en que la muchacha no lo besara, y se alegró de que bajara al instante.

-Me lo has prometido -dijo Christina.

-No te preocupes.

Dave la vio correr a través del césped y desaparecer entre los setos por los que había salido.

Se apeó e inspeccionó el coche a la luz de una farola cercana.

El parachoques posterior estaba abollado como consecuencia de la colisión contra la lápida, pero no era grave. Rodeó el coche, abrió la puerta del acompañante y olfateó con cuidado.

Experimentó alivio cuando no olió a vómito. Cerró la puerta y examinó la parte delantera. Observó que el limpiaparabrisas de la parte del acompañante había desaparecido.

Apretó los dientes y masculló para sí. Qué noche, y ni siquiera había sacado nada en limpio. Subió al coche y se preguntó si sería capaz de despertar a George, su mejor amigo.

Ardía en deseos de contarle lo ocurrido. Era tan siniestro que parecía una vieja película de horror. En cierto sentido, Dave prefería que el limpiaparabrisas hubiera desaparecido. De lo contrario, George tal vez no creería su historia.

Como había tomado el Xanax a la una y media de la madrugada, Kim durmió mucho más de lo normal, y cuando despertó se sentía como drogada. No le gustó la sensación, pero estaba convencida de que debía pagar algún precio por poder dormir.

Dedicó la primera parte de la mañana a preparar su uniforme para el lunes, el día que se reincorporaba al trabajo. Comprobó con asombro que

deseaba que llegase el momento, y no sólo por su creciente angustia, debida a lo que ocurría en el laboratorio. Durante las dos últimas semanas se había ido cansando de la vida solitaria y aislada que llevaba en Salem, sobre todo cuando terminó de decorar la casa.

El principal problema de ambos aspectos era Edward, pese a que desde que tomaba Ultra estaba de mejor humor. Vivir con él no había sido como esperaba, si bien cuando lo pensaba no estaba segura de qué había esperado cuando lo invitó a mudarse a la casa. Había esperado verlo más a menudo y compartir con él lo que tenía, desde luego. En ningún momento había imaginado que se preocuparía porque él tomaba una droga experimental. Era una situación de lo más ridícula.

Una vez que el uniforme estuvo listo, se encaminó al castillo. Lo primero que hizo fue ir a ver a Albert. Confiaba en que los trabajos de fontanería terminaran aquel día, pero el hombre dijo que era imposible, a causa del trabajo adicional en el ala de los invitados. Añadió que necesitaría otros dos días. Le preguntó si podrían dejar las herramientas en el castillo durante el fin de semana. Ella accedió.

Bajó por la escalera de la entrada de la servidumbre y examinó la entrada. Miró hacia afuera y observó que la alfombrilla estaba limpia, como si la hubiesen ignorado.

Cogió de nuevo la fregona y se reprendió por no haber hablado del problema a los investigadores el día anterior, cuando estuvo en el laboratorio.

Cruzó el patio e inspeccionó la entrada de los invitados.

Había menos tierra que en la de la servidumbre, pero en algunos aspectos era incluso peor. La escalera del ala de los invitados estaba alfombrada. Para limpiarla, Kim tuvo que ir a buscar un viejo aspirador al ala de la servidumbre. Cuando terminó, se juró que hablaría con el personal de Omni.

Después de guardar los útiles de limpieza, contempló la posibilidad de acercarse al laboratorio, pero decidió que no.

La ironía consistía en que, a principios de mes, no había querido visitar el laboratorio porque se sentía rechazada. Ahora, se resistía a ir porque eran demasiado cordiales.

Por fin, subió por la escalera y fue al desván a trabajar. Encontrar la carta de Thomas Goodman el día anterior había renovado su entusiasmo. Las horas pasaron con rapidez, y cuando se dio cuenta ya era hora de comer.

Volvió a la casa, desvió la vista hacia el laboratorio, pensó de nuevo en ir y tampoco se decidió. Pensó que lo mejor sería esperar. Sabía que estaba aplazando la solución al problema, pero no podía evitarlo. Incluso consideró la posibilidad de contar a Edward lo de la tierra para que hablara él con los investigadores.

Después de comer, volvió al desván y trabajó toda la tarde.

Lo único que encontró del período que le interesaba fueron las notas de la universidad de Jonathan Stewart. Por ellas supo que Jonathan era un estudiante normal. Según uno de los profesores de lenguaje más florido, Jonathan era “más apto para nadar en Fresh Pond o patinar en el río Charles que para la lógica, la retórica o la ética”

Aquella noche, mientras Kim devoraba con apetito pescado a la parrilla, acompañado de ensalada, vio que una furgoneta de reparto de pizzas

Librodot

entraba en la finca y se dirigía al laboratorio. Se maravilló de que Edward y su equipo subsistieran a base de comida "basura" Dos veces al día llegaba una entrega de comida rápida, como pizzas, pollo frito o platos chinos. A principios de mes, Kim se había ofrecido a preparar la cena a Edward cada noche, pero él había rechazado la propuesta por considerar que debía comer con los demás.

Por una parte, Kim estaba impresionada por su dedicación, pero, por otra, pensaba que eran unos fanáticos y estaban un poco chiflados.

Hacia las once, Kim sacó a Saba. Se quedó en el porche mientras el animal deambulaba por la hierba. Sin dejar de vigilar a la gata, miró hacia el laboratorio y vio que salía luz por las ventanas. Se preguntó hasta cuándo se ceñirían a aquel horario insensato.

Cuando creyó que Saba ya había tomado bastante el aire, la llevó dentro. A la gata no le gustó, pero después de lo que la policía había dicho, Kim no estaba dispuesta a permitir que el animal vagara a sus anchas por la finca.

Se preparó para ir a la cama. Leyó durante una hora, pero al igual que la noche anterior, no lograba relajarse. De hecho, estar acostada parecía aumentar su angustia. Saltó de la cama, entró en el cuarto de baño y tomó otra píldora de Xanax. No le gustaba, pero decidió que hasta que empezara a trabajar necesitaría la serenidad que proporcionaban.

Sábado 1 de octubre de 1994

Kim se liberó del leve sopor causado por el Xanax. Una vez más, se sorprendió de lo mucho que había dormido. Eran casi las nueve.

Después de tomar una ducha y vestirse, sacó un poco a Saba. Como se sentía culpable por haber negado al animal sus correrías habituales, fue paciente con ella y le permitió que fuera donde quisiese. La gata se encaminó al otro lado de la casa. Kim la siguió.

Cuando llegó a la parte posterior, se detuvo de repente, con los brazos en jarras, y soltó un taco. Acababa de descubrir que había sido víctima de los gamberros o del animal sobre el cual la policía le había advertido. Sus dos cubos de basura estaban volcados y vacíos. Habían diseminado la basura por el patio.

Se olvidó de Saba por un momento y enderezó los dos cubos de plástico. Mientras lo hacía, descubrió que habían rajado los dos por la parte superior, tal vez cuando habían arrancado las tapas.

-¡Hay que joderse! -exclamó mientras devolvía los dos cubos a su lugar habitual. Los examinó con más detenimiento y comprendió que debería sustituirlos, pues las tapas ya no servían de nada.

Kim rescató a Saba justo antes de que desapareciera en el bosque, y la llevó a la casa. Recordó que la policía había dicho que llamase si ocurría algo, de modo que telefoneó a la comisaría. Para su sorpresa, insistieron en enviar a alguien.

Kim cogió unos guantes de jardinería, volvió a salir y recogió la basura durante media hora. La devolvió a los dos cubos rotos. Estaba acabando, cuando llegó un coche de la policía de Salem.

Esta vez, sólo venía un agente. Se llamaba Tom Malick y Kim pensó que debía de tener su misma edad. Era un tipo serio y pidió que le enseñara el

lugar de los hechos. Ella pensó que el policía exageraba la importancia del incidente, pero le enseñó los cubos. Explicó que acababa de recogerlo todo.

-Habría sido mejor que esperase a mi llegada -dijo Tom.

-Lo siento -se disculpó Kim, aunque no entendía qué diferencia podía haber.

-Hechos como éste han estado ocurriendo en la zona -explicó Tom. Se agachó junto a los cubos y los examinó con atención. Después, inspeccionó las tapas.

Kim lo observó con algo de impaciencia.

Él se levantó.

-Esto ha sido obra de un animal, o de varios -dijo-. No han sido gamberros. Creo que hay marcas de dientes en los bordes de las tapas. ¿Quiere verlo?

-Bueno.

Tom levantó una tapa y señaló una serie de muescas paralelas.

-Debería comprar unos cubos más seguros -dijo Tom.

-Pensaba cambiarlos. Miraré lo que hay.

-Tendrá que ir a Burlington para encontrarlos. En la ciudad se han agotado.

-Al parecer se ha creado un verdadero problema.

-Ya lo creo. La ciudad está conmocionada. ¿No ha visto las noticias de la mañana?

-No.

-Hasta anoche, los únicos cadáveres que aparecían eran de perros y gatos. Esta mañana encontramos la primera víctima humana.

-¡Qué horror! -exclamó Kim-. ¿Quién era?

-Un vagabundo muy conocido en la ciudad. Se llamaba John Mullins. Lo descubrieron no lejos de aquí, cerca del puente Kernwood. Lo más horripilante es que estaba devorado en parte.

Kim sintió la boca seca e involuntariamente evocó la horrible imagen de Buffer tendido en la hierba.

-John tenía un grado de alcoholemia elevadísimo -siguió Tom-. Es posible que estuviera muerto antes de que el animal lo sorprendiese, pero conoceremos más detalles después de la autopsia. Enviaron el cadáver a Boston, con la esperanza de que las marcas de dientes en los huesos den un indicio de la clase de animal con que nos las tenemos que ver.

-Es horrible -dijo Kim, estremecida-. No sabía que fuese tan grave.

-Al principio, suponíamos que era un mapache, pero con esta víctima humana y el aumento de los actos de gamberrismo, pensamos que se trata de un animal más grande; un oso, tal vez. Se ha producido un considerable aumento en la población de osos de New Hampshire, de modo que no es una posibilidad disparatada. Sea lo que sea, la industria que se ha montado en torno a la brujería está de parabienes. Andan diciendo que es el diablo y tonterías por el estilo, para que la gente piense que se está repitiendo lo de 1692. El problema es que lo están haciendo muy bien, y su negocio va viento en popa. Igual que el nuestro.

Después de advertir a Kim de que fuera con mucho cuidado, pues los bosques de la propiedad podían dar cobijo a un oso, Tom se marchó.

Antes de salir hacia Burlington, Kim entró en la casa y llamó a la ferretería de Salem, donde compraba la mayor parte de las herramientas. En

Librodot

contra de lo que Tom había dicho, aseguraron que tenían cubos de basura nuevos, pues habían recibido una remesa el día anterior.

Contenta de tener una excusa para ir a la ciudad, Kim se marchó en cuanto terminó de comer algo. Fue directamente a la ferretería. El empleado la felicitó por su previsión. Desde que había hablado con ella, una hora antes, había vendido una buena parte de la remesa.

-Este animal está causando estragos -comentó Kim.

-Ya lo creo -dijo el empleado-. En Beverly empiezan a tener el mismo problema. Todo el mundo se pregunta qué clase de animal es. Incluso corren apuestas, por si quiere invertir un poco de dinero. Sin embargo, para nosotros es fantástico. No sólo hemos vendido una tonelada de cubos de basura, sino que nuestra sección de deportes ha agotado las existencias de municiones y rifles.

Mientras Kim esperaba en la caja para pagar, oyó que varios clientes hablaban del mismo tema. La excitación que reinaba en el ambiente era casi palpable.

Al salir de la tienda, experimentó una incómoda sensación.

Pensó que si se desataba la histeria a causa de la muerte del vagabundo, gente inocente podía salir malparada. Se estremeció al pensar en personas dispuestas a apretar el gatillo por cualquier motivo, agazapadas detrás de sus cortinas, a la espera de oír algo o alguien que removiera su basura. Como al parecer podía haber críos de por medio, la posibilidad de una tragedia era muy real.

Volvió a la casa y transfirió la basura de los cubos rotos a los nuevos, que se cerraban mediante un ingenioso mecanismo de compresión. Guardó los viejos en la parte posterior del cobertizo. Los utilizaría para acumular hojas. Mientras trabajaba, ardía en deseos de estar en la ciudad, y recordaba con nostalgia su antigua vida, tan sencilla en comparación.

Sólo tenía que preocuparse por rateros, no por osos.

Solucionado el problema de la basura, Kim se dirigió al laboratorio. No le hacía ninguna gracia, pero debía informar de las novedades.

Antes de entrar, echó un vistazo a los cubos donde se arrojaba la basura del laboratorio. Eran dos pesadas cajas de acero de tamaño industrial que el camión de la basura alzaba.

Las tapas eran macizas. Kim apenas pudo levantarlas. Miró el interior y vio que nadie había tocado la basura del laboratorio.

Kim vaciló delante de la puerta y trató de pensar en una excusa, si se desataba de nuevo el entusiasmo de los joviales investigadores. Sólo se le ocurrió la comida. También se recordó que debía mencionar el tema de la tierra arrastrada al interior del castillo.

Cruzó el área de recepción y entró en el laboratorio. Experimentó una nueva sorpresa. La última vez se había tratado de una fiesta, ahora, una reunión improvisada el motivo de la cual debía de ser algo importante. La atmósfera alegre y festiva que esperaba encontrar había desaparecido. En su lugar, reinaba una solemnidad casi propia de un funeral.

-Lamento muchísimo interrumpiros -dijo Kim.

-No pasa nada -contestó Edward-. ¿Has venido por algo en particular?

Ella les contó el problema de la basura y la visita de la policía. Después, preguntó si alguien había visto u oído algo raro durante la noche.

Todos se miraron entre sí, expectantes. Luego, negaron con la cabeza.

-Duermo tan profundamente que no oiría ni un terremoto -dijo Curt.

-Tú pareces un terremoto -bromeó David-, pero tienes razón, yo duermo igual.

Kim escrutó los rostros de los investigadores. Daba la impresión de que el ánimo sombrío que había detectado al entrar ya estaba mejorando. Entonces, contó que, en opinión de la policía, el culpable podía ser un animal rabioso, tal vez un oso, pero que algunos gamberros se habían aprovechado de la situación para divertirse. También describió la excitación, rayana con la histeria, que se había apoderado de la ciudad.

-Sólo en Salem podría pasar esto -dijo Edward, y rió-. Esta ciudad nunca se ha recuperado por completo de lo que ocurrió en 1692.

-En parte, su preocupación está justificada -dijo Kim-. El problema ha tomado una nueva dimensión. Esta mañana encontraron un hombre muerto no lejos de aquí, y su cuerpo estaba devorado.

Gloria palideció.

-¡Qué grotesco! -exclamó.

-¿Se sabe cuál fue la causa de la muerte? -preguntó Edward.

-Aún no -respondió Kim-. Han enviado el cuerpo a Boston para examinarlo. Algunos consideran que el hombre ya estaba muerto cuando el animal lo atacó.

-En ese caso, el animal sólo habría actuado como un simple carroñero -dijo Edward.

-Es cierto -admitió Kim-, pero aún creo que era importante avisaros. Sé que volvéis a pie tarde por la noche. Quizá deberíais ir en coche hasta que el problema se solucione. Entretanto, estad alerta, por si veis un animal salvaje o a los gamberros.

-Gracias por avisarnos -dijo Edward.

-Otra cosa -dijo Kim, y cambió de tema con un esfuerzo-. Se ha presentado un problema de poca importancia en el castillo. Hay un poco de tierra amontonada en las entradas a las alas. Quería pediros que os sacudierais los pies.

-Lo sentimos mucho -dijo Francois-. Está oscuro cuando volvemos y oscuro cuando nos vamos. Iremos con más cuidado.

-Estoy segura -dijo Kim-. Bien, eso es todo. Lamento haberos molestado.

-Ningún problema -dijo Edward. La acompañó hasta la puerta-. Tú también ve con cuidado, y vigila a Saba.

Edward se despidió de Kim y regresó con el grupo. Los miró uno a uno y advirtió que estaban preocupados.

-Un cadáver humano cambia las cosas -dijo Gloria.

-Estoy de acuerdo -dijo Eleanor.

Siguieron unos minutos de silencio, mientras todos reflexionaban sobre la situación. Por fin, David habló. -Creo que deberíamos afrontar el hecho de que tal vez seamos responsables de algunos de los problemas que padece la zona.

-Sigo pensando que es una idea absurda -dijo Edward-.

Irracional, incluso.

-¿Cómo explicas lo de mi camiseta?-preguntó Curt. La sacó de un cajón donde la había escondido cuando Kim apareció de repente. Estaba rota y manchada-. Analicé una de las manchas. Es sangre.

-Se trata de tu sangre -señaló Edward.

-Sí, pero ¿cómo me la hice? No lo recuerdo.

-También son difíciles de explicar los cortes y moraduras que hay en nuestros cuerpos cuando despertamos -dijo Francois-. Encontré ramas y hojas muertas en el suelo de mi habitación.

-Debemos de sufrir sonambulismo, o algo así -dijo David-. Sé que no queremos admitirlo.

-Bien, yo no he sufrido sonambulismo -dijo Edward. Miró a los demás-. No estoy seguro de que no se trate de una broma pesada, después de los jueguecitos que os habéis llevado entre manos.

-Esto no es una broma -intervino Curt mientras doblaba la camiseta destrozada.

-No hemos observado nada en ninguno de los animales experimentales que sugiera una reacción como la que insinúas -contraatacó Edward-. Carece de sentido científico. Aparecería algún resultado. Por eso experimentamos con animales.

-Estoy de acuerdo -dijo Eleanor-. No he encontrado nada en mi habitación, y tampoco tengo cortes o cardenales.

-Bien, pues yo no estoy alucinando -dijo David-. Yo sí tengo cortes, aquí. -Extendió las manos para que todo el mundo las viera-. Como dice Curt, esto no es una broma.

-Yo no he sufrido cortes, pero he despertado con las manos sucias -dijo Gloria-. Y todas las uñas se me han roto.

-Pasa algo, aun cuando no lo hayamos observado en los animales -insistió David-. Sé que nadie quiere sugerir lo evidente, pero yo sí. Ha de ser Ultra.

Edward tensó la mandíbula y sus manos se transformaron en puños.

-Me ha costado dos días admitirlo -siguió David-, pero está muy claro que he salido por las noches sin recordarlo después. Tampoco sé qué he hecho, excepto que por la mañana, cuando despierto, estoy sucio. Os aseguro que nunca me había pasado algo por el estilo.

-¿Insinúas que no es un animal lo que está causando problemas en los alrededores? -preguntó Gloria con timidez.

-¡Oh! Hablemos en serio -se lamentó Edward-. No nos dejemos llevar por la imaginación.

-Sólo estoy insinuando que he salido y no sé qué he hecho -dijo David.

Un estremecimiento de miedo recorrió a los congregados cuando empezaron a afrontar la realidad de la situación. De inmediato fue evidente que había dos grupos: Edward y Eleanor temían por el futuro del proyecto, mientras que los demás temían por su cordura.

-Hemos de pensar en esto con racionalidad -dijo Edward.

-Sin duda -admitió David.

-La droga ha funcionado a la perfección -siguió Edward-.

Solo hemos experimentado con reacciones positivas. Tenemos razones para creer que es una sustancia natural o algo muy próximo a una sustancia natural, que ya existe en nuestro cerebro. Los monos no han mostrado la menor tendencia al sonambulismo. Me gusta cómo me hace sentir Ultra.

Todos manifestaron su acuerdo.

-De hecho, considero que debemos a los efectos de Ultra el que podamos pensar racionalmente en estas circunstancias -dijo Edward.

-Puede que tengas razón -dijo Gloria-. Hace un momento, estaba fuera de mí, preocupada y asqueada. Ya me siento más serena.

-Exactamente -dijo Edward-. Es una droga fantástica.

-Pero el problema aún persiste -insistió David-. Si el sonambulismo que hemos insinuado ocurre, y si es un efecto de la droga, la única explicación posible ha de ser una secuela que no habíamos previsto. Debe obrar un efecto único en nuestro cerebro.

-Voy a buscar mis escáneres -dijo Francois de repente. Se dirigió a su abarrotado espacio de trabajo, pero no tardó en regresar. Empezó a desplegar una serie de escáneres cerebrales de un mono al que se había administrado Ultra.

-Quiero enseñaros algo que observé esta mañana. Aún no he tenido tiempo de pensar mucho acerca de ello, y no me habría fijado si el ordenador no lo hubiera registrado cuando estas imágenes se encontraban en formato digital. Si miráis con atención, la concentración de Ultra en el metencéfalo, el mesencéfalo y el sistema límbico crece poco a poco desde la primera dosis, y cuando llega a un cierto nivel, la concentración aumenta de una forma muy marcada, lo cual significa que no se ha llegado a un estado estable.

Todo el mundo se inclinó sobre la fotografía.

-Tal vez la concentración aumenta de manera marcada cuando el sistema enzimático que lo metaboliza se sobresatura -sugirió Gloria.

-Creo que tienes razón -dijo Francois.

-Lo cual significa que deberíamos echar un vistazo a la clave que nos indica cuánto Ultra hemos tomado cada uno -terminó Gloria.

Todos miraron a Edward.

-Me parece razonable -dijo. Se acercó a su escritorio y extrajo una cajita cerrada con llave. En su interior había una tarjeta de siete por quince, con el código de las dosis.

El grupo no tardó en averiguar que Curt había tomado la dosis más alta, seguido de David. Eleanor, en el otro extremo de la escala, había tomado la menor, seguida de Edward.

Después de una discusión larga y racional, elaboraron una teoría de lo que estaba pasando. Dedujeron que cuando la concentración de Ultra alcanzaba determinado punto bloqueaba progresivamente la variación normal de los niveles de serotonina que tenía lugar durante el sueño, los suprimía y alteraba las pautas de éste.

Gloria sugirió que cuando la concentración aumentaba aún más, tal vez hasta el punto donde aparecía el giro hacia arriba de la curva, Ultra bloqueaba las radiaciones del cerebro inferior, o reptiliano, a los centros superiores de los hemisferios cerebrales. El sueño, como otras funciones autónomas, era regulado por las zonas inferiores del cerebro donde se acumulaba Ultra.

El grupo permaneció un rato en silencio, mientras todos reflexionaban sobre la hipótesis. Pese a su pasajera recuperación, todos consideraban la idea inquietante.

-Si ése fuera el caso -dijo David-, ¿qué ocurriría si despertáramos mientras tiene lugar el bloqueo?

-Sería como si experimentáramos una retroevolución -dijo Curt-. Sólo funcionarían nuestros centros cerebrales inferiores. -¡Seríamos como reptiles carnívoros!

Todos enmudecieron ante las horripilantes connotaciones de aquella afirmación.

-Un momento -dijo Edward, con la intención de animar al grupo, incluido él-. Creo que nos apresuramos a sacar conclusiones que no se basan en datos. Sólo son suposiciones.

Hemos de recordar que no hemos observado problemas con los monos, que poseen hemisferios cerebrales, aunque más pequeños que los humanos, al menos que la mayoría.

Todos, excepto Gloria, sonrieron.

-Aunque hubiera un problema con Ultra les recordó Edward-, hemos de considerar el aspecto positivo de la droga en nuestras emociones, capacidad mental, agudización de los sentidos y memoria a largo plazo. Quizá hemos tomado demasiada droga, y deberíamos reducir la dosis. Quizá deberíamos descender al nivel de Eleanor, puesto que sólo ha experimentado los efectos psicológicos positivos.

-Yo no pienso disminuirla -dijo Gloria con tono desafiante-. Renuncio ahora mismo. Me horroriza pensar en la posibilidad de que un ser primitivo aceche en mi interior sin que yo sea consciente, y que salga a merodear por la noche.

-Una descripción muy colorida -comentó Edward-. No hace falta decir que nadie te obligará a seguir tomando la droga. Nadie obligará a nadie a actuar contra su voluntad. Todos lo sabéis. Cada persona decidirá si sigue tomando o no Ultra, y yo sugiero lo siguiente: para mayor seguridad, creo que deberíamos fijar como límite la mitad de la dosis de Eleanor, e ir descendiendo en pasos de una centésima de miligramo.

-A mí me parece razonable y seguro -dijo David.

-A mí también -dijo Curt.

-Y a mí -dijo Francois.

-Bien -dijo Edward-. Estoy absolutamente seguro de que si el problema coincide con nuestra teoría, ha de estar relacionado con las dosis, y tiene que existir un punto donde las posibilidades de causar problemas constituyan un riesgo aceptable.

-Yo no la tomaré -repitió Gloria.

-Ningún problema -contestó Edward.

-¿Te enfadarás conmigo?-preguntó Gloria.

-En absoluto.

-Efectuaré el control, y vigilaré a los demás por la noche.

-Una idea excelente.

-Tengo una sugerencia -dijo Francois-. Quizá deberíamos tomar todos Ultra identificado radiactivamente, para que yo pueda seguir el proceso de concentración en nuestros cerebros. La dosis máxima de Ultra debería ser la que se limita a mantener un nivel específico sin que aumente.

-Me adhiero a la idea -dijo Gloria.

-Otra cosa -intervino Edward-. Estoy seguro de que no debo recordaros vuestra profesionalidad, pero esta reunión ha de ser un secreto para todo el mundo, incluidas vuestras familias.

-Ni que decir tiene -contestó David-. Lo último que deseamos es comprometer el futuro de Ultra. Puede que surjan algunas dificultades, pero aún está en condiciones de ser la droga del siglo.

Kim tenía la intención de pasar un rato en el castillo por la mañana, pero cuando volvió a la casa se dio cuenta de que ya era la hora de comer. Mientras tomaba algo, sonó el teléfono.

Era Katherine Sturburg, la archivera de Harvard interesada en Increase Mather.

-Creo que tengo buenas noticias para usted -dijo-. -¡Acabo de encontrar una referencia a una obra de Rachel Bingham!

-¡Es maravilloso! -exclamó Kim-. Había perdido la esperanza de recibir ayuda de Harvard.

-Hacemos lo que podemos.

-¿Cómo la encontró?

-Eso es lo mejor. Volví a leer la carta de Increase Mather que nos dejó fotocopiar. Debido a su referencia a una facultad de derecho, accedí al banco de datos de la biblioteca de la facultad, y el nombre apareció. No tengo ni idea de por qué no existe una referencia en nuestro banco de datos, pero la buena noticia es que la obra parece haber sobrevivido al incendio de 1764.

-Pensaba que todo se había quemado.

-Casi todo. Por suerte para nosotros, sobrevivieron unos doscientos libros de los cinco mil que contenía la biblioteca, porque estaban prestados. Alguien debió de leer el libro que usted busca. En cualquier caso, la referencia que encontré indicaba que fue trasladado de la facultad de leyes a la biblioteca de Harvard en 1818, un año después de que se fundara la facultad.

-¿Encontró el libro? -preguntó Kim, excitada.

-No, no he tenido tiempo. Además, sería mejor que usted lo sacara de aquí. Le recomiendo que llame a Helen Arnold.

Es una archivera de la facultad de derecho. La llamaré a primera hora del lunes por la mañana para avisarle.

-Iré nada más salir del trabajo -prometió Kim-. Termino a las tres.

-Estoy segura de que le irá bien. Avisaré a Helen.

Kim dio las gracias a Katherine antes de colgar.

Se sentía jubilosa. Había abandonado toda esperanza de que el libro de Elizabeth hubiera sobrevivido al incendio de Harvard. Después, se preguntó por qué Katherine se había mostrado tan segura acerca del libro. ¿Tan explícita era la referencia?

Kim llamó a Katherine. Por desgracia, no pudo localizarla.

Una secretaria dijo que asistía a una comida de trabajo y no volvería a la oficina hasta el lunes.

Kim colgó el auricular. Estaba decepcionada, pero pronto se recuperó. La idea de que el lunes por la tarde descubriría por fin la naturaleza de la prueba usada contra Elizabeth le proporcionaba una gran satisfacción. Daba igual que fuera o no un libro.

Pese a la buena noticia, Kim fue al castillo a trabajar. De hecho, atacó el caos de papeles con entusiasmo renovado.

A media tarde, hizo una pausa para calcular cuánto tardaría en terminar de distribuir el material. Después de contar todos los baúles y cajas restantes, y dar por sentado que existía un número similar en la bodega, imaginó que le ocuparía otra semana si trabajaba ocho horas al día.

El cálculo robó a Kim parte de su entusiasmo. Ahora que estaba a punto de volver al trabajo, sería difícil encontrar tiempo. Estaba a punto de rendirse por aquella tarde, cuando un golpe de suerte similar al de Kinnard la sorprendió. Había abierto un cajón al azar y en él dio con una carta dirigida a Ronald.

Librodot

Se sentó sobre un baúl, cerca de una ventana, y extrajo la carta de su sobre. Era otra carta de Samuel Sewall. Miró la fecha y comprendió que había sido enviada pocos días antes de la ejecución de Elizabeth.

11 de julio de 1692
Boston

Señor,

Acabo de llegar de una agradable cena con el reverendo Cotton Mather. Ambos hemos hablado del lamentable pacto de su esposa y estamos muy preocupados por usted y sus hijos. El reverendo Mather accedió con suma generosidad a acoger a su desdichada esposa en su hogar para curarla como hizo con la muy afligida hija de Goodwin, con la única condición de que Elizabeth confiese y se arrepienta públicamente del pacto al que ha llegado con el Príncipe de las Mentiras. El reverendo Mather está convencido de que Elizabeth puede proporcionar pruebas y argumentos como testigo decisivo para refutar el escepticismo de esta época turbulenta. Si fracasa, el reverendo Mather no podrá ni querrá impedir que se ejecute la sentencia del tribunal. Sabed que no hay tiempo que perder. El reverendo Mather está dispuesto y cree que su esposa, señor Stewart, puede darnos lecciones a todos sobre asuntos del mundo invisible que amenazan nuestra tierra. Dios bendiga sus esfuerzos.

Su leal amigo, SAMUEL SEWALL.

Kim miró por la ventana durante varios minutos. El día había empezado despejado, pero negros nubarrones se acercaban por el oeste. Desde donde estaba sentada podía ver la casa que se alzaba entre abedules cuyas hojas se habían teñido de un amarillo brillante. La combinación de la casa, y la carta misiva firmada por Samuel Sewall transportó a Kim trescientos años atrás, y sintió el pánico provocado por la inminente realidad de la ejecución de Elizabeth. Si bien la carta que acababa de leer iba dirigida a Ronald, tuvo la impresión de que era la respuesta a una anterior escrita por él para salvar la vida de su mujer, espoleado por la desesperación.

Los ojos de Kim se llenaron de lágrimas. Costaba imaginar la agonía sufrida por Ronald. Kim se sintió culpable por haber sospechado de él cuando empezó a averiguar la verdad sobre Elizabeth.

Se levantó por fin. Devolvió la carta a su sobre y bajó a la bodega para depositarla con los demás materiales, en la caja de la Biblia. Después, salió del castillo y regresó a la casa.

Aminoró el paso a mitad de camino. Miró hacia el laboratorio y se detuvo. Aún no eran las cuatro. De pronto, se le ocurrió que sería un bonito gesto intentar mejorar la dieta de los investigadores. Por la mañana, había pensado que parecían deprimidos, tal vez hartos de comer pizza. Kim pensó que no le costaría nada cocinar para ellos unos filetes y algo de pescado como había hecho un par de semanas antes.

Con aquella idea en la cabeza, cambió de dirección y se desvió hacia el laboratorio. Cuando cruzó el área de recepción experimentó una leve aprensión, pues nunca sabía qué esperar. Entró en el laboratorio y cerró la puerta a sus espaldas. Observó que nadie salía corriendo a su encuentro.

Se encaminó a la zona de Edward. Pasó junto a David, que la saludó con cordialidad, pero sin la vehemencia de la vez anterior. Kim saludó

también a Gloria, quien le devolvió la atención para volver de inmediato al trabajo.

Kim continuó su camino, cada vez con más cautela. Si bien el comportamiento de David y Gloria era el más normal desde que habían llegado al laboratorio, representaba un nuevo cambio.

Edward estaba tan absorto en su trabajo que Kim tuvo que darle dos golpecitos en el hombro para atraer su atención. Observó que estaba fabricando cápsulas nuevas de Ultra.

-¿Algún problema? -preguntó él. Sonrió y reaccionó con razonable alegría a su presencia.

-Quería haceros una proposición -dijo Kim-. ¿Qué os parece si repetimos la cena de hace unas semanas? Iré a la ciudad a comprar lo que haga falta.

-Es muy amable por tu parte, pero esta noche no. No podemos perder tiempo. Encargaremos pizzas.

-Te prometo que no os robaré mucho tiempo.

-¡He dicho que no! -siseó Edward entre dientes. Kim retrocedió. Edward recobró al instante la compostura y sonrió de nuevo-. Con pizzas será suficiente.

-Como quieras -dijo Kim, con una mezcla de confusión y miedo. Era como si por un instante él hubiera estado a punto de perder el control-. ¿Te encuentras bien? -preguntó, vacilante.

-¡Sí! -casi gritó Edward, pero volvió a sonreír enseguida-.

Estamos un poco preocupados. Tuvimos un pequeño revés, pero está controlado.

Kim retrocedió varios pasos.

-Bien, si cambias de opinión durante la siguiente hora, aún me dará tiempo de ir a la ciudad -dijo-. Estaré en casa. Llámame.

-Estamos muy ocupados. Gracias por la oferta. Diré a todos que te has preocupado por ellos.

Cuando Kim salió, ninguno de los investigadores la despidió ni levantó la vista de su trabajo. Ya en el exterior, Kim suspiró y sacudió la cabeza. Estaba asombrada de los cambios que se producían en la atmósfera del laboratorio. Se preguntó cómo se las apañarían para soportarse los unos a los otros. Kim estaba llegando a la conclusión de que tenía poco en común con la personalidad científica. Después de cenar aún había mucha luz para volver al castillo, pero Kim no se decidió. En cambio, optó por mirar la televisión con la esperanza de que varias descerebradas comedias de situación le hiciesen olvidar la experiencia del laboratorio. Pero cuanto más pensaba en su relación con Edward y los demás, más inquieta se sentía.

Intentó leer, pero no pudo concentrarse. Se arrepintió de no haber seguido por la tarde la pista relacionada con la facultad de derecho.

Cada vez más nerviosa, a medida que avanzaba la noche, empezó a pensar en Kinnard. Se preguntó con quién estaría y qué haría en aquel momento. Se preguntó si pensaría alguna vez en ella.

Despertó sobresaltada, pese a haber tomado otro Xanax para calmar su ansiedad. Una oscuridad total reinaba en la habitación, y una mirada al reloj le informó de que llevaba muy poco tiempo durmiendo. Se recostó de nuevo y escuchó los sonidos nocturnos de la casa, mientras intentaba averiguar por qué había despertado tan bruscamente.

Librodot

Entonces, oyó unos golpes sordos en la parte posterior de la casa, como si sus nuevos cubos de basura golpearan contra las tablas de chilla. Se puso rígida al pensar que un oso negro o un mapache rabioso intentaba apoderarse de su basura, que contenía huesos y piel de pollo.

Encendió la luz de la mesilla y saltó de la cama. Se puso la bata y las zapatillas. Acarició a Saba para tranquilizarla. Se alegró de haber dejado la gata dentro de casa.

Oyó los golpes de nuevo y corrió hacia la habitación de Edward. Encendió la luz y descubrió que la cama estaba vacía. Pensó que debía de seguir en el laboratorio, y que volvería a pie en la oscuridad. Descolgó el teléfono y llamó al laboratorio. Nadie respondió.

Kim sacó la linterna que guardaba en la mesilla de noche y bajó por la escalera. Su intención era apuntar la luz de la linterna a través de la ventana de la cocina hacia los cubos de basura, con la esperanza de asustar al animal.

Cuando Kim dobló la curva de la escalera, desde la que podía ver el vestíbulo, se quedó petrificada. Vio algo que heló la sangre en sus venas. La puerta principal estaba abierta de par en par.

Al principio, no pudo moverse. La idea de que el animal, fuera lo que fuera, había entrado en la casa y acechaba en la oscuridad, la había paralizado de terror.

Aguzó el oído, pero sólo oyó el coro de las últimas ranas de la estación. Una brisa fría y húmeda se colaba por la puerta abierta y remolineaba alrededor de sus piernas desnudas. Lloviznaba.

Un silencio sepulcral reinaba en la casa, y alimentó la esperanza de que el animal no hubiese entrado. Bajó por los peldaños de uno en uno. Después de cada paso, vacilaba y aguzaba el oído para percibir algún sonido que delatara la presencia del animal, pero la casa seguía en silencio.

Kim llegó a la puerta abierta y cogió el pomo. Paseó la vista entre el comedor a oscuras y el salón, y empezó a cerrar la puerta. Lo hizo muy lentamente, pues temía provocar un ataque. Casi había cerrado la puerta cuando echó un vistazo al exterior. Lanzó una exclamación ahogada.

Saba estaba sentada a unos seis metros de la fachada, en mitad del camino de losas. Hacía caso omiso de la lluvia, mientras se lamía la pata y la frotaba contra su cabeza.

Al principio, Kim no dio crédito a sus ojos, pues acababa de ver a la gata en su cama. Era evidente que Saba había intuido que la puerta estaba abierta, mientras Kim iba en busca de Edward, y había aprovechado la oportunidad para salir.

Kim respiró hondo varias veces para sacudirse de encima la pegajosa sensación que nublaba su mente. Aterrorizada por lo que podía acechar en las sombras cercanas, no se decidía a llamar al animal, que de todas formas tampoco le habría hecho caso.

Salió, pues sus alternativas eran escasas. Miró alrededor, corrió hacia la gata, la cogió y, al volverse, vio que la puerta se estaba cerrando.

Dejó escapar un gemido y corrió hacia la puerta, pero ya era demasiado tarde. Se cerró con un golpe sordo, seguido del chasquido metálico del pestillo.

Kim forcejeó con el tirador en vano. Tal como sospechaba, la puerta se había cerrado. La empujó con el hombro, pero fue inútil.

Kim se estremeció a causa de la fría lluvia y se volvió poco a poco hacia la negrura de la noche. Se estremeció de miedo y frío, mientras pensaba en su desesperada situación. Iba en bata y pijama, sin poder entrar en casa, bajo la lluvia, con una gata furiosa en una mano y una linterna inútil en la otra, a merced de un animal nocturno que acechaba entre los arbustos.

Saba se removió para que la bajara y protestó. Kim siseó que callara. Sin acercarse a la casa, miró por las ventanas, pero todas estaban cerradas. Se volvió y calculó la distancia que la separaba del laboratorio, cuyas luces ya estaban apagadas.

Después, miró en dirección al castillo. Estaba más lejos, pero sabía que las puertas de las alas no estaban cerradas con llave.

Ignoraba si ocurría lo mismo con la puerta del laboratorio.

De pronto, oyó el ruido producido por un animal de gran tamaño que avanzaba sobre la grava por el lado derecho de la casa. Kim corrió en dirección contraria para huir del animal o lo que fuera.

Desesperada, trató de abrir la puerta de la cocina, pero estaba cerrada con llave, como debía ser. La empujó con el hombro varias veces, en vano. Sólo consiguió que la gata aullara.

Desvió la vista hacia el cobertizo. Apretó a Saba contra el pecho, sujetó la linterna como si fuera un garrote y corrió a tanta velocidad como le permitían sus zapatillas. Cuando llegó al cobertizo, sacó el gancho que cerraba la puerta, la abrió y se refugió dentro. Luego cerró la puerta a sus espaldas. A su derecha había una ventana, diminuta y sucia, que permitía ver parte del patio trasero. La única iluminación procedía de la luz que se filtraba por la ventana de su dormitorio y del tenue resplandor de las nubes bajas.

Mientras miraba, una figura voluminosa rodeó la casa desde la misma dirección por la que ella había venido. Era una persona, pero actuaba de una forma muy extraña. Kim vio que se detenía para olfatear el viento, como un animal. Desesperada, observó que se volvía hacia el cobertizo y daba la impresión de mirarlo. En la oscuridad, no distinguió sus rasgos, solo su silueta oscura.

La desesperación se convirtió en terror cuando la figura avanzó hacia ella arrastrando los pies, sin dejar de olfatear el aire como si siguiera el rastro de un olor. Kim contuvo el aliento y rezó para que la gata se quedase quieta. Cuando la figura estuvo a sólo tres metros de distancia, Kim se acurrucó en la oscuridad del cobertizo, entre herramientas y bicicletas.

Oyó sus pasos en la grava. Se acercaron y luego se detuvieron. Siguió una pausa agónica. Kim retuvo el aliento.

De pronto, la puerta se abrió. Kim perdió el control y chilló. Saba la imitó y saltó de sus brazos. El hombre también gritó.

Kim cogió la linterna con las dos manos y dirigió el haz de luz a la cara del hombre, quien se protegió del resplandor con los brazos.

Kim cerró la boca, sorprendida y aliviada. -¡Era Edward!

-Gracias a Dios -susurró, y bajó la linterna.

Kim, que estaba acurrucada entre bicicletas, la cortadora de césped y viejos cubos de basura se levantó y abrazó a Edward. El haz de luz erró al azar sobre los árboles.

Por un momento, él no se movió. La miró sin expresión.

-No sabes cuánto me alegro de ver tu rostro -dijo Kim. Se echó hacia atrás para mirarlo a los ojos-. Nunca había sentido tanto miedo.

Edward no reaccionó.

-¿Edward? -preguntó ella, y movió la cabeza para verlo mejor-. ¿Te encuentras bien?

Edward exhaló aire ruidosamente.

-Estoy bien -dijo por fin. Estaba irritado-. Pero no es gracias a ti, desde luego. ¿Qué demonios haces en el cobertizo en plena noche y con bata? Me has dado un susto de muerte.

Kim se deshizo en disculpas al comprender cuánto debía de haberlo asustado. Explicó lo ocurrido. Cuando terminó, vio que él sonreía.

-No es divertido -protestó Kim, pero ahora que ya estaba a salvo también sonrió.

-No puedo creer que arriesgaras tu vida por esa gata perezosa -dijo Edward-. -¡Vámonos! Protejámonos de la lluvia.

Kim entró de nuevo en el cobertizo y, con la ayuda de la linterna, localizó a Saba. Estaba escondida en un rincón, bajo una hilera de herramientas de jardinería. Kim la hizo salir y la cogió entre sus brazos. Después, volvió con Edward a la casa.

-Estoy helada -dijo-. Necesito algo caliente, como un té.

¿Te apetece?

-Me sentaré contigo un momento.

Mientras Kim ponía a hervir el agua, Edward explicó su versión de la historia.

-Tenía la intención de trabajar toda la noche, pero a la una y media comprendí que era imposible. Mi cuerpo está tan acostumbrado a dormirse alrededor de la una que no conseguía mantener los ojos abiertos. Hice lo que pude por recorrer la distancia del laboratorio a la casa sin caer rendido en la hierba. Cuando llegué a la casa, abrí la puerta y recordé que llevaba una bolsa llena de restos de pizza, que debería haber dejado en el cubo del laboratorio. Decidí tirarla en los nuestros. Supongo que dejé la puerta abierta, cosa mal hecha, como mínimo por los mosquitos. Comoquiera que sea, no conseguí levantar la tapa de ninguno de los dos cubos, y cuanto más lo intentaba, más frustrado me sentía. Los golpeé un par de veces.

-Son nuevos -explicó Kim.

-Bien, espero que lleves instrucciones.

-Con luz es fácil.

-Finalmente, me rendí. Cuando volví a la puerta, estaba cerrada. Me pareció oler tu colonia. Desde que tomo Ultra, mi sentido del olfato ha mejorado muchísimo. Seguí el perfume de la colonia hasta el cobertizo.

Kim se sirvió una taza de té caliente.

-¿Seguro que no quieres? -preguntó.

-No podría -dijo él-. Estar sentado ya representa un esfuerzo. Todo lo que deseo es dormir. Es como si mi cuerpo pesara cinco toneladas, incluidos mis párpados. -Bajó del taburete y se tambaleó. Kim lo sostuvo-. Estoy bien. Cuando estoy así de cansado, me cuesta un segundo recuperarme.

Mientras guardaba el té y la miel, Kim escuchó cómo ascendía penosamente por la escalera. Cogió la taza y lo siguió.

Cuando llegó arriba, miró hacia su habitación. Estaba dormido en la cama, medio vestido.

Kim entró en el cuarto y, con grandes dificultades, le quitó los pantalones y la camisa y lo cobijó bajo las sábanas. Apagó la luz. Se preguntó por qué ella no podía dormirse con la misma facilidad que él.

Domingo 2 de octubre de 1994

A la luz brumosa que precede al alba, Edward y los investigadores se encontraron a mitad de camino entre el castillo y el laboratorio, y desfilaron en silencio entre la hierba húmeda hasta su lugar de trabajo. Todos exhibían un semblante sombrío. Cuando llegaron, se prepararon el café de la mañana.

Nadie habló más de unas pocas palabras. Se comunicaban mediante gestos y gruñidos.

Edward estaba mucho más serio que los demás, y había mejorado desde el momento de despertarse, media hora antes. Cuando salió de la cama, se quedó sorprendido al ver en el suelo los huesos de un pollo, que al parecer alguien había sacado de un cubo de basura, pues había restos de café incrustados en ellos. Después, se fijó en que tenía las uñas muy sucias, como si hubiera removido tierra. En el cuarto de baño, se miró en el espejo y vio que su cara y su camiseta estaban sucias.

Todos llevaron sus tazas de café a la zona del laboratorio que utilizaban para sus reuniones.

-Aunque he reducido a más de la mitad mi dosis de Ultra, esta noche he salido -dijo Edward con aire lúgubre-. Cuando desperté esta mañana, estaba tan sucio como siempre. Debí de arrastrarme por el barro. -¡Tuve que lavar mis sábanas!

Y fijaos en mis manos. -Las extendió con las palmas hacia arriba, para que vieran la miríada de cortes y arañazos-. Mi pijama estaba tan sucio que tuve que tirarlo.

-Yo también salí -admitió Curt.

-Me temo que yo también -dijo David.

-¿Qué posibilidades existen de que vayamos más allá de los límites de la finca? -preguntó Francois.

-No hay forma de saberlo -contestó David-, pero es una idea muy inquietante. ¿Tuvimos algo que ver con ese vagabundo?

-Ni siquiera menciones la posibilidad -intervino Gloria-.

Hay que descartarlo.

-El problema inmediato podría ser la policía o algún vecino -dijo Francois-. Si todos los habitantes de la ciudad están tan preocupados como Kim asegura, cualquiera de nosotros podría tener problemas si sale de la finca.

-Es muy preocupante -dijo David-. Supongo que no hay forma de saber cómo reaccionaríamos.

-Si funcionamos bajo la guía de nuestro cerebro reptiliano, es fácil de imaginar -dijo Curt-. Predominaría el instinto de supervivencia. Nos resistiríamos, sin la menor duda. No debemos engañarnos. Seríamos violentos.

-Hay que parar esto -dijo Francois.

-Bien, yo no salí -dijo Eleanor-. Por lo tanto, existe una relación con las dosis.

-Estoy de acuerdo -dijo Edward-. Reduzcamos otra vez a la mitad nuestras dosis, lo cual equivaldrá, como máximo, a una cuarta parte de la dosis primera de Eleanor.

Librodot

-Temo que no sea suficiente -dijo Gloria. Todos se volvieron a mirarla-. Ayer no tomé Ultra, y me temo que también salí. Traté de mantenerme despierta para evitarlo, pero me resultó imposible.

-Desde que tomo Ultra, caigo dormido a las primeras de cambio -admitió Curt-. Lo achacaba al nivel de actividad del día. Tal vez esté relacionado con la droga.

Todos se mostraron de acuerdo con Curt y añadieron que cuando despertaban por la mañana tenían la sensación de haber dormido muy bien.

-Esta mañana, hasta me sentí descansado -dijo Francois-.

Me sorprendió especialmente, sobre todo debido a la evidencia de que había salido, pese a la lluvia.

Todos guardaron silencio durante unos minutos, mientras meditaban acerca del dilema suscitado por la revelación de Gloria, en el sentido de que, pese a haber dejado de tomar la droga, aún sufría sonambulismo.

Edward rompió por fin el silencio.

-Todos nuestros estudios demuestran que Ultra se metaboliza a un nivel razonable, y mucho más deprisa que el Prozac. La experiencia de Gloria sólo indica que la concentración en su cerebro inferior todavía es más alta de lo necesario. Tal vez deberíamos reducir más nuestras dosis. En una centésima parte.

Francois volvió a extender las manos para que todos las vieran.

-Estos cortes me dicen algo. No quiero volver a correr ese riesgo. Es evidente que he salido a merodear sin saber qué hacía. No quiero que me disparen o persigan por comportarme como un animal. Voy a dejar de tomar la droga.

-Yo pienso lo mismo -dijo David.

-Es razonable -dijo Curt.

-De acuerdo -dijo Edward a regañadientes-. Tenéis razón.

Es absurdo que pongamos en peligro nuestra seguridad o la seguridad de otra persona. A todos nos gustaba considerarnos animales en la universidad, pero creo que ya se nos han pasado las ganas.

Todos sonrieron. La tensión y la tristeza que habían presidido la reunión habían ido remitiendo poco a poco, y ahora ya habían desaparecido.

-Dejemos de tomar la droga y hagamos una nueva valoración dentro de unos días -dijo Edward-. En cuanto nuestro organismo la haya eliminado podremos plantearnos empezar de nuevo con dosis mucho más bajas.

-No voy a tomar la droga hasta que descubramos un organismo animal que imite este efecto de sonambulismo -dijo Gloria-. Creo que debería estudiarse a fondo antes de plantear su uso en humanos.

-Respetamos tu opinión -contestó Edward-. Como siempre he dicho, la automedicación es totalmente voluntaria.

Debo recordarte que mi intención primitiva era ser el único en tomar la droga.

-¿Qué vamos a hacer mientras tanto para reforzar la seguridad? -preguntó Francois.

-Quizá deberíamos hacernos electroencefalogramas mientras dormimos -sugirió Gloria-. Podríamos conectarnos a un ordenador para que nos despertase si cambian las pautas normales de sueño.

-Brillante idea -dijo Edward-. El lunes me ocuparé de pedir el equipo.

-¿Y esta noche? -preguntó Francois.

Todos meditaron por unos segundos.

-Por suerte, no habrá problemas -dijo finalmente Edward-. Al fin y al cabo, Gloria tomaba la segunda dosis más alta y debía de tener niveles en la sangre significativamente altos en relación a su peso. Creo que deberíamos comparar nuestros niveles con el de ella. Si son más bajos, tal vez estemos bien. La única persona que debe plantear un riesgo significativo es Curt.

-Muchas gracias -respondió con una sonrisa el aludido-.

¿Por qué no me encierras en una jaula con los monos?

-No es mala idea -dijo David.

Curt dirigió un puñetazo amistoso a la cabeza de David.

-Quizá deberíamos dormir por turnos -sugirió Francois-.

Nos vigilaríamos mutuamente.

-Dormir por turnos es buena idea -dijo Edward-. Además, si averiguamos hoy los niveles en la sangre, podremos establecer la relación con los efectos de sonambulismo que puedan ocurrir esta noche.

-No hay mal que por bien no venga, ¿sabes? -dijo Gloria-. Al dejar de tomar Ultra, tendremos una estupenda oportunidad de vigilar los niveles de sangre y orina, y relacionarlos con los efectos psicológicos residuales. Todo el mundo debería estar atento a cualquier síntoma depresivo, por si hay fenómenos reactivos. Los estudios con monos sugieren que no existen síntomas de retirada, pero hay que confirmarlo.

-Aprovecharemos todo lo que podamos -dijo Edward-.

Entretanto, hay mucho que hacer. Insisto en que debemos mantener el secreto de todo lo que hemos hablado, hasta que tengamos la posibilidad de aislar el problema y eliminarlo.

Kim miró el reloj y parpadeó. No dio crédito a sus ojos.

Eran casi las diez. No había dormido tanto desde que iba a la universidad.

Se sentó en el borde de la cama y recordó de pronto el escalofriante episodio del cobertizo. La había aterrorizado.

Después, los nervios impidieron que volviera a dormirse. Al fin, tras casi dos horas de intentos, se rindió y tomó otro medio comprimido de Xanax. Cuando se calmó, se puso a pensar en la carta de Thomas Putnam que describía la huida de Elizabeth al cobertizo, sin duda bajo la influencia del hongo venenoso. Kim consideró que era otra coincidencia el que, presa del pánico, hubiera huido al mismo cobertizo.

Tomó una ducha, se vistió y desayunó, con la esperanza de recuperarse lo bastante para disfrutar del día. Sólo tuvo éxito en parte. Se sentía perezosa a causa de la dosis doble de medicación. También se sentía angustiada, pese al Xanax. El fármaco era incapaz de combatir la acción combinada del terror que padecía por la noche y su inquietud general. Necesitaba algo más, y examinar documentos antiguos en el castillo no iba a servir de nada. Kim necesitaba un contacto humano, y echaba de menos las facilidades y recursos de la ciudad.

Se sentó al teléfono y llamó a varias amigas de Boston, pero no tuvo suerte. Siempre respondía un contestador automático. Dejó su número en algunos, pero no esperaba que la llamasen hasta la noche. Sus amigas eran personas activas, y había mucho que hacer un domingo de otoño de Boston.

Kim, cada vez más ansiosa por alejarse de la finca, llamó a Kinnard casi confiando en que no contestara. No sabía qué iba a decirle. Descolgó al segundo timbrazo.

Intercambiaron saludos. Kim estaba nerviosa. Intentó disimularlo, pero sin demasiado éxito.

-¿Estás bien? -preguntó Kinnard después de una pausa-.

Pareces un poco rara.

Kim se esforzó por pensar en algo, pero no pudo. Se sentía confusa, avergonzada e hipersensible.

-El que no contestes, ya me dice algo -siguió Kinnard-.

¿Puedo ayudarte? ¿Ocurre algo?

Kim respiró hondo para recuperar su control.

-Puedes ayudarme -dijo por fin-. Necesito huir de Salem.

He llamado a varias amigas, pero ninguna está en casa. Se me ha ocurrido ir a la ciudad y pasar la noche ahí, porque por la mañana he de ir a trabajar.

-¿Por qué no te quedas aquí? -preguntó Kinnard-. Sacaré mi bicicleta de ejercicios y los ochenta mil ejemplares del New England Journal of Medicine del cuarto de los invitados, y será todo tuyo. Además, tengo el día libre. Estoy seguro de que podríamos pasarlo bien.

-¿De veras crees que es una buena idea?

-Me portaré bien, si es eso lo que te preocupa. -Kinnard rió.

Kim se preguntó si era ella la que estaba preocupada por portarse bien.

-Vamos -la animó él-. Creo que te vendrá de perlas pasar un día y una noche en la ciudad.

-De acuerdo -dijo Kim con repentina determinación.

-¡Fantástico! ¿A qué hora llegarás?

-¿Te va bien dentro de una hora?

-Hasta luego.

Kim colgó el auricular. No estaba segura de lo que hacía, pero se sentía bien. Se levantó, subió por la escalera y recogió sus cosas, sin olvidar el uniforme. Dejó comida de más en la cocina para Saba y cambió la caja de serrín de la puerta trasera.

Después de poner sus cosas en el coche, Kim condujo hasta el laboratorio. Antes de entrar en el edificio se detuvo a pensar si debía decir que iba a quedarse en casa de Kinnard.

Decidió callarlo, aunque lo admitiría si Edward preguntaba.

En el laboratorio reinaba una atmósfera de concentración aun mayor que en su última visita. Todo el mundo estaba absorto en su trabajo, y apenas perdieron tiempo en saludarla.

A Kim no le importó; de hecho, lo prefirió así. Lo último que deseaba era una larga conferencia sobre algún experimento críptico.

Encontró a Edward en su impresora. Su ordenador no paraba de escupir datos. Dedicó a Kim una sonrisa fugaz, y al instante volvió a concentrarse en la impresora.

-Me voy a Boston a pasar el día -anunció Kim, muy animada.

-Estupendo -contestó Edward.

-Pasaré también la noche. Te dejaré el número, si quieres.

-No es necesario. Si hay algún problema, llámame. Estaré aquí, como de costumbre.

Kim se despidió y caminó hacia la puerta. Edward la llamó. Ella se detuvo.

-Lamento muchísimo estar tan ocupado -dijo él-. Ojala fuera distinto, pero ha surgido una emergencia.

-Comprendo -dijo Kim. Estudió la expresión de Edward.

Percibió un asomo de timidez que no veía desde hacía tiempo.

Salió a toda prisa del laboratorio y subió al coche. Salió de la finca sin poder olvidar el comportamiento de Edward. Era como si su antigua personalidad, la que la había atraído en el momento de conocerse, volviera a emerger.

Kim no tardó en tranquilizarse y, cuanto más avanzaba hacia el sur, mejor se sentía. El tiempo colaboraba. Era un caluroso día del veranillo de San Martín, iluminado por el sol y teñido con los colores del otoño. El follaje otoñal revestía los árboles. El cielo era tan azul que Kim experimentó la sensación de estar contemplando un inmenso océano celestial.

No era difícil aparcar los domingos, y Kim encontró un hueco a escasa distancia del apartamento de Kinnard, en Revere Street. Estaba nerviosa cuando llamó al timbre, pero él se las ingenió para que se sintiera cómoda. La ayudó a llevar sus cosas al cuarto de los invitados, que se había ocupado de limpiar y ordenar.

Kinnard y Kim dieron un paseo por la ciudad, y al cabo de unas horas felices, ella se olvidó de Omni, Ultra y Elizabeth.

Empezaron en la parte norte con un desayuno en un restaurante italiano, seguido de unos cafés en un bar también italiano.

Como interludio divertido, entraron en Filene's Basement para echar un rápido vistazo a la mercancía. Ambos eran clientes habituales de aquella tienda. Kim se sorprendió a sí misma cuando compró una falda holgada que procedía del Saks de la Quinta Avenida.

Después de las compras, pasearon por Boston Gardens y admiraron el follaje y las flores otoñales. Se sentaron un rato en un banco del parque y contemplaron las barcas que surcaban el lago.

-Quizá no debería decirlo -empezó Kinnard-, pero me pareces un poco cansada.

-No me sorprende. Duermo mal. Vivir en Salem no ha sido muy idílico.

-¿Te apetece hablar de algo en particular?

-Por el momento, no -respondió Kim-. Supongo que estoy confusa por un montón de cosas.

-Me alegro de que hayas venido.

-Quiero dejar claro que pienso quedarme en el cuarto de invitados -se apresuró a decir ella.

-Oye, tranquila. -Kinnard levantó las manos como para defenderse-. Lo comprendo. Somos amigos, ¿te acuerdas?

-Lo siento. Debo parecerte hipersensible. La verdad es que hacía semanas que no me sentía tan relajada. -Apretó la mano de Kinnard-. Gracias por ser mi amigo.

Salieron del parque, caminaron por Newbury Street y miraron escaparates. Después, se dedicaron a uno de los pasatiempos favoritos de ella. Entraron en la librería Waterstone's y curiosearon. Kim compró una edición de bolsillo de una novela de Dick Francis, en tanto que Kinnard se decidió por una guía turística de Sicilia. Dijo que era un lugar al que siempre había deseado ir.

Ya avanzada la tarde, se detuvieron en un restaurante hindú y disfrutaron de una deliciosa cena al estilo tandoori. El único problema era que el restaurante no tenía permiso para servir alcohol. Los dos se

mostraron de acuerdo en que la especiada comida habría sido mucho más agradable acompañada de cerveza fría.

Desde el restaurante hindú volvieron a pie a Beacon Hill.

Se acomodaron en el sofá de Kinnard y tomaron una copa de vino blanco frío. Kim no tardó en sentir sueño.

Se acostó temprano, porque al día siguiente debía madrugar para ir al trabajo. No necesitó ningún Xanax cuando se deslizó entre las sábanas recién lavadas de Kinnard. Casi al instante, se sumió en un sueño profundo y reparador.

Lunes 3 de octubre de 1994

Kim casi había olvidado lo duro que era un día normal en la unidad de cuidados intensivos. Fue la primera en admitir que después de un mes de vacaciones no estaba en forma para los esfuerzos físicos y emocionales que se requerían, pero a medida que el fin de la jornada se acercaba reconoció que había disfrutado de la intensidad, el desafío y la sensación de ayudar a gente muy necesitada, por no mencionar la camaradería del empeño común.

Kinnard había aparecido varias veces durante el día con pacientes recién salidos del quirófano. Kim se esforzó por estar siempre disponible. Le dio las gracias por la mejor noche de sueño que había tenido desde hacía semanas. Kinnard respondió que sería bienvenida siempre que quisiera, incluso aquella misma noche, pese a que él estaba de guardia y pasaría la noche en el hospital.

A ella le habría gustado quedarse. Después de su aislamiento en la finca, le gustaba estar en Boston, y sentía nostalgia por la época vivida en la ciudad, pero sabía que debía volver. No abrigaba ilusiones respecto de Edward, pero creía tener la obligación de estar allí.

En cuanto terminó su turno, Kim se encaminó a la esquina de Charles y Cambridge Street y cogió la línea roja a Harvard Square. Los trenes eran frecuentes a aquella hora, y al cabo de sólo veinte minutos andaba por Massachussets Avenue en dirección a la facultad de derecho de Harvard.

Aminoró el paso cuando se dio cuenta de que estaba sudando. Era un día caluroso pero sin la claridad cristalina del anterior. No soplaba la menor brisa, y un dosel brumoso y sofocante cubría la ciudad, de forma que parecía más un día de verano que de otoño. Los partes meteorológicos habían alertado sobre la posibilidad de tormentas violentas Un estudiante indicó a Kim el camino a la biblioteca. La encontró sin dificultad. El aire acondicionado del interior constituyó un alivio.

Otra pregunta la dirigió a la oficina de Helen Arnold. Kim dio su nombre a la secretaria, y ésta dijo que debería esperar.

Apenas se había sentado cuando una mujer negra, alta, delgada y muy atractiva apareció en la puerta de su despacho. Le hizo señas de que entrase.

-Soy Helen Arnold, y tengo buenas noticias para usted -dijo la mujer con entusiasmo. Indicó a Kim que se sentara.

Kim estaba impresionada por la apariencia de la mujer. No era lo que esperaba encontrar en una biblioteca de derecho.

Llevaba el cabello rizado de una forma exquisita, y un vestido de seda en tonos brillantes, que se anudaba en la cintura con una cadena de oro.

-Esta mañana temprano he hablado con la señora Sturburg, que por cierto es una mujer maravillosa, y me habló de su interés por una obra de Rachel Bingham.

Kim asintió durante el rápido monólogo de Helen.

-¿La ha encontrado? -preguntó Kim en cuanto Helen hizo una pausa.

-Sí y no. -Helen le dedicó una sonrisa radiante-. La buena noticia es que he confirmado la creencia de Katherine Sturburg de que la obra sobrevivió al incendio de 1764. Estoy absolutamente segura, créame. Por lo visto, había sido alojada de forma permanente en los aposentos de un profesor que no vivía en el recinto de la universidad. ¿A que es una buena noticia?

-Estoy contenta. De hecho, me emociona que no fuese destruida. Lo que pasa es que aún no me ha contestado si la ha encontrado o no. ¿Qué quiere decir "sí y no"?

-Simplemente, que si bien no he encontrado el libro, descubrí referencias al hecho de que el libro vino a parar a la biblioteca de esta facultad. También averigüé que archivar la obra creó confusión y dificultades acerca de la forma y el lugar, aunque tenía algo que ver con el derecho eclesiástico, como sugiere la carta de Increase Mather. A propósito, creo que la carta es fabulosa, y comprendo que haya pensado donarla a Harvard. Es muy generoso por su parte.

-Es lo menos que puedo hacer, después de todos los problemas que he causado. ¿Sabe alguien dónde puede estar la obra de Rachel Bingham?

-Sí. Después de investigar un poco más descubrí que había sido trasladada desde la biblioteca de derecho a la facultad de teología en 1815, poco después de construirse el Divinity Hall. Ignoro el motivo; quizá estaba relacionado con la dificultad de clasificarla en esta biblioteca.

-¡Dios mío! -exclamó Kim-. Cuántos viajes ha hecho ese libro.

-Me tomé la libertad de llamar a mi colega de la biblioteca de la facultad de teología antes del mediodía. Espero que no le importe.

-Por supuesto que no -contestó Kim. Se alegraba de que Helen hubiera tomado la iniciativa.

-Se llama Gertrude Havermeyer. Es un poco antipática, pero tiene un corazón de oro. Prometió que lo miraría.

Helen cogió una hoja de papel y escribió el nombre y el número telefónico de Gertrude. Después, sacó un plano del campus de Harvard y rodeó con un círculo la facultad de teología.

Pocos minutos después, Kim cruzó el terreno de la universidad. Dejó atrás el laboratorio de física y rodeó el museo para llegar a la Divinity Avenue. Desde allí, la oficina de Gertrude Havermeyer sólo distaba unos pasos.

-De modo que usted es el motivo de que haya desperdiciado toda mi tarde -dijo Gertrude cuando Kim se presentó.

Estaba de pie frente a su escritorio, con los brazos en jarras. Tal como Helen Arnold había insinuado, Gertrude aparentaba un carácter severo e inflexible. No obstante, su aspecto físico desmentía sus bravuconadas. Era una mujer menuda, de cabello blanco, que miraba a Kim a través de sus gafas trifocales con montura de acero.

-Lamento haberle causado algún inconveniente -se disculpó Kim, invadida por un sentimiento de culpabilidad.

Librodot

-Desde que contesté a la llamada de Helen Arnold, no he podido dedicar ni un segundo a mi trabajo -se lamentó Gertrude-. Me ha ocupado horas, literalmente.

-Espero que sus esfuerzos no hayan sido en vano.

-Encontré un recibo en un libro mayor de ese período, así que Helen tenía razón. La obra de Rachel Bingham fue enviada desde la facultad de derecho y llegó a la facultad de teología. Sin embargo, no encontré ninguna referencia al libro en el ordenador, el antiguo catálogo de fichas, ni el antiquísimo catálogo que guardamos en el sótano.

Kim se sintió desfallecer.

-Siento que se haya esforzado tanto para nada -dijo.

-Bien, no me rendí. Nunca en la vida. Cuando me comprometo en algo, no doy el brazo a torcer, de modo que empecé a repasar todas esas viejas fichas escritas a mano de cuando se organizó la biblioteca. Fue frustrante, pero encontré otra referencia, mas por suerte que por otra cosa, excepto perseverancia. Aún no entiendo por qué no lo incluyeron en el índice principal de la biblioteca.

Las esperanzas de Kim aumentaron. Seguir la pista de la prueba de Elizabeth era como desplazarse histéricamente sobre una montaña rusa.

-¿La obra sigue aquí? -preguntó.

-Cielos, no -replicó Gertrude, indignada-. En ese caso, saldría en el ordenador. Aquí lo tenemos todo controlado.

No, la referencia final que encontré indicaba que había sido enviada a la facultad de medicina en 1826, después de permanecer aquí menos de un año. Por lo visto, nadie sabía dónde ponerla. Es todo muy misterioso, porque ni siquiera había una indicación de a qué categoría pertenecía.

-Por el amor de Dios -dijo Kim, frustrada-. Buscar ese libro, o lo que sea, se está convirtiendo en una especie de broma pesada.

-¡Arriba esos ánimos! -ordenó Gertrude-. Me he esforzado mucho por usted. Incluso telefoneé a la Biblioteca Médica Countway y hablé con John Moldavian, que está a cargo de los libros y manuscritos raros. Le conté la historia, y me aseguró que investigaría.

Después de dar las gracias a Gertrude, Kim volvió a Harvard Square y cogió la línea roja hacia Boston.

Era una hora punta, y Kim tuvo que apretarse en el vagón.

No había asientos libres, de modo que permaneció de pie.

Empezó a pensar seriamente en abandonar la investigación sobre Elizabeth. Era como perseguir a un espejismo. Cada vez que creía estar cerca, se trataba de una pista falsa.

Se dirigió al aparcamiento del hospital, subió a su coche, puso en marcha el motor y pensó en el denso tráfico que la esperaba. A aquella hora, pasar el cruce de Leverett Circle le llevaría unos treinta minutos.

Cambió de opinión y fue en dirección opuesta, hacia la Biblioteca Médica Countway. Prefería seguir la pista de Gertrude antes que quedar atrapada en un embotellamiento de tráfico.

John Moldavian parecía perfectamente apropiado para trabajar en una biblioteca. Era un hombre educado que hablaba sin alzar la voz, y cuyo amor por los libros se revelaba en el cuidado con que los manejaba. Kim se presentó y mencionó el nombre de Gertrude. La reacción de John fue buscar de inmediato algo entre la confusión que reinaba en su escritorio.

-Tengo algo para usted -dijo-. ¿Dónde demonios lo habré metido?

Kim lo miró mientras revisaba sus papeles. Tenía la cara delgada, dominada por unas gafas de montura negra y cristales gruesos. Su fino bigote parecía casi tan perfecto como si lo hubieran dibujado con lápiz de cejas.

-¿La obra de Rachel Bingham se encuentra en esta biblioteca? -se atrevió a preguntar Kim.

-No, ya no. -El rostro de John se iluminó-. Ah, aquí está.

-Levantó una hoja de papel.

Kim suspiró en silencio. "Vaya con la pista de Gertrude", pensó.

-Busqué 1826 en los registros de la biblioteca de la facultad -dijo John-, y encontré esta referencia a la obra que busca.

-Déjeme adivinar. La enviaron a otra parte.

John miró a Kim por encima de la hoja que sujetaba.

-¿Cómo lo sabe? -preguntó.

Kim lanzó una breve carcajada.

-Es lo que suele ocurrir -contestó-. ¿Adónde fue a parar?

-Al departamento de anatomía. Hoy se llama departamento de biología celular, por supuesto.

Kim sacudió la cabeza con incredulidad.

-¿Por qué demonios la enviaron allí? -preguntó.

-No tengo ni idea. La anotación que encontré era bastante extraña. Adoptaba la forma de una tarjeta escrita a mano apresuradamente, anexa al libro, manuscrito o dibujo. Le he hecho una fotocopia.

John tendió el papel a Kim.

Kim lo cogió. Costaba leerlo. Tuvo que volverse para aprovechar la luz que entraba por la ventana. Parecía decir: "Curiosidad de Rachel Bingham concedida en 1691" Al ver la palabra "curiosidad", Kim recordó que Mary Custland le había hablado de un "depósito de curiosidades" que se había perdido en el incendio de 1764, y sugería que la obra de Rachel Bingham había formado parte de aquella colección. Pensó en la carta que Jonathan había dirigido a su padre y supuso que tenía ante sí una nota escrita a mano por aquél. Recreó en su mente a un nervioso Jonathan Stewart garrapateando rápidamente en la tarjeta, presa del pánico y ansioso por huir de la habitación del profesor donde había entrado a escondidas para cambiar el nombre de Elizabeth por el de Rachel Bingham. De haberlo descubierto, tal vez lo habrían expulsado de la universidad.

-Llamé al jefe del departamento -explicó John, que interrumpió las elucubraciones de Kim-. Me remitió a otro caballero llamado Carl Nebolsine, que es el conservador del Museo Anatómico Warren. Lo llamé. Me dijo que si quería ver el objeto me acercara al edificio de la administración.

-¿Quiere decir que lo tiene? -preguntó Kim, incrédula.

-Por lo visto. El Museo Anatómico Warren está en la quinta planta del edificio A, justo enfrente de la biblioteca. ¿Le interesa ir?

-Ya lo creo -contestó Kim. Notó que su pulso se aceleraba al pensar que por fin había encontrado la prueba de Elizabeth.

John cogió el teléfono.

-Vamos a ver si el señor Nebolsine aún sigue allí. Estaba hace un ratito, pero creo que tiene varios despachos. Al parecer, se ocupa de algunos museos y colecciones menores dispersos por la comunidad de Harvard.

John sostuvo una veloz conversación, en medio de la cual alzó el pulgar en dirección a Kim.

-Está de suerte -dijo después de colgar el auricular-. Sigue allí, y la recibirá en el museo si va ahora mismo.

-Me marcho -dijo Kim. Dio las gracias a John y se encaminó a toda prisa al edificio A, una construcción de estilo neoclásico con un enorme frontón sostenido por columnas dóricas. Un guardia la detuvo en la puerta, pero la dejó pasar cuando vio su tarjeta de identidad del hospital.

Kim salió del ascensor en la quinta planta. El museo en sí estaba pegado a la pared de la izquierda, y consistía en una serie de vitrinas. Contenían la habitual colección de instrumentos quirúrgicos primitivos, capaces de hacer temblar a un estoico, fotos antiguas y especímenes patológicos. Había montones de cráneos, incluido uno con un agujero en la cuenca orbital izquierda y otro en la parte superior de la cabeza.

-Un caso muy interesante -dijo una voz. Kim se volvió y vio a un hombre mucho más joven de lo que suponía para ser conservador de museo-. Usted debe de ser Kimberly Stewart. Yo soy Carl Nebolsine.

Kim le estrechó la mano.

-¿Ve esa varilla? -dijo Carl, señalando una vara de acero de metro y medio de largo-. Se llama vara de apisonar. Se utilizaba para embutir pólvora negra y arcilla en un orificio practicado con el propósito de disparar. Hace cien años o así, la vara atravesó la cabeza de ese hombre. -Carl indicó la calavera-. Lo más asombroso es que el hombre sobrevivió.

-¿Quedó bien?

-Dicen que su personalidad no era agradable después de recuperarse del trauma, pero me parece lógico.

Kim examinó algunos objetos. Al fondo, observó que se exhibían varios libros.

-Tengo entendido que está usted interesada en el objeto de Rachel Bingham -dijo Carl.

-¿Está aquí?

-No.

Kim miró al hombre como si no hubiese oído bien lo que decía.

-Está abajo, en el almacén -explicó Carl. No recibimos muchas peticiones para verlo, y carecemos de espacio suficiente para exhibir todo lo que tenemos. ¿Le gustaría verlo?

-Muchísimo.

Bajaron en ascensor al sótano y siguieron una ruta laberíntica que Kim no habría sido capaz de desandar sola. Carl abrió una pesada puerta de acero. Encendió las luces, que se limitaban a varias bombillas desnudas.

La sala estaba llena de vitrinas antiguas y polvorientas.

-Lamento el desorden -dijo Carl-. Está muy sucio. Casi nadie baja.

Kim siguió a Carl entre las vitrinas, que contenían huesos, libros, instrumentos y frascos con órganos conservados en formaldehído. Carl se detuvo, y Kim lo imitó. Se apartó a un lado y señaló la vitrina que tenía delante.

Kim retrocedió con una mezcla de horror y asco. No estaba preparada para lo que veía. Embutido en un frasco de cristal ancho, lleno de un líquido de color pardo, había un feto de cuatro o cinco meses que parecía un monstruo.

Carl abrió la vitrina, indiferente a la reacción de Kim. Introdujo la mano y acercó el pesado frasco, de forma que el contenido se agitó grotescamente.

Fragmentos de tejido remolinearon como la falsa nieve de las bolas de cristal infantiles.

Kim se llevó la mano a la boca, sin dejar de mirar el feto anencefálico, que carecía de cerebro y tenía el cráneo aplastado. Tenía el paladar hendido, y daba la impresión de que la boca estuviera hincada en la nariz. Sus rasgos se habían deformado aún más por estar comprimido dentro del recipiente de cristal. Desde sus ojos saltones hacia atrás, la cabeza era plana y estaba cubierta por una mata de cabello negro como el carbón. La enorme mandíbula era desproporcionada en relación con el resto de la cara. Las rechonchas extremidades superiores del feto terminaban en manos similares a palas de dedos cortos, algunos de ellos fusionados. Recordaban a patas hendidas. Del trasero surgía una cola larga, como la de un pez.

-¿Quiere que lo saque para examinarlo con una luz mejor? -se ofreció Carl.

-¡No! -exclamó Kim con cierta brusquedad. Explicó a Carl, en un tono más reposado, que ya lo veía bien.

Kim comprendió que la mente del siglo XVII había considerado aquella malformación bestial la encarnación del diablo. De hecho, había visto tallas de madera que representaban al diablo y eran idénticas al feto.

-¿Quiere que le de la vuelta para ver el otro lado? -preguntó Carl.

-No, gracias -contestó Kim. Retrocedió instintivamente.

Ahora, ya sabía por qué la facultad de derecho y la facultad de teología no habían sabido qué hacer con aquello. También recordó la nota que John Moldavian le había enseñado en la biblioteca médica. No decía “Curiosidad de Rachel Bingham concedida en 1691” La palabra no era “concedida”, sino “concebida”

Recordó que Elizabeth, en su diario, expresaba preocupación por el inocente Job. No era una referencia bíblica. Elizabeth sabía que estaba embarazada y ya había llamado Job al niño. Una coincidencia trágica, pensó Kim.

Dio las gracias a Carl y volvió hacia su coche con paso vacilante. Mientras caminaba, pensó en la doble tragedia de Elizabeth, estar embarazada al tiempo que, sin saberlo, un hongo que había crecido en su almacén de centeno la envenenaba lentamente. En aquella época todo el mundo habría creído a pies juntillas que su antepasada había mantenido relaciones con el demonio para concebir un monstruo que era una manifestación del pacto, sobre todo porque los “ataques” habían empezado en casa de Elizabeth para luego propagarse a las casas de los niños que habían comido el pan que ella preparaba. La determinación de Elizabeth, su desdichado litigio con la familia Putnam y su cambio de posición social habían contribuido a que la situación empeorase.

Puso en marcha el motor del coche. Ya tenía claro por qué habían acusado a Elizabeth de ser una bruja, y por qué la habían condenado.

Kim condujo como en estado de trance. Empezaba a comprender el motivo por el cual su antepasada no había confesado para salvar su vida, como sin duda le habría suplicado Ronald. Sabía que no era una bruja, pero la confianza en su inocencia había sido socavada, en especial porque todo el mundo se había puesto en su contra: amigos, magistrados, incluso el clero. Con su marido ausente, Elizabeth carecía de todo apoyo. Se habría considerado culpable de alguna horrorosa transgresión a la ley de Dios. ¿De

Librodot

qué otro modo explicar la concepción de un ser tan demoníaco? Tal vez había llegado a pensar que su destino era justo.

Kim quedó atrapada en el tráfico de Storrow Drive y se vio obligada a avanzar metro a metro. El tiempo no había mejorado. De hecho, hacía más calor. Se sintió cada vez más angustiada por el embotellamiento.

Por fin, consiguió salir en el semáforo de Leverett Circle, y aceleró hacia el norte por la interestatal 93. La liberación literal vino acompañada de una nueva revelación y la insinuación de una libertad figurada. Kim empezaba a creer que la conmoción provocada por su encuentro visual con el monstruo de Elizabeth había logrado que captara el mensaje de ésta: Kim debía creer en sí misma. Al igual que la desdichada Elizabeth, lo que creyeran los demás no debía ser motivo para que perdiese la confianza en sí misma. No debía permitir que figuras autoritarias dominaran su vida. Elizabeth no había tenido otra alternativa, pero Kim sí.

La mente de Kim funcionaba a toda máquina. Recordó las tediosas horas que había pasado con Alice McMurray, hablando sobre su escaso amor propio. Recordó las teorías que Alice había apuntado para explicar su origen, una combinación de la indiferencia sentimental de su padre, sus vanos intentos por complacerlo y la pasividad de su madre ante los amoríos de su esposo. De repente, toda aquella cháchara se le antojó trivial. Era como si se refiriese a otra persona. Aquellas discusiones nunca la habían afectado tanto como la conmoción final de la odisea de Elizabeth.

Ahora todo le parecía claro. Daba igual que su débil amor propio proviniese de la dinámica familiar, su temperamento tímido o una combinación de ambas circunstancias. La realidad era que Kim no había permitido que sus aptitudes y sus propios intereses dirigieran su vida. La elección de su carrera era un buen ejemplo, al igual que su actual situación vital.

Kim tuvo que frenar de repente. Comprobó con sorpresa y disgusto que se había producido otro embotellamiento en la interestatal, por lo general despejada. Una vez más se vio obligada a avanzar a paso de tortuga. El calor, más propio de verano, se colaba por la ventanilla abierta. Hacia el oeste, vio que enormes nubes de tormenta se acumulaban sobre el horizonte.

Mientras avanzaba lentamente, Kim tomó una súbita decisión. Debía cambiar de vida. Primero, había permitido que su padre la gobernara, pese al hecho de que apenas existía relación entre ambos. Y ahora, había dejado que Edward repitiese la jugada. Vivían juntos, pero sólo en teoría. De hecho, estaba aprovechándose de ella y no daba nada a cambio. El laboratorio de Omni debería pertenecerle, y los investigadores no tendrían que vivir en la mansión de la familia Stewart.

A medida que el tráfico se descongestionaba, Kim fue acelerando, y se prometió que pondría remedio a la situación.

Lo primero que haría cuando llegase a la finca sería hablar con Edward.

Consciente del temor que le producían las confrontaciones y su inclinación a aplazar cualquier decisión, Kim puso énfasis en la importancia de hablar con Edward lo antes posible, sobre todo teniendo en cuenta que Ultra podía ser teratológico o perjudicial para los fetos en desarrollo. Kim sabía que esa información era vital para el estudio de una droga experimental, no sólo en lo que a las mujeres se refería, sino porque muchas drogas teratológicas podían producir cáncer.

Cuando Kim entró en la finca, eran casi las siete. Las nubes de tormenta que seguían acumulándose hacia el oeste hacían que estuviese más oscuro de lo normal para la época del año. Mientras conducía hacia el laboratorio, advirtió que ya habían encendido las luces.

Aparcó, pero no salió del coche al instante. Pese a su decisión, se debatió entre el impulso de entrar o no. De pronto, se le ocurrieron montones de excusas para aplazar la visita, pero no cedió. Apretó los dientes, abrió la puerta del coche y salió.

-Has de hacer esto aunque vaya la vida en ello -dijo en voz alta.

Después de alisar las arrugas del uniforme y echarse el cabello hacia atrás, entró en el laboratorio.

En cuanto la puerta interior se cerró a sus espaldas, Kim se dio cuenta de que en la atmósfera del laboratorio se había producido un nuevo cambio. Estaba segura de que David, Gloria y, tal vez, Eleanor, la habían visto llegar, pero no la saludaron. Volvieron la cara a propósito. Nadie reía ni conversaba. La tensión se palpaba en el ambiente.

La angustia de Kim aumentó, pero se obligó a ir en busca de Edward. Lo encontró en un rincón oscuro, ante su ordenador. La pálida luz verdosa del monitor iluminaba su rostro de un modo siniestro.

Kim se acercó y permaneció inmóvil un momento a su lado. No se decidía a interrumpirlo. Mientras miraba, las manos de Edward volaban sobre el teclado, pero detectó un temblor en sus dedos. También oyó que respiraba más deprisa que ella.

-Edward, por favor -dijo por fin, con voz vacilante-. He de hablar contigo.

-Después -contestó él sin mirarla.

-Es importante que hablemos ahora -insistió Kim.

Edward sorprendió a Kim cuando se puso de pie de un salto. El brusco movimiento provocó que su silla ergonómica saliese disparada sobre sus ruedas y se estrellara contra una vitrina. Acercó tanto la cara a Kim que ella pudo ver telarañas rojas en el blanco de sus ojos saltones.

-¡He dicho después! -repitió con los dientes apretados, y la miró como si la retara a contradecirlo.

Kim retrocedió y chocó contra el banco. Extendió la mano para sostenerse y tiró una cubeta al suelo. Se rompió en mil pedazos y crispó los nervios de Kim, que ya estaba bastante alterada.

Ésta no se movió. Miró a Edward con aprensión. Una vez más actuaba como si estuviera a punto de perder el control, como cuando había tirado su copa de vino en el apartamento de Cambridge. Pensó que había ocurrido algo desagradable en el laboratorio. Fuera lo que fuera, todo el mundo estaba tenso, y especialmente Edward.

La primera reacción de Kim fue sentirse solidaria con él. Sabía lo mucho que había trabajado. Pero después, se serenó.

Gracias a lo que había descubierto, aquellos pensamientos representaban una vuelta a las viejas costumbres, y se había comprometido a hacer caso del mensaje de Elizabeth. Por primera vez en su vida, debía defenderse y pensar en sus necesidades.

Al mismo tiempo, Kim era capaz de ser realista. Sabía que provocar a Edward en el momento más inoportuno no iba a reportarle beneficios. A juzgar por el modo en que se comportaba, en aquel momento no estaba de humor para hablar sobre su relación.

Librodot

-Siento interrumpirte -dijo Kim, cuando comprendió que Edward había recuperado parte de su control-. Es evidente que no es el momento adecuado para hablar contigo. Estaré en casa. Necesito que hablemos, de modo que ven cuando te veas con fuerzas. -Dio media vuelta y se dispuso a salir. Apenas había dado unos pasos, cuando se detuvo, giró en redondo, y añadió-: Hoy he averiguado algo que deberías saber.

Tengo motivos para creer que Ultra puede ser teratológico.

-Probaremos la droga en ratas preñadas -replicó Edward con rudeza-. Por el momento, tenemos un problema más acuciante.

Kim reparó en que Edward tenía una erosión en la parte izquierda de la cabeza. Después, vio que tenía cortes en las manos, como Curt.

Avanzó instintivamente.

-Te has hecho daño -dijo. Extendió la mano para examinar la herida.

-No es nada -contestó él, mientras le apartaba la mano.

Dio media vuelta, se sentó ante su ordenador y reanudó el trabajo.

Kim abandonó el laboratorio, consternada. El humor y el comportamiento de Edward eran impredecibles. Cuando salió, advirtió que había oscurecido de forma significativa. No soplaba la menor brisa. Las hojas de los árboles estaban inmóviles. Algunos pájaros surcaban el cielo amenazador en busca de refugio.

Corrió hacia el coche. Escudriñó las nubes ominosas, que se habían acercado aún más, y distinguió tenues rayos en la lejanía. Para recorrer la corta distancia que la separaba de la casa encendió los faros delanteros.

Lo primero que hizo cuando llegó a la casa fue entrar en el salón. Clavó la vista en el retrato de Elizabeth y contempló a la mujer con simpatía, admiración y gratitud renovadas.

Después de mirar unos instantes el enérgico rostro de su antepasada, empezó a tranquilizarse. La imagen fortaleció su resolución. Esperaría a Edward, pero sostendría una conversación definitiva con él.

Apartó los ojos del cuadro y paseó por la casa que Elizabeth y ella habían compartido. Pese a su reciente sensación de soledad, era una vivienda romántica y encantadora, y no pudo por menos que preguntarse hasta qué punto vivir allí con Kinnard habría sido diferente a hacerlo con Edward.

Entró en el comedor, que en tiempos de Elizabeth había sido la cocina, y se lamentó de las pocas veces que había utilizado la mesa. No cabía duda de que septiembre había sido un fracaso, y Kim se reprendió por haber permitido que Edward la arrastrase en su cruzada por el desarrollo de una droga.

Impulsada por una rabia repentina, Kim dio un paso más, y por primera vez admitió que sentía asco por la codicia incipiente de Edward y por su nueva personalidad, determinada por Ultra. En su mente no había lugar para el conocimiento de sí misma, la seguridad o la alegría inducidas por las drogas. Todo era falso. La idea de una psicofarmacología meramente cosmética le repugnaba.

Tras haber afrontado sus verdaderos sentimientos hacia Edward, Kim pensó en Kinnard. A la luz de sus nuevos descubrimientos, comprendió que era bastante responsable de sus dificultades recientes. Se reprendió por permitir que su miedo al rechazo la hubiera empujado a malinterpretar los intereses infantiles de Kinnard, con la misma energía que había empleado para rechazar la codicia de Edward.

Suspiró. Estaba física y mentalmente agotada. Al mismo tiempo, experimentaba una calma interior. Por primera vez en meses, no sentía la angustia vaga y acuciante que la había asolado. Si bien sabía que su vida era un desastre, se había comprometido a cambiar, y creía saber por dónde empezar.

Se entregó al placer de un baño largo y reparador; no recordaba cuándo había sido la última vez. Luego, se puso un chándal y se preparó la cena.

Después de comer, Kim se acercó a la ventana del salón y miró hacia el laboratorio. Se preguntó en qué estaría pensando Edward y cuándo lo vería.

Apartó los ojos del laboratorio y se fijó en las negras siluetas de los árboles. Estaban completamente inmóviles, como embutidos en cristal; no soplaba nada de viento. La tormenta, que cuando había llegado parecía inminente, se había desplazado hacia el oeste. No obstante, vio un rayo. Esta vez, describió una curva hasta el suelo, y un trueno lejano retumbó al cabo de un instante.

Kim volvió a entrar en la sala y contempló el retrato de Elizabeth. Pensó en el feto deforme, nadando en su frasco.

Kim se estremeció. No era de extrañar que la gente de los tiempos de Elizabeth creyese en la brujería y la magia. No encontraba otra explicación para sucesos tan inquietantes.

Gran parte del mundo era un misterio absoluto, incluido el rayo que Kim acababa de ver por la ventana.

Se acercó más al cuadro y estudió las facciones de su antepasada. La línea de la mandíbula, la forma de los labios y la mirada franca eran una señal de energía. Kim se preguntó si la cualidad se había debido al temperamento o al carácter, si era innata o adquirida, natural o producto del aprendizaje.

Reflexionó sobre su reciente seguridad, que atribuía a Elizabeth, y se preguntó si sería capaz de conservarla. Pensó que el hecho de que por la tarde hubiera ido al laboratorio era un primer paso. Estaba segura de que no podría haber hecho eso en el pasado.

A medida que avanzaba la noche, Kim empezó a pensar en la posibilidad de introducir un cambio en su vida profesional, y se preguntó si poseía el valor de correr el riesgo. Teniendo en cuenta la herencia que había recibido sabía que no podía utilizar la situación económica como excusa. Consideraba que la posibilidad de dedicarse al arte era atractiva, aunque arriesgada.

Una de las consecuencias inesperadas de los esfuerzos de Kim por clasificar trescientos años de documentos mercantiles en el castillo, consistía en darse cuenta de lo poco que había contribuido su familia a la comunidad. La montaña de papeles y el desabrido edificio que los alojaba eran los dos legados principales. No había existido ningún artista, músico o escritor. Por lo que ella sabía, no tenían colecciones de arte, una biblioteca importante ni se habían caracterizado por su actividad filantrópica. De hecho, no habían realizado ninguna contribución a la cultura, a menos que la afición por los negocios constituyese una forma de cultura en sí misma.

A las nueve, Kim estaba más que agotada. Media hora antes, había acariciado la idea de volver al laboratorio, pero la descartó de inmediato. Si Edward quería hablar, tendría que venir a casa. Le escribió una nota en una hoja adhesiva y la pegó en el espejo del lavabo. Sólo decía: “Me levantaré a las cinco, y entonces podremos hablar”

Librodot

Después de sacar un rato a la gata, Kim se metió en la cama. No intentó leer, ni siquiera pensó en tomar algo para dormir y se durmió al cabo de pocos minutos.

Martes 4 de octubre de 1994

Un trueno descomunal despertó a Kim. La casa aún vibraba a causa del horroroso sonido, cuando se dio cuenta de que estaba sentada muy rígida en la cama. La reacción de Saba había consistido en saltar de la cama y esconderse debajo.

Pocos minutos después se desencadenó una tromba de agua, acompañada de un viento huracanado. La tormenta, después de contenerse durante tanto tiempo, estalló con particular ferocidad. Gotas lo bastante grandes para imitar el ruido de piedras golpeteaban contra el tejado de pizarra. Kim también oyó que la lluvia repiqueteaba contra la red metálica de la ventana abierta de la parte oeste.

Kim se precipitó hacia la ventana y la cerró. Notó que el viento empujaba la lluvia al interior de la habitación. Cuando estaba a punto de encajar la ventana, un rayo cayó en el pararrayos de una torrecilla del castillo, y bañó toda la finca de una luz azul.

En aquel instante, el campo que separaba la casa del castillo quedó iluminado, y Kim vio una imagen sorprendente.

Era una silueta espectral, apenas vestida, que corría sobre la hierba. Aunque Kim no estaba segura, pensó que podía tratarse de Eleanor.

Kim se encogió cuando un trueno ensordecedor siguió al rayo. Mientras sus oídos zumbaban, se esforzó por escudriñar la oscuridad, pero debido a la lluvia no vio nada. Esperó a que otro rayo surcara la negrura, pero no hubo más.

Corrió hacia el dormitorio de Edward. Estaba convencida de que no se había tratado de una alucinación. Allí fuera había alguien. Daba igual que fuese Eleanor o no. Nadie debía estar a merced de aquella tormenta, teniendo en cuenta, además, que un animal salvaje merodeaba por los alrededores.

Edward tenía que saberlo. Kim se llevó una sorpresa al comprobar que la puerta de su habitación estaba cerrada, cosa que nunca hacía. Llamó con los nudillos. Al no obtener respuesta, golpeó con más fuerza, sin éxito. Contempló la cerradura de la vieja puerta. Una llave sobresalía del ojo, lo cual significaba que la puerta no estaba cerrada con llave. Kim la abrió.

Desde donde estaba, oyó la respiración estentórea de Edward. Lo llamó varias veces, cada vez en voz más alta, pero él no se movió.

Otro rayo bañó la habitación de luz. Kim vislumbró a Edward, tendido de espaldas y con los miembros extendidos.

Iba en ropa interior. No había acabado de quitarse una pernera del pantalón, que colgaba a un lado de la cama.

Kim se encogió en espera del trueno, que no tardó en llegar. Era como si el centro de la tormenta se encontrara sobre la finca.

Encendió la luz del pasillo, que iluminó la habitación de Edward, y corrió a su lado. Lo llamó otra vez, y después empezó a sacudirlo con suavidad. No sólo no despertó, sino que en su respiración no se produjo cambio alguno. Kim lo sacudió vigorosamente, y como no consiguió nada, empezó a sentirse preocupada. Era como si estuviese en estado de coma.

Kim encendió la lámpara de la mesilla de noche. Edward era la viva imagen de la tranquilidad. Tenía la cara relajada, con la boca abierta. Ella apoyó una mano en cada hombro y lo sacudió, sin dejar de gritar su nombre.

Sólo entonces la respiración de Edward cambió. Abrió los ojos.

-¿Estás despierto, Edward? -preguntó Kim. Volvió a agitarlo y la cabeza de Edward se movió de un lado a otro, como una muñeca de trapo.

Parecía confuso y desorientado, hasta que dio la impresión de ver a Kim, que seguía sujetándolo por los hombros.

Ella advirtió que Edward tenía las pupilas dilatadas, como un gato a punto de saltar. Después, entornó los ojos y su labio superior se curvó como el de un animal que fuera a gruñir. El rostro, relajado hasta ese momento, se deformó en una expresión de pura rabia.

Kim, horrorizada por aquella súbita metamorfosis, soltó sus hombros y retrocedió. No concebía que pudiera estar tan furioso por haber sido despertado. Edward emitió un sonido gutural, muy similar a un gruñido, y se incorporó. La miró sin parpadear.

Kim corrió hacia la puerta, consciente de que él había saltado tras ella. Oyó que caía al suelo, enredado en sus pantalones. Ella cerró la puerta y echó la llave.

Después de bajar como un rayo la escalera, Kim se precipitó hacia el teléfono de la cocina. Sabía que algo terrible le ocurría a Edward. No sólo estaba enfadado porque le hubiera despertado. Algo se había roto en su mente.

Kim marcó el 911 pero al mismo tiempo oyó que la puerta de la habitación de Edward se astillaba y golpeaba contra la pared. Un instante después, oyó que él lanzaba un rugido en lo alto de la escalera, antes de comenzar a bajar por ella.

Aterrorizada, Kim soltó el auricular y corrió hacia la puerta posterior. Cuando llegó, miró hacia atrás. Vislumbró a Edward cuando tropezaba con la mesa del comedor y la apartaba de un empujón. Estaba fuera de sí.

Kim abrió la puerta y salió a la lluvia, que caía como una cortina. Su único pensamiento era conseguir ayuda, y la posibilidad más cercana era el castillo. Rodeó la casa y corrió por el campo todo lo rápido que pudo en la densa oscuridad.

Un rayo espantoso iluminó el mojado paisaje y dibujó por un momento el contorno del castillo. El trueno inmediato despertó ecos en su fachada. Kim no paró de correr. Vio luces en algunas ventanas del ala de la servidumbre.

Cuando llegó a la zona de gravilla situada delante del castillo, se vio obligada a aminorar el paso. Aunque su pánico la había protegido de la incomodidad de correr descalza, las piedras resultaban demasiado dolorosas. Se encaminó hacia un lado del edificio, pero cuando se acercó al falso puente levadizo, observó que la puerta de entrada estaba entreabierta.

Entró a toda prisa, casi sin aliento. Corrió por el vestíbulo a oscuras hasta el gran salón, donde las enormes ventanas proporcionaban una tenue iluminación. Era la luz de las ciudades cercanas que se reflejaba en la masa de nubes bajas.

Kim había pensado ir por el comedor hasta la cocina y los aposentos de la servidumbre, pero de pronto tropezó con Eleanor. Iba cubierta con un camisón blanco de encaje que se pegaba a su cuerpo como una segunda piel.

Librodot

Kim quedó paralizada. Ahora sabía que estaba en lo cierto, que había visto a Eleanor correr por el campo. Quiso advertirle sobre Edward, pero las palabras murieron en su garganta cuando vio la cara de la mujer a la débil luz. Tenía la misma expresión feroz que había observado en la de Edward cuando lo despertó. Para colmo, la boca de Eleanor estaba manchada de sangre, como si hubiera comido carne cruda.

El encuentro con Eleanor había retrasado a Kim. Edward irrumpió en la sala, falto de aliento, vaciló y dirigió una mirada salvaje a Kim. Tenía el cabello aplastado contra la cabeza mojada. Tan sólo iba vestido con camiseta y calzoncillos, ambos manchados de barro.

Kim se volvió hacia él. Contuvo la respiración al percibir el cambio en su apariencia. No sólo sus rasgos se habían alterado; su cara reflejaba una transformación interior, una rabia bestial.

Edward avanzó hacia Kim, pero se detuvo cuando reparó en la presencia de Eleanor. Olvidó a Kim por un instante y se acercó tambaleándose a la otra mujer. Cuando los separaba la distancia de su brazo extendido, echó la cabeza hacia atrás con cautela, como si olfateara el aire. Eleanor lo imitó, y cada uno empezó a describir un círculo alrededor del otro.

Kim se estremeció. Era como si estuviese atrapada en una pesadilla y contemplara dos animales salvajes que se observaban para dilucidar cuál era la presa y cuál el depredador.

Retrocedió poco a poco, aprovechando la distracción de Edward y Eleanor. En cuanto vio una ruta despejada de acceso al comedor, se volvió, pero su brusco movimiento sobresaltó a los otros dos, que impulsados por un reflejo primitivo y feroz echaron a correr tras ella.

Mientras Kim corría por el comedor, iba tirando sillas con la esperanza de retrasar a sus perseguidores. La táctica resultó más efectiva de lo que imaginaba. Como confusos por la aparición inesperada de las sillas, incapaces de ajustar sus movimientos, Edward y Eleanor tropezaron con ellas. Cayeron, lanzando chillidos inhumanos, pero la treta no los retrasó mucho. Cuando Kim cruzó la puerta de acceso al ala de la servidumbre y miró hacia atrás, vio que ya se habían puesto de pie y apartaban las sillas de su camino, indiferentes a sus contusiones.

Kim pidió socorro a gritos sin dejar de correr. Llegó a la escalera y subió a la segunda planta. Entró sin vacilar en la habitación que ocupaba Francois. Estaba dormido, con la luz encendida. Corrió hacia él y gritó su nombre. Lo sacudió frenéticamente, sin lograr despertarlo. De pronto, quedó petrificada. Recordó que había pasado lo mismo con Edward.

Retrocedió un paso. Los ojos de Francois se abrieron poco a poco. Su rostro sufrió una transformación salvaje. Entornó los ojos y enseñó los dientes. De su boca surgió un gruñido inhumano. En apenas un instante se había convertido en un animal furioso y enloquecido.

Kim giró en redondo para huir, pero Edward y Eleanor ya habían llegado a la puerta. Sin pensarlo dos veces, Kim se precipitó por la puerta de acceso a la habitación contigua, y de allí al pasillo. Subió por la escalera a la siguiente planta y entró en otra habitación que sabía ocupada.

Se detuvo en el umbral, con la mano todavía apoyada en la puerta abierta. Curt y David estaban en el suelo, apenas vestidos y cubiertos de barro. Tenían el cabello mojado, lo cual indicaba que habían estado fuera.

Junto a ellos había un gato descuartizado. Como Eleanor, tenían la cara manchada de sangre.

Kim cerró la puerta con violencia. Oyó que sus perseguidores subían por la escalera. Abrió la puerta que comunicaba con la parte principal de la casa. Al menos, conocía bien el edificio.

Recorrió a grandes zancadas el vestíbulo. Como se hallaba orientado hacia el sur, estaba envuelto en una luz similar a la del salón. Esquivó las consolas, las sillas de respaldo recto y los sofás, pero tropezó con una alfombra pequeña y fue a parar de cabeza contra la puerta que conducía al ala de los invitados. Después de forcejear un instante con el pomo, abrió la puerta. El pasillo estaba a oscuras, pero como sabía que no había muebles corrió a ciegas por él.

De pronto, chocó contra una mesa inesperada que se hundió en su estómago. Cayó con tremendo estrépito. Permaneció inmóvil un segundo, mientras se preguntaba si había recibido alguna herida grave. Le dolía el estómago y sentía entumecida la rodilla derecha. Notó que algo resbalaba por su brazo, y supuso que era sangre.

Tanteó en la oscuridad. Entonces, comprendió con qué había tropezado. Eran las herramientas y el banco de trabajo de los fontaneros. Habían trasladado su equipo al ala de los invitados para examinar y reparar los tubos de desagüe de aquella zona.

Kim escuchó. Oyó el ruido lejano de puertas que se abrían y cerraban en el ala de la servidumbre. Los ruidos sugerían que los seres a quienes se negaba a llamar personas la buscaban. No habían seguido la única ruta posible, lo cual demostraba que no actuaban con inteligencia. Kim supuso que el uso de sus cerebros era limitado y sólo se movían por instinto y reflejos.

Se levantó. El entumecimiento de su rodilla derecha se convirtió en un dolor agudo. La tocó y notó que empezaba a hincharse.

Cuando su vista se adaptó a la oscuridad, consiguió distinguir el banco de trabajo y algunas herramientas. Vio un trozo de tubo y lo cogió a modo de arma, pero lo desechó cuando comprobó que era de plástico. Eligió un martillo, pero lo cambió por un soplete de acetileno y un mechero de fricción.

Si aquellos seres que la perseguían actuaban guiados por un instinto animal, el fuego los aterrorizaría.

Con el soplete en la mano, caminó como pudo hasta la escalera del ala de los invitados. Se inclinó sobre la balaustrada y miró hacia abajo. Había luces encendidas en el piso inferior. Aguzó el oído. Los ruidos parecían provenir del extremo opuesto de la casa.

Kim empezó a bajar por la escalera, pero no llegó muy lejos. Dio unos pocos pasos y vio a Gloria dos pisos más abajo, en la planta baja. Paseaba de un lado a otro al pie de la escalera, como un gato delante de una ratonera. Por desgracia, Gloria vio a Kim, lanzó un chillido y comenzó a subir corriendo por las escaleras.

Kim cambió de dirección y retrocedió como pudo por el pasillo. Esta vez esquivó las herramientas de los fontaneros.

Volvió a entrar en la parte principal de la casa y cojeó hasta lo alto de la escalera. Oyó a sus espaldas un golpe y un aullido, y supuso que Gloria había tropezado con los útiles de los fontaneros.

Descendió por la escalera principal pegada a la pared, para evitar que la vieran desde abajo. Después de llegar al descansillo, avanzó poco a poco,

Librodot

mientras el salón se iba revelando a su vista. Comprobó con alivio que no había nadie.

Respiró hondo y bajó el tramo final. Cuando llegó al pie de la escalera, cojeó hacia el vestíbulo principal. Se detuvo a tres metros de su objetivo. Vio desolada que Eleanor paseaba de un lado a otro al final del pasillo, justo delante de la entrada principal, como había hecho Gloria al pie de la escalera del ala de los invitados. Sin embargo, no vio a Kim, que se apartó para ocultarse de ella. En ese instante, Kim advirtió que alguien bajaba por la escalera principal y no tardaría en llegar al rellano.

Kim se deslizó a toda prisa en el lavabo de señoras, encajado bajo la escalinata. Cerró la puerta con el mayor silencio posible y giró la llave. Al mismo tiempo, oyó pasos en la escalera, encima de ella. Intentó controlar el sonido de su respiración, mientras oía que los pasos continuaban descendiendo, para desaparecer después en la mullida alfombra oriental que cubría el suelo del salón.

Kim estaba asustada. De hecho, ahora que tenía tiempo para meditar sobre la gravedad de la situación, estaba aterrorizada, y también preocupada por su rodilla. Para colmo, estaba mojada, tenía frío y temblaba de pies a cabeza.

Pensó en los acontecimientos de los últimos días y se preguntó si el estado primitivo que Edward y los investigadores padecían se había dado cada noche. En ese caso, y si lo habían sospechado, aquello explicaba el cambio significativo en la atmósfera del laboratorio. Kim comprendió horrorizada que existían bastantes posibilidades de que los investigadores fueran responsables de los recientes problemas ocurridos en el vecindario, imputados a animales rabiosos y gamberros adolescentes. Se estremeció de asco. Era evidente que la causa de todo aquello era Ultra. Al tomar la droga, los investigadores habían resultado "poseídos" de una forma irónicamente similar a las "aquejadas" de 1692.

Aquellas reflexiones proporcionaron cierta esperanza a Kim. Si lo que pensaba era cierto, recobrarían su personalidad normal por la mañana, como en las viejas películas de terror gótico. Sólo tenía que permanecer escondida hasta entonces. Se agachó y dejó en el suelo el soplete de acetileno y el mechero. Tanteó en la oscuridad y encontró el toallero. Utilizó la toalla para secarse lo mejor posible. Tenía el camisón empapado. Después, se colocó la toalla sobre los hombros para calentarse un poco y rodeó su cuerpo con los brazos para controlar los temblores. Se sentó en la tapa del inodoro para aliviar la presión sobre su rodilla hinchada.

Transcurrió un rato. Kim ignoraba cuánto. La casa se encontraba en silencio. De pronto, el ruido de un cristal al romperse la sobresaltó. Confiaba en que hubieran dejado de buscarla, pero por lo visto no era así. Al instante, oyó ruidos que sugerían que volvían a abrir puertas y armarios.

Pocos minutos después, Kim se puso en tensión cuando oyó que alguien bajaba por la escalera situada sobre su cabeza. Descendía poco a poco y se detenía con frecuencia. Kim se levantó. Ataques ocasionales pero violentos de estremecimientos habían provocado que la tapa golpeara la taza de porcelana, y no quería que sucediera si uno de ellos estaba cerca.

Tomó conciencia de otro ruido insistente que no pudo precisar de inmediato. Por fin, lo consiguió, y sus temblores se intensificaron. Alguien estaba olfateando, como Edward había hecho dos noches antes junto al cobertizo. Recordó que Edward había comentado que sus sentidos se habían

agudizado como consecuencia de la droga. Kim sintió la boca seca. Si Edward había sido capaz de oler su colonia la otra noche, quizá la oliese ahora.

Mientras intentaba controlar sus temblores, la persona que bajaba por la escalera llegó al pie de ésta. Se detuvo y se volvió hacia el lavabo.

Kim oyó unos olfateos más intensos. Después, la puerta vibró, como si alguien intentara abrirla. Kim contuvo el aliento.

Pasaron los minutos. Kim tuvo la impresión de que los demás se habían agrupado delante de la puerta, a juzgar por los ruidos que producían. Se encogió cuando alguien golpeó la puerta con el puño varias veces. La puerta resistió, pero por poco. Era muy delgada. Kim sabía que no aguantaría un asalto colectivo.

El pánico se apoderó de ella. Se puso en cuclillas y tanteó en la oscuridad en busca del soplete. Como no lo encontró, su pulso se aceleró. Su mano describió un arco más amplio y experimentó un inmenso alivio cuando sus dedos tocaron el aparato. Al lado del soplete estaba el encendedor.

Mientras Kim se incorporaba con el soplete y el encendedor en las manos, los golpes se reanudaron. A juzgar por su rapidez, comprendió que había más de una persona. Comprobó el encendedor con dedos temblorosos. Cuando lo frotó, una chispa saltó en la negrura. Pasó el soplete a la mano derecha, giró el tornillo y oyó un siseo prolongado. Extendió los brazos y frotó el mechero. El soplete se encendió con un siseo. En ese instante la puerta comenzó a astillarse a causa de los repetidos golpes. A la luz azulada del soplete, Kim vio con horror que unas manos ensangrentadas aparecían por las hendiduras. Apartaron a toda prisa las tablas. La puerta saltó en pedazos.

Edward y sus colegas estaban frenéticos como animales salvajes ante una presa, y todos intentaron entrar en el lavabo al mismo tiempo. En la confusión de brazos y piernas, sólo consiguieron entorpecerse mutuamente.

Kim sujetó el soplete con ambas manos y lo extendió hacia ellos. El aparato emitió un sonido gutural y siseante. Su luz iluminó las caras rabiosas. Edward y Curt eran los que estaban más cerca de ella. Apuntó el soplete en su dirección y vio que su expresión cambiaba de la rabia al miedo.

Los atacantes retrocedieron horrorizados, como demostración de su miedo atávico al fuego. Sus ojos brillantes no se apartaron ni por un instante de la llama azul que surgía del soplete.

Kim, alentada por su reacción, salió del lavabo sin bajar el soplete. Sus perseguidores retrocedieron. Kim avanzó. El grupo reculó hasta el salón y pasó bajo las enormes arañas.

Después de retroceder unos pasos más, los investigadores empezaron a desplegarse. Kim habría preferido que siguieran formando un grupo compacto o que huyeran juntos, pero no tenía forma de obligarlos. A medida que avanzaba lentamente hacia el vestíbulo, fueron rodeándola. Tuvo que mover el soplete en círculo para mantenerlos alejados.

El miedo abyecto que aquellos seres habían demostrado ante la llama empezó a disiparse cuando se acostumbraron a ella, sobre todo si no apuntaba en su dirección. Cuando Kim había sobrepasado ya la mitad del salón, algunos se volvieron más osados, en especial Edward.

En un momento dado, cuando Kim desvió el soplete en otra dirección, Edward se lanzó hacia adelante y la cogió por el camisón. Al instante, Kim

Librodot

dirigió la llama al dorso de su mano. Edward lanzó un chillido espantoso y la soltó.

Curt saltó hacia adelante. Kim acercó el soplete a su frente, y la llama prendió en su pelo. El hombre lanzó un alarido de dolor y se llevó las manos a la cabeza.

En uno de sus giros, Kim vio que sólo la separaban seis metros del vestíbulo, pero las vueltas constantes estaban afectando su equilibrio. Se sentía mareada. Intentó alternar la dirección en que giraba después de cada vuelta, pero la maniobra no era tan efectiva a la hora de mantener alejados a sus agresores.

Gloria consiguió adelantarse durante uno de los giros de Kim y la agarró por el brazo.

Kim se soltó, pero el brazo que sostenía el soplete golpeó con el canto de una mesa. El soplete cayó sobre el suelo de mármol y resbaló sobre su superficie pulida. Fue a parar contra la pared del fondo, bajo una enorme colgadura de seda damasquina.

Kim se protegió el brazo dolorido con la otra mano y logró incorporarse. Los atacantes la rodearon para consumar el crimen. Cayeron sobre ella al mismo tiempo chillando como animales de presa que atacaran a un ciervo herido e indefenso.

Kim gritó y se debatió mientras la arañaban y mordían.

Un ruido fuerte y ensordecedor, acompañado de una repentina luz brillante, interrumpió el frenesí, y Kim se apartó.

Apoyó la espalda contra un sofá y miró a sus agresores. Todos miraban más allá de Kim, y en sus caras se reflejaba una luz dorada.

Kim vio un muro de llamas que se propagaba con fuerza explosiva. El soplete había prendido en las colgaduras, que ardían como si hubieran sido rociadas con gasolina.

Edward y los demás aullaron al unísono. Kim advirtió una expresión de terror en sus ojos. Edward fue el primero en huir, seguido de sus compañeros, pero en lugar de salir por la puerta principal, el pánico los impulsó escaleras arriba.

-¡No, no! -gritó Kim, pero sin éxito. No sólo no le entendieron, sino que ni siquiera la oyeron. El rugido del muro de llamas ahogó su voz del mismo modo que un agujero negro devora la materia.

Kim levantó su brazo sano para protegerse del calor. Se puso de pie y fue cojeando hasta la puerta principal. Cada vez le costaba más respirar, como si el fuego estuviese consumiendo todo el oxígeno.

Una explosión la arrojó al suelo. Gritó a causa del dolor que sintió en el brazo. Supuso que había sido el depósito del soplete. Se levantó con un enorme esfuerzo y se tambaleó hacia adelante.

Salió a la noche lluviosa. Caminó tambaleándose hasta la zona de gravilla, con los dientes apretados para soportar el dolor del brazo y la rodilla. Miró hacia el castillo. El viejo edificio ardía como una tea. Se veían llamas por las ventanas.

Un rayo iluminó la escena. Después de la experiencia que acababa de padecer, para Kim fue como una imagen del infierno.

Sacudió la cabeza, desolada y afligida. -¡En verdad, el diablo había vuelto a Salem!

Librodot

EPÍLOGO
Sábado 5 de noviembre de 1994

-¿Dónde quieres ir primero? -preguntó Kinnard cuando Kim y él dejaron atrás el portal de la finca Stewart.

-No estoy segura -contestó ella. Iba en el asiento del acompañante y se sujetaba el brazo izquierdo, que tenía escayolado.

-Tendrás que darte prisa en decidirlo -dijo Kinnard-. Pronto llegaremos a la bifurcación.

Ella sabía que Kinnard tenía razón. Ya veía el campo entre los árboles deshojados. Volvió la cabeza y miró a Kinnard.

La pálida luz del sol otoñal que se filtraba entre los árboles bañaba su rostro y acentuaba el azul de sus ojos. Le había proporcionado un apoyo extraordinario, y estaba agradecida de que hubiera accedido a acompañarla. Había pasado un mes desde aquella noche trágica, y era la primera vez que regresaba a la finca.

-¿Y bien? -preguntó Kinnard al tiempo que aminoraba la velocidad.

-Vamos al castillo. O a lo que queda de él.

Kinnard se desvió por la senda correspondiente. Las ruinas carbonizadas se alzaban a lo lejos. Sólo habían quedado en pie los muros y las chimeneas de piedra.

Kinnard frenó ante el puente levadizo, que ahora conducía a un umbral ennegrecido y vacío. Apagó el motor.

-Es peor de lo que suponía -comentó mientras inspeccionaba la escena por el parabrisas. Miró a Kim. Se dio cuenta de que estaba nerviosa-. No has de pasar por esto si no quieres.

-Quiero. En algún momento he de afrontarlo Abrió la puerta y salió. Kinnard bajó por su lado. Rodearon las ruinas. No intentaron entrar. Al otro lado de los muros sólo había cenizas, a excepción de unas pocas vigas que no habían ardido por completo.

-Cuesta creer que alguien sobreviviera, teniendo en cuenta la velocidad con que ardió todo -dijo Kim.

-Dos de seis no es mucho. Además, los dos que sobrevivieron aún no se han recuperado por completo.

-Una tragedia dentro de otra tragedia. Como la pobre Elizabeth y su feto deforme.

Llegaron a una loma desde la que podían verse los restos calcinados del edificio. Kinnard sacudió la cabeza, abatido.

-Un final adecuado para un episodio horrible -dijo-. Las autoridades tardaron en creerlo, hasta que la dentadura de una víctima coincidió con las marcas de dientes encontrados en el hueso del vagabundo muerto. Al menos debes de sentirte reivindicada. Al principio, no creyeron ni una palabra de tu historia.

-No estoy segura de que me creyeran hasta que Edward y Gloria sufrieron otra transformación en la unidad de quemados del hospital. Ése fue el argumento definitivo, no las marcas de dientes. Las personas que la presenciaron declararon que se produjo mientras dormían, y que ni Edward ni Gloria recordaron nada de lo ocurrido. Fueron los dos puntos claves que apoyaron mi relato.

-Yo te creí enseguida -dijo Kinnard, y se volvió hacia Kim.

-Sí. Debo reconocer eso, y otras cosas también.

Librodot

-Yo ya sabía que tomaban una droga experimental.

-Fue lo primero que dije al fiscal del distrito. No le impresionó mucho.

Kinnard volvió la vista hacia las lúgubres ruinas.

-Debió de arder con espantosa rapidez -comentó.

-El fuego se propagó a tal velocidad que casi fue explosivo.

Kinnard volvió a sacudir la cabeza, esta vez con reconocimiento y asombro.

-Es un milagro que salieras ilesa -dijo-. Debió de ser horrible.

-El fuego fue como un anticlímax. Lo otro fue lo horroroso, cien veces más espantoso de lo que nadie es capaz de imaginar. Nadie puede saber lo que significa ver a gente que conoces reducida a un estado animal. Sólo sirvió para convencerme de que tomar drogas, sean esteroides para los atletas o drogas psicotrópicas para mejorar el carácter, es como firmar un pacto con el demonio.

-Los médicos lo saben desde hace años -dijo Kinnard-.

Siempre existe un riesgo, incluso con los antibióticos.

-Espero que la gente lo recuerde cuando sienta la tentación de tomar drogas para lo que consideran defectos personales, como la timidez. Esas drogas son inminentes; no hay forma de impedir las investigaciones que van a desarrollarlas.

Y si alguien duda de que serán utilizadas a tal efecto, basta con pensar en el uso tan extendido como cuestionable del Prozac desde que salió al mercado.

-El problema es que estamos desarrollando una cultura convencida de que existe una píldora para todo.

-Ésa es la razón por la cual se repetirá un episodio como el que acabo de vivir -dijo Kim-. Es inevitable, teniendo en cuenta la demanda potencial de drogas psicotrópicas.

-Si se produce otro episodio, estoy seguro de que la industria que se ha montado en Salem alrededor de la brujería confía en que sea aquí -dijo Kinnard, y rió-. Tu experiencia ha sido un éxito para su negocio.

Kim cogió un palo y removió algunos escombros. El intenso calor del fuego había deformado los objetos metálicos.

-Esta casa contenía todo el legado de doce generaciones de Stewart -dijo-. Todo se ha perdido.

-Lo siento -dijo Kinnard-. Debe de ser muy doloroso.

-En realidad, no. Casi todo eran trastos viejos, excepto algunos muebles. Ni siquiera había un cuadro decente, salvo el retrato de Elizabeth, que se ha salvado. Lo único que lamento haber perdido son las cartas y papeles que encontré acerca de ella. Los he perdido todos y sólo tengo fotocopias de dos que cedí a Harvard. Ahora, esas fotocopias son las únicas pruebas existentes del papel desempeñado por Elizabeth en la caza de brujas de Salem, y no serán suficientes para convencer a los historiadores.

Permanecieron un rato contemplando las cenizas. Por fin, Kinnard sugirió que prosiguieran. Ella asintió. Volvieron al coche y se acercaron al laboratorio.

Kim abrió la puerta con su llave. Cruzaron el área de recepción y ella abrió la puerta interior. Kinnard quedó asombrado. El laboratorio estaba vacío.

-¿Dónde está todo? -preguntó-. Pensaba que aquí había un laboratorio.

-Y lo había -contestó Kim-. Dije a Stanton que se lo llevara todo cuanto antes. De lo contrario, lo daría a la caridad.

Kinnard imitó el gesto de lanzar una pelota de baloncesto.

El sonido de sus pasos despertó ecos en la sala.

-Siempre podrías convertirlo en un gimnasio -dijo.

-Creo que prefiero transformarlo en estudio.

-¿Hablas en serio?

-Creo que sí.

Se dirigieron a la casa. Kinnard se sintió aliviado al comprobar que no había sido despojada como el laboratorio.

-Sería una pena destruir esto -dijo-. Lo has convertido en un lugar delicioso -Es bonita -admitió Kim.

Entraron en el salón. Kinnard paseó por la estancia y examinó todo con cuidado.

-¿Crees que alguna vez querrás volver a vivir aquí? -preguntó.

-Sí. Algún día. ¿Y tú? ¿Crees que podrías vivir en un sitio como éste?

-Claro. Después de terminar el turno de Salem, me han ofrecido un puesto con un grupo en el hospital de la ciudad, y estoy considerando muy seriamente la proposición. El único problema es que podría sentirme un poco solo.

Kim miró a Kinnard, quien enarcó las cejas de manera provocativa.

-¿Es una proposición? -preguntó ella.

-Tal vez -dijo él con tono evasivo.

Kim reflexionó un instante.

-Después de la temporada de esquí tal vez podríamos averiguar qué siente el uno por el otro -dijo.

Kinnard soltó una risita.

-Me gusta tu nuevo sentido del humor -dijo-. Ahora eres capaz de bromear sobre cosas que son importantes para ti.

Has cambiado mucho.

-Eso espero. Ya era hora. -Kim indicó el retrato de Elizabeth-. Debo dar las gracias a mi antepasada por ayudarme a ver la necesidad y proporcionarme la valentía. No es fácil romper las viejas pautas. Sólo espero ser capaz de mantener este nuevo yo, y confío en que puedas vivir con él.

-Por el momento, me gusta. Cuando estamos juntos ya no me siento como si caminara sobre cáscaras de huevo. O sea, no tengo que adivinar continuamente cómo te sientes.

-Estoy asombrada y a la vez agradecida de que de un episodio tan horroroso haya surgido algo bueno. Lo más irónico es que por fin reuní el valor necesario para decir a mi padre lo que pienso de él.

-¿Por qué irónico? Yo diría que es coherente con tu nueva capacidad de comunicar lo que pasa por tu mente.

-La ironía no reside en que lo hiciera, sino en el resultado.

Una semana después de la conversación que mantuvimos, que fue muy desagradable por su parte, me telefoneó, y hemos echado las bases para una relación seria.

-Es maravilloso. Igual que ha pasado con nosotros.

-Sí Igual que nosotros.

Rodeó el cuello de Kinnard con su brazo sano y lo abrazó.

Él respondió con idéntico ardor.

Librodot

Viernes 20 de mayo de 1995

Kim se detuvo y contempló la fachada del edificio de ladrillo recién construido en que se disponía a entrar. Sobre la puerta, encastrada en el ladrillo, había una larga placa de mármol blanco en la que una inscripción en bajorrelieve rezaba “Productos Farmacéuticos Omni” No estaba muy segura de qué sentía por el hecho de que la empresa siguiera funcionando a la luz de lo que había pasado. No obstante, comprendía que Stanton, después de invertir todo su dinero en el proyecto, no estuviese dispuesto a permitir que muriera.

Kim abrió la puerta y entró. Anunció su nombre en el mostrador de recepción. Después de esperar unos minutos, una mujer agradable, vestida de manera muy formal, la acompañó a la puerta de uno de los laboratorios de la empresa.

-Cuando haya finalizado su visita, ¿cree que será capaz de encontrar la salida sin dificultad? -preguntó la mujer.

Kim la tranquilizó y dio las gracias. Cuando la mujer se hubo marchado, entró en el laboratorio.

Gracias a la descripción de Stanton, Kim ya sabía qué iba a encontrar. La puerta por la que acababa de pasar no la condujo al laboratorio, sino a una antesala. La pared común con el laboratorio era de cristal desde la altura del escritorio hasta el techo. Frente al cristal había varias sillas. Debajo del cristal había una unidad de comunicaciones y una puerta con tirador de latón que recordaba un cajero automático.

Al otro lado del cristal se veía un laboratorio biomédico de diseño que de manera inquietante se parecía al laboratorio construido en los establos de la finca.

Siguiendo las instrucciones de Stanton, Kim se sentó en una silla y apretó el botón rojo de llamada de la consola. Vio que dos figuras se levantaban en el interior del laboratorio, detrás de un banco en el que estaban trabajando. Al ver a Kim, se acercaron.

De inmediato, ella experimentó una oleada de compasión.

Nunca los habría reconocido. Eran Edward y Gloria. Los dos estaban tremendamente desfigurados a causa de las quemaduras, y sin cabello. Aún debían someterse a varias sesiones de cirugía plástica. Caminaron con paso rígido y con sus manos sin dedos empujaron sus dispositivos intravenosos portátiles.

Cuando hablaron, lo hicieron con voces roncas, casi en un susurro. Agradecieron a Kim su visita y expresaron su pesar por no poder enseñarle el laboratorio, que había sido diseñado acorde con sus minusvalías.

Después de una pausa en la conversación, Kim preguntó cómo estaban de salud.

-Bastante bien, teniendo en cuenta a lo que nos enfrentamos -contestó Edward-. Nuestro principal problema es que aún sufrimos “ataques”, pese a que Ultra ha sido eliminado por completo de nuestro cerebro.

-¿Aún ocurren cuando dormís?

-No. Aparecen de forma espontánea, sin advertencia, como los ataques de epilepsia. Lo único positivo es que sólo duran media hora, o incluso menos, aunque no nos sometamos a tratamiento.

Librodot

-Lo siento mucho -dijo Kim. Rechazó una tristeza que amenazaba con desbordarse. Estaba hablando con unas personas cuyas vidas prácticamente habían quedado destrozadas.

-Nosotros sí lo sentimos -repuso Edward.

-Fue culpa nuestra -dijo Gloria-. No deberíamos haber tomado la droga antes de que estuvieran terminados los estudios de toxicidad.

-Creo que no habría representado ninguna diferencia -replicó Edward-. Hasta hoy, en los estudios con animales no ha aparecido esta secuela humana. De hecho, al haber probado la droga cuando lo hicimos es probable que salváramos a un gran número de voluntarios humanos, que habrían experimentado nuestros sufrimientos.

-Pero había otros efectos secundarios -dijo Kim.

-Es verdad -admitió Edward-. Tendría que haber considerado importante la pérdida de la memoria reciente. La droga estaba demostrando su capacidad para bloquear la función nerviosa a nivel de todo el sistema.

-¿Algunas de vuestras investigaciones posteriores os han permitido comprender por qué os encontráis en este estado?

-Al estudiarnos mutuamente durante los ataques, hemos logrado documentar lo que en un principio habíamos propuesto como mecanismo de acción -contestó Gloria-. Ultra se concentra hasta un punto en que bloquea el control cerebral del sistema límbico y los centros cerebrales inferiores.

-¿Por qué sufrís ataques, ahora que la droga ha sido eliminada?

-¡Ésa es la cuestión! -exclamó Edward-. Es lo que estamos tratando de averiguar. Creemos que es el mismo mecanismo de los “malos viajes” retrospectivos que sufren algunas personas después de tomar drogas alucinógenas. Intentamos investigar el problema para encontrar una manera de anularlo.

-El Dilantin consiguió controlar los ataques por un breve período de tiempo -explicó Gloria-, pero después empezamos a tolerarlo, y ya no surte efecto alguno. El hecho de que influyera en el proceso durante ese breve período nos ha animado a buscar otro agente.

-Me sorprende que Omni siga en activo -dijo Kim para cambiar de tema.

-A nosotros también -admitió Edward-. Estamos sorprendidos y complacidos. De lo contrario, no tendríamos ese laboratorio. Stanton no se ha rendido, y su persistencia ha dado frutos. Uno de los otros alcaloides del nuevo hongo parece prometedor como antidepresivo, de forma que ha sido capaz de reunir el capital adecuado.

-Espero que Omni haya abandonado Ultra.

-Pues no -dijo Edward-. Es el mayor reto de nuestra investigación: tratar de determinar qué parte de la molécula de Ultra es responsable del bloqueo meso -límbico -cerebral, al que hemos llamado “el efecto del señor Hyde”

-Entiendo -dijo Kim.

Estuvo a punto de desearles buena suerte, pero no lo consiguió, sobre todo después de los problemas que Ultra había causado.

Kim estaba a punto de despedirse, pero de pronto observó que los ojos de Edward se empañaban y su rostro se transformaba, como en aquella infausta noche en que lo había despertado. En un instante, fue presa de una rabia incontrolable.

Librodot

Sin el menor aviso o provocación, se lanzó contra Kim y se estrelló contra el grueso cristal protector.

Kim saltó hacia atrás, asustada. La reacción de Gloria fue abrir al instante el dispositivo intravenoso de Edward.

Por un instante Edward arañó infructuosamente el cristal.

Después, puso los ojos en blanco y su cara se relajó. Se desplomó lentamente, como un globo desinflado. Gloria lo ayudó a tenderse en el suelo.

-Lo lamento -dijo Gloria mientras depositaba con suavidad la cabeza de Edward-. Espero que no te hayas asustado mucho.

-Estoy bien -tartamudeó Kim, pero estaba temblando y el corazón le latía con fuerza. Se acercó con cautela a la ventana y miró a Edward, tendido en el suelo-. ¿Se pondrá bien?

-No te preocupes -dijo Gloria-. Ya estamos acostumbrados a estas cosas. Ahora comprenderás por qué llevamos estos dispositivos intravenosos. Hemos experimentado con varios tranquilizantes. Me gusta la rapidez con que funciona éste.

-¿Qué pasaría si los dos sufrierais un ataque simultáneo?

-preguntó Kim al tiempo que intentaba serenarse.

-Ya lo hemos pensado. Por desgracia, no se nos ha ocurrido ninguna idea. Hasta el momento, no ha sucedido. Hemos hecho todo lo posible.

-Admiro vuestra fortaleza.

-Creo que no tenemos demasiadas opciones.

Kim se despidió y salió. Estaba conmovida. Mientras bajaba en el ascensor, sintió que sus piernas flaqueaban. Tenía miedo de que la visita reavivase las pesadillas recurrentes que había sufrido desde aquella terrible noche.

Se sintió mejor cuando salió al cálido sol de primavera. Salir del edificio ya era un consuelo, pero mientras caminaba hacia el coche no pudo por menos que recordar la imagen de Edward, transformado en una bestia que golpeaba el cristal de la prisión que él mismo se había impuesto.

Cuando llegó al coche, se detuvo y se volvió. Miró el edificio de Omni y se preguntó qué clase de drogas dejaría sueltas por el mundo la empresa en un futuro. Se estremeció. Se juró que aún sería más conservadora que antes en lo relativo a tomar drogas, cualesquiera que fuesen.

FIN